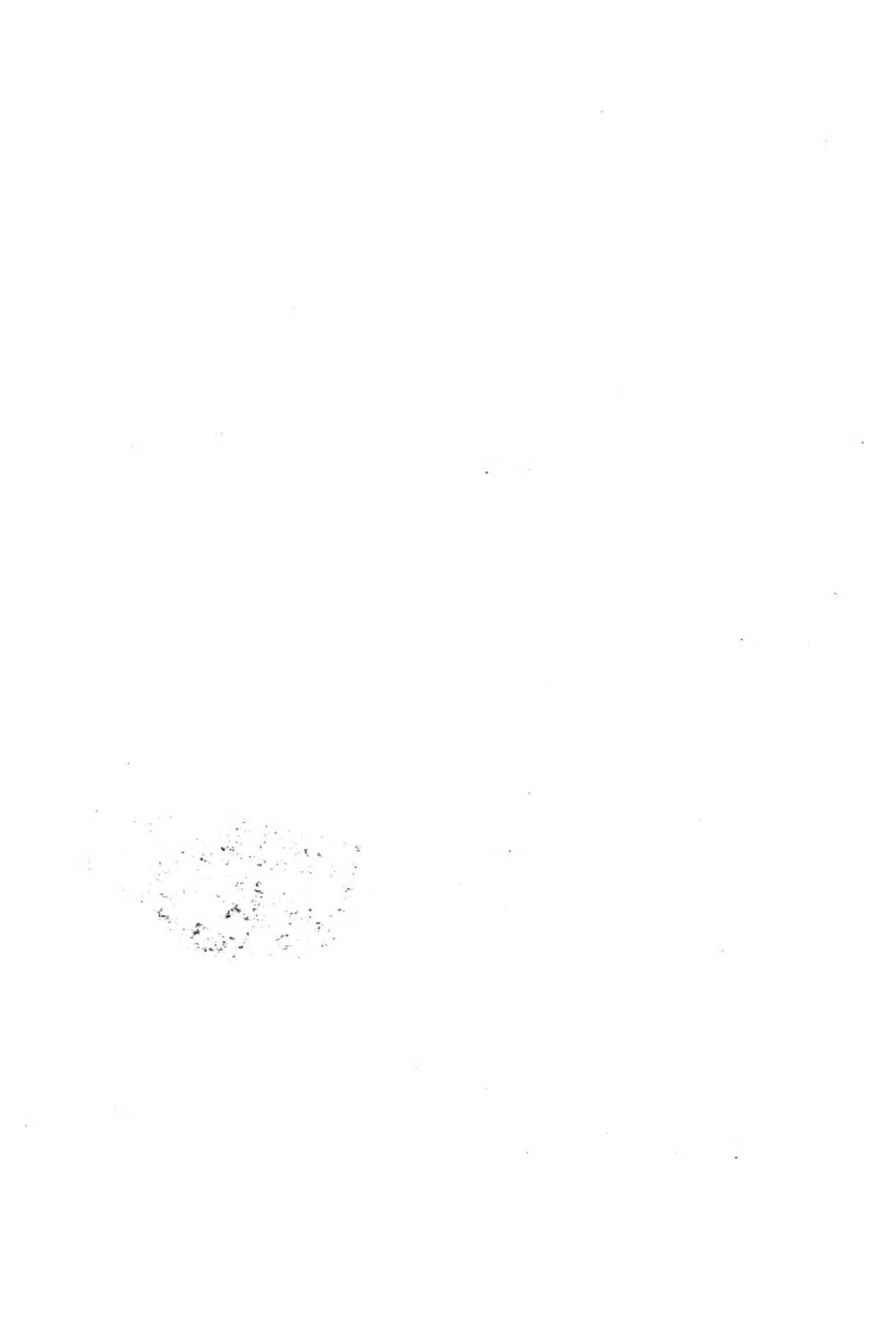


M. R. P. ILDEFONSO DE CIAURRIZ
GUARDIÁN DEL CONVENTO DE SAN ANTONIO
DE ZARAGOZA

**LA ORDEN
CAPUCHINA
EN ARAGON**

**APUNTES HISTÓRICOS
Y BIOGRÁFICOS DE LA
ANTIGUA PROVINCIA
DE CAPUCHINOS
DE ARAGÓN**

LA ORDEN CAPUCHINA EN ARAGÓN



LA ORDEN CAPUCHINA EN ARAGON

APUNTES HISTÓRICOS Y BIOGRÁFICOS
DE LA ANTIGUA
PROVINCIA DE CAPUCHINOS DE ARAGÓN
POR EL
M. R. P. ILDEFONSO DE CIAURRIZ,
GUARDIÁN DEL CONVENTO DE SAN ANTONIO
DE ZARAGOZA



ZARAGOZA
Talleres Gráficos LA EDITORIAL, Coso, 86
1945

LICENCIA DE LA ORDEN

NIHIL OBIAT.

FR. RICARDO DE LIZASO,

O. F. M. CAP.

IMPRIMATUR.

FR. SERAFIN DE TOLOSA,

O. F. M. CAP. MIN. PROV.

. Pamplona 13 de Noviembre de 1943.

LICENCIA ECLESIASTICA.

NIHIL OBSTAT.

FR. JOSÉ ANTONIO DE J. M.,

C. D.

Caesaraugustae, 7 Februarii, 1944.

IMPRIMATUR:

† RIGOBERTUS, Archiepiscopus Caesaraugustanus.



Declaración.

Como sumiso y obediente hijo de la Santa Iglesia, a la cual someto con acatamiento estos humildes escritos, declaro que los hechos prodigiosos referidos en este libro, no tienen más autoridad que la puramente humana, así como también los calificativos de santo o bienaventurado aplicados a religiosos biografiados; con lo cual cumplimos con los Decretos de los Sumos Pontífices, y en especial del Papa Urbano VIII.

PRÓLOGO

EL reino de Aragón, cuyo territorio forma en la actualidad parte de nuestra provincia de Navarra, constituyó por sí solo en el pasado una provincia de la Orden Capuchina, muy importante por el número de conventos y religiosos, por la santidad y virtud de sus miembros, por la actividad y perseverancia de sus misioneros en la conversión de los infieles y por las obras literarias que dieron a luz sus hijos.

La exclaustación de los religiosos en España decretada el año 1835 y la desamortización e incautación de sus bienes, llevada a cabo por gobiernos sectarios, fué un golpe mortal asestado a la existencia dos veces secular de la provincia de Aragón, así como para la vida de las demás provincias religiosas. Los religiosos dispersos por los diferentes pueblos, como ovejas sin pastor, fueron desapareciendo paulatinamente; y cuando empezó en nuestra Patria la restauración de la Orden a últimos del pasado siglo, apenas si sobrevivía algún religioso que otro aragonés, a uno de los cuales, ya octogenario, vimos ingresar en nuestro convento de Pamplona para terminar allí santamente sus días.

Un siglo ha transcurrido ya desde este infausto acontecimiento, suficiente para interrumpir toda tradición oral de nuestros mayores antepasados con la presente generación, y lo que acaso es aún más sensible, para dificultar grandemente la tradición escrita, a causa de la desaparición de los archivos conventuales, en los que se conservaban los libros y documentos oficiales y otros escritos en los que se contenía, al menos fragmentariamente la vida e historia de la provincia de Aragón.

Lamentable es, sin duda, la desaparición de esta provincia capuchina, así como la de otras muchas de la Orden que tuvieron lugar a últimos del siglo XVIII y principios del XIX, motivada por la revolución política y religiosa operada en el continente europeo. Pero aun sería más sensible y lamentable si, a su desaparición real como institución jurídica independiente dentro de la Orden, sobreviniese o se juntase su desaparición en el campo de la Historia, siendo como es la Historia y llamándose con razón "Maestra de la vida".

A remediar, pues, en lo posible y en lo que mis escasos recursos lo permitan, y a evitar tamaña desgracia, va dirigido este trabajo, el cual, por necesidad, ha de resultar deficiente, ya por la desaparición de documentos y ya también por carecer de la libertad necesaria para recorrer archivos, cosa tan necesaria en quien ha de realizar esta clase de trabajos.

Por la razón apuntada, no tenemos la pretensión de escribir una historia completa de la provincia de Aragón, pero sí al menos queremos y podemos dar una idea, siquiera sea somera, de su origen, desarrollo, espíritu de los religiosos más aventajados e ilustres de la misma, muchos de ellos ignorados hasta ahora entre nosotros, y de los trabajos realizados por los mismos en los diferentes órdenes propios de la vida religiosa y capuchina.

Como hace muchos años acariciábamos este proyecto, casi sin esperanza de poderlo realizar por cargos y ocupaciones que reclamaban toda nuestra atención a cosas y asuntos muy diferentes, y casi incompatibles con este trabajo, fuimos aprovechando todas las ocasiones que se nos ofrecían en los múltiples viajes que como Provincial tuvimos que hacer por España y por el extranjero, para ir buscando, reuniendo y acumulando todos los materiales necesarios para dar cima a este trabajo. Y únicamente a esta labor lenta y constante en reunir materiales y documentos años atrás, y al sosiego y tranquilidad relativos que disfrutamos al presente, se debe el que nos hayamos decidido a acometer tan ardua empresa.

No es, ciertamente, cosa sencilla y fácil la que nos proponemos, por ser muy poco lo que se halla de los principios de

la fundación de nuestra Orden en España, y poco también lo que hemos podido encontrar sobre los principios de la provincia de Aragón, que fué la tercera en el orden cronológico de las provincias de España, después de las de Cataluña y Valencia. Pues los primeros capuchinos que vinieron de Italia a propagar la Orden en España, deseosos de que nuestros religiosos estuviesen bien fundados en virtud y santidad, no sólo descuidaron anotar y escribir cosa alguna de sus vidas, por más perfectas y extraordinarias que fuesen, sino que procuraron silenciar y encubrir intencionadamente y con toda cautela las gracias extraordinarias y los dones sobrenaturales con que Dios favorecía a muchos de aquellos santos varones, como lo afirma el P. Miguel de Valladolid, que fué el primero que recibió el encargo de escribir las vidas de los primeros capuchinos españoles, el año 1612, o sea, después de transcurridos treinta y cuatro años de la instalación de los nuestros en Cataluña. En todo este tiempo, nadie se cuidó de tomar nota de los múltiples e interesantes sucesos ocurridos seguramente en la fundación de tantos conventos, ni del sorprendente aumento de vocaciones a la Orden, ni de las grandes obras de penitencia, mortificación, oración, observancia regular y celo a que se consagraban aquellos capuchinos, con grandísima edificación y admiración de los pueblos.

Añádase a esto la desaparición de muchos libros oficiales de las provincias de la Orden, y singularmente los de la provincia de Aragón, tales como las actas de toma de hábito, de profesiones, de Capítulos Provinciales y de las fundaciones de conventos, así como las crónicas de los mismos, y se tendrá una idea aproximada de la dificultad que encierra el escribir la historia más o menos completa de esta provincia. Todos estos documentos, perdidos durante las grandes convulsiones y trastornos políticos y religiosos ocurridos en España el pasado siglo, verdaderas fuentes de esta historia, serían como el nervio de este trabajo.

A falta de estos documentos y para suplirlos algún tanto, nos hemos visto obligados a servirnos del Bulario de la Orden; las crónicas de Boberio; Anali Capuccini; P. Huesca, "Teatro

histórico-crítico de las iglesias del Reino de Aragón”; Biografía hispano-capuchina del P. Llaveneras, y otros por el estilo.

Pero las principales fuentes y documentos que nos han proporcionado la casi totalidad de las noticias con que hemos tejido las páginas de esta historia son las siguientes:

1.º *Unos manuscritos referentes a la provincia de Aragón que se conservan en el Archivo del Estado, de Milán (1), los cuales pudimos hojear el mes de junio del año 1932, al paso por la mencionada ciudad, de regreso del Capitulo General de la Orden, celebrado este año en Roma. El título de los manuscritos es el siguiente:*

“Provincia Aragoniae: a) Provincia Aragoniae ab anno 1647 ad 1727. Manuscriptum latinum in 8.º, 202 paginae cum indice; narrat vitam Fratrum sanctorum Provinciae. Sequitur appendix: Insinuatio martiriorum ac virtutum quibus aliqui ex Provincia Aragoniae illustres viri in Africa et America floruerunt ab anno Domini 1645 ad 1699. Manuscriptum latinum 22 paginarum.”

“Provincia Aragoniae: b) Successus Capuccinorum Provinciae Aragoniae ab anno 1613 ad 1635. Manuscriptum latinum in folio, 19 paginae cum indice: pagina decima dantur notitiae supra missionem Fratrum Minorum Capuccinorum in regno Congi inceptam sed non perfectam anno 1621.”

Estos manuscritos son inéditos. El primero nos suministra muchas noticias y la vida de los religiosos virtuosos y santos de la provincia de Aragón; y el apéndice que a él va sujeto nos insinúa y refiere brevemente las virtudes y el martirio sufrido por algunos religiosos que florecieron en Africa desde el año 1645 al 1669. El segundo de los manuscritos nos da cuenta de algunos sucesos acaecidos en los primeros años de la provincia de Aragón y sobre la Misión del Congo, en 19 páginas.

Este último es copia auténtica de documentos y memorias que se conservaban en el Archivo Provincial de los Capuchinos, como consta por el siguiente atestado que se pone al pie del mismo manuscrito y es como sigue: “Nos infrascripti attestamur

(1) Archivo del Estado de Milán, Via Senato n.º 10. (Busta Theca 11 número 4.)

hujusmodi memorias Provinciae Aragoniae ab anno 1613 usque ad 1635 concordare cum suis originalibus in Archivo Provinciae asservatis, et in fidem. Nos suscripsimus in conventu nostro Capuccinorum Caesaraugustanae Civitatis die 21 Januarii 1656. Fr. Franciscus a Tarazona, Vic. Provincialis; Fr. Franciscus de Aranda, Assistens; Fr. Petrus a Muncébrega, Secretarius (L. S.) Sello del Convento con lacre."

Nos hemos servido de una copia de los mismos sacada por un copista o amanuense tan experto y fiel como lo era el V. H. Fr. Otón de Villajranca, que en gloria esté, quien en pocos días llevó a cabo tan improba tarea, formando un cuaderno en jolio de 200 páginas y con letra tan clara cual si fuera de imprenta.

2.ª *La segunda fuente que nos suministra muchas noticias sobre los misioneros aragoneses en el Congo y principalmente en Cumaná, es la que lleva por título "Los Capuchinos en Venezuela. Documentos referentes a las Misiones Franciscanas en esta República, obra meritísima llevada a cabo por el P. Baltasar de Lodares, Capuchino, Misionero Apostólico de Venezuela Segunda edición corregida y aumentada". Son tres volúmenes de más de 400 páginas cada uno, impresos en Caracas, año 1929.*

Nos ha servido muchísimo para poder tejer la vida e historia de los misioneros capuchinos aragoneses en aquellas misiones y principalmente en la provincia de Cumaná, en donde estuvieron encargados de la reducción y conversión de los indios por mandato de la Santa Sede y de Su Majestad Católica.

3.ª *"Biblioteca antigua y nueva de Escritores Aragoneses de Latasa, aumentadas y refundidas en forma de Diccionario bibliográfico-biográfico", por D. Miguel Gómez Uriel. Nueva edición del año 1884. Tres tomos en 4.º, de más de 600 páginas. Enumera varios de los escritores capuchinos de la provincia de Aragón, suministrándonos noticias interesantes sobre las obras que escribieron y que aparecen en esta historia.*

Por lo demás, al dar a luz esta obra, no hacemos otra cosa que secundar, en la medida de nuestras fuerzas, los deseos de los superiores y especialmente del Rvdmo. P. Andermatt, de feliz

recordación, quienes, siempre que se ofrece ocasión, nos estimulen a esta clase de trabajos, a fin de que por los frutos vengamos en conocimiento de nuestra Madre la Religión, tengamos mayor estima de ella y sintamos una santa emulación para imitar la santidad y vida de nuestros mayores y padres en la Orden, conforme a lo que dice el Deuteronomio: "Interroga patrem tuum et annunciabit tibi; majores tuos et dicent tibi" (1). Pregúntalo a tu padre, y él te informará; a tus antepasados, y te lo dirán.

También el fin que nos proponemos es el mismo que nos proponíamos e indicábamos en nuestras obras anteriores "Vida del Padre Adoain" y "Capuchinos ilustres de la Provincia de Navarra", a saber, la conservación de todos los documentos y noticias referentes a la Orden, y de un modo especial, la edificación de nuestros religiosos.

Como por los frutos se viene en conocimiento del árbol, según dijo Jesucristo, así, por las obras y trabajos realizados por los religiosos capuchinos aragoneses, podemos colegir la excelencia y santidad de la provincia de Aragón. Estos frutos los reduciremos principalmente a tres, que son, frutos de santidad, frutos de apostolado y frutos literarios.

a) Frutos de santidad, o religiosos que florecieron y resplandecieron por su virtud.

b) Frutos de apostolado, o misioneros que propagaron la luz del Evangelio en lugares de infieles; y

c) Frutos literarios, o los principales escritores de la provincia de Aragón.

EL AUTOR.

Zaragoza, 29 de noviembre de 1943.

(1) Deut. (32-7.)

I

FUNDACIÓN DE LA ORDEN CAPUCHINA EN ARAGÓN

Sabido es que los primeros religiosos capuchinos enviados por el P. General Jerónimo de Monteliores, para la fundación y propagación de la Orden Capuchina en España, fueron seis, a saber: los PP. Arcángel de Alarcón, Superior, y Mateo de Guadix, predicador; los coristas Fr. Rafael y Fr. Serafín de Nápoles, y los HH. Fr. Pacífico de Génova y Fr. Querubín de Nápoles, quienes arribaron a Barcelona el año 1578.

No bien se hubieron instalado en la residencia provisional de San Gervasio, cuando llegaron en las galeras del Marqués de Santa Cruz los PP. Juan de Alarcón, hermano del citado P. Arcángel, y Bernardino de Aragón, con el H. Fr. Maseo.

Tras éstos vinieron otros y otros, la mayor parte capuchinos españoles que habían vestido nuestro santo hábito en los conventos de Italia, enviados unos en pos de otros con muy corto intervalo de tiempo por el Rvdmo. P. General para aprovechar la ocasión que se ofrecía propicia de extender la Orden por nuestro reino.

De tal manera se granjearon el afecto y veneración de los barceloneses y de los demás pueblos de Cataluña, donde eran conocidos por su virtud, austeridad de vida, desprecio del mundo, caridad y celo por la salvación de las almas, que las poblaciones demandaban a porfía la dicha de tenerlos consigo y les ofrecían muchas fundaciones. Tan es así, que en los cinco primeros años de estancia en Cataluña se fundaron nada menos que doce conventos: el de Santa Eulalia, en Sarriá; el de Montecalvario, en Barcelona; los de Vals, Perpiñán, San Boy, Canet,

Manresa, Solsona, San Celoni, Villafranca, Blanes y Bañolas; cosa que hoy nos parecería imposible.

El entusiasmo que se despertó en el pueblo a favor de los Capuchinos fué también causa de una gran corriente de vocaciones a nuestra Orden, no sólo de personas seculares, sino también de religiosos de otros institutos, especialmente de la Observancia. Aun estaban viviendo en la rectoral de San Gervasio, antes de la fundación del convento de Santa Eulalia, cuando vistieron nuestro hábito siete religiosos de la Observancia. Sobre todo, causó gran admiración el tránsito a los Capuchinos del P. Francisco Joer de Figueras, que era a la sazón Custodio en su religión de los PP. Recoletos, con cuarenta religiosos más de su orden, lo cual se verificó el año 1583, por haberse extinguido en ese año la Recolección. Solamente así se explica que en tan breve lapso de tiempo pudieran multiplicarse los nuestros en número suficiente para dotar de personal los veintiún conventos que habían sido fundados en Cataluña al finalizar el siglo XVI.

Es verdad que no todos los que pasaron de otras religiones a la nuestra pudieron soportar un género de vida tan austero, de tanto recogimiento, oración y abnegación y acabaron por abandonarla; pero otros, en cambio, como el mencionado P. Figueras, el P. Alonso Lobo (que vino a nosotros de los Padres Menores Descalzos), el P. Bernardino de Alhama y otros muchos, no sólo perseveraron, sino que fueron como firmes puntales y columnas de nuestra Orden Capuchina en España, ocupando puestos muy delicados y difíciles como los de maestros de novicios, lectores, guardíanes y provinciales y terminaron su vida en ella santamente, como se puede ver con la atenta lectura de sus vidas en la "Biografía Hispano-Capuchina", del P. Llevaneras.

Y téngase en cuenta que la prodigiosa multiplicación de conventos no se llevó a cabo sin contradicción, la cual no podía faltar a una obra tan del agrado de Dios, porque algunos, tanto religiosos como seglares, pretextando razones humanas, acudieron a Felipe II y le indujeron y persuadieron a que ordenase a los presidentes y prelados del principado catalán, no con-

sintieran el aumento de conventos de Capuchinos, sino que quedarán reducidos a los doce ya fundados. Con esto se consiguió solamente que durante unos pocos años cesasen las fundaciones, más el P. Comisario, con su silencio, paciencia, humildad y oración, consiguió deshacer todas las maquinaciones de nuestros contrarios y enemigos.

Al mismo tiempo que se fundaban conventos en Cataluña, se extendieron los Capuchinos por Valencia y Aragón, los dos reinos limítrofes del principado, teniendo que hacer frente a las mismas contradicciones que habían padecido en Cataluña. El P. Juan de Alarcón fué el que, siendo elegido, el año 1596, Provincial de Cataluña, emprendió la fundación del primer convento del reino de Aragón, en Zaragoza, capital del mismo, de manera que, así como a su hermano de sangre, el P. Arcángel, le cupo la gloria de ser el fundador de la Orden Capuchina en España y el primer Superior de la misma, así también al P. Juan se le debe la fundación de la Orden en Aragón.

No fueron pocas ni de poca monta las dificultades que se presentaron y que fué necesario superar para llevar a cabo la fundación de Zaragoza, siendo la principal la misma que se había ofrecido a las fundaciones de Cataluña. Los émulos de los Capuchinos temiendo que la Orden se extendiera por toda España con la misma rapidez y expansión que en Cataluña, trataron de impedirlo y a este fin tuvieron buen cuidado de prevenir y ganar al Rey contra nuestra propagación por Valencia, Aragón y Castilla. Y así fué, que Felipe II había escrito al Sr. Arzobispo de Zaragoza y al Virrey de Aragón, que no consintieran fundaciones de conventos de Capuchinos en dicho reino. Además, nuestros enemigos procuraron convencer a los señores del Consejo de que las fundaciones de Capuchinos eran, no sólo inconvenientes, sino perniciosas. Así, pues, cuando el P. Juan vino a Zaragoza a tratar este negocio de la fundación de conventos, se encontró con todas las puertas cerradas y con que se le negaban todos los permisos. No se acobardó por ello el siervo de Dios, sino que, aleccionado con lo sucedido a él mismo en la fundación de Valencia, con su prudencia, sus buenas razones y con su oración, desvaneció los prejuicios que se habían pro-

palado sobre nuestra Religión Capuchina, desbarató las maquinaciones de los adversarios y pudo más que sus émulos, pues mejor informados el Arzobispo y el Virrey, escribieron al Consejo recomendando la fundación de nuestros conventos en Aragón.

He aquí cómo lo refiere la "Biografía Hispano-Capuchina":
"Introducida tan felizmente nuestra Orden Capuchina en el reino de Valencia, pensó también el mismo P. Juan introducirla en el reino de Aragón, siempre afecto y devoto a las órdenes regulares; pero si en la fundación antecedente se le ofrecieron tan graves dificultades, mayores fueron las que tuvo que vencer en la presente fundación. Se hallaban ya prevenidos con cartas del Rey para no admitir nuestra fundación el ilustrísimo señor Arzobispo de Zaragoza y el excelentísimo señor Virrey de Aragón; y como si esto fuese poco, procuraron algunos adversarios que varios letrados de aquel reino escribiesen a la Corte contra nuestra fundación, dificultades todas tan serias y de tanta importancia que hubieran detenido al corazón más animoso. Pero nuestro P. Juan, piloto ya experimentado en superar tempestades, y confiado más en el poder divino que en el humano, supo manejarse de tal modo y tratar este negocio con tanta felicidad, que llegó a conseguir que los que habían escrito en contra, escribiesen a nuestro favor; con lo cual, dispuestos los ánimos y abiertos los caminos, pudo dar principio a la nueva provincia, que debía erigirse para tanta gloria de Dios" (1).

Allanadas todas las dificultades, el P. Juan, que a la sazón era Provincial de Cataluña, envió el año 1597 a la fundación de Zaragoza a los siguientes religiosos: P. Luis de Valencia, predicador y Superior; P. Pedro de Barbastro, gran teólogo y predicador; P. Francisco de Baena; P. Andrés de Gandesa, P. Buenaventura de Barcelona y P. Narciso de Olot, sacerdotes; y los HH. Fr. Querubín de Nápoles, Fr. Antonio de Nápoles y Fr. Damián de Cornavella.

El mismo P. Provincial fué con ellos a Zaragoza, les dió

(1) Biografía Hispano Capuchina, pág. 175.

la traza y el proyecto conforme al cual debían edificar el convento según las normas de la más estrecha pobreza, del mismo modo que los fundados en Cataluña, y estableció la norma y el rigor de vida que debían observar en los conventos que en adelante se fundasen.

Este primer convento fundado en Zaragoza se levantó a una pequeña distancia de la ciudad y hacia el lugar que todavía conserva el nombre de carretera de Capuchinos. Estaba dedicado a San Juan Bautista. En los manuscritos antiguos se le llama el Convento de las Vírgenes, sin que nos sea conocido el por qué de tal nombre.

El año siguiente, 1598, el P. Juan. terminado su oficio de Provincial de Cataluña, fué enviado a Zaragoza con el cargo de Custodio y título de Comisario, a fin de que continuara en Aragón la obra de las fundaciones de Conventos que con tan buenos auspicios había comenzado y con tanto acierto había llevado a cabo en Zaragoza.

El año siguiente, 1599, fundó el segundo convento de Aragón, en Tarazona, y el año 1600, el tercero, en Calatayud. Este mismo año, en el Capítulo Provincial celebrado en Cataluña, al que asistió como vocal, fué de nuevo reelegido Custodio de Aragón y se nombraron los guardianes de los conventos. El P. Luis de Valencia, Guardián de Zaragoza; el P. Roque de Barbastro, Guardián de Tarazona, y el P. Miguel de Valladolid, Guardián de Calatayud.

El año 1602 se fundó el convento de Huesca, siendo su primer Presidente el P. Francisco de Fuet, y el año 1605, el de Caspe, cuyo Superior fué el P. Francisco de Peñarroya.

El Capítulo General celebrado en Roma este mismo año de 1605, en el que salió electo General el P. Silvestre de Asís, teniendo presentes los progresos de la Orden en España, tanto por lo que afectaba a la multiplicación de conventos, cuanto al aumento de vocaciones a los Capuchinos, determinó nombrar un Comisario General con facultad de formar dos nuevas provincias capuchinas, una con los conventos de Valencia y otra con los de Aragón. Con esta comisión fué enviado por el P. General un religioso llamado Buenaventura de Catanzaro. Mas

éste contrajo en el viaje una enfermedad, que se agravó en Barcelona, de manera que, viéndose imposibilitado para visitar los conventos de Aragón, nombró un Comisario Provincial. Su muerte, acaecida el 1606, le impidió realizar la erección de la provincia de Aragón.

Este mismo año se fundó el convento de Pamplona, que fué el sexto y con estos seis conventos fué erigida la provincia de Aragón, lo que acaeció el año 1607. El sello de la provincia ostentaba la imagen de la Virgen del Pilar con el Niño Jesús en brazos y arrodillados a sus pies San Juan Bautista y San Francisco. Quién fué el primer Provincial no lo hemos podido averiguar con certeza. El P. Juan de Alarcón era ya difunto tres años antes en el convento de Montecalvario de la ciudad de Barcelona.

He aquí la serie o lista de los Padres Provinciales de la antigua provincia de Aragón, según aparece en el *Lexicon Franciscanum Historicum*”, impreso en Roma en el año 1938, palabra *Aragonia*.

Año 1600, Juan de Alarcón, Com. Prov.

Año 1606, Pedro de Barbastro.

Año 1609, Hilarión de Medinaceli.

Año 163., Luis de Zaragoza (caspense).

Año 163., Idem, (secunda vice).

Año 1640, Francisco del Villar.

Año 165., José de Graus.

Año 1653, Francisco de Tarazona.

Año 1656, Idem (secunda vice).

Año 166., Francisco de Barcelona.

Año 166., Pedro de Morós.

Año 1669, Jerónimo de Bandaliés.

Año 1672, Juan Antonio de Tarazona.

Año 1675, Idem (secunda vice).

Año 1675, Cosme de Alcañiz (nombrado
por la Santa Sede.

Año 1676, Francisco de Jorba.

Año 1680, Francisco de Barbastro.

Año 1684, José de Rubielos.
Año 168., Buenaventura de Zaragoza.
Año 170., Juan Félix de Albalate.
Año 1705, Bernabé de Albalate.
Año 1708, Juan de Belchite.
Año 172., Tiburcio de Belchite.
Año 1728, Antonio de Borja.
Año 1746, José de Alborge.
Año 1749, José de Nombrevilla.
Año 1750, Martín de Corella.
Año 1768, Domingo de Aliaga.
Año 1774, Clemente de Armillas.
Año 1788, Pedro de Luco.
Año 1791, Felipe de Albalate.
Año 1831, Antonio de Bello.

A simple vista se echa de ver que se trata de una lista muy incompleta, pues los provinciales enumerados son *treinta y dos* y seguramente no bajaron de setenta en los doscientos treinta años de existencia que tuvo la provincia aun teniendo en cuenta la reelección de algunos.

DESARROLLO Y CRECIMIENTO DE LA PROVINCIA CAPUCHINA DE ARAGÓN

Fundada la provincia de Aragón, fueron haciéndose nuevas fundaciones y se desarrolló por todo el reino de tal manera y con tal rapidez, que, medio siglo después, contaba dieciocho conventos en Aragón y seis en Navarra. He aquí los conventos fundados en Aragón y las fechas de su fundación:

1.—	Convento de Zaragoza	fundado el año	1598.
2.—	Idem de Tarazona	" "	1599.
3.—	Idem de Calatayud	" "	1600.
4.—	Idem de Huesca	" "	1602.
5.—	Idem de Caspe	" "	1605.
6.—	Idem de Barbastro	" "	1608.
7.—	Idem de Alcañiz	" "	1612.
8.—	Idem de Epila	" "	1621.
9.—	Idem de Borja	" "	1622.
10.—	Idem de Fraga	" "	1624.
11.—	Idem de Ateca	" "	1624.
12.—	Idem de Aranda	" "	1625.
13.—	Idem de Ejea de los Caballeros	" "	1629.
14.—	Idem de Teruel	" "	1632.
15.—	Idem de Tamarite	" "	1632.
16.—	Idem de Albalate	" "	1634.
17.—	Idem de Daroca	" "	1641.
18.—	Idem de Cogullada (Zaragoza).	" "	1657.
19.—	Idem de Calanda	" "	1750.

En proporción al rápido crecimiento de conventos, correspondía el aumento de vocaciones a la Orden. Y así vemos en

una estadística de la Orden del año 1613, que a los 15 años de la fundación del primer convento en Aragón, que, como queda dicho, fué el de Zaragoza, contaba la provincia de Aragón con 22 Padres predicadores, 28 simples Padres, o no predicadores, 64 clérigos o coristas y 38 Hermanos legos, que hacían un total de 162 religiosos, que moraban en los siete conventos edificados en dicho año, sin contar los novicios y postulantes.

Según la estadística geográfica de la Orden, impresa el año 1712, el personal de la provincia se componía de 266 Padres, 50 coristas y 94 Hermanos legos, que vivían en los dieciocho conventos que entonces tenía la provincia, aparte de los novicios, donados y postulantes.

Al tiempo de la exclaustación del pasado siglo, todavía contaba la provincia de Aragón con el mismo número de conventos que tenía hacía muchos años, con la diferencia de que el décimonono era el de Calanda, fundado el año 1750.

A continuación damos algunas noticias de cada uno de los mencionados conventos.

I

CONVENTO DE ZARAGOZA

Este fué el primero de todos los de Aragón, sede provincial y casa de noviciado durante los primeros años. Empezó su construcción el año 1597 y se inauguró el 21 de Mayo de 1598, siendo General de la Orden el P. Jerónimo de Sorbo.

Levantóse extramuros de la ciudad y a una distancia de un kilómetro, poco más o menos, como era costumbre entre nosotros, por ser el espíritu y la letra de las Constituciones. Construyóse a expensas de un caballero zaragozano muy piadoso y afecto a la Orden, D. Juan Morales, que murió santamente a los dos años de haberse retirado a vivir en el convento. Estaba dedicado a San Juan Bautista, que era el titular de la iglesia; y el sello del convento tenía la imagen del Santo en actitud de administrar el bautismo a Jesucristo.

En la actualidad no existe el edificio, pero se señala el lugar donde estuvo emplazado, que es el que ocupa el Cuartel de Hernán Cortés, y la carretera que pasa junto a él se llamaba carretera de Capuchinos, y el canal de agua que pasa por allí se denominaba *Riego de Capuchinos*, como apareció en el plano de Zaragoza.

El ensanche de la ciudad y la edificación sobrepasan el lugar que ocupaba el convento, denominándose la calle, Avenida de Hernán Cortés.

II

CONVENTO DE TARAZONA

El segundo de los fundados en Aragón fué el de Tarazona, sede episcopal, siendo obispo de la misma el Sr. D. Diego Yeppes, el 31 de octubre de 1599, o sea, al siguiente año de la fundación del de San Juan Bautista de Zaragoza. Concluyéronse las obras el año 1603. Fué su fundador y patrono, como consta en una lápida que hay en la iglesia sobre la tumba del mismo, el Dr. D. Miguel de Orta, Protonotario apostólico y canónigo arcediano de la santa iglesia catedral de dicha ciudad de Tarazona. El titular del convento era el Patriarca San José. Todavía hoy se conserva la iglesia, y gran parte del convento (con su clásico pozo en el interior de un palio y bajo cubierto), el cual está convertido en vivienda, y se divisa lo que fué la huerta.

III

CONVENTO DE CALATAYUD

Este convento de Calatayud, ciudad de la provincia de Zaragoza y perteneciente en lo eclesiástico a la diócesis de Tarazona, de la cual era Obispo el ya mencionado Sr. Yeppes,

se inauguró en el reinado de Felipe III, el día 6 de Enero del año 1600.

Fué fundador del mismo el Sr. D. Martín Alejandro, y sin duda por eso fué dedicado el convento a San Martín, Obispo de Tauris, siendo éste el titular de la iglesia por llamarse su fundador con el mismo nombre. El sello llevaba la imagen del Santo dando parte de su manto a un pobre, como de ordinario suele pintársele.

IV

CONVENTO DE HUESCA

El cuarto convento fué el de Huesca, sede episcopal. Se llevó a cabo su fundación el día 20 de Junio de 1602, siendo Obispo de la diócesis en aquel tiempo el Ilmo. Sr. don Diego de Monreal, y General de la Orden, San Lorenzo de Brindis. Estaba dedicado a San Orencio, Obispo de Aux, el cual era titular de la iglesia y se ostentaba en el sello. No hubo fundador especial como en los anteriores conventos.

V

CONVENTO DE CASPE

Fué fundado en esta villa, perteneciente al arzobispado de Zaragoza, el año 1605, cuando regía esta archidiócesis el Excmo. Sr. D. Tomás de Borja. Estaba dedicado a Santa Bárbara, virgen y mártir, que era su titular y se ostentaba en el sello del convento. No se sabe que tuviera fundador especial

VI

CONVENTO DE BARBASTRO

El sexto fué el fundado en la ciudad de Barbastro, sede episcopal, aunque perteneciente en lo civil a la provincia de Huesca, cuyo Obispo era a la sazón el Ilmo. Sr. D. Juan de Moriz de Salazar. Se inauguró el mes de Sēptiembre de 1608. Era el titular de la iglesia la Inmaculada Concepción de la Virgen María, toda ella circundada de rayos por todas partes y de la misma manera se ostentaba su imagen en el sello del convento.

VII

CONVENTO DE ALCAÑIZ

Este convento de Alcañiz, ciudad del arzobispado de Zaragoza, fué inaugurado el día 5 de Enero de 1612, en cuyo tiempo gobernaba la diócesis el Ilmo. Sr. D. Pedro Enríquez. El titular y el sello era la Virgen del Pilar, rodeada de ángeles. Lo tienen en la actualidad las Hermanitas de los Pobres.

VIII

CONVENTO DE EPILA

Fué fundado este convento el 7 de Enero de 1621, por el excelentísimo señor don Antonio Jiménez de Urrea, siendo Arzobispo de Zaragoza, a cuya diócesis pertenecía la villa de Epila, el Ilmo. Sr. D. Pedro González de Mendoza, y General de la Orden el Rvsmo. P. Clemente de Noto.

El titular de la iglesia y el sello del convento era el Patriarca San José. El antiguo convento, convertido en hospital, está al cuidado de las Hermanas de la Caridad.

IX

CONVENTO DE BORJA

El noveno de los conventos fundados en Aragón fué el de Borja, ciudad de la provincia de Zaragoza, perteneciente al obispado de Tarazona, del cual era Obispo D. Martín de Terrer. Se colocó la primera piedra de este convento el 26 de Junio de 1622 y acabóse su edificación dos años más tarde. El titular y sello del mismo era la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Fueron sus fundadores D. Juan de Pradilla y su mujer D.^a Gracia de Rada, según consta en una lápida que cierra su sepulcro que está en la iglesia del convento.

Hoy día está convertido en Hospital Sancti Spiritus, servido por las Hermanas de la Caridad. Su bella iglesia, aunque algo retocada, conserva indelebles recuerdos y austeros vestigios de la pobreza y sencillez capuchina.

Este convento (asi como más tarde el de Lerín de Navarra), sirvió de Colegio de Misioneros entre los religiosos de Aragón en el que sus moradores llevaban una vida de singular austeridad y ejemplaridad.

X

CONVENTO DE ATECA

Llevóse a cabo la fundación de este convento en la villa de Ateca, perteneciente a la diócesis de Tarazona, el día 25 de Enero del año 1624, siendo Obispo de ella el mismo don Martín de Terrer. El titular de la iglesia y el sello del convento era nuestro padre San Francisco en actitud de recibir la impresión de las sagradas llagas.

XI

CONVENTO DE FRAGA

Fundóse este convento en la villa de Fraga, el día 23 de Junio del mismo año que el anterior (1624), en la diócesis de Lérida, si bien en lo civil pertenecía dicha villa a Aragón, siendo Obispo de la misma el Ilmo. Sr. D. Antonio Serra. Titular y sello fueron los mismos que en el de Ateca, la Impresión de las Llagas de nuestro P. San Francisco.

XII

CONVENTO DE ARANDA

Fundóse este convento de Aranda el 21 de Octubre de 1625. Fué el duodécimo de la provincia y pertenecía a la archidiócesis de Zaragoza, de la cual era Arzobispo el Excelentísimo Sr. D. Juan de Peralta. El titular y sello del convento era San Ramón mártir en el acto de ser bautizado por San Lorenzo.

XIII

CONVENTO DE EJEJA DE LOS CABALLEROS

Esta fundación se llevó a cabo con la licencia del Ilustrísimo Sr. D. Martín de Terrer, entonces Arzobispo de Zaragoza, el mismo que, siendo Obispo de Tarazona, había autorizado las fundaciones de Borja y Ateca, y tuvo lugar el 21 de Septiembre de 1629. El titular de la iglesia era San Francisco y el sello ostentaba su imagen, aun cuando en algún manuscrito se diga que el sello llevaba la Inmaculada Concepción. Fueron fundadores D. Pedro Aznárez, caballero

del Hábito de Santiago, y su mujer doña Rafaela León y Baraiz, a cuyas expensas se fabricó el convento.

Fué incendiado el año 1706 por los partidarios del Duque de Anjou, al mismo tiempo en que era saqueada la villa de Ejea, por ser ésta partidaria del Archiduque de Austria, pretendiente al trono de España. Ensañáronse con el convento de Capuchinos porque, según se refiere en el "Lumen Vitae" del convento, los del pueblo se hicieron fuertes y resistieron al enemigo desde el edificio principalmente, como si fuera una fortaleza. Con este motivo lo abandonaron los quince religiosos que en él moraban, algunos de los cuales fueron hechos prisioneros y sufrieron con este motivo muchas molestias, vejaciones y trabajos, muriendo dos de ellos en la cárcel de Pamplona. Al poco tiempo se volvió a tomar, pero fué de nuevo desamparado. Tornados de nuevo a él, ya no lo abandonaron hasta el día 2 de Febrero del año 1836, en que por efecto de la ley de exclaustación salieron de él definitivamente.

XIV

CONVENTO DE TERUEL

El décimo cuarto convento de Aragón fué el de Teruel, fundado el 22 de Enero de 1632, siendo Obispo de dicha ciudad el Illmo. Sr. D. Pedro Apaolaza. El titular y el sello eran la Virgen del Pilar. Su fundador el Illmo. Sr. D. Lupercio de Arbice.

XV

CONVENTO DE TAMARITE

Se fundó el día 1.º de Mayo de 1632, siendo Obispo de Lérida, a cuya jurisdicción pertenecía este pueblo, el Ilus-

trismo Sr. D. Pedro Antonio Serra. Estaba dedicado a San Francisco, nuestro Padre, y ostentaba en el sello su imagen, y no como algún manuscrito afirma que el sello era de la Inmaculada Concepción circundada de rayos. Tuvo por fundador a D. Santiago Maúl y Cerbellón.

XVI

CONVENTO DE ALBALATE

Llevóse a cabo la fundación del convento de la mencionada villa el año 1634 en que era Provincial de Aragón el P. José de Paracuellos. Aunque no tuvo fundador conocido, se sabe no obstante, que les fueron entregados a los Capuchinos mil escudos que D.^a Ana Jerónima Pastor había dejado en testamento con el fin de ayudar a sufragar los gastos que ocasionara la fundación de un convento en Albalate.

Muchas fueron las vicisitudes por las que atravesó el convento. El año 1707 fué la Comunidad desterrada de la villa, y aun sin saberse de cierto la causa de semejante injusticia, parece verosímil que obedeció a la misma causa que el incendio del convento de Ejea un año antes, o sea que esta expulsión fué debida al deseo del gobierno de acuartelar en el convento las tropas de Felipe V, a la sazón en guerra con el pretendiente al trono de España, el Archiduque Carlos. Es lo cierto, que el convento fué por este tiempo cuartel militar, y cuando éste fué desalojado por las tropas el 1711, volvió la Comunidad a habitarlo, siendo recibida triunfalmente por el clero y pueblo de Albalate.

El año 1787 se hospedó en este convento el Beato Diego de Cádiz, durante la misión que del 1 al 7 de Enero predicó en la parroquia del pueblo. La misión, como consta en la vida de este Misionero, fué extraordinaria por el concurso de fieles, llegando a reunirse más de 12.000 personas de los treinta pueblos que acudían a escuchar a este santo apóstol.

También parece deducirse de algunos datos conservados en los libros parroquiales de la villa, que el convento fué clausurado durante los años de la guerra de la Independencia.

Expulsados los religiosos el 1835, el convento fué destinado a cuartel y la iglesia a caballeriza.

Después de las últimas guerras civiles, el Ayuntamiento se hizo dueño del convento en el que establecieron las escuelas municipales; y la iglesia, una vez purificada, se abrió al culto como ayuda de parroquia. En la actualidad está ocupado el edificio por las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, hallándose instalado en él un hospital, un colegio y las escuelas municipales.

El titular y el sello del convento eran San Francisco recibiendo las Sagradas Llagas.

XVII

CONVENTO DE DAROCA

El año 1641 concedió la Santidad del Papa Inocencio X, que los Capuchinos se trasladaran del convento de Fraga, y con el precio de la venta de ese convento se establecieron en el lugar de Daroca. El sello ostentaba el Tránsito de San Francisco, era su imagen en actitud de subir al cielo.

XVIII

CONVENTO DE COGULLADA

El décimo octavo convento de los fundados en Aragón fué el de Nuestra Señora de Cogullada, término municipal de Zaragoza, distante algunos kilómetros de la ciudad, a orillas del Gállego. Llamóse así porque, según la tradición, fué descubierta esta Virgen, que en la iglesia se venera, a una

piadosa mujer por una alondra o cogullada que posándose en la mano de un niño Jesús de talla sentado en los brazos de una efigie de la Virgen, con su significativo canto no cesó hasta dar a conocer el lugar donde se hallaba la venerada imagen oculta en la espesura de un matorral. En el sitio del hallazgo erigióse una capilla que, andando el tiempo fué restaurada el 17 de septiembre por el Excmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza Sr. D. Pedro de Apaolaza, colocando él mismo en el nuevo tabernáculo la milagrosa imagen.

En 1651 se hicieron cargo del Santuario los Capuchinos, construyéndose al efecto un convento adosado a la iglesia, siendo su fundador D. Claudio Mateo Sorbes, canónigo de la Iglesia Metropolitana de Zaragoza, inaugurándose el 10 de agosto de dicho año.

El sello así como el titular de la iglesia fué la Virgen María de la Cogullada. Fué residencia del Provincial, y desde esta fecha, gracias al esmerado culto con que fué venerada la Santísima Virgen bajo este título, el convento adquirió mucha importancia. El año 1654 se colocó aquí el noviciado por haberse destinado el primitivo convento de Zaragoza a hospital.

Son varios los prodigios que se atribuyen a esa maravillosa Imagen de Nuestra Señora de Cogullada.

En 1836 viéronse obligados a retirarse y abandonaron el santuario sus moradores, solícitos guardianes y capellanes de María durante cerca de dos siglos.

A principios del siglo XX y a causa de la expulsión de los religiosos de Francia, se posesionaron de ese convento los Padres Benedictinos Franceses, quienes con su trabajo callado y constante, proverbial en los miembros de dicha Orden, restauraron el edificio introduciendo en él importantes reformas y promovieron el esplendor del culto en la devota iglesia, en la que todavía se ven los vestigios de la pobreza Capuchina.

En la actualidad es propiedad de la Caja de Ahorros Provincial de Zaragoza, la cual ha llevado a cabo notables mejoras y ampliaciones transformándolo en un grandioso y soberbio edificio. Está destinado a albergar más de un centenar de

jóvenes que al mismo tiempo que adquirieran una instrucción agrícola teórica y práctica, cultivando aquella feracísima vega del Gállego, reciban también una esmerada educación moral y religiosa.

El cuidado de los mismos corre a cargo de las religiosas de Santa Ana.

CONVENTO DE CALANDA

Este fué el décimonono y último convento de los fundados por los nuestros en Aragón.

Fué construído a expensas de D. Antonio Solana y D.^a María Jimeno, residentes en Zaragoza y con ayuda del pueblo.

Estuvo dedicado a San Antonio de Padua. La iglesia era muy capaz y de tres naves.

Cuando la expulsión de los religiosos el año 1835, la Comunidad se componía de doce sacerdotes, un corista, cuatro legos y cuatro donados. Los religiosos no sufrieron daño alguno en esta ocasión, por haber salido del convento antes que llegaran las tropas de Alcañiz.

Del antiguo convento no queda más que los cimientos, sobre los cuales se levantó otro para los Padres Carmelitas. Abandonado por éstos, lo habitan actualmente los Padres Dominicos.



Según consta en el Capítulo Provincial celebrado en Zaragoza el año 1833, que fué el último antes de la exclaustración de los religiosos, en el año 1835, en esa fecha nada se había alterado el número de conventos, pues aparecen nombrados los Guardianes y Vicarios de todos ellos por el mismo orden de antigüedad y cronológico en que los hemos enumerado y descrito en este trabajo.

ESPÍRITU RELIGIOSO DE LOS PRIMEROS CAPUCHINOS

La expansión y desarrollo extraordinario de la Orden en España en tan corto espacio de tiempo, la multiplicación de conventos y el incesante aumento de vocaciones, tanto de seculares como de religiosos de otras órdenes, no podía reconocer otra causa o motivo sino el espíritu interno que animaba a los primeros capuchinos, el espíritu genuinamente seráfico que difundía sus resplandores por todas partes, juntamente con toda la secuela de las más excelentes y heroicas virtudes que le son inseparables, las cuales causaban admiración y estupefacción en las gentes y las arrastraban a nuestra Religión.

Este espíritu no era otro que el espíritu de penitencia, de abnegación, de humildad, de pobreza, de oración y contemplación.

El P. Miguel de Valladolid, compelido de la obediencia de su Provincial para anotar y escribir, muchos años después, las vidas de los capuchinos que florecieron al principio de la instauración de los nuestros en España, describe el espíritu que en general animaba a los religiosos, y en el cual habían sido iniciados por su fundador y primer superior P. Arcángel de Alarcón.

Nada más elocuente que referir las mismas palabras del cronista para que el lector pueda formar un juicio exacto del espíritu de nuestros Padres en los principios de la fundación.

“Con este grado de mortificación, escribe el citado Padre (1), se comenzó a caminar de Santa Madrona a Santa Eulalia, con él se prosiguió en Santa Eulalia la fundación de

(1) Biografía Hispano-capuchina, pág. 491, n.º 21.

esta provincia (1) y con él se caminó tanto tiempo que llegó el P. Fr. Arcángel de Alarcón a ver un buen número de conventos y religiosos, y *muchos de éstos tan* aprovechados en el desprecio de sí mismos que, olvidados de todo lo que hay en el mundo, se transformaban en Dios por amor y por largos intervalos de tiempo quedaban como insensibles.”

Sabía este Padre (el P. Alarcón) que si el grano de trigo sembrado en la tierra no muere, carece de fruto, y porque deseó cogerle en abundancia, no sólo insistió en mortificar en sí y en los de su compañía el apetito de la propia estimación, mas aun puso particularísimo cuidado en arrancar cuanto es posible las raíces del amor propio, mediante la mortificación de los sentidos. Y para lo primero insistió en que se acostumbrasen los frailes a no avergonzarse de ir cargados por la ciudad de Barcelona con las cosas que habian menester para el servicio de la casa, como son escobas para barrer, espuelas para llevar la basura, esteras y tablas para dormir, vasos para hacer la colada, cántaros para el agua y sarmientos con que calentarse en tiempo frío y todas las demás cosas que podían llevar.”

Como el recogimiento, silencio y oración son los medios eficaces para alcanzar el amor de Dios y las virtudes, quiso el P. Alarcón que se guardase en los conventos estrechísimo y casi perpetuo silencio, y además de las dos horas diarias de oración señaladas por las Constituciones y acostumbradas en todas las provincias de la Orden en Italia, la una, después de los Maitines a media noche y la otra por la tarde, antes de la cena, añadió en España una tercera hora de oración, antes de la comunión y respectivamente de la celebración de la Misa. En los días festivos aun se prolongaba más este ejercicio y las demás devociones, pues los religiosos no salían del coro durante toda la mañana desde Prima hasta la hora de la comida al mediodía.

De aquí provenía el recibir los religiosos grandes favores y dones de Dios, como don de lágrimas, de arrobamiento, de

(1) La de Cataluña.

éxtasis y otros excesos mentales, poniendo a la vez así los superiores como los súbditos tanto empeño en ocultar estos favores celestiales a los ojos de los mortales, que los superiores reprendían a los que los tenían, o mejor dicho, procedían, como si estuviera en sus manos el evitarlos. Y aconteció alguna vez que algunos quedaban en éxtasis en el mismo acto en que eran reprendidos por ello.

A pesar de esto estaban tan alegres y contentos los religiosos que no echaban en falta los deleites de los sentidos y de la gula. Según dicho cronista, era tan pobre su comida ordinaria, que el día de San Francisco en que suele permitirse una comida más exquisita y abundante, consistió la del convento de Santa Eulalia, que era la casa matriz y residencia del provincial, en pan cocido con aceite por no tener carne, ni otra cosa mejor.

No pedían limosna de viandas delicadas, y cuando en alguna ocasión las enviaban los devotos y bienhechores, recibían lo que les era necesario y lo sobrante lo rechazaban.

La comida ordinaria de los conventos fué siempre una sola escudilla de legumbres o habas cocidas y una ensalada con vinagre, sin otro principio ni postre, porque la fruta no la guardaban mucho tiempo y se servían de ella en las colaciones.

Para que la carne no se rebelase contra el espíritu o al menos no tuviese fuerzas para los vicios que hacen guerra a la castidad, los religiosos sanos andaban descalzos sin sandalias, dormían sobre las tablas desnudas, y cuando el frío era intensísimo, sobre esteras, y se vestían del paño más vil y austero que conocían, que era el sayal de Génova y de Sicilia, aunque érase permitido por las Constituciones las sandalias y los jergones y los paños de la región en que se vive, que eran algo menos austeros y más finos que los paños extranjeros.

La pobreza no desmerecía en nada de la mortificación. No sólo se echaba de ver en la comida y en el vestido, como queda dicho, sino, que campeaba y brillaba de un modo especial en los edificios. Estos los hacían más pobres y viles aún de lo que pudieran construirse conforme a las constituciones de la

Orden, a pesar de que requerían que nuestros edificios fueran pobrísimo. Aun hoy día puede comprobarse la verdad de esta afirmación, por los vestigios que nos han quedado de los construídos en aquel tiempo.

Ponían sumo cuidado y empeño en la mortificación del amor propio, en el desprecio de sí mismos y del mundo porque se les acostumbraba a ir cargados por la ciudad de Barcelona y por otras también con las cosas que habían menester para el servicio de la casa. Al cambiarse de convento o de casa, ellos mismos llevaban sobre sus hombros sus muebles. Y hacían otras penitencias públicas por la ciudad, las cuales si entonces edificaban a las gentes, hoy ni sería prudente hacerlas, ni serían bien recibidas de los pueblos.

Con este mismo espíritu se fundó la provincia de Aragón, porque los mismos que fundaron la Orden en España, intervinieron también en la fundación de esa provincia, y los demás que vinieron a Aragón religiosos educados en Cataluña recogieron ese espíritu y lo plantaron en la nueva provincia, como el venerable Hermano Fr. Francisco de Daroca, hermano lego, muerto en olor de santidad, y otros muchos.

Una prueba inconcusa, viviente de ese espíritu, es el conjunto de biografías que en esta obra se relatan.

Pero no podemos resistirnos a referir algunas noticias que nos ponen de relieve el espíritu de caridad, que es la reina de todas las virtudes, del cual estaban tan poseídos aquellos primeros religiosos que llegaban hasta el heroísmo, hasta el sacrificio de la vida, del cual dieron patentes muestras todos los conventos de la provincia, en la que los religiosos se ofrecían a porfía a los Superiores para asistir a los enfermos en las epidemias o pestes que se desarrollaban por las poblaciones asolándolas con terrible mortandad. El Doctor D. Vicente Bardaviú, en su historia de Albalate, nos pone de manifiesto el espíritu de caridad, heroísmo, abnegación y sacrificio de que dieron prueba los capuchinos de aquella Comunidad en una peste que sobrevino en dicha villa el mes de julio del año 1648, ocasionando numerosas víctimas, lo cual solían hacer poco

más o menos en todos los conventos en casos semejantes, como consta por las biografía de los religiosos.

“Por el mes de julio del año 1648, dice el citado historiador, se declaró la peste en la población. En un principio los religiosos se concretaron a cumplir con el ministerio sacerdotal, prestando los auxilios espirituales a los enfermos, pero viendo a los pobres enfermos abandonados de sus vecinos por temor al contagio, y los cadáveres de los que fallecían insepultos por la misma causa, se dedicaron a prestar también los auxilios corporales y a ejercitar las obras de misericordia haciendo de enfermeros y dando sepultura a los muertos.”

“Desde el principio comenzaron los religiosos a asistir a los enfermos en sus casas ayudándoles a bien morir; e ignorando ellos la malicia del accidente, apenas se puso cuidado por su parte para librarse del contacto, aliento y vaho; y fué caso maravilloso, que asistiendo de día y de noche a los apesados tan numerosos y con tanta mortandad, por espacio de mes y medio que tardó en tenerse noticia perfecta de la malignidad del contagio, no tuvieron los religiosos ni una leve desgracia.”

“No por saber el grande riesgo que se corría de contagiarse, según dictamen de los médicos, cambiaron de conducta; antes bien, continuaron asistiendo, confesando y ayudando a bien morir, sirviendo además a los enfermos en cuantos menesteres los necesitaban, porque asustado el vulgo ante el espectro de la muerte, todo fué llanto y aflicción; y siendo la mala alimentación el mayor peligro para tal enfermedad, hubieron de aumentar su esfera de acción, atendiendo no sólo a lo espiritual sino también a lo temporal.

Fr. Marcos de Maluenda y Fr. Francisco de Alcañiz, iban haciendo una tarde la limosna y hallando dos difuntos que no tenían quien los llevase a enterrar, dejaron las alforjas y cargando con ellos cumplieron tan grande obra de misericordia.

El P. Fr. Diego, de Zaragoza y Ambrosio de Huesca, fueron a ayudar a bien morir al cirujano de la villa y fué tal la descomposición y hediondez de su cadáver, que no hubo quien

osara acercarse a la casa; mas ellos, sin otra solemnidad que cargárselo sobre sus hombros, lo llevaron a la sepultura.

En estas circunstancias se tomó la determinación de aislar a los enfermos en el Palacio Castillo del Arzobispo. Comenzaron a subir los enfermos; y los religiosos a servirles, si bien no quedaban de asiento en el castillo, esperando la resolución del P. Provincial. Todo era confusión y apuro, porque habiendo de subir y bajar constantemente para todo lo necesario, incluso para los sacramentos, el peligro de contagio subsistía, por la mutua comunicación. Por esto, el P. Guardián dispuso que cuatro se quedasen arriba sin bajar para nada a la población.

Como era de esperar el Provincial aprobó lo hecho, animando a los religiosos a sacrificarse en aras de la caridad. Se puso la reserva del Sacramento en la capilla del castillo, y se subieron los santos óleos para administrar la Extrema Unción. Además como no hubiera quien quisiera subir a servir a los enfermos, tuvieron que encargarse los religiosos de todos los servicios materiales, e incluso hicieron de cirujanos. Es cierto que a la puerta del castillo había siempre gente para subir lo que era menester pero no entraban dentro.

Los religiosos que subieron al castillo y sirvieron a los enfermos fueron los PP. Fr. Francisco de Miedes; Antonio de Fraga; Lucas de Borja; Tomás de Huesca; Diego de Zaragoza, y los hermanos Fr. Francisco de Valtierra; Pedro de Salvatierra; Francisco de Alcañiz; Ignacio de Pamplona, y Domingo de Torres.

“Cuando el superior refería a la Comunidad los hechos heroicos que las crónicas capuchinas refieren de los antiguos padres, todos los religiosos del convento se ofrecían generosos al peligro, armándose entre ellos empeñada porfía por quiénes habían de ser los preferidos.”

Pecieron víctimas del contagio más de cuarenta y los que sanaron de la enfermedad llegaron a 150. En el castillo había unos 30 graves y 80 convalecientes.

Entre los muertos, figuraron el P. Francisco de Miedes, que fué el primero en ofrecerse desde el púlpito, y el P. Lucas de Borja. El P. Antonio de Fraga, el P. Diego de Zaragoza, Fr. Francisco de Valtierra y Fr. Ignacio de Pamplona, cayeron también enfermos, pero sanaron.

ESPÍRITU MISIONAL DE LA PROVINCIA DE ARAGÓN

. El celo es el que hace al misionero. Y procediendo éste de la caridad, como efecto de su propia causa, síguese que cuanto mayor y más ardiente es la caridad, tanto más intenso y fervoroso es el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Y siendo el espíritu de la Orden Seráfica, espíritu de caridad, de ardiente amor a Dios, del cual participaban de manera tan sorprendente los primeros capuchinos que propagaron la Orden en España y formaron la provincia de Aragón, por necesidad, debía manifestarse entre ellos un gran espíritu misional, como en efecto sucedió.

El año 1618, cuando la provincia de Aragón estaba todavía en los comienzos de su formación y desarrollo, el Rey del Congo D. Alvaro III, pidió al Papa Paulo V. enviase misioneros a su reino que estaba sin sacerdotes católicos. Decretó Su Santidad que fuesen a dicha misión doce capuchinos y que éstos fuesen españoles, ya que era necesario el auxilio y la cooperación del Rey de España y el viaje forzosamente también tendría que efectuarse por vía de España. Como entonces se hallasen en el Capítulo General que se celebraba en Roma, los Provinciales y Custodios de las provincias de España, presentáronse al Capítulo reunido, el embajador del Rey del Congo D. Juan Bautista Vives y el embajador de España Eminentísimo Cardenal Trejo, quienes manifestaron a los capitulares los deseos del Rey del Congo y del Sumo Pontífice, a quien gustaría pasaran con tal fin al Africa capuchinos españoles, con preferencia a los demás. El Capítulo escuchó con sumo rendimiento la propuesta y respondió que estaban prontos a

ejecutar cuanto su Santidad se dignase ordenar acerca de este asunto.

No pudo, sin embargo, disponerse con la presteza deseada, pero ya el año 1621 el Papa Paulo V designó superior de esta misión al P. Luis de Zaragoza, llamado por otro nombre. "El Caspense", de quien más adelante haremos mención especial, para que escogiendo doce religiosos españoles, los que fueren más de su agrado y creyese más a propósito, se partiera a la conversión del reino del Congo. Dióle Su Santidad una carta de presentación de los Misioneros al Rey, de aquella misión, muy laudatoria para los capuchinos. No podemos resistirnos al deseo de transcribir aquí dicha carta; no sólo por el singular afecto claramente revelado en ella hacia nuestra Orden Capuchina, sino también y mucho más porque en ella se ve confirmado cuanto decimos del celo de los nuestros por la gloria de Dios y salvación de las almas, y alaba el buen olor de santidad que difundían por todas partes con su buen ejemplo, su espíritu de pobreza y desprendimiento de los bienes y riquezas terrenales, y por su gran copia de riquezas espirituales, como son la virtud y la ciencia. Dice así:

PAULO V, PAPA

a nuestro carísimo hijo en Cristo, Alvaro, Itre. Rey del Congo.

Carísimo hijo nuestro en Cristo, Salud y apostólica bendición:

Enviamos a Tu Majestad unos varones religiosos de la Orden Franciscana, de la más estricta observancia de la regla, a los que llamamos Capuchinos, como Nos los habías pedido por carta y por mediación de tu orador y representante nuestro amado hijo Juan Bautista Vives, refrendario de la Signatura Apostólica. Estos, abrasados por el celo de la honra de Dios y de la salvación de las almas, marchan ahí para luchar con denuedo con el enemigo del género humano.

Es ciertamente pequeña la grey, pero armada con la virtud de Dios a modo de un poderosísimo ejército, triunfará con la gracia divina, de la impiedad y de los vicios por todas esas regiones. Y no será gran cosa y extraña, si aquel Señor que, por medio de doce Apóstoles enviados por todo el mundo, ahuyentadas por todas partes las tinieblas del error, lo llenó todo con la luz de la divina verdad, El mismo obre estas cosas en tu reino y en todos los lugares circunvecinos por medio de estos doce religiosos que con su superior van al Africa para su gloria y la salvación de tantos pueblos. Tu Majestad recibirá al mismo Cristo en estos sus pobres que han renunciado a todas las cosas del siglo para unirse más firmemente a su Dios y servirle con mayor fidelidad. Van, es verdad, enteramente desprovistos de los bienes exteriores y caducos, pero llevan consigo y son ricos de las verdaderas y sólidas riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios con que poder enriquecer copiosamente las naciones del Africa. Y no nos cabe la menor duda, que tu singular piedad, que ha llamado a su lado con tanto interés a religiosos procedentes de tan remotos países, les favorecerá y protegerá con un benigno patrocinio cuando los tenga en su presencia. Pues de esta manera acontecerá que darán el fruto deseado con su llegada a Tu Majestad, y que estos religiosos movidos por el ejemplo de esto y animados con tu celo y benignidad, partirán de nuestro continente alegres y confiados para esas regiones con el fin de promover esta gran obra de Dios, y con sus oraciones y fiel cooperación, te serán de no pequeña ayuda. Nos, que llevamos a Tu Majestad con afecto verdaderamente paternal en lo más íntimo de nuestro corazón en las entrañas de Jesucristo, y que consideramos todas tus cosas y bienes, como propios nuestros, no dejaremos de auxiliarte, de todos los modos que podamos con el Señor.

Mientras tanto, rogamos con empeño al Señor que con la afluencia de su santa gracia, conceda toda clase de felicidades a Tu Majestad, a quien de nuevo y con todo el afecto de nuestra alma damos Nuestra paternal y Apostólica bendición.

Dado en Roma, en Santa María la Mayor, bajo el anillo del

pescador, el día trece de Enero del año 1621, el décimo de Nuestro Pontificado.”

En esta carta aparece manifiesta la piedad de Paulo V y su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, así como también la gran estima en que tenía a nuestra Religión por su espíritu misional, pues no duda afirmar, que los doce Capuchinos escogidos para el Congo, pueden hacer en aquellas regiones lo que hicieron los Apóstoles desparramados por todo el mundo.

Con este motivo, el P. Luis de Zaragoza, nombrado Comisario General de la expedición, envió una carta circular por todas las provincias de España, dando cuenta de la Comisión que el Santo Padre le confiara. Y fueron tantos los religiosos que respondieron con el “*Ecce ego, mitte me*”, y se ofrecieron para esta empresa que, según afirma el P. Anguiano (1), pasaron de cuatrocientos, contándose entre ellos un crecido número de Provinciales, Definidores, Guardianes y Lectores de teología, prueba bien patente del espíritu misional que reinaba entre los Capuchinos españoles en aquel tiempo.

Por desgracia, tampoco pudo llevarse a cabo esta expedición, entre otras causas, por dos grandes contrariedades que acaecieron en este año de 1621, la muerte del Papa Paulo V y la del Rey de España, Felipe III.

Fueron tantos los óbices y contratiempos que se interpusieron a la realización de este proyecto, sin que nos sea posible puntualizarlos, a pesar de la buena voluntad de los religiosos, que no pudo marchar la expedición de Misioneros hasta 22 años después. El año 1643 marcharon al fin doce Misioneros, de los cuales cinco eran italianos, cuatro españoles de las distintas provincias y tres de la provincia de Aragón, a saber, el P. Miguel de Sesa, Fr. Francisco de Pamplona y Fray Jerónimo de la Puebla. Fr. Francisco de Pamplona, fué el encargado de preparar todo lo relativo al material de la expedición, y de tratar con el Rey de España cuanto fuera necesario para que éste prestara su auxilio a los Misioneros. Esta

(1) Vida de Fr. Francisco de Pamplona.

expedición no pudo salir hasta el 20 de enero de 1645, arribando felizmente al término del viaje el 25 de mayo del mismo año, gracias al celo, valor y pericia del venerable Fr. Francisco.

Al poco tiempo, un año escaso, ya estaba el siervo de Dios Fr. Francisco de vuelta en España, enviado por el Superior de la expedición, juntamente con el P. Miguel de Sesa, para entrevistarse con el Rey de España y con el Papa y preparar otro envío de Misioneros al Congo, y logró preparar otra expedición compuesta exclusivamente de religiosos italianos y entre ellos, el H. Fr. Félix del Villar, aragonés.

Al mismo tiempo, recibió Fr. Francisco orden del P. General y del Papa para conducir Misiones a América, Panamá, para lo cual era necesario conseguir el beneplácito del Rey y los despachos del Consejo de Indias, y todo satisfactoriamente arreglado se embarcó con sus compañeros y llegó a Panamá el año 1648.

Como los operarios fueron pocos para tan grande mies, como se les ofrecía entre aquellos indios, preparó otra expedición para las islas de Barlovento, llamadas de Granada, la Dominica y Matalino, muy pobladas de indios salvajes y fieros, y él marchó llevando consigo religiosos de la sola provincia de Aragón el año 1650. Estaba compuesta de los siguientes religiosos: Padres Lorenzo de Magallón, Prefecto, Antonio de Monegrillo y Lorenzo de Belmonte, y el Hermano Fr. Francisco de Pamplona.

De estas islas tuvieron que pasar nuevamente a Cumaná, y a esta provincia de Venezuela es a donde envió la provincia de Aragón gran número de Misioneros, ejercitando en ella su ministerio y apostolado misional durante muchos años, hasta conseguir su completa civilización y evangelización, como veremos en el curso de esta historia.

Los Capuchinos españoles no pudieron ni prosperar, ni estabilizarse en las misiones de Africa por la rivalidad entre España y Portugal, nación ésta cuyos gobernantes dificultaban la entrada de los capuchinos españoles en sus posesiones de Africa por temor a que trabajaran por España en sus colo-

nias; esta gloria quedó para los capuchinos italianos. En cambio arraigaron en Venezuela y se extendieron por esta nación, repartiéndose con el tiempo el territorio de tan dilatada y vasta colonia, todas las provincias capuchinas de España, siendo los primeros en llegar y señalar la ruta los religiosos de la provincia de Aragón quienes escribieron en aquella misión la página más brillante de su historia, hasta llegar a la completa evangelización y civilización de los indios allá por los años de 1820 en que se declaró la independencia nacional de la República y tuvieron que retirarse los Misioneros.

PRIMERA PARTE

FRUTOS DE SANTIDAD

FRUTOS DE SANTIDAD

P. IGNACIO DE MONZÓN

La biografía Hispano Capuchina del cardenal Vives, dice acerca de este siervo de Dios lo siguiente: El P. Ignacio, de Monzón, natural del reino de Aragón, militar español, adornado de todas las virtudes, singularmente de la pureza virginal que conservó hasta su último suspiro, antes y después de su muerte glorioso en milagros, murió el 18 de Diciembre de 1614, en nuestro convento de Orihuela, después de haber ilustrado con sus virtudes las provincias de Milán, Cataluña y Valencia, dando nueva gloria a la de Aragón donde nació. Su vida y milagros están autenticados con públicos instrumentos que de orden del Obispo de Orihuela y otros preladados, se formaron.

Desde su dichoso fallecimiento no ha cesado ni la devoción del pueblo en solicitar de él el remedio de sus males, ni la intervención del siervo de Dios en favorecerlo”.

“Hemos publicado la maravillosa vida de este ilustre capuchino en la Tipografía Vaticana, habiendo al efecto arreglado y corregido los antiguos manuscritos de la provincia de Valencia. Por esta razón, remitimos al lector a dicha obra, anunciándole que se trabaja actualmente con empeño en promover la causa de beatificación de tan santo Varón”.

Como el ilustre escritor nos remite a la vida del P. Ignacio, publicada por él mismo en libro aparte en Roma el año 1893, vamos a hacer un brevísimo resumen de la misma para insertarlo en este lugar a fin de que no falte en esta galería de perfectos y santos capuchinos aragoneses, ya que se

trata de uno de los más esclarecidos, si no el más esclarecido, por su extraordinaria vida, virtudes y milagros, y decimos un *brevísimo resumen*, porque a pesar de afirmar el autor en el prólogo del libro que suprimió todas las reflexiones ascéticas y referir escuetamente los hechos de su portentosa vida, no obstante resulta un volumen de 300 páginas.

Nació, pues, este gran siervo de Dios en la villa de Monzón, el año 1527, de padres muy cristianos y temerosos de Dios; los cuales se esmeraron tanto en la educación de sus hijos, que de sólo tres que tuvieron, dos fueron capuchinos y el tercero Secretario del Virrey de Nápoles. En el bautismo recibió el nombre de Juan.

A los 18 años fué a Nápoles a vivir en compañía de su hermano y lejos de deslumbrarle el brillo de la corte y las grandezas de Palacio, luego que vió a los capuchinos, se sintió tan fuertemente atraído hacia ellos por los extraordinarios ejemplos de su vida, que determinó abrazar su instituto. Y como sabía que el mayor obstáculo que había de encontrar para la realización de su proyecto, era sin duda la oposición de su hermano, usó de un ardid, que fué, ofrecerse al Virrey para pasar a Milán a fin de pelear en las guerras que el rey de España sostenía en este Estado.

Con permiso del Virrey a quien agradó la oferta y con el beneplácito de su hermano, pasó a Milán, donde muy pronto se presentó al Padre Provincial de los Capuchinos que residía en aquella ciudad, manifestándole sus grandes deseos de servir a Dios y pidiéndole humildemente el santo hábito, lo cual consiguió entrando en el Noviciado para corista a la edad de 20 años y mudando el nombre de Juan por el de Ignacio.

Parecíale a la vista de aquellos santos padres de los principios de la Orden Capuchina, que no vivía ya en la tierra, sino en el paraíso en compañía de los ángeles, pues no otra cosa eran aquellos primitivos Padres sino ángeles en carne humana. Propúsose imitarlos aprovechándose de su celestial doctrina, santa conversación y admirables ejemplos, tomándolos como modelo y siguiendo muy de cerca sus pasos a fin de copiar en sí la perfecta imagen del seráfico Padre San Fran-

cisco. Sobresalía su vida entre los demás novicios, siendo el más obediente, el más humilde, el más fervoroso, el más penitente y mortificado, el más ajustado en todo a las leyes y costumbres de la Orden, como si siempre hubiera vivido en ella.

Al año hizo la profesión con gran alegría suya, y contento de los religiosos que componían la comunidad, los cuales concibieron grandes esperanzas de que llegaría a gran santidad.

Aunque era de gran talento y claro ingenio, e hizo sus estudios de artes y filosofía con gran lucimiento, llegando a ser muy versado en Sagrada Escritura y Santos Padres, no obstante no quiso pasar de simple sacerdote, sin consentirle su humildad recibir el título de Predicador. Y queriendo el Padre General de la Orden darle licencia de predicar, se excusó diciendo que era un idiota. Esto no fué obstáculo para que los provinciales de España le hicieran superior de muchos conventos de las provincias de Cataluña y Valencia cuando vino con otros religiosos a la Fundación de la Orden en nuestra Patria.

Todas las virtudes religiosas hallábanse en este santo varón en grado sumo desde que ingresó en la Orden; su vida fué de profunda humildad, de extremada mortificación, de evangélica y seráfica pobreza, de pronta obediencia y de pureza angelical, y todo esto lo practicó durante los años que vivió en la religión, que fueron nada menos que 64. De todas estas virtudes hay multitud de ejemplos detallados en la vida del siervo de Dios.

Con respecto a su mortificación, baste decir, que a pesar de su delicada naturaleza y de los achaques inevitables de un octogenario, siguió todo el rigor de la vida común sin querer admitir dispensas. No hay duda ninguna que las mayores mortificaciones exteriores en la Orden Capuchina, son estas tres: el levantarse a Maitines a media noche, el andar descalzo y las varias cuaresmas de ayunos. Pues de ninguna de estas penalidades quiso estar libre aún después de los 80 años.

Una vez, el superior le dijo en el capítulo de Culpas "Padre, la Religión le exime ya de levantarse a maitines, así co-

mo de la meditación, que se hace a continuación; yo también le doy la bendición para ello". Calló, pero después intercedió con el P. Guardián para que el permiso quedase sin efecto y siguió levantándose. Con respecto a la descalcez, se refiere un caso curioso: Encontróle cierto día en las calles de Valencia un médico de la ciudad y viéndole descalzo y sin sandalias además, encaróse con él y le dijo: "Padre Capuchino, perdóne que le quiero decir una palabra, y apeándose de la mula en que viajaba, le habló así: "Vuestra Paternidad desacredita nuestra medicina. ¿No tiene escrúpulo de conciencia en andar descalzo con tantos años de edad? No le excusaré yo de pecado, pues voluntariamente se quita la vida. A lo que el Siervo de Dios, sonriendo contestó: No lo entiende V., pobrecillo, la Regla que yo profeso es contraria a la de galeno. Este ni supo ni entendió esta ciencia: *Vir insipiens non cognoscit et stultus non intelligit hoc*". Y quedó el médico todo confuso ante esta respuesta y sin replicar palabra. Lo mismo sucedía con los ayunos, pues aunque los religiosos le recordaban que no le obligaban aquéllos por ser de más de 80 años y él lo sabía tan bien como el primero, solía responder que eso no rezaba con él y continuó en ello hasta su muerte. Solamente cedía en esto a la obediencia de los superiores cuando le mandaban alguna vez suspender la forma del ayuno.

Sentía un grande celo por la gloria de Dios y porque no decayese en lo más mínimo el esplendor de la Orden. Solía decir: "Dejemos la Religión en el mismo estado en que la hemos hallado. Nadie abra el portillo a la menor relajación, ni dé ocasión para que se deshonne su glorioso nombre. Por eso no quería dispensa de ninguna clase ni en la observancia regular, ni en los rigores de la Orden, temiendo dar mal ejemplo a los jóvenes. Decía que ninguna cosa mantiene más eficazmente el sublime estado de la Religión que el buen ejemplo de los más antiguos.

Ya en su vida fué tenido por santo de cuantos le trataron. Y lo que es más de admirar, de un modo especial fué tenido como tal por los mismos santos de su tiempo.

En Milán por San Carlos Borromeo, quien por gozar de

su conversación, le convidaba muchas veces a su mesa. Cuando estuvo en Valencia, el Beato Juan de Rivera le visitaba con frecuencia y tenía largas pláticas con él. Lo mismo acaeció con el Obispo de Orihuela, D. Andrés Balaguer, religioso dominico, insigne en virtud y letras que, como los dos anteriores, le daba muestras de gran estimación.

Estuvo en Italia unos treinta años en la provincia de Milán, dieciocho en Cataluña y otros tantos en Valencia y en todas partes fué el mismo y en todas ayudó eficazmente a la buena formación de los principios de estas provincias de España.

Quiso el Señor poner de manifiesto la santidad de su siervo con otorgarle largamente el don de profecía, el de obrar milagros y el de penetrar los secretos de los corazones. Tres capítulos dedica el Padre Lleveras en su vida del Padre Ignacio a dar cuenta de un sinnúmero de profecías que hizo y todas las cuales se cumplieron. Y aun son más los capítulos dedicados a narrar los milagros de toda clase que obró, contándolos minuciosamente con pormenores de las personas y lugares donde tuvieron lugar. Dió vista a muchos ciegos, habla a los mudos, oído a los sordos, sanando también enfermos de toda clase; y como la indole de este trabajo no consiente descender a dar cuenta de ellos, remitimos al lector a que lea su vida. Con respecto a conocer los pensamientos ocultos era tal la fama, que muchas personas huían de encontrarse con él por temor de que les manifestase sus propios pensamientos aun cuando siempre que lo hacía el P. Ignacio, era naturalmente para el bien espiritual de los mismos.

Una de las profecías fué anunciar el día de su muerte, y el lugar donde le había de sobrevenir que fué el convento de Orihuela, el día 18 de diciembre del año 1613 como dice la vida o el de 1614, como dice la Biografía Hispano Capuchina.

Recibió todos los sacramentos de la Iglesia con gran fervor y devoción y con toda la lucidez hasta el último instante. Cuando cundió por Orihuela la noticia de su enfermedad, uno de los primeros en visitarle fué el citado Sr. Obispo, que tenía gran amistad con el santo Capuchino. Originóse en este tran-

ce entre ambos una seria porfía. El Prelado arrodillado ante la cama del enfermo le rogaba le diera su bendición antes de morir y el humilde religioso al contrario, rogaba al Sr. Obispo que se levantara y fuera él quien diera la bendición al enfermo, pues era un gran pecador. Al fin se zanjó esta santa contienda dando primero el Sr. Obispo la bendición al P. Ignacio y éste después al Sr. Obispo.

Así murió con la muerte de los santos a los 86 años de edad, quedando su cuerpo muy hermoso, blando y tratable, dando el Señor muchos testimonios de la gloria que ya gozaba en el cielo.

Tanto el entierro como las honras fúnebres, que se celebraron, fueron una apoteosis del siervo de Dios. No se le enterró, como era natural, en la Iglesia de Capuchinos (bien a pesar del P. Guardián), sino que prevaleció la voluntad de los dos cabildos, el eclesiástico y el secular, que no permitieron quedase el cuerpo del P. Ignacio fuera de los muros de la Ciudad. Desde el Convento hasta la ciudad fué llevado el féretro en hombros de Superiores de Ordenes Religiosas y acompañado de innumerable pueblo en una procesión muy bien organizada, que más bien parecía un recibimiento triunfal tributado al siervo de Dios que un entierro, siendo recibido en la puerta de la catedral por el Sr. Obispo.

Los funerales resultaron también solemnísimos como no podía menos de suceder, estando la parte musical a cargo de la capilla de la catedral y pronunciando la oración fúnebre el maestrescuela D. Juan García, que después fué Obispo de la misma Iglesia. Como se referían muchos milagros obrados en los fieles al contacto de sus reliquias, el Sr. Obispo prohibió al predicador hablar de ellos, y obedeciendo dijo que el mayor milagro del P. Ignacio, era el de ser tenido por santo de todos, tanto seglares como religiosos, a pesar de haber entre éstos muchos que descollaban por su virtud y santidad.

Fué enterrado en la catedral, siendo muy venerado de los fieles, y andando el tiempo, fué trasladado al convento de Capuchinos.

Si muchos fueron los milagros obrados por tan santo va-

rón en vida, aun fueron en mayor número los que se refieren después de su muerte, en toda clase de enfermedades, sobre todo restituyendo a muchas personas la vista o el habla que habían perdido, librando del peligro de la muerte a otros que estaban desahuciados de los médicos, así como de diversas enfermedades, apareciéndose a ellos.

Finalmente, refiérese, con todo lujo de detalles, que por intercesión de este gran siervo de Dios, fueron resucitados a la vida dos niños, de los cuales el uno nació muerto, y el otro murió luego de haber nacido, a los que sus padres pusieron el nombre de Ignacio, para perpetuo recuerdo del milagro.

A pesar de afirmar el P. Llevaneras (Cardenal Vives), que hacía cincuenta años se trabajaba con empeño en promover la causa de beatificación de este santo varón, esta es la hora en que no sabemos el curso que ha seguido el proceso, ni las causas a que ha obedecido su paralización. Es muy sensible, que tratándose de una vida tan portentosa por sus virtudes y milagros como cualquiera de los santos y beatos Capuchinos elevados al honor de los altares en estos últimos tiempos, no haya sido coronada por el éxito su causa de beatificación. ¡Ocultos juicios de Dios!

FR. FRANCISCO DE DAROCA

Entre los religiosos capuchinos que vinieron a fundar el convento de Huesca, en el año de 1602, uno fué Fr. Francisco de Daroca, en el cual vivió cinco años y murió con fama de santidad y de haber obrado Dios por su medio muchos milagros. Por estos respetos y estar sus reliquias en esta ciudad, Francisco Diego de Aínsa, que conoció y trató con el siervo de Dios, publicó su vida en la Historia de Huesca, sacándola de la información que hizo de sus virtudes Bartolomé Aparicio, Vicario de Valdehorna y Notario Apostólico, a instancias de Fr. Luis de Valencia, que gobernaba la provincia de Aragón, en calidad de Comisario y luego fué provincial de ella y de la vida que dejó escrita Juan Azcoidi, Médico de esta ciudad y Catedrático de prima de su Universidad, quien comunicó familiarmente al siervo de Dios y le visitó en su última enfermedad. Tráela también la crónica general de la Orden y es como sigue: Nació Fr. Francisco en Valdehorna, aldea de Daroca. Sus padres fueron Martín de Armillas y María Pascual, labradores honrados y honestos y tan limosneros y caritativos que en una epidemia contagiosa que hubo en sus tiempos, se distinguieron en visitar y consolar a los enfermos. En el bautismo que recibió el 28 de Mayo del año 1554, se llamó Martín. Con la santa educación y buenos ejemplos de sus padres, hizo grandes progresos en las virtudes, echando en su primera edad los fundamentos de la eminente santidad a que lo llamaba Dios y a que arribó en la edad perfecta.

Desde que aprendió a leer rezó el Oficio de Nuestra Señora todos los días. Observaba los ayunos de la Iglesia en la edad más tierna, a que añadía los viernes y sábados, práctica que

continuó toda la vida, sin que la vejez, los trabajos ni otros motivos le dispensasen de este rigor. Su primer ejercicio fué guardar el ganado de su padre, apacentando al mismo tiempo su alma con la oración y santas meditaciones, rezaba mucho y casi siempre le veían con el rosario en las manos. Del pan que le daban para su sustento, hacía partícipes a los pobres, ejercitando a un mismo tiempo la limosna y la abstinencia. No pocas veces, tomaba algún cordero o cabrito del ganado que guardaba y llevándolo sobre sus hombros al convento de San Francisco, de Daroca, lo daba a los religiosos, cosa que sus padres llevaban a bien por verlo tan aprovechado en la piedad y caridad que le habían enseñado.

Estando en estos ejercicios, oyó hablar del famoso Santuario de Nuestra Señora de Montserrate y de la vida penitente y austera que hacían en aquella soledad algunos varones virtuosos, lejos de las vanidades y peligros del mundo. Con el deseo de imitarlos y de entregarse todo al servicio de Dios y de su Santísima Madre, resolvió irse allá como lo ejecutó, tomando primero la bendición de sus padres. Rogó a los monjes de San Benito de aquel Monasterio que le recibiesen por criado. Allí estuvo algunos años, pasando todo el tiempo que le permitía su obligación, en el templo de Nuestra Señora. Desde Montserrate, pasó a Barcelona a servir a los mismos monjes en la casa que tienen en la misma ciudad. Por el mismo tiempo, llegaron a ella los capuchinos que vinieron de Italia a propagar la religión en España. Apenas vió nuestro Martín la aspereza, el hábito y el tenor de vida de aquellos religiosos, conoció que le llamaba Dios para que le sirviera en tan santo Instituto.

Los Prelados no pudieron dudar de su vocación de que daban testimonio su vida cristiana y cuantos le conocían, y así le admitieron sin dificultad. Al momento dió a los pobres cuanto tenía, hasta los zapatos y se fué a pie descalzo desde la casa de la Virgen en que moraba al convento de Santa Eulalia, donde tomó el hábito el día del Padre San Francisco del año 1581, a los 27 años de edad, mudando el nombre de Martín de Armillas, por el de Fr. Francisco de Daroca. No nece-

sitó desnudarse del hombre viejo y de sus actos, pues aun en el siglo había arreglado sus acciones a los preceptos del Evangelio, sino de perfeccionarlo, añadiendo a las virtudes de cristiano en que se había ejercitado desde la adolescencia, las de un perfecto religioso y verdadero hijo de nuestro P. San Francisco.

Desde el noviciado fué un dechado de perfección religiosa, observantísimo, no solo de los preceptos de la regla seráfica, más también de sus consejos y de las Constituciones y ceremonias de la Orden; pobre, humilde, mortificado, sencillo y paciente. Pasó a Valencia con los primeros fundadores de aquella provincia, desde allí vino a la de Aragón, que se fundaba al mismo tiempo. En el convento de Zaragoza, fué súbdito del P. Fr. Miguel de Gerona, después provincial de Cataluña, el cual depone en el proceso de sus virtudes, que había tenido a Fray Francisco por el mejor religioso de cuantos había tratado, porque era varón de gran pureza y simplicidad, humildísimo en sus palabras, que siempre se despreciaba y postraba a todos y se hacía llamar Fr. Francisco, el Pecador. Desde Zaragoza vino a Huesca en 1602, con los fundadores de este convento, donde estuvo hasta su preciosa muerte. La pobreza, virtud característica del P. San Francisco, a quien llamaba su esposa, fué tan amada de su fiel imitador Fr. Francisco de Daroca, que no se puede dar imagen más perfecta de la pobreza evangélica, que su misma persona. Sólo usaba de las cosas de la tierra con suma estrechez y compelido de la necesidad; su hábito era corto y tan viejo y remendado, que como dice Aínsa, que le vió muchas veces, no se conocía de qué era; del manto y de las sandalias sólo usaba alguna vez obligado de la obediencia, cuando era muy intenso el frío. Su comida ordinaria era una escudilla de potaje, las más veces, de la olla que disponía para los pobres. Socorría a éstos con gran caridad, les remendaba los vestidos y les enseñaba la doctrina cristiana. A las austeridades de la pobreza, añadía otras mortificaciones con que afligía su cuerpo: sus disciplinas eran cotidianas, nunca dormía echado, sino sentado sobre

las tablas, empleando en la oración las horas que podía quitar al sueño.

Era tanta su humildad, que el Doctor D. Gaspar Ram, Arcediano de Daroca, dignidad de la Metropolitana de Zaragoza, solía decir que le tenía por tan santo que se le podía decir a él mismo sin el menor peligro de soberbia. Dábase el nombre de Fr. Francisco, el Pecador y si alguno le llamaba Fr. Francisco no más, le advertía que no le quitase el apellido. Cuando decía la culpa en el refectorio, exageraba sus defectos y permanecía postrado hasta que el Guardián le imponía tres o cuatro penitencias y para que fuesen graves, le tenía dicho que las ofrecía todas por él. Fiel custodio de la virginidad, hizo pacto con sus ojos de no mirar objetos peligrosos. Un día confesó a Fr. Miguel de Gerona, que en 26 años que tenía de religión no había visto el rostro de una mujer, haciendo propósito de que perseveraría hasta la muerte, habiendo sido casi siempre limosnero o portero.

Dióle el Señor espíritu de profecía con que penetraba los secretos de los corazones y anunciaba los sucesos futuros. Estando en oración un novicio después de maitines, a oscuras, combatido de vehementes tentaciones de salirse de la Orden, se llegó a él Fr. Francisco y dándole tres golpes en el pecho, le dijo: Hermanito, deja esos pensamientos, y no padeció más aquella tentación, como lo afirmó el mismo, siendo prelado, añadiendo que no podía saber Fr. Francisco lo que pasaba en su interior si no se lo revelaba Dios.

Estando para profesar otro novicio, conoció con luz divina que había de ser muy perjudicial a la Orden; habló a los padres para que lo despidiesen; ninguno siguió su dictamen, mas pronto se arrepintieron de no haberlo seguido.

A doña Gracia Arnedo, vecina de Huesca y Señora de Torresecas, previno que había de padecer grandes trabajos, exhortándola a la paciencia; no fué en vano la prevención, porque sobreviniendo los trabajos, los recibió como enviados de las manos de Dios.

Miguel de Palacios, ciudadano de Huesca, singular devoto de los Capuchinos, quien dió el sitio en que está fundado

el convento de esta ciudad estando gravísimamente enfermo, fué a visitarlo el siervo de Dios en compañía del P. Fr. Fernando, de Magallón, a tiempo en que por disposición de los médicos iban a darle la Santa Unción; no hay necesidad ahora, dijo Fr. Francisco, guárdenla para cuando sea necesaria que será después de muchos años; era tanto el concepto en que le tenían, que suspendieron el dársela; rogáronle que se quedase con su compañero aquella noche, a lo que respondió, tampoco hay necesidad.

A la mañana siguiente en que los médicos creían que el enfermo había muerto, lo hallaron fuera de peligro. El Doctor Juan Azcoydi, que era uno de los médicos, sospechando lo que había sucedido, preguntó quién había estado con el enfermo, y diciéndole que Fr. Francisco, de Daroca, dijo: “yo lo jurara”, y volviéndose a Jerónima Oncinellas, mujer del enfermo, añadió: Su marido está bueno; así fué, pues a los cuatro días dejó el lecho. Refiere el suceso el doctor Azcoydi que lo presencié Francisco Diego de Ainsa, que lo oyó contar al mismo Miguel de Palacios. Añade la crónica, que dicho Palacios tenía a la sazón 50 años y que vivió 20 más sin achaque alguno, con que se verificó la profecía en todas sus partes.

Obró Dios muchos milagros por intercesión de su siervo, antes y después de su tránsito. Diremos algunos de los muchos que hizo en esta ciudad. Llegó un día a casa de una viuda llamada Isabel Buil a pedir un poco de vino blanco para las misas, ella le respondió; cierto Padre, me pena que lleguéis tarde porque he acabado de vender toda la pipa y solo han quedado las coladas; replicóla Fr. Francisco que la mirase por si acaso había algún poco para hacerle caridad; la devota mujer volvió a asegurarle que no había vino, más por darle gusto y porque se viese el desengaño, abriendo la espita halló que salía el vino con tanto ímpetu y tan claro, que después de dar a Fr. Francisco el que quiso, tuvo para el gasto de su casa por muchos días, como lo afirmó dicha Isabel a Francisco Diego de Ainsa, según lo testifica éste en su historia. En la casa de Artiga, que ahora es D. Francisco Dome-

nec, se conserva la tradición comunicada de padres a hijos, de haber obrado en ella Fr. Francisco, de Daroca, otro milagro semejante, si ya no es el mismo.

Oyendo misa el siervo de Dios en la capilla de Nuestra Señora de Clemencia, el ministro que la ayudaba, advirtió que no había vino en la vinajera cuando la daba al sacerdote para preparar el cáliz, acudió a la sacristía y no halló al sacristán: Fr. Francisco que oía la misa, no pudiendo sufrir que esperase el sacerdote y se interrumpiese por más tiempo, el sacrificio, tomó la vinajera y habiendo hecho una breve oración, la entregó al ministro llena de vino. Entre los retratos de los Venerables de la Orden presenta el de Fr. Francisco de Daroca este milagro como el más célebre de cuantos hizo en su vida.

Una niña, nieta de doña Gracia de Arnedo, de quien se hizo mención, padecía una fiebre continua y peligrosa, y sólo con bendecirla el siervo de Dios con la señal de la Cruz, quedó perfectamente sana. El doctor Juan de Azcoydi, refiere varios sucesos maravillosos que observó en los enfermos que bendijo Fr. Francisco, especialmente en cuatro que visitaba dicho doctor, los cuales sanaron de enfermedades gravísimas de un modo sobrenatural y superior al arte de la Medicina.

Esta fama atraía al convento a los dolientes para que les bendijese. Un día le halló el Guardián en la portería echando la bendición a alguno de ellos puestos de rodillas; llevólo muy a mal y después de reprenderle ásperamente en el capítulo, tratándole de hipócrita; bajen, dijo, los enfermos de la enfermería para que los bendiga el sacristán y veremos si los cura.

El fin del Prelado era confundirlo con esta burla, pero Dios que quería manifestar la virtud de su siervo, los sanó a todos mediante su bendición, entre ellos un corista subdiácono que estaba tísico, de cuya salud no había la menor esperanza y curó de modo que fué puesto a los estudios.

Todo el tiempo que estuvo Fr. Francisco en el convento de Huesca, tuvo a su cargo la portería y alguna vez iba a la ciudad a pedir limosna. Gastaba las mañanas en oír misas desde la capilla de Nuestra Señora de Clemencia, que era la

más inmediata a la puerta; los ratos que le quedaban libres, los pasaba en la enfermería en el servicio de los enfermos, les exhortaba a la paciencia y solía decirles algunas gracias para su consuelo. En estos ejercicios le cogió la última enfermedad que lo trasladó el séptimo día, de esta vida mortal a la eterna. El doctor Azcoydi, médico del convento, que no acertaba a separarse de la cabecera del venerable enfermo, no tanto para observar los síntomas de la enfermedad cuanto por el consuelo y provecho espiritual que percibía en sus palabras y ejemplos, escribe al por menor, las heroicas virtudes que ejercitó en los últimos períodos de su vida, de quien lo tomó Aínsa; diremos lo más principal. Preguntóle el médico en las primeras visitas qué hacía: Señor, le respondió, estaba considerando los innumerables males que en mi vida he hecho contra un Dios tan Santo y tan Bueno, y dijo esto con tales afectos y con tanto espíritu, abriendo mucho sus ojos, puestos en el cielo, y elevando sus manos y brazos, que se conocía bien que sus palabras nacían de lo íntimo del corazón y de una contrición perfecta.

Otra vez le preguntó si pensaba en la gloria y en las penas de la otra vida, y le respondió que no pensaba ni en lo uno ni en lo otro, porque había puesto su alma y su cuerpo en manos del Señor para que hiciese de ellos a su voluntad en el tiempo y en la eternidad y aunque no había comenzado a amar a su Dios, tenía tanta confianza en los méritos de Jesucristo, que había perdido todos los temores.

Recibió el Sagrado Viático con una devoción extraordinaria, y fué tal el júbilo de su espíritu, que no cesaba de dar gracias a Dios y de rogar a todos que le ayudasen a darlas por tan singular beneficio; decía sobre esto, expresiones tan tiernas y elevadas, que movía a todos a los mismos sentimientos. Pidió con grande instancia que le diesen la Santa Unción y rogaba a todos los que iban a visitarle, que pidiesen a Jesucristo le concediese la gracia de recibir el último sacramento con verdadera devoción, disposición para poder juntar mi espíritu (decía levantando los ojos y las manos al cielo), con el de Jesucristo, con aquel su Espíritu tan grande... tan

grande, repitiendo esto muchas veces con un fervor imponderable. La víspera de su muerte lo halló el P. Guardián con una alegría extraordinaria, preguntóle la causa y el siervo de Dios, compelido de la obediencia y de su natural candor, le respondió que veía a la Santísima Virgen, que acompañada de muchos ángeles y Santos esperaba su alma para llevarla al cielo. Aquella noche le significaron los religiosos, que si moría antes del día, celebrarían todas las Misas por su alma, a los que respondió; grande dicha sería para mí, pero no quiero sino que haga Dios conmigo lo que fuese de su agrado.

Poco antes había explicado sus deseos de salir de esta vida, pero luego añadió; si el Señor me dice, esperaos un poco, hágase su voluntad, y si me dice venid luego, ni más ni menos. Medio cuarto de hora antes de expirar, perdió el habla, mas no el conocimiento y todo este rato lo pasó golpeándose el pecho, puestos los ojos en el cielo, tan abiertos que parecían otro tanto mayores. Así expiró, mirando el camino que había de seguir su alma; su rostro quedó tan sereno y agradable que infundía devoción en cuantos le miraban. Fué su preciosa muerte en sábado, a las 5 de la mañana del día 22 de diciembre del año 1607, a los cincuenta y tres años, seis meses y cinco días de su edad y veintiséis años, dos meses y dieciocho días de Religión.

Fué sepultado en el sepulcro común de los religiosos. La devoción indiscreta aceleró la disolución de su cuerpo, haciendo desaparecer mucha parte de sus huesos. La crónica de la Orden, refiere hasta treinta milagros que se dignó hacer el Señor en crédito de su siervo después de su muerte, por medio de sus reliquias en Huesca, Zaragoza, Daroca, Tudela y otras partes. Un cirujano de la ciudad de Huesca, cuyo nombre se omite de propósito, robó el cráneo, y con sus polvos que daba disimuladamente a beber a sus enfermos, hizo curaciones tan maravillosas y superiores al arte, que se hizo sospechoso, por lo cual lo denunciaron al Santo Tribunal. A fin de purgarse de la sospecha, se vió precisado a revelar el secreto, restituyendo la porción del cráneo que existe entre las reliquias. He oído referir este suceso a varios ancianos dignos de todo cré-

dito, entre otros a D. Domingo de Frago, Maestro Cirujano de esta ciudad, que vive aún y lo oyó referir muchas veces a su padre, que también era cirujano en cuyo tiempo acaeció lo dicho.

Las reliquias existentes de este venerable, se conservan en la primera capilla de la izquierda, entrando en la Iglesia, que en lo antiguo fué de la Virgen de Clemencia; están dentro de una urna con cristal delante, colocada en un armario que cierra una reja de hierro fija y además su puerta con buena llave para asegurarlas de semejantes insultos. Aun ahora se conserva en esta ciudad muy viva la memoria de las virtudes de Fr. Francisco de Daroca, y muchos visitan su sepulcro y se encomiendan a sus oraciones como a siervo de Dios, especialmente los calenturientos y quebrados.

Actualmente la urna de que se hace aquí mención, se halla custodiada en el Palacio Episcopal de Huesca, en donde tuvo la amabilidad de mostrárnosla hace unos años el Ilmo. Padre Colón, Obispo a la sazón de aquella diócesis. Indudablemente fué depositada en el dicho Palacio, como en lugar más seguro, con el fin de sustraerla de la furia revolucionaria del ejército francés que invadió a España el año 1808.

En el exterior de esta urna que tiene forma de arquilla, hay una inscripción castellana en letras doradas, donde se lee lo siguiente: Aquí descansan los huesos del venerable Fr. Francisco de Daroca, Capuchino. Floreció en toda virtud y santidad. Tuvo el don de profecía y el don de hacer milagros en su vida y después de muerto. Vivió muchos años en Huesca, donde murió a 22 de diciembre de 1607.

En el interior de ella, juntamente con las reliquias, hay un documento encerrado en un tubito de plomo, en el que da fe de su contenido con las siguientes palabras: "A 20 del mes de enero, año 1664, se colocaron los huesos del venerable Fray Francisco de Daroca, Capuchino, en esta arquilla que mandó hacer don Sebastián Panzano, en agradecimiento de haber sanado de una quebradura su hijo Ignacio, por la intercesión del siervo de Dios. Colocóse en el arco de la capilla de la Madre de Dios de Clemencia. Su vida y milagros están en los

Anales de Huesca y en los de la Religión de los Capuchinos, año 1607 y en la tercera parte de sus Crónicas.

A consecuencia del bombardeo sufrido por el Palacio Episcopal durante nuestra guerra de liberación, la urna quedó sepultada entre los escombros, de los cuales fué extraída muy averiada en lo exterior, pero sin que haya sufrido nada el contenido de la misma.

P. LORENZO DE HUESCA

Nació este piadoso Padre en Huesca, ciudad antiquísima, noble y respetable del reino de Aragón. Sus padres cuyos nombres ignoramos, fueron gente muy honrada, pero de mediana fortuna y tuvieron otros dos hijos, uno de los cuales pasó a Indias, donde alcanzó hacienda y títulos muy honoríficos. El otro, habiendo pasado a Italia, mereció ser Secretario del Virrey de Nápoles. Nuestras crónicas generales dicen que con este último pasó también a Italia nuestro P. Lorenzo, hermano suyo, donde renunciando los cuidados del siglo, los trocó por la quietud de la Religión y tomó el hábito en nuestra Orden. Mas no nos dicen en qué provincia, ni a qué edad se alistó en la Milicia Seráfica, ni nuestros originales expresan cosa alguna sobre esto, como tampoco en orden a la conducta de vida que había llevado hasta este tiempo. Pero el espíritu y fervor tan extraordinario que manifestó luego que vistió el hábito capuchino, nos induce a suponer en él un fondo de virtud más que común. En efecto, hizo un noviciado tan fervoroso que no había vicio que no procurase domar, ni virtud que no deseara conseguir, a cuyo fin trataba su cuerpo con tanta aspereza y rigor, que no parecía fuese de carne, sino de mármol durísimo. Sus ayunos eran perpetuos, el sueño escaso, las vigilijs prolijas, las disciplinas hasta verter sangre y las demás penitencias consiguientes a este rigor. Con tal tenor de vida, creemos pasaría los años que vivió en Italia, pues, aunque es muy poco lo que hallamos de aquel tiempo, no podemos dudar que allí ejercitó todas aquellas heroicas virtudes de que dió tantos ejemplos trasladado a Cataluña.

Verificóse finalmente esta traslación o venida, pasando desde la provincia de Roma a la de Cataluña, cuando ésta había

empezado a fundarse y, poco después de haberse tomado el convento de Santa Eulalia, cuya fundación se verificó el año 1578. Así trasladado, se manifestó luego astro luminoso que se llevó la atención de todos. Con un natural amable, un genio dulce, un aspecto santo, juntaba la perfección más encumbra- da; por lo cual, los Prelados no dudaron en confiarle el cargo de Guardián, cuyo oficio ejerció casi siempre mientras vivió en la provincia. Y para que sus virtudes y ejemplos produjesen mayores frutos, le confiaron la educación y enseñanza de los novicios, constituyéndole maestro de ellos en nuestro convento de Santa Eulalia, empleo que desempeñó por algunos años con no menor acierto que utilidad de nuestros jóvenes. Veían a la verdad todos en este Padre un conjunto de virtudes tan perfectas y eminentes, que le colocaba en una esfera verdaderamente admirable. Aquella vida austera y penitente que había observado en Italia ya desde su ingreso en la Religión, la continuó en España con tanto rigor, que uno de los testigos que deponen en su vida, no duda decir que las mortificaciones que hacía eran tan extraordinarias que ponían espanto. Andar descalzo sin sandalias, dormir sobre las desnudas tablas, velar gran parte de la noche, eran para él mortificaciones comunes y ordinarias. En las disciplinas se mostraba tan severo, que a más de muchas extraordinarias que añadía a las ordinarias de la Orden, se azotaba ya con instrumentos entretejidos con alfileres, ya con una cadena de hierro hasta derramar sangre. Era asimismo rigidísimo en la abstinencia, ayudando no sólo los ayunos acostumbrados, sino también otros de devoción, distinguiéndose singularmente en las vigili- as de María Santísima, las cuales ayunaba con tanto rigor, que no comía cosa alguna. Siendo Superior, se hallaba una vez indis- puesto en nuestro convento de Santa Eulalia y nunca pu- dieron persuadirle de que comiera carne, ni huevos; lo cual, visto por Fray Juan María de Perpiñán, movido a compasión, le aderezó algunas acelgas, poniendo en ellas un poco de es- pecies, para que tuviesen o mejor gusto o mayor sustancia; pero el varón abstinente, cuando entendió aquel regalo, co-

rrigió a aquel religioso que se lo había procurado sin su consentimiento.

De aquí podemos inferir cuantas y cuáles serían las mortificaciones y austeridades con que este varón penitente alligaba su cuerpo. Pero lo conoceremos mejor si atendemos a los deseos grandes que tuvo de padecer martirio. Apenas hablaba con los religiosos ya profesos, ya novicios que no fuese del martirio, exhortando a todos, que desearan padecer por amor de Dios. Preguntó una vez a un novicio si deseaba padecer y ser mártir de Cristo, y como el novicio le contestase que deseaba que el martirio durase mucho tiempo, alegróse tanto el varón fervoroso y tuvo después tanto aprecio de aquel novicio, que causaba admiración.

Para llevar a efecto esos sus buenos deseos de martirio, pidió muchas veces licencia a los Provinciales y escribió al reverendísimo Padre General para ir a tierra de infieles, y como estos Prelados nunca quisieron condescender a sus peticiones, procuró compensar la ejecución del martirio con alligir y atormentar su cuerpo con aquel rigor y austeridad que hemos insinuado. Y para que los novicios viesan confirmada con el ejemplo esta doctrina del padecer, se hacía su compañero en las penitencias y mortificaciones que les imponía.

A este espíritu tan heroico de mortificación y penitencia, acompañaban las demás virtudes en un grado no inferior. Entre ellas resplandecía singularmente la virtud de la pobreza, tan propia de un fraile menor, como inseparable de la penitencia y austeridad. Ya sabemos que no conocía el varón santo el uso de las sandalias, ni admitía para su lecho otra comodidad sino las simples y duras tablas. El abrigo de su cuerpo se reducía a un simple hábito austero y pobrísimo y en todas las demás cosas de su uso no se hallaba sino aquello que constituye un estado muy pobre. Los casos que vamos a referir nos darán a conocer con mayor claridad el alto grado no sólo de pobreza, sino también de humildad y otras virtudes a que había llegado el siervo de Dios. Murió en nuestro convento de Monte Calvario el devotísimo P. José de Barcelona, de la nobilísima familia de Rocaberti, cuya santa vida hemos escri-

to en su lugar. Nuestro P. Lorenzo por afecto de devoción, o por espíritu de pobreza, tomó para sí un hábito viejo y remendado que había llevado el dicho P. José, y aunque éste había muerto de tisis, no dudó vestirse con él y manifestarse igualmente pobre y despreciado. Y Dios Nuestro Señor, se dignó mostrar con un señalado milagro, cuán agradables le eran estos dos siervos suyos. Fué el caso, que yendo un día el P. Lorenzo desde el convento de Santa Eulalia de Barcelona, le dijeron que cierta mujer devota del monasterio estaba enferma, cuya triste noticia movió a tanta compasión al siervo de Dios, que cortando algunos hilos de aquel pobre hábito que llevaba, los remitió envueltos en un papel a la enferma para que los llevase consigo. Y fueron tan eficaces estas reliquias de la pobreza, que apenas la mujer se las puso sanó de la grave enfermedad que padecía. Es regular que todos atribuirían esta cura milagrosa a la santidad del P. Lorenzo; mas el varón humilde la refundió a la santidad y méritos del P. José de Robaberti, el cual había llevado primero aquel hábito milagroso. En otra ocasión, los padres de la provincia confiaron a su celo la fábrica del nuevo convento de Valls, llamado de Nuestra Señora de Lladó; y queriendo él que la fábrica se estableciera más con actos humildes y pobres que con materiales, no dudaba aplicarse a los oficios más bajos y despreciados. Unas veces se iba a la población en amaneciendo y allí se cargaba, ya con maderos, ya con instrumentos para llevar cal o arena, ya con otras cosas útiles para el edificio; yendo siempre con los pies descalzos aunque el frío fuese riguroso. Otras veces tomaba un carro cargado y lo tiraba sin consentir que los seglares le ayudasen por más que le ofreciesen, como si un acto tan despreciado fuese privativo de él y no de los otros. Y añadiendo a éstos otros actos humildes y pobres, pudo edificar aquel convento con mucha estrechez y pobreza.

Entre tales y tan eminentes virtudes no podía faltar la caridad, siendo reina de todas ellas, pues como dice San Pablo, sin la caridad, nada aprovecha. En efecto, ardía el corazón de nuestro P. Lorenzo en tales llamas de caridad y tales incendios de amor a Dios, que se veía ciertamente que éste era el único

objeto de todos sus pensamientos y el único móvil de todas sus operaciones. Consideraba sin duda cuánto había hecho Dios por amor a los hombres, singularmente en los sacratísimos misterios de Nuestra Redención y absorto en la contemplación de tantas finezas, le era preciso dar las más raras demostraciones de aquel celestial fuego en que estaba abrasado. Regularmente después de maitines no dormía sino que se quedaba en la Iglesia o en el coro haciendo oración y entonces, dando velas a su espíritu, se transportaba a las dichosas moradas de su Divino y Amado Esposo. Unas veces oraba con tal fervor, que su cuerpo se cubría de un sudor tan copioso, que le era preciso enjugarlo. Otras, como si estuviera fuera de sí, daba saltos delante del Santísimo Sacramento. Otras, cantaba cosas devotas o hacía actos jaculatorios. Otras, en fin, gemía y lloraba con abundancia.

Cuando celebraba el santo sacrificio de la Misa, gozaba también de este don de lágrimas que el Señor le había concedido derramándolas a veces con tanto exceso, que apenas lo podía resistir, singularmente cuando celebraba Misa de la Pasión del Señor. Y como el varón fervoroso era al mismo tiempo tan humilde y sin que nadie observase su llanto, decía Misa antes de tocar a prima, llamando muchas veces para que le sirviese a Fray Juan María de Perpiñán, quien mereció ser testigo de aquellas dulces y copiosas lágrimas y darnos seguro testimonio de ellas. Aun en las conversaciones familiares se hallaba a veces tan transportado en Dios, que había de hacerse fuerza para atender a lo que decía y en alguna ocasión, le era preciso preguntar lo que habían dicho. A todo esto añadía un don particular de hablar de Dios y de andar siempre en su divina presencia, con lo cual y con un exterior santo cautivaba las voluntades de todos, de modo que a nadie trataba que no se le aficionase y que no reconociese que el espíritu del Señor moraba en él. Otro efecto del divino amor era, el desear que todos amasen a Dios y se ocupasen en la consideración de las cosas celestiales, cuyos deseos dirigía singularmente a los novicios, a los cuales ejercitaba a levantar la mente a Dios en todas las criaturas. Hermanos, les decía a ve-

ces, hermanos, en qué pensáis ahora y cómo andais tan rateros, y si veía alguno que anduviese distraído o que llevase la mente ociosa le reprendía queriendo que viviesen más en el cielo que en la tierra. A los seglares persuadía que fuesen a las iglesias a oír la palabra de Dios, de la cual él era muy devoto. Si alguna vez hallaba gente fuera de la iglesia cuando se predicaba, a todos reprendía y persuadía que entrasen, y si tal vez alguno se resistía, le tomaba por el brazo y le obligaba a entrar sin que nadie se mostrase ofendido.

Pero el efecto más principal de esta caridad y amor de Dios, fué el amor y caridad de los prójimos, porque siendo tan conjuntos estos dos amores, que el uno no puede estar sin el otro, era preciso que quien estaba tan abrasado en orden a Dios, lo estuviese también en orden a los prójimos. Fué a la verdad cosa admirable, ver a este venerable Padre rígido, austero y al parecer sin compasión alguna en lo perteneciente a su persona y al mismo tiempo, tierno, compasivo y amoroso en las necesidades y dolencias de sus prójimos y hermanos. Si alguna vez yendo de camino hallaba algunas personas pobres, se movía a tanta compasión, que se le rompían las entrañas. Padecía un novicio cierta llaga asquerosa que le daba mucha pena, lo que sabido por el caritativo varón se aplicó a su remedio curándola y limpiándola con toda caridad, haciendo al mismo tiempo que el novicio dijese el Ave María u otras oraciones, o que pensase en la Pasión del Señor, con cuyas caritativas diligencias le dejó enteramente curado. En la villa de Valls había unos sujetos que desde mucho tiempo vivían reñidos y en antiguas enemistades, y deseoso el varón compasivo de componerlos y ponerlos en paz, dispuso juntarlos en la librería del convento sin saberlo el uno del otro y cuando podía temerse algún infortunio por razón de la enemistad, él les infundió tal respeto y les persuadió con tanta importancia, que se concordaron y fueron en adelante muy amigos. En otra ocasión, procuró que cierto caballero que desde mucho tiempo estaba excomulgado, quedase libre de aquella censura y satisficase las deudas. A otras dos personas de la parroquia de Sarriá que vivían mal, las separó y una hija

que tenían la condujo a casa de cierta señora, donde la crió y educó virtuosamente. En otra casa de la misma parroquia, llamada Angli, había tanto ruido que no podía habitarse en ella y llamaron al siervo de Dios para que la bendijese y él, habiendo dicho ciertas oraciones, ahuyentó el ruido de la casa y dejó el consuelo a los moradores. Otros casos que nos demuestran aun más claramente la gran caridad y compasión de este varón santo, reservamos para cuando tratemos de los milagros que obró.

Por ahora sólo añadimos que esta compasión se extendía a las criaturas irracionales, a las cuales llamaba hermanas y les tenía mucha compasión, y parece que ellas le respondían con obsequiarle y obedecerle, como se demuestra en el caso siguiente: Le rogaron una vez los religiosos de nuestro convento de Santa Eulalia, que comiese carne por hallarse tan indispuerto que apenas podía comer, y como el mortificado varón se negase a ello, entró por la ventana un pajarillo y se le puso en la falda del hábito y se dejó tomar por los religiosos quienes lo mataron y aderezaron para que lo comiese con no pequeño sentimiento del varón compasivo. También se sabe que los lagartos se dejaban tocar y tomar por él sin moverse hasta que los dejaba ir.

Coronaba todo este cúmulo de perfecciones y virtudes un singular amor y una cordial devoción a la Santísima Virgen María Nuestra Señora, a cuyo obsequio, culto y veneración, se aplicó el siervo de Dios tan de veras y con tanto afecto de su corazón, que podemos decir que este es el carácter distintivo en el que más resplandece entre todas sus virtudes. Se hallaba ya el varón santo adornado con aquella virtud angelical de la pureza tan agradable a la misma Santísima Virgen, que él mismo dijo en confianza a Fray Sebastián de Esparraguera, que se había conservado siempre Virgen. Este fué el primer tributo y sin duda el más precioso que pudo ofrecer a esta gran Reina. Cuando en las conversaciones familiares hablaba de tan divina Señora, era con tanta alegría y gusto, que ponía admiración. Para celebrar sus festividades no sólo se preparaba algunos días antes, sino que ayunaba las vigili-

con aquel rigor que dijimos de no comer cosa alguna. Llevaba siempre en el pecho una devota imagen de Nuestra Señora, a la cual profesaba santa devoción y reverencia, que cuando alguno la quería ver o adorar, era preciso que se arrodillase y dijese el Ave María y esto aunque fuese sujeto de alta graduación, como sucedió con el señor Arzobispo de Tarragona, llamado Tades. Deseó este ilustrísimo ver aquella santa imagen, pero el P. Lorenzo no lo consintió sin que el primero se arrodillase y dijese el Ave María, lo que cumplió el devoto Prelado, el cual dijo después a los suyos que había sentido dentro de sí tal fuerza, que le inclinó a arrodillarse conociendo la santidad y simplicidad de este capuchino.

No fué menos la devoción y reverencia que tuvo a otra santa imagen de la Virgen que halló en la ocasión que vamos a referir. Fué una vez el siervo de Dios con los novicios a visitar una pequeña ermita o santuario llamado Nuestra Señora de Belén, el cual está en lugar desierto, distante como media legua de nuestro convento de Santa Eulalia. Aquí, después de celebrar el santo sacrificio de la Misa, hizo limpiar y barrer la iglesia en cuyo ejercicio halló abandonada una pequeña imagen de Nuestra Señora y aunque estaba malparada y medio gastada la cogió el varón santo con tanta devoción y afecto como si hubiese hallado un riquísimo tesoro. La tomó y llevó consigo al convento de Santa Eulalia y después de repararla y recomponerla con alguna habilidad que tenía de iluminar, la colocó en una capilla que él mismo con sus propias manos hizo en una cueva que estaba en la montaña del mismo convento, llamándola Nuestra Señora de la Pobreza. Para solemnizar esta devota función, dispuso que todos los religiosos formados en procesión fuesen acompañando la santa imagen hasta la dicha cueva, donde se quedó él toda aquella noche perfeccionando la capilla y dando alabanzas a la Virgen, y después, por espacio de ocho días iba a rezar el oficio de Nuestra Señora y cantar la Salve y otras oraciones de cuyos devotos ejercicios quedó la costumbre de ir los novicios a rezar el oficio de Nuestra Señora delante de aquella sagrada imagen. No sabemos cuánto tiempo perseveró esta de-

vota costumbre que el P. Lorenzo dejó establecida en dicho convento de Santa Eulalia, pero creemos que habiéndose extendido la fábrica de dicho convento y adornado el monte desierto con otras capillas y varios monumentos de piedad, y siendo por esto muy frecuentado de las gentes, los Superiores privarian a los novicios de tributar aquel devoto culto a la Virgen en dicho lugar, a fin de conservarlos en mayor retiro. El año 1804 se hizo alguna averiguación sobre dicha santa imagen y según tradición, pudo saberse que estuvo por algún tiempo en el presbiterio de la Iglesia de donde se cree fué sacada por estar muy deteriorada. Y como el dicho convento de Santa Eulalia fué santificado ya en sus principios por medio de esta sagrada imagen, a fin de renovar su memoria y veneración se puso otra en el mismo cuadro de la antigua con el mismo título de Nuestra Señora de la Pobreza y se colocó delante de la sala donde los novicios rezaban el oficio parvo de la Virgen, renovando con esto y conservando en lo posible los santos fines de devoción y afecto que el P. Lorenzo quería que todos tuviesen a Nuestra Señora.

A todos estos cultos y obsequios que acabamos de referir, añadía el varón devoto el dar cualquier cosa que se le pidiese por amor de la Virgen. "Padre, le decían a veces los religiosos, deme esa cuerda por amor de Nuestra Señora" y luego se la quitaba y se la daba. Y aunque fuese el hábito o cosa de alguna entidad, no tenía reparo en darlo y concederlo. Era muy devoto de rezar el himno: "O Gloriosa Domina". En fin, era tal su devoción y afecto a la Virgen Santísima y la llevaba siempre tan presente en su memoria, que podemos decir, que cuanto hacía, pensaba o decía era por su amor, culto y veneración.

Y esta buena madre correspondía tan admirablemente al amor y fidelidad de este su siervo, que le concedía las más señaladas gracias y le dispensaba los más singulares favores, como se verá en los sucesos que vamos a referir.

Cuando el siervo de Dios venía de Italia, mereció que la misma Santísima Virgen se le apareciese, acompañada de otras dos Santas, según él mismo lo confesó al P. Vicente de

Barcelona, mandándole que no lo dijese a nadie mientras él viviese. Este P. Vicente que es uno de los religiosos testigos de su vida y refiere este caso, dice que no se acuerda de los nombres de aquellas dos santas, aunque le parece que la una se llamaba Santa Catalina, mártir. En otra ocasión mereció también este afortunado varón gozar de semejante beneficio, apareciéndosele la Reina de los Angeles llena de tantas luces y resplandores que él mismo aseguró a otro religioso su confidente, que así como la vió solamente de un lado, la hubiera visto del todo, hubiera muerto de contento. Tuvo en esta ocasión la dicha de hablar con la Santísima Virgen, mas cuales y cuán dulces fuesen estos coloquios, no lo dicen los testigos, porque sin duda el varón santo se lo reservaría en su interior. Otras muchas veces creemos que esta Divina Señora le dispensó semejantes favores, pues aunque los originales de la provincia sólo refieren en particular las dos veces que acabamos de referir, pero añaden que en la provincia había fama que Nuestra Señora le habló muchas veces, particularmente por medio de aquella Santa Imagen de la Virgen de la Pobreza de que hablamos arriba. Con esta opinión algunos religiosos que le oían hablar en la Iglesia, sospechaban que hablaba con la Madre de Dios y lo acechaban para saberlo. Al mismo intento Fray Dionisio de Monzón, dice lo siguiente: Fué el P. Lorenzo muy devoto de Nuestra Señora y en lá provincia hay fama que Nuestra Señora se le apareció, y le trataba familiarmente. Y como yo tenía deseo de saber algo de estos favores que Nuestra Señora le hacía y dormía al lado de su celda, una noche desperté y me parece que oí unos cánticos sobrenaturales en su celda". Así se explica este religioso. A estos tan señalados favores debemos añadir el don de hacer milagros, que no dudamos creer sería una gracia con que Dios honró a este devoto siervo de Nuestra Señora, queriendo que los obrase no pocas veces, singularmente con intervención de aquellas Sagradas Imágenes de que arriba hicimos mención de los cuales referiremos los siguientes que hallamos en los originales de la provincia.

Siendo el varón santo Guardián en nuestro convento de

Santa Eulalia, vinieron a llamarle de una casa llamada Ferrer de la Creneta para que fuese a auxiliar a un hijo que tenían moribundo. Fué el siervo de Dios con Fray Juan María de Perpiñán, novicio, rezando juntos por el camino las letanías de Nuestra Señora, y llegando a la casa halló a los padres llorando por considerar a su hijo sin esperanzas de vida; habiéndolos consolado, entró en el aposento en que estaba el enfermo a quien después de rezar algunas oraciones dió a besar la imagen de Nuestra Señora. Después, volviéndose a los padres, les dijo que prometiesen llevar al hijo a visitar la Capilla de Nuestra Señora de la Pobreza que él había hecho en el convento que con esto tendría salud y estaría bueno. Hicieron los padres la promesa o voto y fué remedio tan eficaz que dentro de dos o tres días aquél hijo que lloraban moribundo vino ya sano al convento a visitar la santa Capilla, en cuya ocasión el P. Lorenzo, dándole una imagen de papel de la Virgen le exhortó que fuese muy devoto de María Santísima.

Otra vez, en el mismo convento de Santa Eulalia, acercándose la hora de comer, faltaba el pan para la comida de los religiosos, cuya necesidad representó al siervo de Dios Fray Martín de Cerdeña que cuidaba del refectorio, pero él con mucho sosiego le respondió: "Andad, pobrecito, que no tenéis fe, andad a Nuestra Señora de la Pobreza y decidle la Salve Regina que ella nos proveerá de pan." Fuése el religioso a cumplir esta orden y apenas acababa la Salve llevaron a la puerta pan, y lo demás para la comida. Más raro fué el modo con que el siervo de Dios proveyó semejante necesidad en el mismo convento. Avisóle el novicio que cuidaba del refectorio que no había pan para cenar y habiéndole respondido, que tenía poca fe y que fuese a Nuestra Señora que ella proveería, tomó un compañero llamado Fray Pedro de Gibraltar y juntos salieron del convento con el fin de buscar pan. Entraron en cierta casa y hallaron una doncella que estaba endemoniada a la cual el varón santo dió a besar la imagen de Nuestra Señora que llevaba consigo y exhortándola que fuese devota de la Virgen le dijo que no tuviera pena que no padecería más

aquel trabajo, y con esto sin hacer otra diligencia se volvieron al Convento.

El compañero, admirado de que se volviesen sin pan se lo advirtió por el camino, mas él no le dió otra respuesta sino que tenía tan poca fe como los otros y llegando al Convento hallaron que Dios había proveído el pan de un modo extraordinario. Y de aquella doncella endemoniada se supo después que en adelante estuvo libre de su trabajo.

Cuando se edificaba nuestro Convento de Valls trabajaba en la fábrica un maestro que se hallaba con la aflicción de tener a su mujer tan gravemente enferma, que estaba sin esperanza de vida. A que se añadía por aumento de la pena el no hallar con su pobreza quién diese leche a una criatura que tenía muy pequeña. Movido el siervo de Dios a compasión de tanta infelicidad, fué a casa de la enferma, la consoló con palabras de devoción, la exhortó a que fuese devota de la Virgen Santísima y, dándole a besar la Santa imagen que llevaba consigo, la dijo que no tuviese pena que luego estaría buena y así se cumplió como el santo varón le dijo, recobrando aquella enferma la salud de que tenía tan pocas esperanzas. En la misma villa de Valls, había una mujer llamada Paláu, que padecía el doloroso trabajo de un cáncer en los pechos. Mandóle el siervo de Dios que rezase de rodillas un Padrenuestro y un Ave María y haciéndola la señal de la cruz se le cayó el cáncer y luego estuvo buena y así se cumplió, como el varón santo le dijo, recobrando aquella enferma la salud de que tenía tan pocas esperanzas.

También curó con la señal de la cruz a una hija de una viuda llamada Carbonella. Bernardo Martín, vecino de un pueblo llamado Constantí, en el campo de Tarragona, se hallaba muy afligido por la desgracia que había tenido una hija suya llamada Eulalia, con cierta herida que recibió en la cabeza, tan profunda que podían entrar dos dedos. Vino en esta ocasión nuestro P. Lorenzo, el cual, movido a compasión les dijo que no tuviesen pena, que aquello no era nada; luego ordenó a algunas mujeres que estaban en el aposento que se arrodillasen y dijesen el Ave María, y sacando después la

imagen de Nuestra Señora, la dió a besar a la hija doliente, haciendole también la señal de la cruz cuyas diligencias fueron remedio tan poderoso, que dentro de tres días la hija quedó buena y sana y los padres llenos de contento. En otra ocasión, se hallaba esta misma hija tan doliente de los ojos, que pensaban perdería enteramente la vista, y haciendo el varón santo la señal de la cruz quedó del todo curada. Experimentó también la virtud milagrosa de este siervo de Dios la madre de dicha joven, cuyo nombre era Magdalena. Estando ésta en cinta, dió una caída de tanto peligro, que viniéndole luego los dolores del parto, creían todos que había de ser desastroso. En este conflicto acertó a llegar el P. Lorenzo, el cual mandó a los circunstantes que se arrodillasen y dijesen el Ave María y dando a la paciente la imagen de Nuestra Señora, cesaron al instante todos los dolores y quedó restablecida en su entera salud, dando a luz, después a su tiempo, un hijo con toda felicidad.

Más admirable fué el milagro que obró el siervo de Dios con el hijo mayor de los consortes Jaime y Antigua Cors, vecinos de la parroquia de Sarriá, cuyo hijo que se llamaba Francisco mereció de Dios le resucitase de la muerte a la vida por las oraciones y méritos de nuestro P. Lorenzo. Por ser este milagro tan insigne, nos ha parecido justo referirlo con las mismas palabras con que lo refirió el Ilustre Sr. D. Juan Sabater, Arcediano de Barcelona, dignidad de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, siendo de edad de 60 años cuando hizo la relación que es del tenor siguiente: “Acuérdome que habré treinta años poco más o menos, que siendo yo clérigo en el Monasterio de Pedralbes, oí decir que a Micer Jaime Cors y Antigua, su mujer, vecinos de aquel monasterio de la parroquia de Sarriá, se les había muerto un hijo que se llamaba Francisco y por la amistad que yo tenía con ellos y en particular porque confesaba a la Antigua Cors, fui a su casa para consolarlos y hallélos llorando, y con ellos estaba Micer Juan y su mujer, padres de la dicha Antigua y todos muy desconsolados por haber muerto poco había el dicho su hijo. Estándolos yo consolando vi entrar al P. Fray Lorenzo de Huesca,

capuchino, que entonces era Guardián de Santa Eulalia y me alegré mucho porque le tenía particular devoción por su santidad, y dije: aquí está el P. Guardián que les consolará. Y acercándose el dicho Padre dijo: ¿Qué llorais? que vuestro hijo duerme. Y diciendo esto nos subimos el dicho P. Guardián, el compañero y yo al aposento donde estaba el hijo muerto cubierto ya el rostro en su cama y dejado por muerto; acercóse a la cama, arrodillóse, hizo un ratito de oración y luego se alzó y descubrió el difunto, quitándole la sábana de encima y dijo: Francisco, en nombre de Jesucristo y de su Madre benditísima, despierta. Y como el niño no hiciese ningún movimiento, volvióse el sobredicho Padre a mí y dijo, ¡como tiene el sueño profundo! y luego sacó de la manga una imagen de la Santísima Virgen que consigo traía y púsola encima del cuerpo del niño, y con voz más alta volvió a decir: Francisco, en nombre de Jesucristo y de su Benditísima Madre, despierta. Y como no hiciera ningún movimiento el niño a estas palabras, volvióse el dicho Fray Lorenzo a mí y díjome: ¡Como duerme fuertemente! y volvió por tercera vez a decir con voz más alta que las primeras: Francisco, en nombre de Jesucristo y de su Madre benditísima despierta. Y en esto empezó el difunto a pestañear y mover los ojos y al fin resucitó de muerte a vida y quedamos todos admirados de tal maravilla. Y los padres y abuelos del niño no podían contener de llorar de puro contento y creimos ser este milagro, porque realmente tuvimos todos por muerto al niño y atribuyóse este milagro a la santidad y oración del dicho P. Fray Lorenzo". Hasta aquí el dicho señor Arcediano.

En otra ocasión experimentaron también estos mismos Jaime y Antigua Cors, la virtud milagrosa del santo varón. Tenían otro hijo de cinco meses enfermo de tanto peligro, que ya no tomaba el pecho. Recibióle el siervo de Dios en sus brazos y haciéndole la señal de la cruz, al instante lo dejó la calentura, tomó el pecho y estuvo bueno y, creciendo después en edad, entró en nuestra Orden. A la misma Antigua Cors, estando en cinta le dijo el santo varón que pariría un hijo sin grande trabajo y la encargó que le avisase cuando estuviera de par-

to. Cumplió la señora esta su voluntad, luego que se halló en aquel estado enviando un criado al Convento. Y como el siervo de Dios estaba ilustrado con luz superior, apenas vió al criado le dijo: Andad que vuestra señora está ya libre del parto y ha parido un hijo. Todo lo cual halló el criado verificado a su vuelta a la casa. Otros efectos maravillosos fueron obrados sin duda por la virtud del santo varón de los cuales no tenemos otra noticia que la generalidad con que los indican algunos de los que conocieron su santa vida. Uno dice que había fama que en la villa de Valls curó una muchacha de calenturas. Otro añade que había oído decir que a una muchacha de la Parroquia de Sarriá que estaba hidrópica le hizo la señal de la cruz y sanó. Otro en fin, dice que había fama en la provincia que con la imagen que llevaba consigo hizo muchos milagros. De todo lo cual inferimos que si a su tiempo se hubiesen tomado las informaciones, tendríamos mayor copia de los casos tanto en orden a los milagros como a las virtudes, con los cuales conoceríamos con mayor claridad el grado tan eminente de santidad a que llegó este varón insigne y con cuánta razón le daban todos el nombre de santo.

Lleno pues el siervo de Dios de méritos y virtudes y consumado en la perfección seráfica, llegó al término en que el Señor quiso premiarle sus grandes servicios y llevarlo al Reino de los Santos de cuya voluntad soberana se dignó el mismo Señor darle un indicio claro con revelarle el día de su muerte. Es admirable el modo con que el varón santo comunicó esta noticia de su próximo fallecimiento a un su gran amigo llamado Matías Reyner, vecino de Valls cuya relación copiaremos a la letra del mismo modo que él lo refiere y es como sigue: Hallándome por cierto negocio en Barcelona, fuí al Convento de Monte-Calvario a ver al P. Fray Lorenzo de Huesca con quien tenía mucha amistad, y halléle en la huerta cavando. Quitéle la azada de las manos y ayudéle a cavar un rato y luego me dijo: Matías, vos os vais a Barcelona mañana, volveréis por acá, por despediros de mí y yo estaré ya en la cama y no me podréis ver, ni nos veremos más, sino en el cielo. Iréis a Valls y diréis al P. Guardián de aquel

Convento que me haga el bien que yo ya seré muerto y mientras vos le diréis eso al P. Guardián vendrá la carta del aviso de mi muerte. Esto me dijo y juro por los Santos Evangelios que todo sucedió como el dicho Fray Lorenzo me lo había dicho. Porque el día siguiente fui a Monte-Calvario y dijeronme que Fray Lorenzo estaba enfermo y no podía bajar y me volví sin verlo. Después partiéndome para Valls y llegado a mi casa no me olvidé de ir a ver al P. Guardián y estándole diciendo lo arriba dicho tocaron a la puerta y luego llegó el portero con la carta en la mano del aviso de la muerte del P. Fray Lorenzo. Prevenido, pues el siervo de Dios con noticia tan cierta de haber llegado el fin de sus días, se halló acometido de unas recias calenturas, que sufrió con mucha paciencia y resignación. Y agravándose la enfermedad recibió los Santos Sacramentos con tanto espíritu que al administrársele la Sagrada Unción, se sentó en la cama con mucha devoción y estuvo atento a las Unciones y Ceremonias que se acostumbran en este último Sacramento. Finalmente con las señales más claras de santidad, entregó su alma en manos de su Criador, de cuya infinita liberalidad recibió los grandes premios que tiene reservados para aquellos que le sirven en justicia y santidad. Murió el varón santo en la cuaresma del año 1581, en nuestro Convento de Monte-Calvario, no en el de Santa Eulalia como dicen por equivocación las crónicas generales.

No faltó el cielo en manifestar con algunos prodigios, cuán preciosa fué a los ojos del Señor la muerte de este venerable Padre. Fray Dionisio de Monzón, lego. refirió que había oído decir, que cuando murió el varón santo, entró una paloma blanca en su celda, prodigio que no dudamos creer por la gran familiaridad que el siervo de Dios tuvo con las criaturas irracionales, según advertimos arriba.

Matías Reyner de quien otra vez hicimos mención, aseguró haber curado milagrosamente de un mal gravísimo según el mismo P. Lorenzo se lo prometió en sueños; y que habiéndole hecho pintar compareció la imagen con rayos en la cabeza a manera de corona. Como este caso es tan glorioso pa-

ra nuestro P. Lorenzo, lo referiremos con la misma relación que hace el mismo Matías Reyner y es en la forma que sigue: “Después de algún tiempo de la muerte del siervo de Dios, hallándome en la Feria de Verdú, un hombre inconsideradamente me dió una cox, y fué tan recia, que me desmayé y eché cuanto tenía en el cuerpo. Y hallándose allí de lectura el doctor Castelló, de Valls, dijo que estaba reventado de la cox y que no tenía remedio de curar, sino que sin él me había de morir. Lleváronme de Verdú a Guimeran y viéndome desahuciado reclamé el favor celestial de Dios por los méritos del P. Fray Lorenzo de Huesca. Parecióme que me dormí y que entre sueños me dijo el P. Fray Lorenzo que tuviese confianza en Dios que no moriría de aquella enfermedad. Y desde aquel punto no quise que los médicos y cirujanos me curasen, diciéndoles que otro médico me había prometido de curar mejor que ellos.

Y sin aplicar nada fuí convaleciendo y al cabo de un mes me hallé sano. Y por mostrarme agradecido al dicho P. Fray Lorenzo le hice pintar por un pintor llamado Vidal, diciéndole que le pintase con la corona o diadema que se suelen pintar los santos; el pintor no lo quiso hacer, diciendo que le estaba vedado y que no podía pintar con corona o círculo en la cabeza, sino los Santos beatificados o canonizados y en efecto le pintó sin la dicha corona o diadema y sin ella me llevé el cuadro a mi casa. Donde sucedió una cosa maravillosa y del cielo fué que mirando un día el dicho cuadro vimos que sobre la cabeza tenía como hoy día tiene una corona o círculo de un perfil de color blanco. Y admirado de verlo para asegurarme más, dije al pintor si le había pintado de aquella suerte. Y respondiéndome el pintor que ni le había pintado con aquella corona o círculo ni lo podía hacer porque era insignia de Santos”. Así explica estas maravillas el dicho Matías Reyner.

Recibió esta narración el R. P. Pablo de Sarriá, siendo Provincial, el cual añade que fué a casa del dicho Reyner para ver el cuadro del varón santo con la señal milagrosa, y en efecto vió que estaba pintado de cuerpo entero con hábito

de capuchino, teniendo en una mano un lagarto y sobre la otra una cogujada y en la cabeza tenía la diadema y círculo de santo. También añade que el mismo Reyner le mostró aquella Santa imagen de Nuestra Señora que el siervo de Dios llevaba consigo y con la cual obró tantos milagros, cuya imagen era muy sencilla, no de pincel, sino de papel guarnecida de madera de boj, pequeña como la palma de la mano poco menos.

Tales prodigios obrados después de la muerte del Varón santo, junto con los que obró en vida y con las heroicas virtudes con que adornó su alma, nos persuaden y aseguran en cuanto lo permite la piedad cristiana que este varón ilustre goza un lugar distinguido y eminente en la Patria de los Bienaventurados. Asimismo nos obligan a considerarlo como a uno de los primeros padres de la provincia y como a una de las primeras piedras que Dios nos concedió para su fundación y establecimiento. Tributémosle nuestro reconocimiento con imitar sus virtudes y ejemplos.

P. BERNARDINO DE ALHAMA

Una de las primeras estrellas que más resplandecieron en la provincia de Cataluña, llegó al fin de su carrera en este año de 1593, de que ahora tratamos. Estrella tan brillante, que sus luces no dejan de iluminar sobre nuestro horizonte capuchino, aun después de la larga duración de más de dos siglos. Aragón la vió nacer, Italia le señaló su curso, Cataluña recibió sus influjos, Roma fué el término de su ocaso, y nosotros la manifestamos de nuevo en la vida que vamos a escribir de nuestro muy reverendo Padre Bernardino de Alhama, primer Guardián, primer Maestro de novicios y primer Provincial que tuvo la provincia de Cataluña. Hemos insinuado en otros lugares la muy estrecha observancia de la Regla y Constituciones, el gran rigor y austeridad con que se fundó y estableció dicha provincia, y aunque no dudamos que otros muchos religiosos cooperaron a ello, debemos confesar que habiendo ocupado el P. Bernardino los primeros y principales cargos ya en los principios de la fundación, a él se debe en gran parte aquella gran virtud, perfección y gloria con que dicha provincia resplandeció desde su origen.

Nació este ilustre Padre en Alhama, lugar de la Comunidad de Calatayud, en Aragón, de padres que fueron labradores de mediana suerte; y habiendo estudiado Artes, pasó a Italia, donde vistió nuestro hábito y profesó nuestro Instituto Capuchino. Nuestros originales no expresan en qué provincia, pero las crónicas generales dicen que tomó el hábito en nuestra provincia de Roma, como en efecto desde aquella provincia vino a Cataluña. Tampoco dicen los progresos que hizo en la perfección religiosa mientras vivió en aquella tierra, insinuándonos solamente que allí fué estimado por su virtud. Pe-

ro no podemos dudar que en aquella provincia adornó su alma con todas aquellas virtudes de que después dió tan ilustres ejemplos, y por los cuales mereció ser uno de los Padres elegidos para fundar en el Viso, población de Castilla, fundación deseada y solicitada por el Excelentísimo Marqués de Santa Cruz, Señor de dicho lugar del Viso, el cual habiendo hablado sobre esto con el Papa Gregorio XIII, y después con nuestro P. General Jerónimo de Monteflores, consiguió que este destinase para dicha fundación al P. Juan de Alarcón y a nuestro P. Bernardino de Alhama, junto con otro religioso lego, los cuales vinieron a Barcelona con el mismo Señor Marqués de Santa Cruz, quien los llevó en las Galeras de Nápoles de que era General. Se hallaba entonces el Fundador y Comisario P. Arcángel de Alarcón con sus compañeros en la habitación interina de la parroquia de San Gervasio, y con él acordaron que el P. Juan de Alarcón fuese con el P. Mateo de Guadix (que había venido con el P. Fundador), a establecer dicha fundación del Viso, y que el P. Bernardino con el otro compañero se quedasen en Cataluña, como en efecto se quedaron. Verificóse esta venida en el año 1578, poco tiempo después de la llegada a Cataluña de los Fundadores de la Orden en España.

Juntado ya nuestro P. Bernardino con los demás Padres, manifestó luego religioso adornado en virtud, prudencia, austeridad y demás circunstancias necesarias para confirmar y extender la nueva fundación.

Por lo cual el P. Arcángel de Alarcón, Comisario General, lo eligió por Guardián y Maestro de novicios del Convento de Santa Eulalia, que se fundó en el mismo año de 1578, y celebrándose después a su tiempo capítulo, fué elegido Provincial dicho P. Bernardino, según dicen los originales de la provincia en las fundaciones de los conventos de Manresa y Solsona. A más de esto, en el tiempo que no fué Provincial, ejerció casi siempre los oficios o de Definidor, o de Custodio, o de Guardián, prueba nada equívoca de su fervoroso espíritu y celo, pues se le confiaban los primeros y más importantes cargos y oficios en unos tiempos de tanta austeridad, espíritu y fervor. Y ciertamente no se engañaban los electores, porque

el espíritu de este devoto Padre estaba tan penetrado de la alta perfección de nuestra seráfica Regla, o por mejor decir, de las máximas del Santo Evangelio y de la imitación de Nuestro Redentor Jesucristo, que todos sus conatos y deseos fueron siempre imprimirla en sí y en sus súbditos. Sabía muy bien el varón santo, que un Prelado debe ser luz de aquellos que rige, sal de sus ovejas y forma de su rebaño, y que debe persuadirles la virtud más con obras que con palabras.

Con este conocimiento se dejaba ver a la faz de la provincia y de todos sus súbditos tan pobre, tan humilde, tan austero y penitente, que parecía un retrato verdadero de nuestro Padre San Francisco. Su vestido era un simple hábito viejo, corto, estrecho y remendado, sin admitir nunca hábito nuevo. Su cama las desnudas tablas o una estera mientras tuvo salud. El uso de las sandalias no lo conoció hasta que le dieron un cauterio de fuego, caminando a pie descalzo aun cuando como Provincial visitaba la provincia, sin hacer caso de lodos, nieves, fríos, piedras ni otras incomodidades. En las disciplinas se azotaba con tanto rigor, que parecía dar los golpes sobre una piedra y aun poco satisfecho su fervor con las disciplinas que acostumbraba la Comunidad, añadía otras extraordinarias, singularmente en las vigiliias de Cristo Nuestro Señor, de María Santísima, de los Apóstoles y de otros santos. Y a veces en la noche antes de comulgar los novicios hacia también con ellos la disciplina. Ni fué menos riguroso en la abstinencia, pues a más de ayunar con mucho rigor algunas de las cuaresmas acostumbradas por nuestro seráfico Padre, ayunaba a pan y agua muchos de los ayunos que prescribe nuestra Regla, y otros que añadía por su devoción, siendo tan rígido en las colaciones, que se abstenía de comer pan, aunque viniese de camino. Hallóse una vez enfermo y no quiso comer ni carne ni huevos en los ayunos de obligación. Cuando iba de camino, no permitía que su compañero llevase provisión alguna ni de comida ni de bebida, y se halló alguna vez caminar seis leguas sin comer bocado. Ni por esto deseaba hallar buen tratamiento en las casas donde se hospedaba, antes se holgaba con la penuria que hallaba en las posadas. Ni aun en los con-

ventos donde llegaba quería admitir aquel pequeño alivio que se acostumbraba conceder a los forasteros o caminantes, bien que los permitía a su compañero. Y como en cierta ocasión el religioso que cuidaba del refectorio, porfiase en ofrecerle alguna fruta, le corrigió con alguna severidad. También sucedió algunas veces detenerse de industria, por no llegar al convento a hora de cenar, con deseo de no hallar cosa prevenida; y aun ordenaba a los guardianes que no diesen aviso a los seglares de su venida, para que no tuviesen ocasión de enviarle algún regalo. Tanto era el deseo que este santo Prelado tenía que padecer, de lo cual tenemos también otra prueba en las dos veces que hubo de sufrir el cruel rigor del cauterio de fuego, la una en un dedo del pie, por ser necesario cortarle parte de la uña y de la carne, y la otra en la pierna, en cuyas ocasiones se mostró tan sufrido y tan paciente, que no hizo movimiento alguno de pena o de dolor, quedando admirados el cirujano y demás que se hallaron presentes. A lo que debemos añadir, por decir mucho en pocas palabras, que llevaba muy mortificados todos los sentidos y huía cuanto le era posible de las cosas de su gusto, aunque lícitas y algo necesarias, sin quejarse jamás por muchos trabajos que tuviese.

Tenía muy presente el varón santo que el padecer por Cristo es ganancia y el llevar su cruz es gloria, y así deseoso que tan saludable máxima quedase altamente establecida en la provincia, después de manifestarse a los ojos de todos, hostia viva agradable a Dios y sacrificada por Dios, procuraba con toda eficacia que la mortificación de Jesús resplandeciese en los demás religiosos y súbditos suyos. A este fin fundaba sus pláticas y razonamientos en la imitación y cruz de Cristo y en padecer en esta vida por alcanzar gloria en la otra. Y para dar mayor fuerza a sus palabras, él era el primero en las penitencias, mortificaciones y demás cosas que acostumbra la Comunidad; aun a los maitines de media noche no dejaba de asistir por cansado que llegase a los conventos. Para el mismo fin, cuando visitaba la provincia, quería que los Superiores ejercitasen a los religiosos en penitencias y mortificacio-

nes, no como castigo, sino por ejercicio de virtud, y para que se acostumbrasen a sufrir con alegría y silencio las cosas adversas. Singularmente quería que los jóvenes se criasen con rigor, mortificación y humildad. Y solía decir que el siervo de Dios debe tener las cosas amargas por dulces, y las dulces por amargas. Si alguna vez al concluir la visita y escuchar la culpa, imponía a los religiosos la disciplina, acostumbraba hacerse su compañero, disciplinándose junto con ellos. Siendo Guardián de Santa Eulalia, observaba la Comunidad tal rigor en la comida, que pocas veces gustaban carne o pescado, sirviéndose regularmente por pitanza hierbas de la huerta y pan cocido. También en su tiempo se hacían las colaciones ordinarias de los ayunos sin comer otra cosa sino algunas algarrobas o bellotas. Al fin todo su cuidado era padecer por amor a Cristo, y procurar que los otros hiciesen lo mismo.

Compañera de esta virtud de la penitencia fué en el santo varón la humildad, la cual resplandecía en él con tanta perfección, que aunque Superior y Prelado se llevaba como el menor entre los otros. Estuvo una vez enfermo, y siendo necesario purgarse, le llevaron el purgante en un vaso de vidrio (materia entonces rara), lo que visto por el celoso Provincial, pensando que aquello podría ser ocasión de introducir instrumentos de vidrio, tomó aquel vaso y junto con el purgante lo arrojó en el suelo. Pero discurriendo después que aquella acción podría tomarse no por celo de la santa pobreza, sino como un efecto de impaciencia, bajó al refectorio en ocasión que estaba allí la Comunidad y en presencia de todos dijo la culpa de aquel hecho, como si hubiese cometido un grave delito. En otra ocasión le dijo cierto religioso súbdito suyo, que no quería cuidarle, porque era importuno y pesado. Entonces el Prelado humilde se arrodilló y pidió perdón, quedando el súbdito con la confusión que se deja pensar. Vistióse una vez rico hábito nuevo y luego se lo quitó diciendo que tenía vergüenza de llevarlo, porque le parecía que iba muy venerado. Efecto de esta humildad era también el asistir con los demás religiosos a los ejercicios manuales que acostumbra la Co-

munidad, aun en el tiempo que era Provincial. Asimismo lo era el tomar consejo muchas veces, no sólo de los Padres graves, sino también de religiosos simples, y aun de los novicios, y el seguir y abrazar no pocas veces su parecer, aunque él fuese de tan grandes prendas en prudencia y experiencia. No menos lo era aquella afabilidad y humanidad con que se hacía tratable a todos, la cual era tanta, que cualquier súbdito podía tener ánimo y confianza de acudir a él y pedirle cualquier cosa, a cuyo fin solía decir, que el Superior en lo privado debe manifestarse tan humano y tratable que todos puedan acudir a él en sus trabajos y necesidades, como si no fuese Prelado o Superior.

Ni por esto debemos pensar que en su gobierno fué remiso o que obrase con poco celo y espíritu. Sabía muy bien el siervo de Dios hermanar la humildad con la autoridad, y hacer que la justicia y la paz se diesen ósculo de amistad. Cuando se trataba de cosas pertenecientes a su persona, se humillaba, se rendía y no rehusaba aplicarse a los ejercicios bajos como los demás religiosos. Pero en lo tocante a su oficio, singularmente en la guarda de la Regla y Constituciones y en la observancia rígida y estrecha, se dejaba ver animado de tanto celo y espíritu, que promovió en gran manera aquella austeridad de vida con que se fundó la provincia. Si tal vez algún religioso faltaba a sus deberes, o se hallaba reo de alguna transgresión y acudía a él humillado y arrepentido, lo recibía con todo amor y caridad. Pero a los que no tenían estas buenas disposiciones, los reprendía con celo y severidad y aun, cuando lo requería el negocio, los privaba de sus oficios sin ningún respeto. En los asuntos que le proponían, si alguna vez no le parecían conformes, se oponía a ellos con constancia y deshacía las trazas y designios que podían llevar. Y así valiéndose ya de la simplicidad de la paloma, ya de la prudencia de la serpiente, pudo conducir a los religiosos por los caminos de alta perfección.

Más no fueron estas las solas virtudes que resplandecieron en este varón insigne. Resplandeció en él una caridad tan tierna y ardiente, que las necesidades ajenas conmovían en gran

manera su corazón. Aunque él era tan austero y penitente para consigo mismo, y tan celoso de la observancia rígida y estrecha, cuando se trataba de enfermos, deponía todo rigor y quería que se tratasen con todo amor y caridad. Representóle una vez un religioso la necesidad de cierta persona seglar, y se movió a tanta compasión que tomando dos colchones de los pocos que había en la enfermería, los dió al religioso para que los remitiese a aquella persona necesitada, diciendo que eran más suyos que del convento. Cuando el cruel azote de la peste afligió con tanto rigor la ciudad de Barcelona en el año 1589, se hallaba el siervo de Dios Guardián de nuestro convento de Monte Calvario, y tanto él como sus súbditos se movieron a tanta caridad y compasión, que todos se ofrecieron a ser destinados al servicio de los apesados, sin temer el peligro a que se exponían de perder sus vidas en aquel servicio. Y cuando el caritativo Prelado se disponía para entrar a la ciudad con alguno de sus súbditos, llegó orden del Superior Mayor, en que le mandaba que él se quedase en el convento y dejase ir a los que estaban señalados, cuya orden y mandato le fué tan sensible, que después dijo a los religiosos que en ninguna otra obediencia había tenido tanta repugnancia. Más aunque esta prohibición no le permitió sacrificarse para la salud de sus prójimos, no dejó por esto de ejercitar su caridad con aquellos religiosos, que sirviendo a los apesados contrajeron el contagio, a los cuales iba el varón santo para confesarles y darles el socorro necesario, entrando para ello en la ciudad sin temer el peligro. A más de esto, como algunas personas se hubiesen retirado a las casas de campo o torres vecinas a la ciudad, dispuso el piadoso Prelado que algunos de sus religiosos fuesen a dichas casas para consolar a aquellas afligidas personas y darles los socorros espirituales que necesitaban, cuyo encargo cumplieron aquellos buenos religiosos con tanta piedad y fervor, que aquellas casas parecían unos pequeños conventos. En las capillas o iglesias decían Misa y rezaban el Oficio Divino; en la mesa leían algún libro espiritual y hacían las mortificaciones acostumbradas en la semana. Resultando de la caridad de estos y de los

otros que se aplicaron al servicio de los apestados, no poca edificación en toda la ciudad. Y aun a esta misma caridad podemos atribuir un particular beneficio que entonces recibieron de la liberal mano del Señor; esto es, que habiendo quedado en el convento 14 ó 16 religiosos, nunca mientras perseveró la peste, hubieron de salir para la limosna, teniendo lo bastante con lo que los devotos llevaban a la puerta, beneficio que nos indica cuán agradables eran a los ojos de Dios los servicios de aquellos caritativos religiosos, entre los cuales tuvo tanta parte nuestro P. Bernardino.

La fuente de donde este siervo de Dios sacaba tan abrasada caridad y las demás virtudes, fué la santa oración, ejercicio muy amado y muy frecuentado por él, como quien bien sabía que sin oración no hay virtud ni perfección en la palestra religiosa. Aun siendo Provincial asistía a todas las oraciones de la Comunidad a las cuales añadía otros ratos en que oraba por largo tiempo, haciendo la oración con tanta quietud y sosiego, que parecía una piedra insensible, y al mismo tiempo con tanto fervor, que a veces salía de ella con los ojos llorosos y con el rostro encendido como un ascua. Y para que los demás religiosos fuesen también hombres de oración, ya desde sus principios, solía decir que a los novicios no se les había de enseñar otra cosa sino oración, porque si saben hacer esta, harán bien todas las cosas. Que en este santo ejercicio mereciese el varón contemplativo algunas visitaciones divinas, lo podemos inferir de los dos favores celestiales que vamos a explicar. El uno lo refieren nuestras Crónicas generales diciendo que siendo Provincial y estando celebrando el santo sacrificio de la Misa, vió subir al cielo rodeada de resplandores la dichosa alma del Reverendísimo Padre Jerónimo de Monteflores, General de nuestra Orden, cuya muerte fué en el año 1584. El otro fué haber conocido con luz sobrenatural, que un joven que le pidió el hábito, le sucedería en el oficio de Provincial; porque hallándose el devoto Prelado en nuestro convento de Gerona, pidióle el hábito un estudiante, pero al verle demasiado joven, se lo negó diciéndole que esperase un año. Con esta negativa se fué el pretendiente y se entró en

la iglesia del convento, cuando al poco rato, habiendo el varón santo consultado con Dios en la oración, mandó llamarlo, y estando en su presencia le dijo: "Dios me inspira que os reciba y así volveréis dentro de tres semanas". Y dirigiéndose a otros religiosos añadió: que dicho joven con el tiempo había de sucederle en el oficio de Provincial, lo cual se verificó como había predicho; pues habiendo vestido nuestro hábito con el nombre de Fray Miguel de Gerona, andando el tiempo fué elegido Ministro Provincial, y entonces refirió esta predicción del siervo de Dios.

Pero otro efecto más provechoso sacaba el varón devoto de la oración, y era un don singular de hablar de Dios, con que movía y encendía a cuantos le escuchaban. Cuando estuvo en Italia, fué por algún tiempo compañero del famosísimo Predicador Padre Alonso Lobo, de cuyos sermones y del continuo estudio de la Sagrada Escritura adquirió un hábito tan fácil de citar los Profetas, que casi todas sus pláticas eran tejidas de sus sentencias. Y como las rumiase primero en la oración, las producía después con tanto espíritu que infundía admirables efectos a sus oyentes; ya los deleitaba, ya los atemorizaba, ya los compungía y no pocas veces les obligaba a derramar lágrimas. Aún en los razonamientos que hacía a los seglares, les movía tanto, que los dejaba inflamados en amor a Jesucristo y en deseos de padecer, por lo cual fué muy estimado de ellos, aunque les trataba poco, singularmente a las mujeres. Y para que se conozca que tan saludables efectos se originaban más de su fervorosa oración, que de su buen modo de decir, referiremos un suceso, que podrá servir de instrucción a todos los Predicadores. Después del primer trienio de Provincial, morando en nuestro convento de Monte-Calvario, quiso oír teología del Padre Francisco de Figueras, que fué el primer Lector que tuvo la provincia, de cuyo estudio resultó, que después hacía las pláticas fundadas más en términos escolásticos, que en sentimientos de oración, siguiéndose de aquí que, ni movía tanto a los oyentes, ni les eran tan aceptos como cuando usaba de la Sagrada Escritura, rumiada en la oración. Ejemplo poderoso

para hacernos conocer que la predicación sin oración es poco eficaz para producir buenos efectos en los oyentes.

Tales fueron las virtudes de este santo Prelado, y tal fué su celo, espíritu y prudencia en el desempeño de sus varios cargos, con cuyos medios condujo la provincia por los caminos de la más estrecha observancia de la Regla, Constituciones y santas costumbres. Y para que esto se conozca mejor, copiaremos aquí la relación que sobre lo mismo hace el P. Miguel de Valladolid que vió y trató a este varón insigne. "Fué, dice (el P. Bernardino), instituido Guardián por el Padre Comisario General en el primer convento que tomaron en esta provincia, que fué Santa Eulalia, en el cual convento fué el primer Guardián y Maestro de novicios que tuvo esta provincia, y ejercitó estos oficios muy loablemente y con notables aprovechamientos de los novicios que criaba y de los profesos que estaban con él, y con grandísima edificación de los demás religiosos de la provincia y de los seglares que le trataban. Porque su vida y sus pláticas eran de cruz y de imitación de Cristo crucificado y de padecer en esta vida, para esperar y alcanzar descanso con Cristo en la gloria. Y tenía tanta gracia en persuadir esto, que ninguno le trataba que no concibiese deseo de mejorarse. Y con esta primera leche ví yo esta provincia tan aprovechada, que tenían los religiosos por gran suerte ser despreciados y ofrecérseles ocasión para padecer, y fundaban tanto el aprovechamiento en esto y en humillarse, que pedían con instancia las mortificaciones y tenían harto que hacer los Prelados en componer las porfías que había entre los súbditos, sobre quién tendría el más humilde lugar y sobre ser los primeros en hacer las cosas de trabajo. Y no es encarecimiento esto que digo, sino verdad llana, y que no se declara tanto como era en el hecho. Por este buen modo de proceder de este Padre, fué elegido Provincial en el primer Capítulo que se celebró en esta provincia, y ejercitó este oficio durante tres años con mucha satisfacción de todos y conservó la provincia en todo su rigor y encaminó con su ejemplo y doctrina a los religiosos de ella en toda perfección." Hasta aquí el dicho P. Miguel.

Entre los varios oficios que ejerció este Padre, fué llamado a Roma al Capítulo general dos veces, a lo que parece. La primera fué, según se cree, en el año 1587, y regularmente sería entonces Custodio; y como se hubiese adelantado con motivo de tratar algunos asuntos útiles a la provincia con el Reverendísimo P. General, mereció que éste le honrase con el importante cargo de Vice-Procurador General, por estar ocupado en la predicación de la Cuaresma el Procurador General de la Orden, cuyo encargo desempeñó a satisfacción de todos. La segunda vez que concurrió a Roma para la celebración del Capítulo general, fué en el año 1593, siendo entonces por segunda vez Provincial de Cataluña, logró otra fortuna más feliz, que fué el dar fin a las miserias de esta vida, y el quedar libre de las tempestuosas olas de este mundo. En efecto, en este Capítulo general y en este mismo año murió santamente en Roma este varón insigne, y dió fin dichoso a su brillante carrera este astro luminoso, después de haber tan gloriosamente ilustrado la provincia, la cual conservará siempre la memoria de un tan esclarecido Padre, que el cielo le concedió ya en los principios de su fundación para tanta gloria y aprovechamiento suyo.

Bien quisiéramos poder decir aquí, que en la ocasión que el cuerpo de este siervo de Dios fué sepultado en la iglesia de nuestro convento de Roma, pasó luego su bendita alma al eterno descanso de la gloria. Y ciertamente que así lo persuaden su austera penitencia, su fervorosa caridad, su ardiente celo, su devota oración, y las demás virtudes con que resplandeció en los días de su vida. Más ¡oh inescrutables juicios de Dios! ¡oh rigor de la Divina justicia! Cerca de siete meses estuvo esta alma detenida en el Purgatorio antes de recibir en el Cielo el premio de sus méritos y virtudes. Así fué revelado a la venerable Madre Serafina, fundadora de las Capuchinas en España, a la cual se apareció el mismo Padre Bernardino en el día de San Andrés apóstol y le dijo que hasta entonces había estado en el purgatorio, no por yerros personales, que ya los tenía purgados, sino por los yerros co-

metidos en su gobierno, pero que ya por la misericordia de Dios subía a la patria de los bienaventurados.

El P. Miguel de Valladolid, que escribió el primer tomo de los originales de la provincia y conoció a este santo Prelado, discurre, y la atribuye a alguna remisión o tolerancia en el tiempo que fué segunda vez Provincial; cuyo origen refunde en algunos regalillos que recibió de los devotos que visitaba en el tiempo de la peste, de donde se siguió el recibirlos después también algún Superior local, por cuyo motivo aflojó algún tanto en el rigor del castigo y disimuló algunas faltas. Pero esta causa o motivo no es cierta, por cuanto el mismo P. Miguel en el mismo lugar añade, que otros atribuían el haber estado en el purgatorio a la facilidad que tuvo en dar licencia para ordenarse los religiosos. Más sea lo uno, o sea lo otro, nosotros lo apuntamos aquí según lo hallamos en los originales de la provincia, para que sirva de ejemplar escarmiento a todos, singularmente a los Superiores.

P. LORENZO DE HUESCA

La muy ilustre y muy antigua ciudad de Huesca dió a nuestra Orden y a la provincia de Cataluña dos hijos suyos tan esclarecidos en virtud y santidad, que sus luces no han podido oscurecerse con la duración del tiempo, ni su memoria borrarse con la sucesión de las generaciones. Tuvieron ambos un mismo nombre, llamándose uno y otro Lorenzo de Huesca; ambos vistieron nuestro hábito capuchino en Italia, ambos vinieron a nuestra provincia de Cataluña a los principios de su fundación, ambos vivieron santamente, y ambos murieron felizmente en un mismo convento; bien que en diferentes años. Más aunque esta unión de circunstancias les haga muy semejantes, tuvieron no obstante un distintivo tan particular, que eran nombrados muy diferentemente entre sus conocidos. El que murió primero fué llamado el santo y el segundo el pecador, nombres que aunque tan opuestos, se hermanan muy bien cuando se oríjanan de un gran fondo de virtud, como la tuvieron estos dos esclarecidos varones. La vida del primero la dejamos escrita en la página 38 y ahora vamos a referir la del segundo, siguiendo los originales de la provincia.

Sabido pues, que la patria de este P. Lorenzo fué la ciudad de Huesca, convendría saber también los nombres de sus padres, la vida que llevó en el siglo, los motivos que le condujeron a Italia, y el modo y cuándo entró en nuestra Orden, pero nada de esto nos dejaron escrito los que vivieron en aquellos tiempos, o porque no lo supieron, o porque no lo buscaron. Solamente hallamos notado que fué de noble linaje y Caballero del hábito de San Juan; expresión bastante para hacernos concebir una alta idea de la nobleza de su casa, pa-

dres y ascendientes; dándonos al mismo tiempo un grave fundamento para presumir que el motivo de pasar a Italia sería por algunos cargos honoríficos que se habrían confiado o a él o a sus padres. Pero, sea como fuere, lo cierto es que aquí renunció al mundo con toda su nobleza y vistió nuestro pobre hábito capuchino en una de aquellas provincias, que no podemos decir cuál fuese por no hallarlo notado. La vida que llevó aquí siendo ya capuchino, creemos que fué muy perfecta y muy virtuosa, pues no dudamos que entonces se formaron los principios y los fundamentos de aquellas eminentes virtudes con que tanto resplandeció en la provincia de Cataluña. En efecto, trasladado ya a esta provincia en los primeros años de su fundación, siguió tan perfectamente las rígidas observancias que halló establecidas, que andando el tiempo le confiaron los Prelados el oficio, ya de Presidente, ya de Guardián de algunos conventos creyendo sin duda que con sus fervorosos ejemplos promovería la alta perfección que se deseaba en la provincia. Y ciertamente no podía menos que producir estos buenos efectos aquella vida austera, ejemplar y virtuosa, que resplandecía a los ojos de todos. Distinguióse singularmente en la humildad, formando tan bajo concepto de sí propio, que se llamaba el Pecador y deseaba que otros le diesen también este nombre; como en efecto lo consiguió, no sólo entre los religiosos, sino también entre los seglares, quienes como olvidados de su nombre le llamaban el Padre Pecador. Fué una vez a visitar al Señor Obispo de Lérida, llamado D. Francisco Virgilio, y quedó este Prelado tan edificado de su conversación, que dijo después: "¡Ojalá que muchos pecadores como este hubiese en el mundo!" En otra ocasión, siendo Presidente de nuestro convento de Perpiñán, fué nombrado examinador de los ordenandos por el Señor Obispo D. Cristóbal Gallart, y aunque él por su mucha humildad se excusó diciendo que era tan ignorante, que ni gramática sabía, fueron tales las instancias de aquel buen Prelado, que asistió a la mesa con los demás examinadores, pero aquí mismo supo hallar medio para el desprecio que tanto deseaba; porque presentándose uno de los ordenandos, y dándole a leer, el Misal,

dijo el varón humilde que aquel estudiante sabía más que él; valiéndose después de otro medio excusado, se fué y dejó el cargo a los otros examinadores. Entonces dijo el Señor Obispo que la demostración que había hecho aquel Padre no era efecto de ignorancia, sino de humildad, pues que él tenía bien conocida su ciencia por algunas dificultades que le había declarado de mucha importancia. Otra prueba de la humildad de este siervo de Dios, fué el ocuparse en trabajar la huerta, según se vió en nuestro convento de Ceret, donde enseñó este trabajo a cierto religioso lego cavando junto con él.

Más aunque él se humillase tanto y desease ser despreciado de todos, no le faltaba espíritu y constancia para impedir las ofensas de Dios y componer riñas y discordias, de lo cual tenemos un ejemplo muy singular en una división grande que hubo entre la villa de Ceret y el Señor de ella. Encondiéronse tanto los dos partidos que llegaron a tomar las armas y formarse a manera de dos ejércitos en el puente de la misma villa, disparándose mutuamente unos contra otros. Eran los de la parte del Señor como dos o trescientos hombres y los de la villa una muchedumbre de vecinos, y animados unos y otros del espíritu que les gobernaba, exponían sus vidas a una lamentable desgracia. Supo este fatal acaecimiento nuestro P. Lorenzo, y lleno de celo y de caridad para el bien de todos, se presentó en medio del puente que era la división de los dos partidos y hablando, clamando y discurrendo de una parte a otra parte, pudo al fin conseguir que un partido se separase del otro; siendo lo más particular que continuando los de un partido en hacer fuego y dirigiéndose las balas por donde estaba el varón santo, ninguna le tocó ni hizo el menor daño, lo que se atribuyó a un milagro de la Divina Providencia. Con semejante celo y caridad compuso también la división que había entre dos primos hermanos de un pueblo de Rosellón, llamado Trullás. Vivían éstos tan reñidos y en tanta enemistad, que deseaban y procuraban darse muerte el uno al otro. Eran por otra parte devotos de nuestra Orden y como tales, procuró el Superior de nuestro convento de Perpiñán ponerlos en verdadera amistad, a cuyo fin ordenó al siervo de Dios, que pa-

sase al dicho pueblo y trabajase en la unión cristiana de aquellos dos sujetos.

Ilizolo el varón obediente, habló al uno y al otro, y aunque hubo bastante resistencia de parte del primero, supo decirles tales razones y hablarles con tanta libertad y espíritu, que en su misma presencia del párroco se abrazaron los dos enemigos y establecieron una paz permanente, que en lo restante de la vida gozaron los frutos de la amistad. Finalmente llegó a tanto su habilidad y gracia en componer ánimos discordes, que cuando entre caballeros había algunos encuentros y divisiones, con ponerse él de por medio, luego se daban las manos y hacían las paces.

Bien creemos que tan saludables efectos procedían en gran parte de aquel candor y sencillez con que se dejaba ver a los ojos de todos; pero su principal origen debemos atribuirlo a los fervores de su oración. Esta fué la virtud más ejercitada por el siervo de Dios, ésta la que más ocupaba sus potencias y sentidos y la que elevaba su alma sobre todas las cosas de la tierra. Era a la verdad cosa de mucha edificación ver a este varón contemplativo que de cualquier criatura sabía hacer escala para subir al Criador, y de cualquier objeto sabía sacar espíritu para animarse a la perfección. Si hallaba algún arroyo, cuya agua corriese con ímpetu, luego decía: ¿No véis con cuanta prisa corre esta agua continuamente al mar como a su centro? ¿Pues, por qué no corre mi alma de día y de noche a su centro que es Dios? Si veía un injerto en algún árbol, que estuviese verde y crecido, decía: “Si este injerto así crece y medra en este árbol, ¿cómo yo que he sido injertado en la Religión *insertus in bonam olivam*, no voy siempre creciendo en la caridad, en el amor y en toda virtud?”. Y de este modo iba levantando su espíritu a los bienes celestiales con la consideración de las cosas ordinarias y comunes en que nosotros tan poco nos paramos. En el convento no le satisfacían las horas de oración que acostumbraba tener la Comunidad, y así deseoso de más largo tiempo para tratar con Dios, se iba a la iglesia en horas extraordinarias y proseguía su oración, conforme se observó no pocas veces, estando de familia en

nuestro convento de Lérida. Aquí fué visto una vez que al salir de la oración de completas, estaba tan transportado y que resplandecía su rostro con tal claridad, que parecía echaba rayos de luz. El religioso que mereció ver esta claridad de su rostro fué el P. Pablo de Sarriá, que después fué Provincial, el cual confiesa que su alma quedó edificada y que siempre que se acordaba de ello, le parecía recibir nuevos alientos para servir a Dios.

Pero más singular fué otro exceso mental de que fué ocupado en nuestro convento de Perpiñán. Celebrábase en aquella iglesia la fiesta del glorioso San Antonio de Padua, y para mayor solemnidad estaba expuesto el Santísimo y había en el presbiterio algunos músicos que tañían sus instrumentos. Se hallaba en este tiempo nuestro P. Lorenzo en el coro haciendo oración y al oír aquella música fué transportado de un espíritu tan fervoroso, que como fuera de sí, se levantó de su lugar y se puso a danzar de modo que parecía no tocaba de pies en el suelo, quedando admirados cuantos vieron una demostración no menos devota que extraordinaria. Ni fueron estos solos los arrobamientos con que el siervo de Dios quedaba enajenado y como fuera de sí, antes le eran tan familiares, que parece no podía desprenderse de ellos. Fué una vez cierto religioso a llamarle a su celda para decir Misa, y le oyó decir tales palabras que parecía que despertaba de un profundísimo sueño, o que volvía de algún arrobamiento. En otra ocasión, hizo un largo viaje con otro religioso, y puesto en el camino habló de Dios con tanto fervor y espíritu, que parecía andar sin que los pies tocasen en la tierra, y esto con tanta prisa que el compañero con dificultad podía seguirle. Aun en el comer y en otras acciones se dejaba ver tan absorto en el espíritu, que parecía no acertaba a lo que debía hacer. Tanta es la eficacia de la oración cuando llega a aquel sublime grado, en que el alma queda íntimamente unida con Dios. Era este varón santo, devotísimo de la Virgen María Nuestra Señora y de su benditísimo Hijo Jesús, en cuyos soberanos objetos hallaba todo su consuelo y todas sus delicias, y mediante sus gracias llegaba a concebir aquellos incendios de

amor divino que tanto le transportaban, y de los cuales hablaba en sus conversaciones con tanto fervor, que inflamaba a los que le escuchaban.

Mas no le faltó alguna prueba y trabajo entre tantas delicias y consuelos, porque el demonio, enemigo declarado de los siervos de Dios, no dejó de acometerle con alguna tentación, o para atemorizarle, o para perderle; pero el espíritu de este varón fervoroso supo muy bien vencer todas sus astucias y engaños, según lo demuestra el caso siguiente: Hallóse una vez acometido de cierta tentación y conociendo la perversidad del enemigo, se fué a la iglesia, donde se quitó el hábito y dejándole a una parte, se disciplinó con gran rigor, y animado de un espíritu invencible, desafiaba a los demonios del infierno, como quien nada temía de su poder ni de sus engaños. Favorecido pues el siervo de Dios con tantos beneficios por medio de la oración santa, y conociendo la importancia de ella para adelantar en la perfección, nada deseaba tanto como que los religiosos nunca dejaran tan santo ejercicio, de cuyos deseos nos dejó una demostración muy particular en nuestro convento de Lérida. Fué elegido Discreto en este convento para concurrir junto con el Guardián al Capitulo provincial, que debía celebrarse en Gerona, y llegando la hora de partir, mientras el P. Guardián iba a la puerta, el varón santo se fué al refectorio en ocasión que la Comunidad estaba cenando, y arrodillándose delante de los religiosos, les hizo tres inclinaciones y les dijo estas solas palabras: "Oración, oración, oración"; y levantándose se partió con su compañero. Cuán admirados quedasen aquellos religiosos de semejante demostración, no lo sabemos, pero conocerían sin duda la importancia del consejo que les dejaba, sabiendo que el religioso hallaba en la oración todo cuanto ha menester para ser perfecto, y que sin ella nada puede hallar de bueno, sino su perdición.

A todas estas virtudes del siervo de Dios añadiremos algunos milagros que el Señor se dignó obrar por su intercesión, los cuales refieren los originales de la provincia como una prueba de su gran santidad. Uno de ellos sucedió en la

ciudad de Lérida con una mujer llamada Francisca de Castro, la cual se hallaba tan gravemente enferma, que el médico no dudó decir que por la noche moriría o perdería el juicio. Visitóla el varón santo en este trabajo y procuró consolarla con palabras de paciencia y conformidad a la voluntad divina, y tomándola por la mano, le comunicó un ánimo y vigor tan particular, que le parecía que la salud se le iba discurriendo por todo el cuerpo, y se halló sana en la misma noche. Otro suceso muy semejante sucedió siendo el siervo de Dios Juan del convento que entonces teníamos en la villa de Bañolas. Había en un pueblo llamado Puigpalter cierto labrador muy devoto de nuestra Orden, por nombre Martirian Tassis y Ferrer, el cual tenía un hijo muy malo de una ardiente calentura, y para consolarse de esta su aflicción, se fué a dicho convento le comunicó su pena al varón santo y a otro religioso de mucha virtud llamado Fray Antonio de Baeza, los cuales le dijeron que lo encomendase a Dios y que se volviese a su casa, que el hijo estaría bueno. Cumplióse tan puntual esta promesa de los dos santos varones, que acompañando ellos mismos al afligido padre hasta su casa, al llegar a ella les vino a recibir y abrazar el hijo sano y bueno. En otra ocasión, el mismo bienhechor prestó un par de bueyes para conducir un madero muy grande al dicho convento de Bañolas, y al llegar a cierta subida peligrosa, resbaló el carro con el madero cayendo encima de los bueyes con tal opresión, que uno de ellos parecía estar ya muerto. Se hallaron presentes en este desgraciado suceso nuestro P. Lorenzo y el mencionado Fray Antonio, los cuales llenos de fe y de confianza dijeron a los afligidos conductores que se arrodillasen y dijesen el Ave María, cuya breve oración fué tan poderosa, que siendo necesarios cuarenta hombres para levantar el carro, el madero y los bueyes, con sólo la ayuda de cuatro se levantaron los brutos sanos y sin lesión alguna y prosiguieron el camino con mucha ligereza conduciendo el madero, quedando todos no menos consolados que admirados de tan señalado prodigio. Fué también beneficioso prodigio el que recibió Gualdarique Montagut, labrador de la villa de Ceret.

Pidióle una vez nuestro P. Lorenzo alguna porción de vino para el servicio de las Misas, y aunque el bienhechor se excusó al principio, ya por tener poco de aquella calidad, ya por haberlo menester para sus necesidades, no obstante movido de las buenas palabras que le dijo el siervo de Dios, bajaron los dos al sótano, donde el varón santo bendijo la tinaja y después el bienhechor le llenó el frasco que llevaba, no solamente esta vez, sino también otra se volvió para lo mismo. No tardó en recibir el premio de su limosna y en experimentar la virtud de la bendición que dió el siervo de Dios, porque aquella tinaja, que la segunda vez daba el vino con tanta escasez que fué preciso levantarla, después lo dió con tanta abundancia, que el bienhechor quedó no menos admirado que confundido, siendo lo más singular que continuó en dar vino por el tiempo de cinco meses, no sólo para las necesidades del dueño, sino también para favorecer al varón santo, que fue muchas veces a pedirlo, por lo cual en adelante fué llamada la tinaja del milagro.

Quedando pues ilustrada la vida de este varón insigne con tales prodigios, y resplandeciendo sus virtudes con tantas luces, llegó al fin de sus días y al término de sus años en nuestro convento de Monte-Calvario. Más así como la luz cuando llega a su fin despide de sí nuevos rayos de resplandor, así mismo este santo religioso dió en su última enfermedad nuevos ejemplos de virtud y de perfección, que acreditaron la santidad con que salía de este mundo. El P. Antonio de Figueras, Predicador de la misma provincia, que se halló presente, hace bajo juramento una relación muy individual de estos heroicos ejemplos de virtud con que el siervo de Dios acabó su vida, cuya relación ponemos aquí literalmente para mayor edificación de los que esto leyeren. "Murió finalmente, dice el dicho Fray Lorenzo en Monte-Calvario, santamente, estándole yo sirviendo en la celda en su enfermedad, y habiéndole ya desahuciado los médicos, vino el P. Fray Juan de Barcelona, Guardián que entonces era de aquel convento, y le dijo: P. Fray Lorenzo, bien puede alegrarse en el Señor y decir como David: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi.*

in domum Domini ibimus. De aquí tomó el P. Fray Lorenzo el punto, haciendo castañetas con los dedos y con una alegría y gozo tan particular, dijo tantas cosas de Dios y de su gloria, estimando y agradeciendo mucho la merced que le hacía su Divina Majestad en llamarle, que de consolación de ver lo que tenía Dios depositado en él, reventando en lágrimas, me hube de salir de la celda (aunque hice lo que pude por no salir por ver en qué pararía), me duró gran rato sin poderme contener, porque me parecía era todo aquello prendas y arras de la gloria y felicidad eterna en el dicho Padre. Después que volví a su celda, me pidió le diese una lámina que tenía junto a sí, en que estaba la Virgen con el Niño Jesús, y tomada en sus manos, los coloquios que tuvo con ella y con el Niño no se pueden decir. Pero cuando ví que entre tantos actos de amor y contrición, mezclaba muchos de profundísima humildad, diciendo que era muy grande pecador, ingrato y otros semejantes, con particular emoción que tuve le quise probar a ver cómo sentía aquello que decía, y le dije: Padre Fray Lorenzo, consuélase mucho y dé muchas gracias a Dios Nuestro Señor por la merced que le ha hecho en cuarenta y cinco o más años de religión de una continuada penitencia y servicio de Dios: bien puede dejar ese nombre de pecador y las tiene aparejadas muchas coronas de gloria, que eso y más se puede esperar de su infinita bondad. Oyéndome estas palabras con una severidad muy grande, me reprendió diciendo: No me diga eso, que ya veo cuán bueno es Dios, pero yo soy un vilísimo e ingrato pecador, y otras cosas semejantes, en que eché de ver, cuán arraigado tenía en su corazón ese conocimiento de pecador, y si así lo decía de boca, más lo decía de corazón, y era esto el mismo día que murió. Ese mismo día, a las ocho de la tarde o nueve, estando ya rendido el cuerpo, tanto que ya no podía sustentar la imagen de la Virgen y el Niño en las manos, me dijo muchísimas veces, movido de ver que tanto tiempo le había asistido, que me fuese a descansar. Y después de haberse reconciliado, que lo hacía muy a menudo, me dijo otra vez si le quería consolar, me fuese, que presto moriría. Y así me fui, y al cabo de tres horas, según

dijeron, murió en el Señor con un sosiego y quietud como le dejé y me había dicho, y tengo por muy cierto se fué luego a gozar de Dios y recibir el premio de lo mucho que había trabajado." Todo esto dice el mencionado P. Antonio de Figueras como testigo de vista. A lo cual nada tenemos que añadir, sino suplicar a Dios Nuestro Señor que se digne comunicarnos parte del fervor y espíritu de este su siervo, para que ya que vivimos en la misma profesión y en los mismos conventos, aprovechemos también en la virtud de modo, que vivamos después junto con él eternamente en el cielo. Verificóse la muerte de este insigne religioso en nuestro convento de Barcelona, llamado Monte-Calvario, el año 1615.

P. PEDRO DE BARBASTRO

Cierra gloriosamente el escuadrón de ilustres varones que dió en este año de 1624 al cielo la religión de los Capuchinos en España, Fray Pedro de Barbastro, predicador que engendró a la vida monástica la provincia de Aragón y envió al descanso eterno la de Castilla desde nuestro convento de Madrid. Nació pues Fray Pedro en Barbastro, ciudad del reino de Aragón y desde sus primeros años se dedicó primero al ejercicio de las virtudes y después al de los estudios, y en ambos consiguió tan singular aprovechamiento, que con el crédito de virtuoso y demostraciones de docto vino a llegar a la Cátedra de Prima de Teología Escolástica en la Universidad de Huesca, la cual regentó 17 años con no común aplauso y utilidad grande de sus discípulos.

No era menos buscado en el confesionario que en las escuelas y el escrúpulo que concedía en resolver materia de fuero interior junto con los fervorosos deseos que ocupaban su ánimo de vida más quieta y estrecha, empezó a inclinarse a su estado de Religión. Despreciando, pues, el temporal aumento que sus muchas letras le debían ocasionar, pisando las conveniencias y veneraciones del mundo, se determinó a asentir a la divina vocación, vistiendo el sayal de los capuchinos quienes muy luego experimentaron el buen espíritu que les había traído a Fr. Pedro, en las veras con que abrazó las austeridades y observancias de nuestro penurioso Instituto. Su humildad era la más profunda, su obediencia, la más rendida, su mortificación, la más universal y continua. Y conociendo que las espirituales armas de que se recela más el demonio son el ayuno, la oración y el silencio, puso el mayor conato en

valerse de ellas según todo lo que la licencia del maestro y ocupaciones de la Comunidad se lo permitían.

Como había sido en el siglo sujeto de tanta autoridad y, podía ésta haber engendrado en su ánimo alguna especie de elación, cuidaban mucho así el Guardián como el maestro de mortificarle y humillarle en todas las cosas; pero a este celo de los Prelados parecía hacer competencia el fervoroso aliento del siervo de Dios y ya cuando novicio, ya después de profeso era centro en donde paraban (pretendiéndolo así su solicitud), los ministerios más humildes de la familia de que no sin grande violencia permitía que tuviesen parte los demás religiosos jóvenes. Era toda su ansia reparar las quiebras que se le presentaban de la vida seglar. Y para este fin, como otro San Antonio en el yermo, de cada uno de los religiosos que veía más atentos al aprovechamiento espiritual, se había señalado la imitación en alguna especial virtud y solícita abeja, libando flores varias, iba fabricando el más sabroso y más escogido panal, de cuya dulzura participaba en los retiros de la oración, no quedaba ajeno su espíritu a quien daba Dios a gustar singulares consolaciones y a que correspondía Fray Pedro solicitando con incansable aliento nuevas ocasiones de servir, de agradar y de merecer las divinas misericordias que iba cada día experimentando más abundantes.

Al paso pues, que crecía en años, se iba adelantando en virtudes, que con el esmalte de sus grandes letras, muy luego le representaron digno de ocupar los mayores puestos para el gobierno de su provincia y aún de toda la Religión; y así fué llamado al Provincialato con universal aceptación de todos los que con ingenuo y desapasionado conocimiento, deseaban los progresos del bien común. Mucho afligió a Fray Pedro esta pretensión de los Prelados, pues sobre tenerse por el menos idóneo para empleo tan superior, apetecía la quietud de la celda y el retiro de criaturas como medio más proporcionado para su espiritual aprovechamiento. Resistióse con cuanto esfuerzo le fué posible, alegó en defensa de su dictamen todas las razones que ocurrían a su humildad, pero todas en vez de apagar el conato de la provincia, le encendían

a más constante resolución de que fuese cabeza suya el que antes había sido ejemplar de la vida más religiosa. Compelido al fin de tan repetidas instancias, no pudiendo ya dudar que el no rendirse a ellas sería oponerse a la Divina Voluntad, sujetó la cerviz al yugo y entró a ser Provincial para ser como dice nuestro seráfico Patriarca siervo de todos los que en adelante habían de seguir su obediencia.

Dícese en adagio común que muda las costumbres la dignidad y en la de Fray Pedro se vió esto verificado porque hizo mudanza conocida después que se halló con las obligaciones de Superior. Pasó, pues, de vigilante a vigilantísimo, de austero a más austero; de caritativo, a mayores incendios de caridad y en fin, reconociendo que lo que es favor en el súbdito, debe aumentarse en el Prelado para no parecer tibieza, procuró adelantarse tanto en todo género de virtudes, considerando el nuevo carácter, que pudieran juzgarle otro. A lo menos es cierto que puesta esta luz sobre el candelero, si no aumentó los rayos, los extendió a esfera más dilatada, dando a toda la provincia el mismo apostólico ejemplo que antes daba a un convento solo. Hermanó con singular destreza las activas solicitudes de Marta con los suaves ocios de María. Sin faltar al coro ni a otro acto alguno de comunidad, correspondía al consuelo de los súbditos, al agasajo de los devotos y a lo demás en que le empeñaba la política religiosa, haciendo caber en poco tiempo ocupaciones de muchos días. Tomó muy a pecho el que se conservasen las santas observancias y ejemplares estilos de la provincia, ya en lo que tocaba a lo sustancial de la regla o a lo accidental de las ceremonias. Procuraba ser más amado que temido, con que consiguió ser temido con amor y ser amado con reverencia, y aunque usaba promiscuamente y según lo pedían los accidentes de la vara que se llama hermosura y de la que tiene por nombre azote, según enseñó Zacarías, y es preciso para apacentar racionales reses, sin embargo, era más blando que riguroso y como corazón que late más a la mano siniestra, que es la más flaca, se inclinaba con mayor propensión a medicinar humanas flaquezas con latidos de misericordia, que con heridas de severidad y justicia. Cuando salía a la visita de los

conventos y desde ellos a las de personas seglares a que le llamaba la obligación, era tan sin perjuicio de su interior recogimiento, como si fuesen yermos las poblaciones. Había alcanzado tal mortificación de sentido, que veía sin mirar; oía, sin atender; reconcentrado siempre en sí mismo y sin perder jamás la divina presencia de que gozaba con hábito constante su corazón. Aunque esto sucedía como hemos dicho, receloso siempre el siervo de Dios de que se distraía en las precisas exterioridades del oficio que le ocupaban parte del día, gastaba la mayor parte de la noche en el ejercicio de la oración, preciso a quien gobierna si ha de gobernar con utilidad ajena y sin riesgo propio.

Acabó su gobierno y con él también acabaron su recelo propio y consuelo ajeno, quedando toda la provincia como huérfana por la falta de Padre tal. Nunca Fray Pedro estuvo más gozoso que cuando, acabado el Provincialato en que padecía a la verdad violencia, se halló libre en el centro de una vida particular. No volvió en ella a los ejercicios antecedentes porque no los había dejado: volvió, empero, a la mayor oportunidad de asistir a ellos. Llenábase de gozo considerando que podía aplicar entero el tiempo y el cuidado hacia su bien espiritual sin tener precisas ocupaciones en que partirle. Después de todo el coro, después de haber acudido a la enfermería y ejercitándose en hacer las camas, en limpiar los vasos inmundos, en barrer las celdas, se restituía a la suya, no con la obligación de responder a cartas, de satisfacer a quejas, de ocurrir a inconvenientes, de suavizarse a desconsuelos, que es lo que de ordinario embaraza y molesta a los Provinciales, sino con la santa y deleitable libertad de dedicarse al gustoso estudio de alguna de las cuatro Teologías, escolástica, mística, expositiva y moral, todas tan propias de su profesión y tan fáciles a su aventajada capacidad.

Predicaba con vehemente espíritu y elocuencia, reprendía con apostólico rigor los vicios y más, los de escandalosa publicidad, y en fin, eran sus voces rayos que atemorizaban y herían en los pechos más obstinados. Los sujetos más nobles, si eran destemplados, hallaban en él por estimaciones correccio-

nes. Al contrario, tenía grande respeto a los virtuosos y corregidos, aunque fuesen de los más abatidos de la República. Empeñaba la predicación a Fray Pedro en largos y penosos viajes y él los hacía si no más largos, más penosos con la severa ley de abstinencia que en ellos se imponía. Nada más deseaban los hermanos de la Religión que agasajar y aliviar al siervo de Dios cuando entraba en sus casas por el singular afecto, devoción y veneración con que en ellas le recibían, pero él nada más deseaba que frustrar estas prevenciones, bien que por no descensolar a los huéspedes, ni quitar al compañero la confianza, se valía del disimulo y dando a entender que comía, entonces se levantaba más ayuno cuando era la mesa más regalada. Volviendo una vez de predicar a casa de la hermana, que en aquel lugar recibía a los Religiosos, la preguntó si había oído el sermón, y respondió la mujer: "No Padre ni el sermón ni Misa he oído; pero Dios me perdonará porque he estado muy ocupada en prevenir lo que han de comer." Sintió Fray Pedro con sumo dolor la indiscreción, y volviéndose a la mujer le dijo: "No quiera Dios, hermana, que yo admita comida que se ha comprado con tanto precio." Tomó el breviario, dijo al compañero que le siguiese, y llegaron ambos al convento ya muy de noche, sin haberse desayunado.

Fué Fray Pedro uno de los que vinieron a la fundación del convento de Madrid, para facilitarla con la autoridad y después santificarla con el ejemplo, dejando en la Regla ajustada a la evangélica perfección de que se pudiesen valer los que en adelante abrazasen nuestro Instituto. Salió de su provincia con muy corta salud, con que fué mucho lo que padeció en el camino, porque nunca le pudieron vencer dos religiosos que traía por compañeros, no sólo a que se pidiese ni aun a que se admitiese cosa alguna de más regalo para socorrer su debilidad. Una persona muy devota que los encontró en un lugar, compadecida de la mala disposición con que el P. Fray Pedro iba, hizo grande instancia a los compañeros para que llevasen una ave y unos panecillos porque era muy pobre la tierra que habían de pasar inmediatamente. Escarmentados de algunos lances antecedentes, se resistían a esta proposición, pero com-

padecidos de la flaqueza de Fray Pedro y no pudiendo ya negarse a las instancias del bienhechor, admitieron aquel alivio. Súpolo el austero varón después y dando por penitencia al que lo llevaba el que caminase dos días con aquel peso, le aligeró de él dando el ave y los panecillos para los pobres de un Hospital por donde pasaron.

Volviendo a su provincia, después de algunos años que estuvo en ésta, siendo espejo de las más heroicas virtudes, llegó a un convento en ocasión de haber de celebrarse en él la fiesta del Santísimo Sacramento, misterio soberano de que era con singularidad devoto. Pidiéronle predicase; pero negóse porque el predicador de la casa lograse el sermón que tenía estudiado. Instaronle a que dijese la Misa principal del día; tampoco lo admitió diciendo había ya hallado ocupación en que cooperar a la fiesta, y fué vestirse un roquete e ir a la procesión, incensando el Santísimo Sacramento. En un Jueves Santo estuvo de rodillas delante del monumento todas las 24 horas que descansó en él, el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo; constancia increíble, si la gracia no hubiese fortalecido la naturaleza. Era dotado de singular claridad de ingenio para resolver cuestiones difíciles, así de la Sagrada Escritura como de la Teología Moral, por lo cual daba a cualquier escrúpulo de conciencia breve y conveniente satisfacción. Tuvo noticia de esto el Conde Duque, Primer Ministro del Rey Católico, D. Felipe Cuarto, el cual con buleto del Nuncio de Su Santidad, le obligó a volver a la Corte, con ocasión de haber venido a ella el Príncipe de Gales, cuya reducción a la Fe Romana tanto se deseó y procuró mediante la doctrina y conferencias de los más insignes varones que entonces se pudieron hallar. Sintió mucho Fray Pedro verse abligado a dejar la quietud de su celda, hallándose ya en edad crecida y con el único cuidado de disponerse para morir. Sin embargo, hubo de obedecer, dejó la provincia de Aragón, vino a la de Castilla y fué recibido en Madrid con aquella veneración que a su virtud y letras era debida.

Al motivo que habemos dicho, se juntó desear el Privado tener cerca varón tan docto para la resolución de los negocios más arduos que se ofreciesen. Pero el primero en que se le

pidió dictamen, le halló con la última enfermedad disponiéndolo Dios así, quizá movido de las oraciones de Fray Pedro, que tanto temía embarazar el ánimo con negocios ajenos, de lo que había buscado y conseguido en la Religión, que era la abstracción y retiro de criaturas. Sintióse pues fatigado de una maligna calentura, reconoció que le llamaban a la posesión del fin deseado, confesóse generalmente, pidió y recibió con devota ternura el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. En los brazos de tan Divino Huésped se quedó transportado por algún espacio de tiempo; al parecer dormía, pero nunca estuvo su espíritu ni más vigilante, ni en atención más noble ocupado. Apenas volvió a los sentidos, cuando pidió le administrasen la Santa Unción; acto a cuyas oraciones y preces ayudaba él mismo respondiendo con todos los demás religiosos. Reconocían en la alegría de su rostro y de sus palabras, la quietud y seguridad con que el espíritu salía de la cárcel del cuerpo. Dando, pues, el varón ilustre repetidas gracias a Dios de que moría hijo de la Iglesia y de la Religión de los Capuchinos en que había hallado tan eficaces medios para salvarse, como lo esperaba de la divina misericordia y méritos de Nuestro Señor Jesucristo, voló a la eternidad, y quedó el cadáver aguardando el tiempo en que se cumple el número de los hermanos, para recibir la segunda estola. Murió como se dijo en 1624.

P. JOSÉ DE MOROS

Todas las biografías (de capuchinos aragoneses hasta aquí mencionadas), que preceden, son de las que constan y están impresas en la biografía hispano-capuchina del Cardenal Vives; más las que le siguen a continuación, son todas inéditas y salen ahora a luz por primera vez, siendo el primero de ellos el P. José de Moros.

Este venerable Padre nacido de padres honestos y piadosos, fué oriundo de un pueblecito de los varios que circundan la ciudad de Calatayud, llamado Moros. Al recibir las regeneradoras aguas del bautismo, se le puso el nombre de Juan, y aun cuando en su ingreso en la Religión dejó este nombre, conmutándosele por el de José, sin dejar por eso el contenido del primitivo que significa gracia, conservó la sustancia del segundo que significa aumento, pues mientras vivió en la Orden, fué aumentando siempre en sí la gracia de Dios.

Se veían resplandecer en él tales preludios de santidad y costumbres tan laudables, cuando aun era niño, que enterado de ello el Sr. Obispo de Tarazona, D. Diego de Yeppes, confesor en otro tiempo de Felipe II y de la Santa Madre Teresa de Jesús, procuró llevarlo al Seminario de dicha ciudad a fin de que se instruyera en la lengua latina. Y fué tanto lo que en ese tiempo prosperó en el estudio de la gramática y retórica, que todos quedaron grandemente admirados.

Desde este Seminario, donde florecía no menos en virtud que en letras, le eligió el Señor y le llamó con la gracia de la vocación a la vida religiosa, donde perfeccionase las virtudes adquiridas y adquiriese otras nuevas, tomando el hábito capuchino en nuestro convento de Huesca en los principios de la fundación de la provincia.

Desnudado del hombre viejo y vestido del nuevo, aun cuando sentía grandes ansias de llegar al fin por él anhelado, esto es, a la profesión religiosa, no pudo conseguirlo, porque después de pasar sin novedad alguna en su salud la mayor parte del año de noviciado, se sintió inopinadamente acometido de una fiebres tan continuas y malignas que se creyó estaba tuberculoso, y siendo del mismo parecer los médicos cuyo consejo fué requerido, fué enviado a su casa paterna, con la esperanza de que los aires y el clima de su tierra natal le serían favorables para recobrar la salud. Y así sucedió en efecto.

Apenas libre de su enfermedad, pensó nuestro joven en volver de nuevo al noviciado, más no así sus padres, quienes con el propósito de distraerlo de su vocación, le enviaron a estudiar filosofía y otras ciencias a la Universidad Complutense, donde se dió a conocer su profunda y sólida virtud por el siguiente caso.

Un día en que tenían conclusiones públicas y argüía delante de los compañeros con uno de los alumnos de la Universidad, fué tal la fuerza del argumento que puso a su contrincante, que viéndose éste acorralado y sin salida posible, montando en cólera, descargó sobre su rostro una terrible bofetada. ¿Qué pasó entonces por la mente de este estudiante herido repentinamente con un golpe tan cruel y afrentoso? ¿Cuál fué su actitud y su primer movimiento ante una injuria pública? La virtud se pone de manifiesto principalmente en las ocasiones repentinas y no esperadas, como era la que acababa de suceder. Pues bien, nuestro biografiado no hizo otra cosa sino cumplir al pie de la letra el consejo evangélico que nos dejó recomendado el Divino Salvador. De rodillas y con toda humildad y voluntad presentó la otra mejilla al iracundo estudiante.

Mucho se comentó este caso en la Universidad, por ser una señal inequívoca de su gran fortaleza de ánimo el que un joven en quien se siente el hervor de la sangre no sólo pasara en silencio tan cruel y humillante injuria, sino que en una tan célebre academia y en un acto tan solemne en que eran espectadores tantos compañeros suyos, arrodillado ofreciese la otra

mejilla a su enemigo; cuando el mismo Jesucristo sintió tanto este género de injurias, que disimulando todos los demás tormentos de la noche de su pasión, solamente se quejó del sayón que descargó sobre él terrible bofetada.

Todos estos preludios ponían de manifiesto lo que había de ser nuestro ejemplar y fervoroso joven, quien, como había gustado, durante los meses que permaneció en el noviciado la virtud con que se apacentaba y de que estaba saturada la Orden Capuchina, luego que se persuadió de haber recobrado una perfecta salud, considerando esto como un beneficio de Dios, hizo todos los esfuerzos y empeños posibles para volver de nuevo al puerto seguro de la vida religiosa, consiguiéndolo felizmente. No encontró para ello dificultad alguna por parte de la Orden, porque benignamente inclinados a su favor los religiosos vieron compensado el dolor que les había causado su salida del noviciado, con la alegría y gozo, en su segunda admisión.

Ingresó pues de nuevo, y otra vez emprendió la carrera del noviciado, atendiendo principalmente a aprender y poner en práctica cuanto en él se enseña en orden a la perfección y santificación de su alma, y lo terminó felizmente.

Vivió como novicio no sólo durante el año de noviciado, sino también durante toda su vida, no remitiendo nunca en el primer fervor y esforzándose por acrecentarlo tanto más, cuanto avanzaba en los años de vida religiosa. Por esto a los pocos años de religión y siendo todavía de poca edad, se vió obligado a tomar y aceptar el oficio de Maestro, encomendándole la formación de los novicios.

Bien persuadido de que el ser maestro de novicios no es otra cosa que el ejercitar con ellos el magisterio y enseñanza de la virtud y que se enseña mejor con obras que con palabras y conferencias, y que el maestro ha de ser un espejo en que se deben mirar los novicios y un modelo conforme al cual éstos han de ajustar y amoldar su vida, empezó desde el primer momento a dedicarse a las obras, ejercicios y prácticas propias del noviciado, que producían a todos religiosos y novicios, no pequeña admiración.

Era muy riguroso en sus penitencias. Nunca imponía a los novicios penitencia alguna que no la hiciera él también. Si mandaba ayunar a pan y agua, él ayunaba en la misma forma; si imponía una disciplina, la hacía también él a una con el penitenciado, y lo mismo en cualquiera otra mortificación tomaba parte como los novicios. Sus ayunos eran tan frecuentes que, además de los prescritos por la Regla, ayunaba todas las cuaresmas que ayunaba nuestro Padre. Tenía además como regla invariable tomar diariamente una rigurosa flagelación. Era costumbre suya de marchar al coro una hora antes de los maitines de media noche, con el fin de disponer convenientemente su espíritu para cantar con devoción las divinas alabanzas y tener hecha la preparación para la oración mental que hacía la Comunidad a continuación de los maitines, permaneciendo por lo tanto en el coro lo menos durante tres horas consecutivas de la noche.

Si algún novicio padecía grave tentación, luego que se apercibía de ello, ponía toda diligencia y solícitud en ayudarle para que la venciera, no sosegándose hasta comprobar que se había desvanecido la tentación. Aconteció una vez, que teniendo noticia de que cuatro de sus novicios, no sólo estaban tentados de abandonar la Orden, sino que habían formalmente convenido en salirse del noviciado, los alentó a la perseverancia y propúsoles poderosas razones para que entendieran ser su propósito una tentación del maligno espíritu, y a fin de conseguir de la Divina clemencia que los engañados novicios abrieran los ojos, añadió a sus razonamientos ayunos y penitencias. Mas como ellos persistían todavía en su determinación, reuniendo a todos los novicios en la sala de conferencias, hizoles una plática tan fervorosa que puso pavor en ellos, e hizo a continuación delante de ellos una sangrienta disciplina al mismo tiempo que bañado en lágrimas se expresaba de esta manera: "Oh, Señor, mis pecados y no los de estos inocentes son los que han dado motivo y causa a esta tentación. Yo soy el culpable, no paguen ellos la pena de mi culpa." Poderosa fuerza la del ejemplo. Cuando los novicios, víctimas de la tentación infernal, vieron y oyeron estas cosas, despojáronse

sus hábitos, empezaron a imitar a su maestro y a azotarse despiadadamente, diciendo: "No, Padre, no son tus pecados, sino los nuestros los que nos han traído a esta tentación. Gracias sean dadas a Dios porque con tus azotes has hecho huir a nuestro infernal enemigo. Estamos dispuestos a morir antes que dejar este santo hábito." Y como lo dijeron lo cumplieron, pues los cuatro novicios perseveraron en la Orden hasta la muerte.

La presencia de Dios era en este su siervo continua, teniendo especial gracia de hablar altísimamente de la divina bondad. Gozaba también del don de lágrimas, especialmente en la oración y durante la celebración del santo sacrificio de la Misa. Según manifestó a su confesor poco antes de su muerte, celebrando cierto día la Misa de la Virgen, se sintió inundado de extraordinario júbilo interior, precursor de unos resplandores que iluminaban todo el altar, y enseguida vió a Dios y oyó que le decía: "Yo te prometo la vida eterna." Preguntóle el confesor cómo pudo ver a Dios. No digo, respondió, que le he visto en su propia esencia como los bienaventurados, sino por modo de una locución interior. No muchos días después, diciendo Misa en el mismo altar, tuvo idéntica visión y oyó una vez que le dijo dos veces: "Yo te basto, Yo te basto", con lo cual quedó su alma tan consolada que no hallaba palabras para poderlo expresar.

Su caridad fué eximia y revelábase principalmente con los enfermos, y de un modo especial con los pobres, acostumbrando llevar consigo pedazos de pan cuando salía del convento, para remediar sus necesidades. Y si alguna vez encontraba guardados en el convento dulces para enfermos, los tomaba, iba al hospital y los distribuía entre ellos con gran afecto de compasión y caridad. Esta caridad nacía de su espíritu de fe, el cual era tan vivo en él, que le hacía ver en todos los pobres a Dios Nuestro Señor, y que la limosna que a aquéllos se hacía, subía al cielo. Sabido es que nuestros antiguos Padres no recibían estipendio alguno en aquel tiempo como paga de sermones, ni en metálico, ni en especie, pero un día, después de haber predicado fuera del convento,

fueron tan reiteradas las instancias de un bienhechor para que admitiera una limosna, que consintió en ello, y eran dos panes y dos pollos asados para él y para el Padre que le acompañaba. Al volver al convento, como viera a un pobre, dijo al compañero: “¿Quiere ver, Padre, volar un pollo asado?” y lo dió al pobre. Y volviéndose a su compañero, le decía: “¿no ve, Padre, no ve cómo vuela hacia el cielo? Ya ha penetrado en él.” Siguiendo el camino ve a otro pobre que pedía limosna, y dirigiéndose a su compañero, le dice: “Si quieres que el pollo que te pertenece vuele también al cielo, dalo de limosna a este pobre miserable.” Consintió en ello su compañero y con grande gozo contempló cómo ambas limosnas volaban al cielo. Tal era su espíritu de fe.

¿Qué decir de su castidad y pureza? Según testimonio de su confesor, la conservó ilesa todo el tiempo de su vida, apesar de las ocasiones y tentaciones con que el demonio, envidioso de tanta santidad, procuró robársela por multitud de medios. Una noble matrona le llamó a su casa con el pretexto de consultar con él cosas de conciencia, pero con la dañina intención de robarle este celestial tesoro. Sin sospechar el siervo de Dios mal alguno, asistió a su casa, empezando ella a quejarse de la conducta de su marido y de los muchos trabajos y aflicciones que con este motivo padecía. Y cuando vió al Padre condolido de su triste situación, creyó buena coyuntura para manifestarle su pasión criminal y el veneno que tenía escondido en su pecho. En tan gran conflicto, para el que no estaba prevenido, juzgando que no era conveniente hacer como el Patriarca José, huir dejando su manto en manos de la adúltera, imploró el divino auxilio, y confiado en él, prorrumpió en palabras tan divinas y fervorosas, que con ellas, como con agudas saetas vino a herir y traspasar el corazón de aquella impúdica señora, de suerte que reconoció su maldad y acabó pidiendo perdón al P. José.

SU MUERTE.— Su muerte fué la de un santo. Sobrevínole la última enfermedad siendo Guardián del convento de Zaragoza, y no cabe duda de que tuvo noticia de su muerte y del modo de ella. Apenas enfermó, pidió con grandes ins-

tancias se le administrasen los santos sacramentos, contra el parecer del médico y de los religiosos, quienes opinaban que la enfermedad no entrañaba tanta gravedad, ni debía acelerarse el tiempo de recibirlos. No obstante, accediendo a sus reiterados ruegos y a su consolación espiritual, le administraron el Santo Viático y seguidamente la Extrema Unción. Pidió se le leyese la Pasión del Señor, según San Juan, con estupefacción de los presentes por tanto aceleramiento en los preparativos para la muerte. Y demandó que en la muerte no le faltase la obediencia a los superiores, la cual había guardado con gran fidelidad toda su vida, pidió lo necesario para escribir y redactó de su puño y letra una breve y edificante carta dirigida a su P. Provincial, ya que no tenía otro superior, del tenor siguiente: “Padre mío, ungido con la extremaunción, estoy próximo a partir para la vida eterna. Ruegos que, dondequiera que esta carta llegare a vuestras manos, me concedáis vuestra licencia y bendición para entregar el espíritu en las manos de mi Salvador.” Apenas escrita la carta, sobrevinole un ataque cerebral, permaneciendo sin recobrar el sentido hasta su muerte. Cuando el P. Provincial recibió la sobredicha carta, reflexionando sobre ella y ponderando consigo cuán útil y necesaria era la vida de este santo varón para la edificación de la provincia, contestó lacónicamente a ella como sigue: “Si en esto no contrario a la divina voluntad, me resisto a concederle la licencia que solicita.” En el estado que referido queda, se hallaba el enfermo luchando su naturaleza entre la vida y la muerte, como quien aguardaba la obediencia para partir de este mundo; viendo lo cual, el Vicario del convento que recibió la carta contestación del Provincial, escribió otra carta al Provincial cerciorándole del mucho tiempo en que el P. Guardián estaba en la agonía. Recibida esta carta pensando el Provincial que era voluntad de Dios que le diese su bendición para morir, escribió otra diciendo: “Si por mí se retarda la hora de tu muerte, te concedo para ello mi bendición.” Entonces, como si percibiera el enfermo con sus sentidos la notificación de la obediencia expresada, entregó su alma al instante en

las manos de su Creador, el año del Señor de 1635. Así, laureado con el mérito de la santa obediencia, pasó a mejor vida, a recibir el premio de sus preclaras virtudes.

Debido a la gran opinión de santidad en que era tenido por los habitantes de la capital aragonesa, acudió al convento un numeroso y a la vez selecto concurso a venerar su cadáver, entre otros, el Excmo. e Ilmo. Sr. D. Francisco de Paula, Arzobispo de Zaragoza, quien arrodillado besó devotamente los pies del difunto, imitándole en estas muestras de veneración, otras personas nobles de la ciudad y religiosos principales de varias Ordenes Religiosas.

El cadáver fué llevado en hombros por seis Maestros Carmelitas de la regular observancia hasta su sepulcro, en donde descansa, esperando la resurrección de los muertos.

P. JERÓNIMO DE ZARAGOZA

El P. Jerónimo de Zaragoza, uno de los primeros religiosos que formaron la provincia de Aragón, fué de ilustre prosapia, puesto que sus padres descendían de la nobilísima familia de *Ciprés*, una de las más ilustres de Zaragoza y aun de todo el reino de Aragón. Fuera de ésto, nada sabemos de su vida seglar, ni del tiempo en que ingresó en la Orden, ni de sus primeros años en ella. Solamente nos dicen los manuscritos, que si fué ilustre por lo esclarecido de sus ascendientes, no lo fué menos por el conjunto de todas las virtudes de que estuvo adornado; esto es, por su paciencia, nunca bastante ponderada, en sobrellevar todas las adversidades de esta vida, así como por su humildad en el ejercicio de todos los oficios aun los más bajos y abyectos del convento; por sus ayunos, casi continuos durante todo el año, olvidándose hasta de tomar el alimento necesario, así como por su altísima pobreza y por el candor y pureza de su conciencia.

Resplandecieron en él las virtudes como un ejército ordenado en batalla. Llamaba la atención su admirable penitencia, puesto que laceraba su cuerpo diariamente con disciplinas de hierro hasta la efusión de sangre, y continuó en este cruel modo de azotarse y flagelarse con gran tesón, hasta los últimos días de su vida, y eso que llegó a muy avanzada edad. De esta manera, este valiente y generoso soldado y atleta de Cristo, corría al logro y conquista de su fin, no como a cosa incierta, o en expresión del apóstol, como quien azota el aire, sino que castigaba de veras su cuerpo y lo reducía a la servidumbre y esclavitud del espíritu.

A las flagelaciones y ayunos con que se esforzaba en domar su carne, a fin de salir victorioso de sus halagos y ten-

taciones, añadía el pasar las noches en vigilia sin dar a su cuerpo el necesario descanso del sueño, pasando casi todas ellas en gran parte, en la iglesia y en el coro arrodillado y en oración. Muchos testigos depusieron haber visto su rostro resplandeciente e irradiando un celestial fulgor, cuando estaba en meditación; y a la manera que el vidrio herido por los rayos solares irradia la luz por reflexión, así irradiaba el rostro del siervo de Dios un resplandor celestial, cuando se hallaba en contemplación, como si fuera herido por aquellos rayos de luz divina que iluminaba su espíritu y su cuerpo a la vez.

Su oración no era oración estéril, sino fecunda y abundante en buenas obras, a causa de lo cual los Padres que gobernaban la provincia, le confiaron el delicado cargo de maestro de novicios, en el cual se ocupó durante muchos años. En las conferencias que a diario hacía a los novicios, les recordaba muchas veces unas hermosas frases de San Juan Crisóstomo, diciendo: "Hermanos, considerad el pacto que habéis hecho, atended a la condición de vuestro estado y conoced bien la milicia a la que habéis dado vuestro nombre; porque es imposible alcanzar victoria sin lucha, y conseguir el triunfo sin pelear." Y a fin de que sus instrucciones les aprovecharan más, iba delante de ellos con el ejemplo, recomendando de esta manera el método que les enseñaba con su propia experiencia y esforzándose en practicar al pie de la letra su misma doctrina e instrucciones, y ésto con tan grande fervor, que no parecía que andaba o corría, sino que volaba por el camino de la perfección hasta la cumbre de la santidad.

Brilló como luz sobre el candelero y aprovechó tanto a los novicios, que a ejemplo suyo corrían a porfía para alcanzar el fin de su vocación religiosa, sacando discípulos muy aventajados, uno de los cuales y acaso el más destacado de todos, fué el venerable P. José de Carabantes, bien conocido por su apostolado en España y América, y por el gran celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, que le mereció el renombre de Apóstol de Galicia.

Aunque el oficio de maestro de novicios es muy oculto a

las miradas de la gente, no obstante era pública la fama de santidad en que era tenido por toda aquella región de Tarazona. Movidos de esta fama los Monjes Bernardos del Monasterio de Veruela, mostraron deseos de oírle predicar al pueblo en su iglesia y por condescender con ellos accedió a su deseo el siervo de Dios.

Sucedió, pues, que estando a mitad del sermón escuchándole todos con gran atención, paróse de repente y estuvo así un buen rato, con admiración de los oyentes. En esto baja del púlpito, sale de la iglesia y empieza a caminar con dirección al vecino pueblo de Vera con tal celeridad y prisa, que ni los monjes ni los oyentes le pudieron detener en su camino, y era que había sabido por revelación que un mal clérigo, por todos conocido, como de vida escandalosa, se disponía a celebrar sacrilegamente el santo sacrificio. Llega al pueblo, va a la iglesia, entra en la sacristía al tiempo en que el sacerdote, revestido con los ornamentos sacerdotales se disponía a salir para celebrar. Le reprende con aspereza, le afea el sacrilegio que va a cometer, le persuade a hacer penitencia y logró reducirlo al buen camino de manera que, arrodillado a los pies del Padre se confesó con él, dando evidentes muestras de dolor, y ya reconciliado con Dios, celebró la Santa Misa. El siervo de Dios, conseguida esta victoria del común enemigo de las almas, regresó al Monasterio, y todos aquellos que tuvieron noticia de este caso, alababan a Dios por la santidad de su siervo y por los inestimables dones que del cielo había recibido.

Un día el fervoroso y santo hermano Fray Jerónimo de quien hacemos mención en otra parte de esta obra, y que tenía a su cuidado el reloj de la iglesia, lo halló parado, cosa que ocurría con frecuencia; acercóse al P. Jerónimo, que debía ser Superior del convento, en el momento en que éste salía al altar a celebrar la Santa Misa. Asegura dicho hermano, que en esta ocasión como en otras muchas veces, iba con el rostro encendido y resplandeciente de luz, y no obstante, acercándose le habló y dijo: "Padre, el reloj está parado y no quiere andar"; la respuesta del Padre fué: "Ve y dile que yo le mando andar por santa obediencia, fué e hizo lo que le

mandó, intimó la orden, y como si el reloj fuera un ser dotado de razón, empezó al instante a andar, y según depuso dicho religioso, durante los seis meses que estuvo encargado de su custodia, anduvo sin pararse nunca.

Sucedió también otro caso curioso en el mismo convento de Zaragoza, en el que estaba de familia nuestro biografiado, y según parece de Superior de dicho convento. Cierta día, antes de media noche, sonó muy fuertemente la campana de la portería. Preguntó el portero desde arriba quién llamaba a hora tan intempestiva. Respondieron los que habían llamado: "Somos dos peregrinos que venimos a visitar la iglesia, y haz que se nos abran sus puertas." Fué el portero al P. Guardián con el recado y la contestación fué: "Di a esos peregrinos que hagan oración desde fuera, que Dios les escuchará lo mismo, pues no es costumbre en nuestros conventos abrir la iglesia de noche." Con el ruido producido por el portero en tanto ir y venir, se despertó el religioso que tenía por oficio avisar a la Comunidad a Maitines a media noche. Hizolo así y se cantaron los maitines como de ordinario. Llegada la mañana, los religiosos, acaso más curiosos de lo que debían, hicieron indagaciones, cuantas les fué posible, para dar con el paradero de los peregrinos por la ciudad, y vueltos a casa sin obtener resultado alguno, díjoles el P. Jerónimo: "En vano os afanáis en indagar el paradero de los peregrinos, pues no eran tales, sino ángeles que se sirvieron de este medio para despertar al que estaba encargado de avisar a media noche, porque era presa de un profundo sueño, a fin de que no se dejaran de cantar a dicha hora las alabanzas del Señor, que tanta gloria dan a Dios y tanto alivio acarrean a las benditas almas del purgatorio."

Otras muchas cosas se echan de menos acerca de este siervo de Dios (dicen los manuscritos), que no han llegado hasta nosotros por defecto y omisión de nuestros antepasados, que hacían grandes cosas, y escribían poco de ellas, al revés de nuestros tiempos en que agrada escribir mucho y hacer poco.

Llegada su última hora, dispúsose para una santa muerte, recibiendo los sacramentos de la iglesia con singular devoción

y murió el año 1643 en el convento de Tudela, donde fué sepultado. Cuán preciosa fuera su muerte en el divino acatamiento, quiso mostrarlo a los hombres la bondad de Dios con algunos prodigios. La celda en que pasó su última enfermedad y murió, se vió inundada de un resplandor celestial y se sintió una fragancia y aroma extraordinarios durante algunos años, recreando de manera maravillosa el olfato de los que la visitaban. También depusieron personas fidedignas, que después de muerto fué visto rezar en compañía de los fieles la salutación angélica y explicar la doctrina cristiana, como lo hacía en vida en la iglesia de los Capuchinos de Tudela, así como también en excitarles con su presencia a la devoción de la reina de los cielos Madre de Dios y Madre nuestra (no contento con haberlo hecho en vida), como si quisiera continuar después de muerto lo que había ejercitado en vida.

P. ANTONIO DE HUESCA

El autor de esta biografía contenida en los citados manuscritos, da comienzo a ella con esta introducción: "Acometemos una empresa difícil; nos esforzaremos en vencer y superar lo imposible, al querer narrar la vida y hechos del P. Antonio de Huesca, porque la mayor parte de su vida permanece en la oscuridad y sus hechos han sido relegados al olvido; y puesto que las cosas y noticias edificantes que nos estimulan a la edificación e imitación son pocas, vamos a trasladar al papel con brevedad, pero de tal manera que *nescientibus fiant cognita et tamen scientibus non sint onerosa*.

Si queremos alabar su vida, son tantas las virtudes dignas de alabanza que resplandecieron en él, que no pueden fácilmente comprenderse por los humanos. Cuantos fueron los hombres que le conocieron, otros tantos fueron sus panegiristas; todos a una voz le aclamaban por *santo* y todos a una confesaban que debía contársele en el número de los elegidos, y ser adscrito en el catálogo de los bienaventurados."

De este género es la presente biografía que más bien parece un panegírico del siervo de Dios, que una narración sencilla como sucede con los demás biografiados. Está escrita en un latín elegante de estilo oratorio, escaseando las anécdotas de la vida del siervo de Dios y revistiéndolas con el ropaje literario, a diferencia de las demás en que el latín es correcto y elegante, pero el estilo es narrativo y descriptivo.

Hablando en general, todos cuantos le trataron, observaron en él las siguientes virtudes: sobrio en la comida, muy devoto, de grande pureza en su alma y cuerpo, benigno para con todos y amante de la oración en tanto grado, que juntaba los días

con las noches en este ejercicio y las empleaba en las divinas alabanzas. Veamos algunos hechos que lo comprueban.

Su espíritu de mortificación le hacía tomarse venganza de su cuerpo como si se tratara de su mayor enemigo, y para que la carne no se insolentase contra el espíritu, la humillaba con tormentos continuos y la afligía con frecuentes disciplinas hasta derramar sangre. Fué varias veces Superior, y como tal, no se contentaba en ir delante de sus súbditos con sus palabras y enseñanzas, sino también y de un modo especial, con el ejemplo, siendo el primero en observar los ayunos y las demás asperezas y mortificaciones de la Orden, y enseñando a todos con su conducta, a sufrir, llevar la cruz y morir al mundo, mostrándose siempre como ministro de Dios, a semejanza del apóstol, no sólo en las vigiliass, en los ayunos, en la castidad, en sabiduría, en longanimidad, en el Espíritu Santo, y en caridad verdadera, sino también en mucha paciencia, en tribulación, en angustias, en el ministerio de la predicación y en trabajos de muchas clases.

Era predicador de oficio, pero del número de aquellos de quienes dice Jesucristo que son grandes en el reino de los cielos, pues no se contentaba con enseñar, sino que practicaba lo mismo que enseñaba, haciendo sus viajes, a pie, descalzo y vestido de pobre y humilde hábito, como verdadero hijo de San Francisco. Anunciaba y evangelizaba la palabra de Dios, sin buscar para nada su gloria y el aplauso de las gentes, sino la sola honra divina. Componía sus sermones con gracia y así codimentada la doctrina del Evangelio, era aceptada con mucho contento por los oyentes, y aunque afable y suave, sin embargo, enseñaba, exhortaba y corregía con tal eficacia y persuasión, que hasta las piedras se ablandaban y quebrantaban, cuánto más los corazones del auditorio. Ni la distancia de los lugares, ni la crueldad del tiempo invernal, eran suficientes a impedirle discurrir por los pueblos y aldeas exhortando a todos a penitencia.

No es de admirar su gran celo, si se tiene en cuenta su espíritu de oración de la que aquél procedía. Mientras fué conventual en Zaragoza, se le observó tan apasionado por la

oración, que pasaba todas las noches en el coro o en la iglesia, después de recitados los maitines hasta la mañana, empleando todo ese tiempo en tan santo ejercicio. Cuéntase a este respecto, que estando una noche en oración como de costumbre, después que se hubo retirado la Comunidad, vió a un religioso que estaba sentado debajo de la lámpara del altar mayor en que se guardaba el Santísimo Sacramento y en calidad de Superior del convento, dirigióse a él y mandóle se fuera a dormir, y como no se moviera, repitió la orden una y otra vez. Y como tampoco la obedeciera, sino que permanecía inmóvil y en silencio, añadió al mandato la reprehensión. Entonces el misterioso fraile respondióle que él no era un habitante de esta tierra, sino un religioso de aquel mismo convento, fallecido hacía tiempo y que había sido destinado por la divina justicia a expiar sus faltas en aquel lugar, por no haber tenido la debida veneración y respeto al augusto Sacramento del Altar, dejándose llevar de la tibieza, y que por esta razón se hallaba detenido en el purgatorio, y pidiéndole sufragios para librarse de las penas que padecía, y dicho esto, desapareció. Hizolo así el siervo de Dios, aplicó multitud de sufragios por su alma y nunca más fué visto en aquel lugar.

Este espíritu de oración aun pudieron apreciarlo mejor los capuchinos del convento de Zaragoza cuando el P. Antonio fué Guardián del mismo. Pues como los ojos de los religiosos se fijan principalmente en los del Superior, no pudieron ocultarse a su vista los éxtasis, raptos y comunicaciones espirituales que con frecuencia tenía el siervo de Dios. Acaeció una vez, que los hortelanos, levantándose antes de la aurora para regar la huerta, fueron primero a la iglesia a hacer sus rezos, hallaron al P. Antonio arrobado en éxtasis delante del altar Mayor, donde había pasado en oración toda la noche, de tal manera que pudieron apreciar muy bien su rostro radiante de celestiales resplandores. Lo mismo acaeció otras veces.

Su humildad le hizo ocuparse en oficios humildes y abyectos, tales como limpiar diariamente las ollas de la cocina que tenían más suciedad y esto lo hacía aun siendo Superior

por espíritu de caridad para con el cocinero. Era muy corto el tiempo de sueño que concedía a su cuerpo, y entonces lo hacía recostado sobre las desnudas tablas, sirviéndole de almohadón un fajo de sarmientos.

Acercábase a celebrar el santo sacrificio de la Misa con singular afecto y piedad y de devoción y con ánimo compasivo meditaba profundamente el ministerio de la cruz, antes de la misa y en el tiempo de ella hasta que hubiera ofrecido al Eterno Padre el incruento sacrificio. De donde provenía el derramar el Señor sobre su alma ríos de gracias divinas.

Fué muy cuidadoso en guardar sin mácula la virtud de la castidad, respirando siempre el perfume del lirio de la pureza, sin contaminarse en lo más mínimo con los deleites sensuales. Esta se manifestaba en sus palabras y en sus obras. En sus palabras, inculcando a todos, hombres y mujeres, la guarda de esta angelical virtud, y en sus obras, con la conformidad de su vida y conducta a los dictados de aquélla, y con la delicadeza de su trato en las relaciones con personas de diferente sexo, como se vió en el siguiente caso: Desempeñando en cierta ocasión el oficio de Visitador, marchó a la villa de Tauste, en cuyo lugar moraba una noble y ejemplar matrona. bienhechora de los Capuchinos, de la ilustre familia de Frontini. Luego que esta señora tuvo noticia de que el Padre Antonio se aproximaba al pueblo, salióle al encuentro acompañada de sus hijos y dejándose llevar de grande afecto de devoción, hizo además de abrazarle, mas el siervo de Dios no consintió que le tocase, manifestándole que no por eso dejaba de estimarla en lo mucho que se merecía, y para que no quedase algo avergonzada y desairada, hizo algunas consideraciones de perfección y prudencia.

Dicen los manuscritos, que los capitulares de la provincia le honraron a porfía elevándole a los más altos honores, títulos y cargos que podían, de lo cual parece deducirse, así como del hecho anteriormente relatado, que fué Provincial de Aragón, aunque los manuscritos no lo digan expresamente. Por todo esto, era estimadísimo en toda la provincia, y a él

acudían los religiosos en las grandes dificultades. Hubo un tiempo de prueba para la provincia de Aragón, la cual fluctuaba embestida por las olas de la persecución. Todos los religiosos, y singularmente nuestro biografiado, rogaban a Dios encarecidamente que no permitiera fuese sumergida por tan espantosa tormenta; acudían sin cesar a Dios, a la Virgen del Pilar y a San Francisco, nuestro Padre, en demanda de auxilio. Entre todos se distinguió el P. Antonio, quien redoblaba los ayunos, aumentaba las flagelaciones y disciplinas hasta ensangrentar la capilla con la sangre que brotaba al golpe de los azotes. Tantas oraciones, mortificaciones, lágrimas y clamores, no podían ser infecundos, sino que merecieron ser oídos en el día de la tribulación, consiguiendo que el Padre de todas las misericordias y Dios de toda consolación, les defendiera de sus perseguidores y les librara del mal que les amenazaba.

Era tanta la estima y veneración en que era tenido este siervo de Dios, por sus muchos méritos y tanta la virtud y eficacia de su palabra y de su conversación, que muchos varones conspicuos e ilustrísimos en dignidad, y beneméritos otros, en la república de las letras, entre los cuales son dignos de mención el Virrey de Aragón y el Arzobispo de Zaragoza, así como Magistrados y abogados acudían a él y frecuentaban su celda con diferentes motivos, saliendo siempre movidos por sus palabras e inducidos al servicio de Dios y a la práctica de las virtudes. Y para que no se ensoberbeciese con tantas gracias y dones como había recibido del cielo, como si fueran debidos a sus merecimientos, le fué dado, como al apóstol, el espíritu de Satanás para que le atormentase y abofetease. Este, apareciéndose por permisión divina, al siervo de Dios en forma humana, pero horrible, le afligió durante algunos años con crueles tormentos, pero de manera que aunque moleestado extraordinariamente por el maligno espíritu, nunca fué vencido, sino que siempre salía victorioso de la pelea.

Tan ferviente fué en el amor a la Madre de Dios, que nun-

ca faltaban en su boca las alabanzas en honor de la Reina de los Angeles, dirigiéndose principalmente su devoción a la Virgen del Pilar y concretándose de una manera particular en una imagen que se veneraba en el claustro del dormitorio del convento. Y como la llama tiende siempre a lo alto, así también el encendido amor que tenía en su pecho, le impelía siempre hacia la Virgen Santísima y muchas veces fué visto por los religiosos volar por el claustro como si estuviera dotado de alas hasta su adorada imagen, donde recitaba con claridad y mucho fervor la salutación angélica; y con sentimientos de hijo agradecido hacia aquella de quien tantos beneficios recibiera, se deshacía en ruegos, oraciones y lágrimas, teniendo siempre su corazón allí donde radicaba todo su gozo y alegría, esto es, en María.

Llegó por fin para el siervo de Dios, P. Antonio, el día y hora de todos los mortales, y antes de terminar la carrera de esta vida, fortalecido con los Sacramentos de la Iglesia, hizo llevar al aposento de la enfermería, donde había de morir, las imágenes queridas de la Virgen del Pilar y del Padre San Francisco, en las cuales fijaba su vista con tanto amor y cariño, como si quisiera abrazarlas con todo su corazón y alma. Y todo abrasado en llamas del divino amor, e inundado de santa alegría, les dirigía fervientes jaculatorias, tales como éstas: “¡Oh María, madre de los pecadores! ¡Oh María, Madre de misericordia! Con tu auxilio venceré y aniquilaré a los enemigos infernales. ¡Oh Padre mío, San Francisco! Con tu protección penetraré seguro por entre las huestes infernales.” Con estas y otras semejantes jaculatorias, dichas todas con suma devoción y con rostro alegre cual cisne racional, dió el último adiós a este mundo, verificándose su muerte en el convento de Zaragoza, el año 1663.

En la muerte del P. Antonio, todos los religiosos se lamentaban y dolían de haber perdido la compañía un Padre tan santo y de tanto mérito para la provincia, consolándose con la esperanza de que seguiría siéndoles propicio desde la gloria del cielo.

Su rostro quedó tan blanco y hermoso como si estuviera vivo, de lo cual se maravillaban todos, así como de la blandura de su cuerpo y de la flexibilidad de sus músculos y articulaciones, cosas que dejaban entrever que el siervo de Dios piadosamente pensando, disfrutaba de una vida común a los santos ángeles y bienaventurados del Paraíso.

P. MIGUEL DE ALBALATE

El año 1664 fué agregado al coro de los ángeles el P. Miguel de Albalate, miembro de la provincia de Aragón y predicador de oficio, el cual mientras vivió entre los hombres, llevó una vida verdaderamente angelical, pues así como los ángeles en el cielo ven siempre el rostro del Señor, del que ni un instante apartan su mirada, así este siervo de Dios, puesto en la divina presencia, tenía siempre fijos en Dios los ojos de su espíritu. Conforme al consejo que el Señor dió a Abraham: "Anda en mi presencia y serás perfecto", se le había hecho tan frecuente y connatural la presencia de Dios, que nada de cuanto hacía o decía, ni sus ocupaciones, ni el ministerio de la predicación en el que por necesidad tenía que tratar con muchas personas, podía distraerle lo más mínimo de la presencia de Dios.

Nada nos dicen los manuscritos de su predicación, sino solamente que para verse libre del aura popular, procuraba huir cuanto podía del trato y conversación de personas seculares; y a los religiosos que tenían trato y familiaridad con los tales, solía decirles que para ellos estaban escritas aquellas palabras del salmo 105, y 35, que dice: "*Commixti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum; servierunt sculptilibus eorum, et factum est illis in scandalum*". Se mezclaron con las gentes y aprendieron sus obras; sirvieron a sus ídolos y vino la ruina de ellos." Porque, decía, que el religioso con el contacto de los seculares, se asimila las costumbres y usos profanos de ellos, y el que se deleita con tal trato y amistad, está próximo a la ruina, del mismo modo que aquel que frecuenta los caminos abruptos y llenos de tropiezos está en peligro necesario de caer.

Estaba adornado de gran ingenuidad y candor de alma, que dejaba entrever los más íntimos sentimientos de su corazón, habiéndole cabido en suerte una buena índole y una verdadera sencillez columbina que tanto recomendó Jesucristo a sus discípulos; más unió a esta simplicidad la que el Señor quiere que sea su compañera inseparable, esto es, una gran prudencia directiva de todas sus obras, en virtud de lo cual, nunca hizo u omitió hacer cosa alguna que fuese o pudiera parecer o juzgarse menos decorosa u honesta.

Esta virtud, juntamente con otras, le elevó a los cargos de Guardián y de Definidor Provincial, los cuales ejerció por espacio de muchos años. Siendo Guardián era acérrimo defensor de la observancia regular, sin dejar de corregir ninguna falta o transgresión de la regla y de los estatutos de la Orden, en cualquiera que las cometiera; pero de manera que, por muchas que fueran las faltas cometidas por sus súbditos, nunca se exaltó su celo e ira, la cual estuvo siempre moderada por la caridad, administrando la justicia con igualdad de ánimo. Por esta razón su gobierno en las Comunidades no pecó ni por exceso de rigor ni tampoco por exceso de blandura y condescendencia, siendo sus correcciones de mucho fruto y provecho espiritual para los religiosos.

Nunca celebraba la santa Misa sin que le precediera la oración, y cuanto mayor era la festividad del día, tanto era más prolongado el tiempo que empleaba en este santo ejercicio y coloquios con Dios Nuestro Señor, como preparación para el santo sacrificio. Debido a esto celebraba con tanta devoción estos sagrados ministerios, que parecía absorto en su meditación, porque el sabor de la dulcedumbre divina le arrebatava fuera de los sentidos. Con tan gran incendio de amor de Dios estaba abrasado su corazón, que fué visto muchas veces por los religiosos con el rostro radiante de esplendor celestial. Este sagrado fuego de amor de Dios, tomaba mayores proporciones e incremento después de la celebración de la Misa, mientras se ocupaba largo rato en dar gracias a Dios. Entonces era cuando era arrebatado en éxtasis y su rostro aparecía como un globo de fuego, semejando más un serafín

que un hombre. Como es natural, los principales testigos de esto eran los sacristanes, que por razón de su oficio tenían más ocasión de estar en contacto con el siervo de Dios y de observarle.

Ilustre por el brillo de todas las virtudes, emigró de esta triste vida a la patria de los bienaventurados, según piadosamente creemos, a la avanzada edad de 80 años, en el convento de Zaragoza.

FR. ALONSO DE HUESCA

Uno de los religiosos que ilustró la provincia de Aragón con el brillo de todas las virtudes, fué el hermano lego Fray Alonso de Huesca. Pero entre todas ellas, descuella principalmente su ardiente caridad, amor de Dios y del prójimo, pues durante los cuarenta y dos años que ejerció el oficio de limosnero, principalmente en Zaragoza, lo hizo con tal afecto, fidelidad y devoción, que proveía a todos los religiosos, sanos y enfermos, no sólo de todo cuanto fuera necesario para su sustento, sino también de todo aquello que podía contribuir a su alivio y consuelo, y solamente movido por su amor a Dios y al prójimo.

Aunque a veces los bienhechores, llevados de afecto y veneración a su persona, le regalaban algunos manjares más exquisitos, nunca se pudo conseguir de él que los gustase en lo más mínimo, sino que todo lo dejaba para los demás religiosos de la Comunidad.

Una vez cumplido el penoso y caritativo oficio de limosnero, en el cual estaba ocupado gran parte del día, retirábase a la iglesia, donde postrado de rodillas, empleaba en el ejercicio de la oración mental y vocal todo el tiempo restante.

Llegados por fin los últimos años de su vida, cayó en la última enfermedad y recibió todos los sacramentos de la Iglesia, con los cuales fortalecido, se manifestó claramente por la conversación y por la alegría de su semblante que exhaló su último suspiro en los brazos de la divina misericordia. Murió en Zaragoza, el año 1677.

P. JERÓNIMO DE BANDALIÉS

Entre los perfectos y santos varones que la provincia de Aragón cuenta en el número de los bienaventurados, piadosamente pensando, como hijos suyos, genuinos y verdaderos, brilla de un modo especial el P. Jerónimo de Bandaliés. ;

Fué singular en la austeridad de su vida, en la abstinencia y en la pobreza. Su oración era tan asidua, que empleaba en ella casi todo el tiempo, y forzosamente sucedió que sus oraciones elevadas al cielo sin intermisión, le granjearon el cortejo de todas las virtudes.

Mas lo que sobre todo resplandeció en este siervo de Dios, fué la pureza de su alma, la cual, tal asiento hizo en él y tantas raíces echó en su corazón, que mereció un testimonio muy laudatorio de la venerable Madre Agreda. Esta Madre, digna de toda veneración y de toda alabanza por su eximia santidad y por sus escritos verdaderamente angélicos, pudo decir muchas veces y con verdad, que el P. Jerónimo era una de las almas más santas que por entonces vivían en el mundo, pues le conocía muy bien por haber sido confesor extraordinario de la venerable, y uno de los doce que formaban con ella una santa hermandad espiritual.

Por sus excelentes cualidades y virtudes fué elevado a los más altos puestos de la provincia. Era Provincial de Aragón por los años 1673 y 74. Según el *Lexicon Franciscanum historicum*, fué Provincial el año 1669. Y entre ellos, fué promovido al delicado oficio de maestro de novicios y entre todos los medios que inculcaba y recomendaba a sus novicios para adelantar en la perfección, fué uno de ellos y acaso el más encarecidamente recomendado, una grande, tierna y filial devoción a la Santísima Virgen.

Era tan devoto de la Madre de Dios y nuestra, que en cualquiera ocupación en que se hallaba, no cesaba de saludarla con alguna oración sin interrupción alguna, ofreciendo a la Virgen este obsequio de día y de noche. Su piedad para con Ella, había echado tan hondas raíces en su corazón, que con un hierro candente había grabado a fuego en el brazo la salutación angélica. como un memorial perenne de su devoción a María, y con un carácter indeleble impreso en su memoria, cumpliendo en sí lo que decía la esposa de los Cantares: "*Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum, quia fortis est ut mors dilectio. Canticum, cant...*" 8-6. Ponme como señal sobre tu corazón, como señal sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte.

Estaba abrasado de tan intenso amor para con Ella, que llenó materialmente todos los conventos de la provincia, que eran muchos, de sus sagradas imágenes, valiéndose sin duda para ello de su cargo de Provincial, pues aun cuando los manuscritos no dicen *in terminis*, que lo fué, pero parece que no hubiera podido hacer esto sino teniendo dicho cargo. Encargó a buenos pintores el pintar muchos cuadros de la Virgen, distribuyéndolos por los conventos y mandando que fueran colocados al final de las escaleras y en las puertas de las celdas de los religiosos, para que éstos satisficieran su devoción recitando el Ave María a la vista de sus imágenes, se granjearan su patrocinio y amparo y burlasen de día y de noche las asechanzas del espíritu maligno.

Aconteció, que cierto día, en la ciudad de Zaragoza, salió al encuentro de dos hombres que habían salido desafiados a duelo con espadas, y poniéndose en medio de ellos en el momento en que se aprestaban a la lucha, exclamó: "Ave María, Ave María". Oída por ellos la salutación angélica, por la eficacia de ella y principalmente por la virtud del siervo de Dios que la pronunciaba, depusieron al instante las armas e hicieron un pacto de amistad. Este suceso dió origen a que desde entonces se le llamase y conociese por el "Padre del Ave María".

Como la Virgen Santísima no se deja ganar por sus devo-

tos en punto al amor, sucedió que si el P. Jerónimo la amaba ardientemente, Ella correspondía al siervo de Dios con mayores muestras de amor, de las cuales hubo pruebas evidentes, tanto en el coro como en su celda, pues en ambos lugares se le apareció rodeada por todas partes de rayos luminosos y recreó al siervo de Dios con su presencia, inundando su alma de un gozo inefable. De este modo atestiguó la Reina de los cielos cuánto amaba a su devoto y amante hijo y cuán benigna era para con él.

Tres cosas pedía continuamente a la Virgen en sus oraciones; primera, que su muerte fuera grata y preciosa a los ojos de Dios y de su Madre; segunda, que fuera repentina, a fin de no ser engañado en aquel último trance por los diabólicos fraudes del enemigo del género humano, y tercera, que su muerte tuviera lugar en día dedicado a su culto y veneración, todo lo cual parece acaeció según su deseo. Murió en sábado, día consagrado de un modo especial en la Orden Franciscana a honrar a la Santísima Virgen en el misterio de la Inmaculada Concepción, en el día en que Carlos II, Rey de España, ceñía sobre su cabeza la corona real en la Iglesia Metropolitana de la Seo, de Zaragoza. Su muerte fué repentina y trágica en apariencia a los ojos de los hombres, pues para oír y presenciar el juramento de homenaje y fidelidad que prestaban al Rey los próceres del reino y de la dinastía, se acercó por detrás del altar Mayor y como el paso era estrecho, resbaladizo y oscuro y el P. Jerónimo padecía defecto de la vista, cayó de cabeza y quedó sepultado en el polvo, siendo su muerte instantánea. Y también debemos creer que su muerte fué preciosa en el acatamiento de Dios, pues cual es la vida, es la muerte. Y si tan agradable a Dios y a la Virgen fué su vida, como queda dicho, también debió ser su muerte. Y así lleno de méritos, piadosamente pensando, conmutó esta fugaz y pasajera vida, por la eterna y feliz de los bienaventurados.

Así testificó una mujer poseída del demonio y que estaba en el palacio de la señora Marquesa de Osera, muy devota del siervo de Dios. Pues al momento que el P. Jerónimo cayó en

el precipicio, propaló la noticia diciendo: "Ya no vendrá más el capuchino, "*El Chivo*", nombre que el demonio le daba. Y replicando la señora Marquesa por qué no vendría más a su palacio el capuchino, respondió la posesa refiriendo la trágica muerte que acababa de tener el P. Jerónimo, y añadió. "Ha tenido por defensora y protectora a la *Mariona* (nombre que daba a la Virgen María), lo ha llevado consigo y nos ha dejado burlados." Todo lo cual llegó a oídos de la Marquesa, quien luego tuvo noticias de la verdad de lo afirmado por la posesa, y como le estimaba y amaba muchísimo, por el gran concepto que le merecieron sus eximias virtudes y gran santidad, tuvo grandísimo sentimiento de su muerte.

Llevado el cadáver al convento y expuesto el féretro en la iglesia, como es costumbre entre nosotros, acudieron a venerar sus restos muchos religiosos y seglares, besando a porfía sus manos y pies y honrándole como a bienaventurado que gozaba de la gloria celestial. A los funerales que resultaron solemnísimos, acudió gran parte de la nobleza y una multitud numerosa de la plebe, llorando todos su muerte. Fué enterrado en nuestro convento de Zaragoza, el año 1677.

P. FRANCISCO DE TARAZONA

Bien merece figurar en este catálogo de varones ilustres por su religiosidad y virtudes de la provincia de Aragón, el Padre Francisco de Tarazona, llamado en el siglo Francisco Angulo, de nobilísima familia y de la ilustre prosapia de los *Condes* de Torrubia, celebérrima en todo el reino de Aragón, de la cual trajo su origen.

Tomó por esposa una joven piadosa y adornada de ingenuas virtudes y costumbres, llamada doña Hipólita de Agustín, no inferior a él ni en la nobleza, ni en sus bienes de fortuna. Era un matrimonio ejemplar y feliz por la igualdad de su condición, por la semejanza de su santa y ejemplar vida, y por la piedad y devoción de ambos, entablándose entre ellos una santa emulación sobre quién de los dos se había de aventajar al otro en hacer obras que fueran en mayor servicio de su Divina Majestad.

Corriendo ambos cónyuges en el estadio de las virtudes para alcanzar el premio a ellas prometido, se persuadieron muy pronto, por experiencia propia, de la gran dificultad que para esto había en el siglo, donde las virtudes son como semillas arrojadas en tierra estéril y como plantas cultivadas en extraño e ingrato suelo, que por estar destituídas del humor y savia de la caridad, fácilmente se secan y mueren; y por el contrario toda gracia y toda virtud, por exigua que sea, en las Ordenes religiosas, regada como está frecuentemente por el rocío celestial, adquiere grandes incrementos por tratarse de un terreno feracísimo y de un ambiente proporcionado, produciendo espigas de abundante grano.

Meditando sobre esto (y hablando con frecuencia), marido y mujer, concibieron el propósito de renunciar al mundo y de

abrazar la vida religiosa en el claustro, y hablando de ello muchas veces entre sí, resolvieron a ejecutar su resolución, determinados a ingresar el uno, en nuestra Orden Capuchina, hacia la cual se sentía suave y eficazmente inclinado, y la otra, en las Monjas descalzas de Santa Teresa, en el convento de San Joaquín, construído a expensas de ambos en la ciudad de Tarazona. Y para que no se tachase su conducta de ligera o temeraria, si sucedía que una vez puesta la mano en el arado volvían atrás, como sucede en aquellos casos en que estas decisiones son efecto de una veleidad, determinaron antes probar sus fuerzas en su domicilio y llevar en su propia casa una vida semejante a la que deberían hacer en sus respectivos conventos, cuando ingresasen en ellos. A este fin, doña Hipólita se ejercitó en las penalidades y mortificaciones propias de las Carmelitas y nuestro biografiado dedicóse especialmente a la oración, a dormir sobre las desnudas tablas, al ayuno y a la abstinencia, y esto hizo uno y otro durante un año, que fué como preparatorio del año del noviciado.

Después de esto, aprobada su respectiva vocación, tanto por los religiosos como por la monjas, determinaron llevar a la práctica su propósito con grande edificación y admiración del pueblo. El acto revistió los caracteres de un verdadero acontecimiento. Los dos esposos, acompañados del Sr. Obispo de la diócesis, de los canónigos y de los magnates de la ciudad de Tarazona y seguidos de una gran muchedumbre del pueblo, eclesiásticos y seglares, atraídos por la novedad de tan singular suceso, se dirigieron en primer lugar al convento de las Carmelitas de San Joaquín, donde fué recibida doña Hipólita dentro de la clausura por la Comunidad de las vírgenes del Señor, que salieron a su encuentro. Inmediatamente nuestro P. Francisco se dirigió, *recto trámite*, al convento de Capuchinos que tenían los nuestros en Tarazona, y donde estaba el noviciado de la provincia de Aragón. A los pocos días vistió nuestro santo hábito, a los 30 años de edad.

No indican los manuscritos el año en que ingresó en la Orden, pero por los datos que los mismos nos suministran, es verosímil que tomase el hábito entre los años 1629 y 1630.

Pues teniendo treinta años cuando entró en el noviciado, y habiendo muerto el año 1678, siendo ya de *avanzada edad*, frase con la cual siempre indican los manuscritos la edad de 80 años, poco más o menos, es evidente que tomó el hábito en los años antes indicados, algo antes, por lo tanto que Fray Francisco de Pamplona, que ingresó en Tarazona en el noviciado el año 1637, con la diferencia de que Fray Francisco tomó el hábito para lego y nuestro biografiado para corista.

La nobleza de su linaje no fué para el P. Francisco un motivo o pretexto para llevar una vida más muelle y blanda que los demás novicios, o al menos, un tanto menos rigurosa que ellos, como puede acontecer en semejantes casos; antes al contrario, fué la nobleza para él un estímulo más a manera de aguijón que le espoleaba de un modo admirable a correr con más celeridad que los demás por el camino de todas las virtudes cristianas y religiosas, y por la observancia regular, después de haber hecho el sacrificio de despreciar las vanidades de este engañoso siglo y de haber depositado en manos de los pobres las riquezas con que el Señor le había dotado abundantemente.

Terminado felizmente el año de la probación, se incorporó definitivamente a la religión con los votos solemnes de obediencia, pobreza y castidad, que guardó hasta su muerte.

Adscrito en la religión al número de los soldados de Cristo, no aflojó en aquellos generosos deseos y propósitos de que había dado pruebas en el mundo, luchando contra los enemigos de su alma, sino que arreció más en el combate con el ánimo que le daba el pertenecer a la milicia espiritual en la Orden Capuchina, y desató todo el ímpetu de su fervor contra la carne y sensualidad como contra el más temible de los enemigos, por ser enemigo doméstico. Frecuentes ayunos, largas vigiliias, duro lecho, cruentas flagelaciones y otras austeridades por el estilo, fueron los medios empleados por él para domar su carne y sujetarla al espíritu.

Como se había propuesto en su ingreso en la religión levantar en su alma un suntuoso edificio espiritual de virtud y santidad, creyó, y con mucha razón, que lo primero que para

esto debía hacer era echar grandes y sólidos cimientos de humildad conforme al sabio y prudente consejo de San Gregorio Magno: "*¿Vis magnam fabricam construere celsitudinis? De fundamento prius cógita humilitatis.* ¿Quieres levantar un soberbio edificio de santidad? Pues piensa primero en un hondo cimiento de humildad.

Meditando, pues, en la poquedad y nada de su ser, se aventajó tanto en el conocimiento propio, que es la base y el principio de la verdadera y sólida humildad, que parece llegó a olvidarse enteramente de lo que había sido en el siglo, y a reputarse por indigno de vivir en la compañía de los religiosos, considerándose el más vil de todos ellos. Y como si fuera un criado y siervo de ellos se adelantaba a los demás en escoger y hacer aquellos oficios y menesteres más bajos, humildes y abyectos que había en la casa. Un ejemplo bien elocuente de su humildad lo dió estando conventual en Pamplona, donde en defecto de la caballería que sacaba agua con la norria de la huerta, se ofreció al P. Gurdían para hacer las veces de aquélla y sacó el agua para el riego.

Con el continuo ejercicio de humillaciones, que es el único medio de alcanzar la virtud de la humildad, la consiguió tan profunda, que siempre guardó un absoluto silencio acerca de lo que había sido antes de abrazar el estado religioso en el mundo, esto es, acerca de la nobleza y linaje de su familia, de los bienes de fortuna que había poseído, cosa por cierto muy difícil, de no estar muy arraigado en su corazón esta hermosa virtud. Sobre esto, nunca sostuvo una conversación con los religiosos y ni aun siquiera se le escapó una palabra, según testimonio de los mismos, por donde pudieran conjeturar, quienes no le habían conocido, haber sido tan noble y de tan distinguida posición social.

Era predicador y aunque para ello le eran necesarios los libros pero el libro más consultado por él, del cual sacaba razones eficacísimas y persuasivas para convencer a sus oyentes y admirables conceptos y pensamientos para mover sus almas a penitencia, era la oración, como lo quieren nuestras Constituciones. Los sermones no estaban adornados con las

galas de la oratoria y literatura que solamente deleitan al oído de los oyentes, sino lo que es mucho más importante, estaban condimentados con la sal de la divina gracia y preparados y declamados de tal manera, que eran agradables y suaves al gusto y paladar de las almas, penetrando hasta el fondo de los corazones. Por lo cual era frecuente la conmoción del auditorio, a lo que seguía la conversión de los pecadores, como le aconteció en las ciudades de Albarracín y Huesca, cuyos habitantes, movidos de la predicación de este apostólico varón, detestaron la vida pasada en crímenes y borraron con lágrimas de contrición y con una sincera confesión de sus culpas todas las fealdades y manchas de su alma.

Predicando la cuaresma en la ciudad de Huesca, cayó enfermo de gravedad a causa del excesivo trabajo y además porque su predicación iba siempre acompañada de mucha oración y rigurosos ayunos. Y agravándose la enfermedad notablemente hasta poner en peligro su vida, con el deseo e intención de no defraudar en su ministerio a la ciudad, encomendóse muy de veras a las oraciones de la venerable Madre Agreda, coetánea suya, a la que veneraba y amaba como a una santa, pidiéndole la salud. Al instante se le apareció y fué vista en la habitación donde el fervoroso predicador yacía postrado en el lecho, y tocando suavemente la cabeza del enfermo devolvióle la salud. Con aquel saludable contacto se encontró repentinamente tan bien, que al día siguiente pudo continuar su predicación con estupor y admiración de cuantos le habían visitado con este motivo y visto con sus propios ojos la gravedad del enfermo.

Terminada felizmente la predicación cuadragésima de Huesca con notable fruto, regresó a su convento, pero desviándose del camino recto que conduce a él como siempre lo hacía, tomó el que le llevaba a la villa de Agreda, con el único fin de dar las gracias a la venerable Madre por el beneficio de la salud obtenida por su intercesión. Y lo que es muy de admirar es, que a pesar de haber tenido frecuentes conversaciones y coloquios espirituales con la Madre Agreda, siempre se olvidó al menos de hablar de tan grande beneficio, sin que sea

fácil explicar humanamente de un modo satisfactorio la razón de este olvido, sino que así lo quiso el Señor por sus altos juicios.

Habiendo llegado a muy avanzada edad, le sobrevino una fuerte calentura, lo cual tomó él como un aviso de la proximidad de su muerte, y fortalecido con todos los auxilios espirituales de la religión, entre fervidos actos de amor de Dios, exhaló su último suspiro y entregó su alma al Creador en el año 1678, en el convento de Zaragoza, donde se celebraron entierro y funerales tan pomposos como los exigían de consuno la nobleza, las excelsas virtudes y los sobresalientes méritos del siervo de Dios.

En el Bulario de la Orden, hablando de la provincia de Aragón, se hace mención de este siervo de Dios, diciendo: "*Si et filios in generatione sua nobiles in hac provincia inquiramus, occurrunt... Fr. Franciscus a Turiasona in soeculo Franciscus Angulo, ex Comitum de Torrubiá prosapia, qui, postquam ejus conjux in monasterio Sancti Joachim Monialium Sanctae Theresiae in civitate Turiasonae, communi eorum aere construto, sacrum velamen suscepisset, nostrum induit habitum et gesta suae professioni perfecta virtute conformavit.*"

FR. JERÓNIMO DE LALUEZA

Leyendo la breve relación que nos hacen los manuscritos sabidos acerca de las virtudes de este siervo de Dios, no se viene en conocimiento claro de si el biografiado es un Padre o un Hermano lego. Mientras en el título o encabezamiento de su biografía se lee: "*Vita et gesta Fr. Hieronimi a Lalueza, Sacerdotis*" y por lo tanto que fué sacerdote; pero también es verdad que en el texto o contenido de la misma se afirma que fué lego con estas palabras: "*Fray Hieronimus a Lalueza, laicus*". Ante contradicción tan evidente, leemos el texto por donde parece que debe desprenderse cuál fué su estado; pero en vano, pues nada nos dice de donde poder vislumbrar que fuera sacerdote, como de la celebración de la santa misa, o preparación y acción de gracias, ni de ministerio alguno sacerdotal; así como tampoco se puede conocer si era hermano lego, porque no nos dá noticia alguna de los oficios manuales en que se ejerció, como es propio en nuestra Orden, de los hermanos. Conténtanse con relatar las virtudes, las cuales, son comunes a todos los religiosos, sean Padres o legos.

No obstante, parece indudable que se trata de un hermano lego, en primer lugar, porque cuando se trata de Padres siempre les da el título de *Padre Fray*, y cuando la biografía es de un Hermano solamente le dá el tratamiento de Fray, como acontece con nuestro biografiado en el caso presente. De donde parece deducirse que el título de sacerdote añadido al nombre en el encabezamiento fué un error del copista. Y además porque es muy difícil, por no decir imposible, que tratándose de un sacerdote no se haga ninguna alusión a los ministerios que necesariamente tenía que desempeñar.

Fué natural de Lalueza, pequeño pueblo de la provincia de Huesca, distante 32 kilómetros de esta ciudad. Pertenece al partido judicial de Sariñena, y está bañado por el Isuela.

Movido por el suave impulso de la divina inspiración, dicen los manuscritos, se retiró al claustro de la Religión, como a puerto seguro, contra las furiosas olas del agitado mar de este mundo y vistió el hábito capuchino en la provincia de Aragón, empezando a brillar con tal cúmulo de virtudes, que se manifestaba a todos como vivo ejemplar de perfección y santidad.

Era como innata en él una gran sinceridad y candor de su alma, en tal manera, que nunca pudo descubrirse en él la más leve nota o indicio de dolo o ficción, haciéndose por esto muy amable a todos aquellos que le trataban familiarmente. La humildad de su espíritu le hizo ser un religioso tan *sui generis* e independiente de toda vana estimación y honra proveniente de los prójimos, que prefería ser despreciado de ellos, más que amado y honrado.

Ejercitábase asiduamente en la contemplación de las cosas celestiales y esta asiduidad y constancia en la oración, de la cual dimanaba la perfección y las virtudes, de tal manera le había caldeado el corazón y sus entrañas en el fuego del divino amor, que cuando hablaba con seculares, no podían éstos resistirse a la eficacia y virtud de sus palabras y todos quedaban movidos a lo bueno de modo admirable, cumpliéndose en él lo que dice el profeta: *In meditatione mea exardescit ignis.*

Fué amantísimo de la observancia de la regla y constituciones, a cuyos preceptos y consejos ajustó escrupulosamente y en todas circunstancias los actos de su vida y su conducta, llegando a juzgar como una falta considerable el desviarse o apartarse, aunque no fuera sino en cosas mínimas, de lo que en ellas se ordena. Asimismo era celosísimo de la santa pobreza, y durante toda su vida amó ardientemente, como el Padre San Francisco, esta preciosa margarita.

Como no podía menos de suceder en religioso tan tímido, practicaba con diligencia la obediencia a sus superiores; pero no una obediencia cualquiera, sino una obediencia in-

tegra y perfecta, no sólo ejecutando lo mandado, sino también con entera sumisión de su voluntad y rendimiento del propio juicio, al juicio y voluntad del superior.

Había aprendido muy bien, que la carne debe ser domada y martirizada con varias asperezas, a fin de que no se insolente contra el espíritu, y así lo ejecutó, castigándola con crueles azotes y disciplinas y extinguiendo en ella todas las malas inclinaciones y los vicios de diversa índole con que la carne hace guerra al espíritu.

Con tanta cautela guardó la castidad, que frenaba, por todos los medios que estaban a su alcance, los ímpetus y movimientos carnales que pueden mancillar el pudor virginal. El demonio Asmodeo, príncipe de toda torpeza, mortificó y abofeteó al siervo de Dios durante muchos años con los estímulos de la carne de tal manera que, como él mismo manifestó a su confesor, hubiera preferido sufrir los tormentos del purgatorio, antes que ser atormentado de un modo tan feo y atroz. Y bien puede darse crédito a su palabra, pues a causa de este tormento, no le quedaron de su cuerpo más que los huesos y la piel, como a otro Job. Pero compadecido el Señor de su fiel servidor, le sacó victorioso y triunfante de su enemigo en esta larga y terrible lucha, y pudo cantar la palinodia a tan inundo espíritu.

Llegó al término de su carrera en el convento de Tamari-te, y su alma voló al reino de los bienaventurados, en el año del Señor de 1687, a recibir el premio por Dios prometido a los que perseveran hasta el fin.

FR. SEBASTIÁN DE POZUELO

Miembro también de la provincia de Aragón fué Fray Sebastián de Pozuelo, el cual nacido de padres honestos y piadosos, fué un varón sencillo, dotado de tal candor y pureza de alma, que parecía no haber pecado en Adán, porque conservando unas costumbres incorruptas, no respiraba todo él sino fragancia de la gracia que se había derramado en su alma con las aguas bautismales.

Era de admirar tanta compostura y madurez de costumbres de un mancebo rudo, de oficio pastor y por lo tanto ocupado en cuidar y apacentar el rebaño. Veíasele imbuído su espíritu de tan grande amor a la virtud y de tan fervoroso afecto y amor a las cosas celestiales que, aun en aquella primera edad, no pensaba en otra cosa que en ofrecerse y consagrarse en holocausto a Dios.

Cierto día en que se hallaba solitario en el monte ardiendo en estos deseos, oyó una voz del cielo que le dijo por tres veces: "Ve al instituto de los Capuchinos, donde recibirás un humilde hábito; allí celarás mi honra y quedarán satisfechos tus deseos". Ingresado ya en la religión, aquel pequeño fuego de caridad, que aun en el estado secular parecía tener como innato en su ánimo, creció de modo tan admirable, que llegó a convertirse en una grande llama, abrasando su alma de tal manera, que era atraído hacia Dios con un ardentísimo afecto. Con tanta diligencia cultivó todo género de virtudes, que parecía haber llegado a la cumbre y perfección de todas ellas.

Con el deseo de adquirir la humildad, no perdonó de poner en práctica medio alguno de cuantos estuvieron a su alcance. Hacía todos los oficios más humildes y los servicios más bajos

del convento, marchaba a la cocina ocultamente y sin saberlo los demás limpiaba todas las ollas y vasijas que estaban sucias o necesitaban de limpieza.

Amaba de un modo especial la altísima pobreza como tan amada del P. San Francisco, que tan bien hermanada se halla con la humildad. Por eso soportaba de muy buen grado la penuria de todas aquellas cosas, cuyo uso no nos está concedido expresamente en nuestra regla, aunque tampoco estén prohibidas, pues tuvo como preciosísimo tesoro el no tener cosa alguna.

Mientras los demás comían a la mesa los manjares preparados, él comía parcamente, contentándose con sólo pan y agua, y se gozaba en esta escasez para semejarse a los pobres y menesterosos, y aunque a veces le atormentase el hambre, no variaba de alimento y castigaba el cuerpo quitándole la comida. Así llevaba una vida muy austera y muy superior a las fuerzas humanas. Su obediencia fué tan perfecta, que no había nadie tan obsequioso y rendido al Superior como él.

A pesar de ser tan austero, como dicho queda, consigo mismo, era muy caritativo con los demás, y de un modo singular con los enfermos y delicados de salud, preparándoles con su misma mano los alimentos convenientes, suministrándoles con toda solicitud las medicinas y demás cosas a las horas señaladas por el médico, arreglando sus celdas y camas, limpiando los vasos inmundos y sirviendo a todos sin cansarse nunca y con tanta alegría, que no parecía un hombre, sino más bien un ángel bajado del cielo para consuelo de los enfermos.

Cuán grata fuera a Dios esta caridad del siervo de Dios para con los enfermos, quiso manifestar el Señor con el siguiente milagro. Llevando en cierta ocasión con gran afecto de caridad una medicina al religioso que yacía postrado en el lecho gravemente enfermo con una fiebre maligna, se le cayó impensadamente y se rompió el vaso en que la llevaba, derramándose el líquido por el suelo. Muy afligido por ver que faltaba al enfermo el remedio prescrito por el médico, hizo oración al Señor, y recogiendo los pedazos rotos y hecha la

señal de la cruz sobre ellos, se soldaron y quedó recompuesto el vaso, y lo que es aun más admirable, el líquido despararrado volvió a llenar el vaso, y tomada la medicina por el enfermo recobró la salud.

Pasaba casi toda la noche sin acostarse y sin dormir, empleando gran parte de ella en la contemplación de los divinos misterios y principalmente en la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y sumergiéndose en este piélago de amarguras, refrescaba en su memoria y en su corazón las agonias y sufrimientos del Señor y renovaba los tormentos de la pasión en su persona, castigando su carne con azotes y sangrientas disciplinas. Ante una vida tan santa eran muchos los religiosos que tenían por cierto e indudable que se le había aparecido Cristo repetidas veces recreándole con su vista, habiéndole oído tener coloquios muchas veces con el crucifijo del coro.

Pero su meditación y contemplación más frecuente era de los dolores de la Virgen al pie de la cruz. Aquí era el llanto, aquí los suspiros y lágrimas, aquí en fin, donde su corazón se derretía en compasión y tristeza por los dolores de su Madre. La devoción a la Dolorosa la tenía en tal estima, que la recomendaba como la más provechosa para los nuevos en la Religión.

Fué también devotísimo del culto y veneración de la Sagrada Eucaristía, en la que con los ojos de la fe contemplaba la presencia real y corporal de Jesucristo, con tal viveza como si lo viera con los ojos corporales. De donde nacía el estar y orar en presencia de Jesús Sacramentado, como si realmente gozase de su divina presencia viendo a Dios entre los coros de los ángeles, estando completamente fuera de los sentidos. Contra la costumbre vigente en aquellos tiempos, aun entre personas devotas y religiosas, recibía este Sacramento casi diariamente y con tal devoción y fervor que apenas podía contener las lágrimas y suspiros que le salían de lo íntimo del corazón. Una vez recibido en su pecho este augusto Sacramento, apoderábase de su alma tan gran incendio de amor, que en

la acción de gracias por tan inefable beneficio, fué visto en el coro arrobado muchas veces en éxtasis.

Tan grande amor de Dios no podía permanecer en su interior oculto e inactivo, y como de lo que ama el corazón de eso habla la boca, ese amor se traslucía en sus palabras, con las cuales, como encendidas en el fuego del divino amor, abrasaba los corazones de cuantos le escuchaban, y aún los mismos corazones fríos, helados y endurecidos de los pecadores los ablandaba y enfervorizaba en el amor de Dios, porque sus palabras eran, como dice el profeta, a manera de saetas que se clavaban y herían sus corazones.

Cuán amado de Dios fuera este santo religioso, pruébanlo los siguientes testimonios, por los que se ve haber sido enriquecido del cielo con el don de milagros y profecías, algunos de los cuales se refieren en los manuscritos.

Cierta día, hizose el encontradizo con el sacristán del convento, y viéndole muy contrariado y triste, le preguntó: “¿Por qué estás triste?” A lo que el sacristán respondió: “por que he roto la vasija del vino donde se guarda el que se usa en la Misa”. Hizole reunir los pedazos rotos y tomándolos en su mano y orando un momento, entregó al sacristán la vasija intacta con gran regocijo de éste.

Pedro Eloy, vecino de la villa de Tamarite y benemérito de la Orden Capuchina, por ser gran bienhechor, tuvo un hijo que enfermó de gravedad, y como tenía gran concepto de la santidad del siervo de Dios, suplicóle encarecidamente fuere a visitar al enfermo y se dignase alcanzarle la salud con el sufragio de sus oraciones. Hizolo así el santo religioso, fué a casa del enfermo y accediendo a los deseos del padre, hizo oración por él y untando el dedo pulgar en aceite, hizo sobre él la señal de la cruz y el enfermo recobró la salud perdida.

He aquí algunos casos que demuestran su espíritu y don profético. Tres años antes de que sucediera, predijo con gran sentimiento que vendría sobre todo el reino de Aragón una gran plaga de langostas, y sucedió conforme a lo predicho, porque vinieron sobre los campos nubes de langostas que devas-

taron las cosechas, las frutas y las legumbres, no dejando nada intacto.

Estando próximo el día en que debía celebrarse el Capítulo de la provincia de Aragón, se suscitó entre un grupo de religiosos sobre quién de los vocales del mismo sería elegido Provincial. Como suele acontecer en estos casos, no era unánime el parecer de ellos, sino que mientras unos indicaban que parecía segura la elección del P. N., otros en cambio aseguraban que sería electo el P. Z. Cuando disputaban sobre esto, uno de ellos dirigiéndose a Fray Sebastián que estaba silencioso, le preguntó: “¿Cuál de estos dos Padres te parece que será elegido Provincial?” “Ninguno de los dos, contestó rotunda y categóricamente, sino que ha de ser elegido Provincial el P. José de Rubielos.” Fué tan verdadera esta predicción que, procediéndose a la elección de Provincial, todos los votos de los vocales fueron para el mencionado Padre Rubielos.

También predijo con un año de anticipación, que en el Convento de Capuchinos de Cogullada (Zaragoza), había de ocurrir una grande y deplorable calamidad y por desgracia, quedó bien comprobada su predicción. En el tiempo indicado, todos los religiosos de la Comunidad, que solía ser muy numerosa, por ser el convento de más importancia de la provincia, enfermaron de tal gravedad, que solamente se salvaron cinco, muriendo todos los demás. Fué indecible el espanto que se apoderó de los supervivientes ante tan horrorosa catástrofe.

Al fin, después de una vida santa y admirable por sus buenas obras, pagó como todos los mortales el debido tributo a la muerte el año 1689, en el convento de Zaragoza y rico de virtudes y méritos, subió al cielo a recibir el premio de la gloria.

FR. DOMINGO DE ANDORRA

A los predichos hermanos legos, ilustres por su gran piedad y preclaras virtudes, como queda dicho, bien merece ser agregado Fray Domingo de Andorra, cuya vida se distinguió principalmente por su actividad y laboriosidad, de manera que bien puede afirmarse que desempeñó en la Orden el oficio de Marta, por su gran asiduidad al trabajo, siendo en éste incansable. A fin de no dejarse arrastrar de la ociosidad, que en frase del P. San Francisco, es enemiga del alma, trabajaba sin cesar en trabajos manuales, tomando sobre sí muchas ocupaciones. Entre otros oficios tuvo el de hortelano, que entre nosotros es pesado y laborioso, expuesto a los rigores del frío y del calor y aunque hecho con moderación sea bueno aun para la salud corporal, pero él no tenía cuenta con esto, sino solamente con motivos mucho más nobles, elevados y sobrenaturales, como era el de cumplir el precepto de la regla y de ajustarse en todo a la mente y deseos manifestados por San Francisco, quien exhortaba a todos sus verdaderos hijos al trabajo manual.

Era por naturaleza muy propenso a la ira, la cual semejante a la tempestad que perturba la atmósfera, perturba la serenidad de ánimo en aquellos que se dejan dominar de ella. y los mueve al apetito de la venganza; pero Fray Domingo la subyugó de tal manera, que llegó a reprimir hasta los movimientos *primo primos* que se producen en el alma contra su voluntad. Cuando alguna vez llegaba a expresarse o manifestarse con algo de iracundia, al momento reconcentrándose primero en sí mismo, poníase de rodillas delante de los circunstantes y acusábase a sí mismo del mal ejemplo y se reprendía; arrojábase en tierra, arrastrando por ella la lengua

como valeroso atleta de Cristo, se deshacía en lágrimas, temiéndose por deshonra e ignominia de la religión, pedía insistentemente perdón a sus hermanos. Con estos y otros actos de humildad logró abatir su soberbia e iracundia.

Si mucho se dedicaba al oficio de Marta, o sea, a la acción, no menos diligente era en dedicarse también, y emplearse en el oficio de María, o sea en la contemplación de las cosas divinas y celestiales, a lo cual se dedicaba por las noches, pues excepto un breve rato, que concedía al sueño, todo lo restante de la noche lo pasaba en constante oración, suavemente recreado por Aquél cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres.

No solamente en la oración sino en todas partes tenía a Dios presente y consideraba atentamente cuanto hacía y decía con el fin de que ninguna cosa de cuantas hacía, mereciera la reprobación de Aquél a quien son patentes todos los secretos del corazón humano. Todo el tiempo que no estaba ocupado en la oración y meditación, o en los trabajos propios del hortelano, los empleaba en piadosas obras de humildad y caridad, tales como llevar a la cocina la leña necesaria y en otras ocupaciones semejantes, pero sumamente necesarias para la buena marcha de la casa.

Su espíritu de austeridad y laboriosidad estaba perfectamente hermanado con la prudencia y caridad religiosas. Rigurosísimo consigo mismo, era no obstante humanísimo y benigno con los demás religiosos y especialmente con los enfermos. Por los afligidos y desgraciados que se encomendaban a sus oraciones, elevaba al Señor fervorosas y abundantes plegarias y aun se interesaba con los demás religiosos para que hicieran otro tanto y con sus oraciones consiguieran para ellos la divina misericordia.

Tenía un afecto y devoción singular a la Santísima Virgen y amábala con tan entrañable y ardiente amor, que de noche repetía en sueños lo que en el día había hecho en su obsequio y era notorio a los religiosos que aun estando completamente dormido y en profundo sueño, rezaba vocalmente el *Ave Ma-*

ría clara y perfectamente y con tanta pausa y devoción como si realmente estuviera rezando despierto.

Finalmente rico en virtudes y en merecimientos, consiguió el fin de una vida gloriosa en el convento de Alcañiz, en el año 1692.

FR. MATÍAS DE LITUÉNIGO

Este mismo año voló al cielo otro esclarecido religioso de la provincia de Aragón, hermano lego como los anteriores, llamado Fray Matías de Lituénigo, quien se ejercitó con gran denuedo en la palestra de las virtudes.

Lituénigo es un pueblo de la provincia de Zaragoza, perteneciente a la Diócesis y al partido de Tarazona, de la cual dista cinco kilómetros y está situado en las faldas del Moncayo.

Había conocido claramente que la muerte entra en el alma por las ventanas de los sentidos, principalmente por los ojos y por la lengua. Aquéllos los mortificó privándoles sobre todo de toda licencia para discurrir curiosamente por distintos objetos. Y con igual diligencia guardaba su lengua, porque o callaba en absoluto, o solamente hablaba aquellas cosas convenientes y edificantes para el espíritu y que podían inducir a los circunstantes a correr sin tibieza y apresuradamente por el camino de la perfección.

Empezó a edificar la fábrica espiritual de la santidad, dando principio como sabio arquitecto, por la humildad que es el cimiento, la cual virtud fué en él tan grande y profunda cual puede ser la del más aventajado en ella. Tal se presentó y portó durante toda su vida, como se portan y presentan los novicios, es decir, humilde como ellos.

La pobreza que no sólo es compañera inseparable de la humildad, sino hermana legítima de ella, fué tan amada y estimada de él, que la consideraba como el fundamento de toda la Orden Seráfica, y como la piedra angular de toda la formación espiritual de la misma, a la cual incumbe y compete todo aquel honor que da hermosura y brillo a los religiosos, por lo cual amó y practicó con tanto culto esta vir-

tud, que, aun en tiempo de enfermedad y cuando más alivio necesitaba en los últimos años de su vida, quiso observar siempre la vida común y pobre, sin privilegios ni singularidades en la comida, en el vestido y en todas las otras cosas que se referían a su uso particular, cuidando seriamente en uno y otro caso que siempre hubiera y resplandeciera alguna señal de pobreza en las cosas que usaba aun las más necesarias.

Para conseguir estas y otras virtudes no poco contribuyó en este santo varón su acendrado amor a la oración. Solamente anhelaba por las cosas espirituales y celestiales, y como su espíritu bien purificado de los afectos terrenales se elevaba con asiduidad a Dios, su oración venía a ser continua, pasando en este santo ejercicio largas vigiliias de la noche. De aquí procedía que, aun estando la presente vida sembrada de frecuentes enfermedades y dolores, por ser este mundo un verdadero valle de lágrimas y oficina de calamidades y miserias, ninguna de ellas ni de cuantas adversidades le sobrevinieron fueron capaces de perturbar la paz y tranquilidad de su alma. En lo próspero como en lo adverso, conservaba la misma serenidad de espíritu.

A fin de sujetar el cuerpo al espíritu, lo afligía con poco dormir y cama dura. Y para que los religiosos no advirtieran esta austeridad, sino que pasase desapercibida, para no exponer el mérito de sus buenas obras a la vanagloria, que es como la peste de ellas, escondía dentro del jergón, ya de por sí muy duro, algunos pedazos de leña que le mortificasen su carne durante el sueño. Añadía a esto el vestirse de una loriga de hierro y ceñirse diariamente con un áspero cilicio sembrado de agujones puntiagudos, consiguiendo de esta manera que su carne tan maltratada no le provocase con los incentivos de la lujuria. Además flagelaba su cuerpo con tremendas disciplinas, azotándose con tanta crueldad como si descargase sus golpes no contra su cuerpo sino contra un objeto inanimado.

Cuentan los manuscritos una visión muy curiosa. Cierta día vió al demonio que estaba en la puerta del coro, obser-

vando con gran interés y curiosidad, si al entrar en él los religiosos hacían la genuflexión del modo debido y besaban en tierra según ha sido siempre costumbre en la Orden. Al hacerlo un religioso, oyó que el maligno espíritu echaba una gran risotada, y dirigiéndose a éste el siervo de Dios, le dijo: "Padre de tristeza y de dolor ¿por qué te alegras y ríes de esa manera?" Respondió el demonio: "Porque no ha llegado a tocar la tierra con la boca por dos dedos y por lo tanto no la ha besado, lo cual, aunque parezca poca cosa, no lo es sin embargo, porque es bastante para yo acumular acusaciones contra él en el divino juicio."

Enfermó de muerte en el convento de Tarazona, y cercano a ella, mirándola de frente con gran entereza de ánimo y sentado sobre el lecho ratificó los votos de la profesión religiosa; recibió con suma devoción los últimos sacramentos y despidiéndose de todos los presentes, con rostro alegre y plácida voz, lleno de méritos, se durmió en el Señor el año 1692.

FR. JUAN DE MESONES

I

SUS PRIMEROS AÑOS

Más esclarecido aún que los anteriores, por el brillo de sus virtudes y por el don de milagros y de profecía con que le dotó el cielo, fué Fray Juan de Mesones, a quien los manuscritos dedican mayor número de páginas que a todos los demás religiosos de que en ellos se trata y por necesidad es más extensa su biografía que las hasta ahora relatadas.

Nació en el pueblecito de Mesones, municipio de la provincia de Zaragoza, partido judicial de Calatayud.

Le cupieron en suerte unos buenos y cristianos padres, así como también un alma buena y un carácter inmejorable, siendo dócil, benigno, pacífico e inclinado a toda buena obra. Niño aún se le veía poner un interés especial en aprender los primeros rudimentos de la fe católica. Poniendo, pues, como fundamento la doctrina cristiana, que encomendó tenazmente a su memoria, se dedicó también con gran interés al estudio de las primeras letras. Nada se veía pueril en sus obras, porque meditaba con una atención muy superior a su corta edad las verdades de nuestra religión que tenía bien impresas en su memoria, las cuales recordaba con mucha frecuencia. Las oraciones que había aprendido de sus buenos padres, adornados de santas costumbres, recitábalas todos los días en el templo y con gran devoción, siendo todavía de tierna edad. Así el Señor, con el gusto sensible de las cosas espirituales, iba destetando poco

a poco a este piadoso niño del amor de las cosas del mundo y lo atraía más fuertemente hacia sí.

Más como las almas, aunque sean piadosas, ocupadas en los cuidados mundanales, que necesariamente trae consigo la vida, quedan como imposibilitadas para dedicarse con libertad al ejercicio de las buenas obras y de las virtudes, como es su deseo, y los buenos propósitos concebidos por divina inspiración suelen quedar sofocados e incumplidos merced al pestífero ambiente en que se mueven, quedando hechos prisioneros de sus mismos sentidos; queriendo Dios evitar que tal cosa sucediera con nuestro biografiado, movido de su infinita bondad para con él, a quien había escogido de un modo especial para la santidad, le envió una enfermedad tan grave que se llegó a perder toda esperanza de vida.

Con esto abrió los ojos y pensando que no estaba en buena disposición para presentarse al tribunal divino, por no haber cuidado y atendido al negocio de la salvación de su alma del modo debido, acudió a la Virgen Santísima, suplicándole le librase de aquel peligro, haciendo propósito de ingresar en nuestra Orden Capuchina y añadiendo el voto de cumplir dicho propósito si conseguía la salud. Como si el Señor quisiera manifestar que aceptaba el pacto propuesto por su siervo, empezó inmediatamente a bajar la fiebre y en pocos días quedó libre de toda enfermedad, disponiéndolo así la Divina Providencia a fin de que no demorase en abandonar los peligros del mundo, y en abrazar el estado religioso a que el Señor le llamaba.

Luego que hubo convalecido, manifestó a sus padres el voto que había hecho de abrazar nuestra vida capuchina, quienes como tan religiosos y sólidamente cristianos no opusieron resistencia alguna a los deseos del hijo, pues el amor acendrado para con Dios contrarrestó victoriosamente el gran afecto y cariño que le tenían, así como el dolor que les producía su separación. Antes con ánimo generoso hicieron cuanto les fué posible para facilitar su ingreso en la Religión, y a este fin pusieronle a estudiar la gramática latina para que pudiera ser admitido con más facilidad, estando bien prepa-

rado en los estudios. Y como, aun tratándose de niños, ayuda en gran manera a adquirir las humanas y divinas letras, el proponerse por guía y norte de sus acciones, la piedad y la virtud, no es de extrañar que nuestro joven aprendiera con perfección la gramática e hiciera grandes progresos en los demás estudios, teniendo tan arraigado en su corazón el temor de Dios que es el principio de la sabiduría.

Parecía natural que quien desde la niñez había sido instruido con singular esmero en las primeras letras y después adquirido un caudal de conocimientos suficientes para poder continuar los estudios eclesiásticos en la Orden y recibir con el tiempo las órdenes sagradas, pretendiese ser admitido en el número de los religiosos de coro; mas no fué así, porque contemplando la pureza angélica necesaria en los Ministros de Dios pensando que no podía alcanzarla en grado tan elevado, quiso imitar a nuestro Padre San Francisco, que se abstuvo de subir las gradas del sacerdocio y eligió el humilde estado de hermano lego por creerlo más conforme a su inclinación y más seguro para alcanzar la salvación eterna.

Viendo el considerable número de candidatos a nuestra Orden Capuchina, que en la antigüedad elegían el estado de legos, apesar de estar muy adelantados en los estudios, y esto por humildad y por mejor asegurar su salvación, no extrañará tanto lo que se lee en nuestras crónicas, que algunos obispos enviaban a veces sacerdotes ignorantes a ser instruidos por los porteros de los conventos de capuchinos, diciéndoles: "Vete al portero del convento de Capuchinos y él te enseñará." Máxime si se tiene en cuenta, que se daban algunos casos en que, como en esta obra se verá, hacían el oficio de porteros, Padres que eran simples sacerdotes, y alguna vez también Padres que en el siglo habían sido sacerdotes ilustrados y que ocultaron sus grados académicos bajo el humilde sayal capuchino y aun más, en el humilde oficio de portero.

II

SU INGRESO EN LA ORDEN CAPUCHINA

Luego que Fr. Juan hubo tomado la determinación de abrazar nuestra vida y obtuvo el consentimiento de sus padres, se presentó lo más pronto posible y sin tardanza a manifestar a los capuchinos su deseo de ser admitido en la Orden. Y llevándolo los religiosos a la presencia del Provincial, que lo era el Padre Francisco del Villar, luego que éste lo vió y oyó expresarse al pretendiente, conoció claramente que era un joven lleno del espíritu de Dios, y presintiendo que llegaría a ser con el tiempo un excelente religioso, lo admitió, y abrazándolo benignamente lo remitió al convento de Noviciado.

Fuéle impuesto el hábito de la religión por el P. Juan de Pineda y según parece, hacia el año 1640. Desde su mismo ingreso en el noviciado, emprendió una norma o género de vida, no ya propia de un principiante, sino más bien de un religioso muy aprovechado en la virtud y perfección. Trasladado al campo de la Religión, madre fecunda de virtudes y de santos, hizo en ella tantos progresos en la vida espiritual, que tanto los novicios como los religiosos, se convencieron muy pronto de que Fr. Juan había de iluminar con los resplandores de su piedad, fervor y santo ejemplo a todas las personas que con él morasen y en todos los lugares a donde fuese transportado por la obediencia. Así fué en efecto.

Como a los Padres de la provincia les fueron notorios los ejemplos de su santa vida, siendo joven todavía, le confiaron el oficio más delicado de cuantos hay en los conventos, que según costumbre suele asignarse a religiosos antiguos en la Orden y aprovechados, cual es el oficio de limosnero, siendo de su incumbencia el mendigar el pan de cada día de puerta en puerta en la localidad. Este oficio que exige en el que lo ha de ejercitar cualidades nada comunes y virtudes muy relevantes, si se ha de hacer del modo debido, esto es, con provecho y edificación del pueblo y sin perjuicio y daño

espiritual propio, fué ejercitado por nuestro siervo de Dios con gran prudencia, virtud importantísima según lo hace notar el Papa Pío XI, tratando de San Conrado de Parzan, y con suma integridad de vida, durante treinta años. Es obvio que el oficio de limosnero expone al que lo ejercita a muchas distracciones y cuidados que apartan al hombre de las dulzuras de la contemplación, propias de la soledad y del retiro, manchan la pureza del alma, disminuyen la inocencia, enervan la devoción y resfrían el fervor de la caridad, pero nada de esto temieron los superiores de Fr. Juan, por tener bien conocidas su prudencia, modestia, humildad, mortificación, caridad, afabilidad, honestidad de costumbres y todas las demás virtudes propias de un verdadero hijo de San Francisco.

Cuando pedía limosna por la ciudad, andaba siempre con las alforjas al hombro y con una gran modestia en sus ojos. Siempre se le veía con la vista fija en el suelo, y tan atento a las cosas divinas y espirituales, que, como si viviera en otra región distinta, ni el ruido de la ciudad, ni el barullo de los pueblos, ni las conversaciones de los amigos con quienes a cada paso tropezaba, fueron bastantes para distraerlo y apartarlo de la presencia de Dios. Con tan santo ejemplo, con la composición de su semblante y circunspección en el hablar, movía a todos aquellos con quienes se encontraba, al amor de Dios, de tal manera, que todos, cuando iba a sus casas demandando limosna, le alargaban la mano como a porfía y con una santa emulación, pensando que daban limosna a un santo.

No es fácil declarar con palabras con qué afecto de caridad tan tierno para con sus hermanos se dedicó al fiel cumplimiento de su oficio. A todos y cada uno de los religiosos proveía con solicitud maternal de todas las cosas que habían menester, pero con tal cautela, que no ofendiese en lo más mínimo la pobreza seráfica. En los casos de duda, se inclinaba siempre más por el partido de la caridad, que por el rigor de la pobreza, diciendo que su deber era proveer a los religiosos de todo lo necesario para el sustento y para el cumplimiento de sus respectivos oficios y ministerios y que

a éstos incumbía la obligación de abstenerse de todo lo superfluo. De este modo, la caridad que perfecciona al hombre, por ser la reina de las virtudes, no causaría daño alguno a la altísima pobreza.

Siempre que recibía alguna limosna, allí mismo y al instante, acostumbraba a recitar algunas piadosas oraciones en favor de los bienhechores y exhortaba también a su compañero a rezarlas juntamente con él, para que por el rezo de ambos, el Señor, por cuyo amor habían sido hechas, recompensase con largueza y abundancia de dones celestiales a las piadosas personas que le habían remediado en su necesidad. Con este espíritu de fe, de caridad y gratitud, ejercitó este oficio de limosnero por el largo tiempo indicado.

No fué menos admirable en otro oficio que le señaló la obediencia, el cual, si bien es verdad que no encierra tantos peligros para el espíritu como el de limosnero, es de más mortificación y cansancio para el cuerpo, el de hortelano en que se ejercitó durante cuatro lustros. Con la misma solicitud, con idéntico fervor y con igual espíritu de devoción que el oficio de limosnero, se dedicó al cultivo del huerto, en cuyo impropio trabajo fué verdaderamente incansable. Trabajaba la tierra con toda diligencia durante todo el año, unas veces bajo los abrasadores rayos del sol en verano, y otras expuesto a los hielos y fríos vientos del norte en invierno. Acaeció algunas veces que el Superior, deseando proporcionarle algún alivio en su penoso trabajo, demasiado pesado para ser hecho por una sola persona, le ofreció traer algún peón secular para ayudarle en el cultivo del huerto, más él, agradeciendo la bondad del Padre Guardián, le habló de esta manera: "Nosotros los hermanos legos hemos tomado sobre nosotros en la religión esta carga, la de servir y no tener ninguno de fuera que nos sirva, siendo de nuestro oficio imitar al Dios humanado Jesucristo, que vino del cielo a la tierra a servir a los hombres y no a ser servido de ellos".

Para que este trabajo de hortelano no se le hiciera demasiado pesado, cuando se sentía cansado en el oficio de Marta, variaba de ocupación haciendo las veces de María. Ocu-

pábase en santas consideraciones y meditaciones que le sugería el mismo oficio. Cuando revolvía la tierra, pensaba que la fábrica de su cuerpo mortal era de tierra, y en tierra se había de convertir; cuando cavaba la tierra, reflexionaba en la triste sepultura en que había de ser enterrado, y cuando veía correr el agua por el huerto, traía al pensamiento la velocidad del curso de su breve vida hacia la eternidad. De este modo trabajaba como quería nuestro P. San Francisco, esto es, con espíritu de oración y devoción.

Fué tan cuidadoso de la pureza de conciencia, que aun las acciones más ordinarias e insignificantes las hacía con tanta diligencia y perfección como la que suelen poner en las suyas los religiosos perfectos cuando tratan de hacer algunas obras de importancia. A mejor conservar este candor y brillo de su espíritu iban enderezados los propósitos que hizo de padecer y sufrir, antes la muerte, que cometer un solo pecado venial deliberado, los cuales cumplió con toda diligencia, no ignorando que Dios escudriña nuestros corazones y ve faltas donde nosotros no las advertimos. Por eso ponía sumo cuidado en limpiar su alma de toda mancha en el sacramento de la Penitencia, manifestando al Padre espiritual, hasta los movimientos e inclinaciones de su alma, por si en ellas hubiera imperfección.

III

SUS VIRTUDES

A fin de adquirir las virtudes propias de un hijo de San Francisco cuyo hábito había vestido, emprendió la carrera de la perfección, comenzando por la virtud de la humildad, tan característica en San Francisco, que es llamado el “santo humilde”, por antonomasia.

Para contrarrestar las tentaciones de estimación propia y vanagloria con que el demonio quería cebar su soberbia y derribarle de la humildad, traía a cuento el recuerdo de su

humilde nacimiento. Sucedió a veces que los religiosos renunciaban a aceptar los servicios y obsequios que por humildad deseaba hacerles Fr. Juan, que gozaba de mucha fama dentro y fuera del convento por sus eximias virtudes; pero él, a fin de vencer su modestia y obligarles a aceptar sus buenos oficios, les hablaba de esta manera: '¿Acaso ignoran la humildad y baja condición de mi nacimiento y de mi casa? ¿No saben que no hay cosa alguna servil y baja en la casa del Rey de Reyes Jesucristo? ¿no es verdad que todo servicio que se hace en la Religión es un servicio que se hace al Rey del Cielo?' Con estas y otras semejantes razones obligaba aun a los recalcitrantes a aceptar de buen grado sus servicios y obsequios y a dejarse querer como vulgarmente se dice. Nada le era más grato que el servir a todos y hacerles algún obsequio, así como por el contrario, se hacía imposible a su humildad el recibirlos de los demás. Movidó de este espíritu de humildad, huía con disimulo de toda reunión en la que presentía iba a ser objeto de obsequios o alabanzas por cualquier motivo. De esta manera desbarataba las tentaciones de vanagloria que podían levantar en su espíritu a causa de las alabanzas humanas. Si bien es verdad, que cuanto mayores eran sus conatos en huir y despreciar los honores, y cuanto más trabajaba en ser olvidado y despreciado de los hombres, tanto era más honrado y estimado de ellos.

No fué menos predilecta de este siervo de Dios la virtud de la pobreza, hermana de la humildad, pues se había obligado a ella con voto. Durante los treinta años que estuvo de limosnero y los veinte que se ejercitó en el oficio de hortelano, siempre fué su hábito el peor y el más remendado de cuantos había en el convento y su celda desnuda de toda clase de muebles, haciendo consistir en esto su rico tesoro.

Cuando en la mesa se sentía la escasez o falta de alimentos, entonces parecía más alegre y contento y después de dar gracias a Dios por sentir algo los efectos de la pobreza, prorrumplía en exclamaciones que salían del profundo del corazón: "¡Oh, dichosos y felices de nosotros—decía—que mientras padecemos penuria de las cosas temporales, imitamos a

San Francisco y llevamos su vida! ¡Bienaventurados nosotros que no tenemos en la tierra procurador alguno sino sólo a Dios, que es nuestro único proveedor! ¡Oh envidiable suerte la de los pobres que son ensalzados por Jesucristo cuando dice: Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos!"

No sólo se manifestó la humildad de este perfecto religioso en mantenerse alejado y ajeno a la propia estimación, sino también y muy principalmente en todas aquellas ocasiones en que inesperadamente fué puesta a prueba con ásperas palabras y con injurias que se le hicieron, mostrando siempre su ánimo sereno e inquebrantable en medio de ellas. Sucedió a veces que sus hermanos en religión, molestos por su celo, le reprendían y llamaban insulso e indiscreto y aun le mortificaban con palabras más pesadas y ásperas que estas, mas él, que se había propuesto imitar la humildad del Santo Patriarca de Asís, recibía con paciencia, arrodillado y silencioso todas las censuras que contra él se lanzaban, bien persuadido de que cumplían con su deber los que le reprendían y trataban como a mal religioso. Y no era posible que llevase a mal las injurias que le hacían tanto los de casa como los extraños, porque estimaba que eran el medio principal para alcanzar aquella perfección y perfecta alegría que San Francisco enseñaba a Fr. León, y de que la prueba principal de un verdadero fraile menor, era el sufrir con igualdad de ánimo todos los improperios e insultos y aun malos tratos de los hombres por amor de Dios. Y como aspiraba a conseguír a toda trance esta elevadísima perfección, llegó a recibir de igual manera las cosas prósperas como las adversas, sin que ni las primeras le envanecieran, ni las segundas le causasen abatimiento o desmayo.

Resplandeció también su fortaleza de espíritu, además de lo dicho, en llevar con paciencia los sufrimientos y dolores corporales, como podrá ver el lector en el caso siguiente: El P. Guardián del convento de Aranda, de naturaleza enfermiza, fué acometido con grandes dolores en su cuerpo con repentina inflamación de pies y piernas y fueron éstos tan agudos

y acerbos, que por la vehemencia de ellos llegó hasta a perder el conocimiento. Compadecido por ello y doliéndose en gran manera de su prelado, rogó encarecidamente al Señor que el cáliz de amargura que gustaba su guardián, si era esa su divina voluntad, lo traspasase a él. Escuchó Dios la oración de su siervo y sin que al exterior apareciera indicio alguno, empezó a ser atormentado atrozmente con los dolores del enfermo. Puesto en esta prueba, no se le vió quebrantado el ánimo ni gemir o exhalar queja alguna, sino que todo lo sufrió con paciencia, constancia y serenidad, empezando desde entonces la mejoría de su guardián. Y es que para estos casos echaba mano de un remedio efficacísimo, el único enteramente eficaz para sobrellevar con ánimo constante todos los dolores y sufrimientos que le podían sobrevenir, cual es, la conformidad a la divina voluntad, la cual había adoptado como norma y regla de sus inclinaciones, deseos y acciones. De aquí que aun acometido de grandes dolores y afligido por graves enfermedades, no daba señal alguna de llevar con pesar o molestia las angustias inherentes a ellas; antes al contrario, preguntado de los religiosos que tal le iba en sus enfermedades, siempre respondía: "Bien, muy bien, pues siempre se cumple en mí cuanto agrada a la voluntad divina". Tan adaptada tenía su voluntad a la de Dios y con tanta eficacia obraba en él la gracia divina, que ni con palabras, ni con gemidos, ni con lágrimas, ni de otra alguna forma, se lamentaba de sus padecimientos.

A estas injurias y dolores que le sobrevinieron sin él buscarlos, añadía otras penalidades y mortificaciones a fin de afligir y castigar más su cuerpo, cuales eran ayunos y vigili-
lias con los que empezó a quebrantarse notablemente su salud. Laceraba diariamente su carne con flagelaciones cruentas, huyendo lejos de cuanto puede halagar la voluptuosidad y abrazando cuanto podía mortificar sus sentidos.

IV

OTRAS VIRTUDES

Ya queda dicho cuán aventajado era en la virtud de la pobreza, con la cual corrían parejas su obediencia y su castidad, guardando fielmente los tres votos que constituyen el estado religioso.

Aseguran los maestros de la vida espiritual, que la obediencia es la defensa y fortaleza más segura contra todos los peligros de la vida religiosa. Por eso, mediando el mandato del Superior, luego obedecía, prefiriendo dar gusto al Superior y hacer la voluntad de éste, antes que vivir conforme a su propio juicio y albedrío. Todo cuanto mandaba el Superior lo ejecutaba como si el mismo Dios lo mandase, y aun cuando algunas veces le impusieron los superiores algún trabajo excesivo y superior a lo que podían sus fuerzas corporales debilitadas ya por los años y los achaques, nunca quiso aducir la impotencia corporal, como motivo para sustraerse a lo mandado. Mientras fué limosnero, aunque entrado en años, tomaba sobre sus hombros las alforjas llenas de pan, e iba cargado con ellas como si su cuerpo debilitado por la edad tuviera fuerzas como en su juventud, siendo así que se le suele hacer pesado este oficio aun a los jóvenes al cabo de algún tiempo. Y preguntándole los religiosos de la familia conventual, por qué a su avanzada edad no dejaba este oficio tan pesado, para el cual con razón podría considerarse impotente e incapaz, dió una respuesta digna de tan gran siervo de Dios: "Mientras viva, dijo, probaré hasta donde llegan mis fuerzas, porque habiéndome obligado con voto a obedecer sin condición alguna y sin excepción de aquellas cosas que suelen ser importunas para la salud corporal, debo obedecer aunque ésta sea algo delicada". Lo mismo exactamente que hizo el santo capuchino contemporáneo nuestro, San Conrado de Parzan en su oficio de portero.

Tenía también embebida y arraigada en su corazón la virtud angélica de la castidad, por amor de la cual, se guardaba

cautelosamente de cuanto puede inficionar aunque sea levemente la pureza del alma. De tal manera aborrecía toda obscenidad, que no quería siquiera que se nombrase delante de él a las personas que tenían mala fama por su vida carnal y depravada, alejando de sí con esta cautela aquellas torpes ideas que la nomenclatura o léxico de la gente baja suele excitar en la mente. Y si alguna vez se hacía mención en su presencia de cosas venéreas, se horrorizaba y acudía a Dios, sabiendo muy bien que entre todos los combates que debe soportar el cristiano para servir a Dios, los mayores son los que se levantan contra la castidad. Para que la carne no le solicitase con sus estímulos a la lujuria, la privaba de la comida y del sueño, y con sus frecuentes y rigurosos ayunos, unidos a cruentos azotes y disciplinas con que quitaba bríos a su cuerpo, consiguió la palma de que están adornadas las vírgenes por la gran victoria conseguida.

Cuanto fuera su amor a esta excelsa virtud y la fortaleza y valentía con que la defendió, puede conjeturarse por los dos siguientes casos que le acaecieron, el uno en Calatayud y el otro en Caspe, siendo limosnero en ambos conventos.

Un día que, como de costumbre, salió a ejercer la mendicidad por Calatayud, llamó a la puerta de una casa y pidió limosna. Suba Fr. Juan, le respondieron de arriba. Subió sin sospechar cosa alguna, saliéndole al paso dos mujeres que le condujeron a una habitación remota como para darle limosna. Allí le provocaron a la impureza y aun entre ambas quisieron violentarle; más él, fortalecido con la gracia de Dios, no huyó como el casto José, sino que blandiendo las alforjas con ambas manos, se defendió de ellas y con golpes y ásperas reprensiones dejó aterrorizadas a aquellas malas mujeres, de las cuales se pudo evadir tranquilo, sereno y victorioso.

No podía ver el demonio con buenos ojos la fortaleza del siervo de Dios en guardar la pureza y candor de su alma y ya que en esta ocasión no pudo derribarle del sublime estado de continencia, le acometió de nuevo con otra tentación aún más grave. Ejerciendo el mismo oficio de limosnero en el con-

vento de Caspe, fué tentado en su interior por el maligno espíritu con una torpe y violentísima tentación de lujuria al tiempo en que andaba pidiendo limosna. Al llegar a casa a cierta mujer para recibir la limosna acostumbrada, apenas abrió la puerta se le presentó una hermosa mujer preparada para toda torpeza, provocándole al pecado de palabra y de obra. La tentación era, pues, doble, interior y exterior; pero el inclito atleta de la castidad, horrorizado de lo que veía, cerró la puerta por fuera con tal celeridad que se dió a la fuga, dejando por este arte burlados a la mujer y al demonio que con tanta astucia había preparado el asalto.

Todas estas virtudes, así como su encendido amor de Dios y del prójimo, no podían tener otro origen y razón que su frecuente y elevada oración. Llevado de la suavidad que en este santo ejercicio encontraba, quitaba el sueño a los ojos para dedicarse a él con más quietud y atención durante la noche en la iglesia, donde abstraído de las ocupaciones y barullos, se entregaba durante muchas horas a la meditación de las cosas divinas. El demonio que no podía soportar tan frecuente oración del siervo de Dios, procuraba estorbarlo metiendo mucho ruido para que, asustado, se viera obligado a retirarse a su celda. Pero todo inútil, porque no haciendo caso alguno de los conatos del enemigo maligno, pernoctaba intrépido en la iglesia sin abandonar el ejercicio de la oración, con la cual sabía muy bien eran admirablemente atormentados los espíritus infernales. Aun procedió el demonio a maltratarle de obra, golpeándole con las manos y dándole de patadas, mas a pesar de todo, él perseveró constantemente en su oración. No era como una débil caña que se mueve y rompe al más leve soplo del viento, sino a manera de árbol recio que se arraiga tanto más en la tierra, cuanto mayor es el ímpetu del aquilón que lo azota. Así cada vez más fuertemente asido a la oración, atrajo sobre sí las gracias y bendiciones divinas en tal abundancia, que no sólo venció a su mortal enemigo y anuló todos los asaltos, sino que le hizo huir quedando el campo a favor del siervo de Dios.

Era tan frecuente y perpetua su oración, que aun ocupa-

do en los trabajos manuales exteriores del convento, conservaba su espíritu en íntima unión con Dios.

Como en la meditación es donde se enciende el fuego del amor divino, con el ejercicio continuo de ella había llegado a encenderse en su corazón una gran llama y hoguera de ese amor, sin que ninguna ocupación fuera capaz de apartarle de la presencia de Dios, teniendo siempre la mente elevada a El, por cuyo amor hacía todas las cosas y a cuya mayor gloria dirigía todas sus acciones como a su fin único y trascendental, y esto aún en medio del barullo de las calles y del ruido de las multitudes. Los religiosos quedaban edificadas de ver que en los rezos y oraciones que se hacían mientras el trabajo manual, estaba con tanto recogimiento y atención como cuando lo hacía en el coro o iglesia.

Fué también gran amigo del silencio, el cual se compagina tan bien con el espíritu de oración y con la presencia de Dios. Vivía como aislado y separado de los demás, huyendo toda conversación inútil y ociosa, a fin de evitar todas las muchas faltas que se cometen con la lengua y que deben lavarse en el sacramento de la Penitencia. Si se encontraba con hermanos locuaces, les instruía no sólo con palabras, sino aun más eficazmente con su ejemplo y les inducía a corregir su vida parlera y sustituirla por otra taciturna y silenciosa. Solía decirles que así como las vasijas cuando están vacías es cuando más ruido meten al golpearlas, de la misma manera los religiosos no acostumbrados al silencio, que no saben refrenar su lengua, manifiestan bien a las claras con su conversación supérflua y varia, que están vacíos interiormente de toda virtud.

De tan encendido amor de Dios, no podía menos de proceder una ardiente caridad con el prójimo, principalmente manifestada en sus hermanos en religión, en las almas del purgatorio y para con las almas de los infieles.

No perdonaba incomodidad alguna o sacrificio corporal por costoso que le fuere, con tal de ser beneficioso para los demás. Fué tan solícito en proveer a los religiosos de cuanto les hacía falta y tan propenso a remediar las cosas neces-

rias a los mismos, que viendo a alguien que tenía el hábito deteriorado o roto, luego le proveía de paño para que pudiera hacerse nuevo y les arreglaba y componía los que estaban rotos. Con los enfermos aún era más extremada su caridad, pues no sólo les proveía como a los demás con abundancia, sino que les proporcionaba también todo cuanto podía contribuir a su consuelo, y como tierna madre, les animaba y fortalecía con sus palabras y se desvelaba por su salud.

Aun fué mayor si cabe, su amor a las almas del purgatorio y su solicitud por aliviarlas de aquellas terribles penas. Algunas visiones que tuvo acerca de los sufrimientos de ellas en aquel lugar de expiación, hizo que multiplicase sus sufragios, oraciones y penitencias para obtener la liberación de las pobrecitas que en nada pueden favorecerse a sí mismas. He aquí algunos ejemplos que nos ponen de manifiesto los frutos de sus sufragios en favor de las almas.

Acaeció que en una peste que produjo grandes estragos y mortandad en el reino de Aragón, fallecieron su madre y hermana. Una noche después de maitines, en que con mayor fervor y lágrimas rogaba a la divina clemencia por la liberación de ellas de las llamas del purgatorio, se le apareció un ángel, que por orden de Dios le llevó en espíritu a aquel lugar de expiación y le mostró a su hermana en una estancia tenebrosa, a la cual dijo Fr. Juan: ¿Qué haces aquí hermana? Ella respondió: "He pagado ya todos mis pecados, he lavado las manchas de mis pecados y me hallo ya libre de la pena de sentido, esperando que pronto tendré la dicha de subir al cielo, ruega por mí". Dirigiéndose entonces el siervo de Dios al ángel, le dijo: "Aquí no aparece mi madre, ¿dónde está?" Respondióle el ángel, "Ven y te lo mostraré". Y tomándolo entre sus brazos le llevó a la habitación donde había muerto; ni aun allí la vió, pero le dijo el ángel: "Mira el lecho" y la vió que sufría horriblemente. Entonces le dijo su madre: "El Juez Divino me asignó este lugar para purgar mis pecados, así pues, hijo mío, compadécete de mí." Dicho lo cual, se desvaneció la visión. Fr. Juan, pensando los intolerables tormentos que pa-

decían su madre y su hermana y que ellas no se podían aliviar en lo más mínimo, aplicó a este fin y redobló sus vigili- as, ayunos, oraciones y comuniones en sufragio de sus almas y con tal éxito, que a los pocos días tuvo el consuelo de ver que ambas subían al cielo.

Otro día, pernoctando en oración como de costumbre, apareciósele otro ángel como el primero y descendió con él al purgatorio, donde fué puesto en gran angustia en una cárcel estrecha, comprimido entre dos gruesas paredes y dejándole solo en ese estado, el ángel desapareció. No es fácil de explicar la atrocidad del tormento que padecía, pues era tan insoportable el calor, que iba a morir. En tan terrible trance y agonía, no sabiendo qué hacer, levantó los ojos al cielo implorando el auxilio y protección de la Santísima Virgen de quien era muy devoto. Y como la benignísima Señora está siempre pronta para socorrer a los que con fe y confianza la invocan, en aquel mismo momento sintió la eficacia de su poder y quedó por su intercesión libre de aquel tormento.

Otra vez, fué llevado también por el ángel al tenebroso lugar del purgatorio, donde le fué mostrado un como estanque de azufre ardiendo, en el que eran atormentadas las almas después de su tránsito por esta vida y allí oyó que muchas almas con voces y ayes lastimeros llamaban en su auxilio a sus seres queridos e imploraban misericordia de ellos, diciendo con Job: *Miserémini mei, miserémini mei, saltem vos amici mei*. Job, 19-21. Compadeceros de mí, al menos vosotros mis amigos. Los padres llamaban a sus hijos con grandes clamores para que se dieran prisa en hacer oraciones y sufragios por ellos, pero muchas veces sin fruto. Otras almas, demandaban a la justicia divina contra sus herederos y clamaban día y noche contra los hombres ingratos que olvidados de ellos no pensaban sino en disfrutar de los bienes dejados a ellos.

Cuando pasaban las visiones se esforzaba en aplicar por aquellas afligidas almas muchos sufragios, oía muchísimas misas, redoblaba los ayunos, aumentaba las maceraciones de su cuerpo y las disciplinas y rogaba sin cesar con toda la caridad y

fervor posible para que el Señor mitigase el ardor de aquellas llamas y la intensidad de los tormentos. Y que estas oraciones fueron fructuosas se vió patente, pues después de estos sufragios se vió subir a esas almas brillantes y resplandecientes de gloria a la compañía de los ángeles y de los bienaventurados en el cielo.

Estas y otras visiones que tuvo, mientras estaba en oración acerca de las atroces penas con que las almas eran atormentadas en las llamas del purgatorio y ya también respecto de sí mismo, haciéndole experimentar algún tanto aquellas penas en cuanto es posible a un viador, afectaban tanto a Fr. Juan, que su espíritu quedaba aterrorizado, pálido su rostro y su lengua seca y apegada al paladar, produciéndole al mismo tiempo un temblor general en su cuerpo. Y en una ocasión, fué tal la impresión, que permaneció durante ocho días trémulo y sin sentido. Después de estas visiones, siempre multiplicaba de una manera extraordinaria sus sufragios y oraciones en favor de aquellas benditas almas.

Sentíase cada vez más abrasado en el deseo de extender y dilatar la gloria de Dios por todo el mundo, nada deseaba tanto como derramar su sangre por Cristo, ni pensaba en cosa alguna con tanta frecuencia como en sufrir el martirio por amor de Jesucristo, por la fe y por la religión.

Cuando se leían en el refectorio en presencia de la Comunidad, las vidas de tantos mártires como tuvieron la dicha de derramar su sangre por la fe, todo embebido en un grande deseo de sufrir el martirio, solía prorrumpir en estas expresiones: "Ea hermanos míos, ¿no nos avergonzamos de vivir y llevar una vida incólume y cómoda a la vista de estos mártires? Los mártires caen muertos haciendo frente a los tiranos, lictores, espadas y lanzas, así como a todo género de tormentos y todo por la fe de Cristo y por su gloria. ¿y nosotros qué hacemos o padecemos por tan gloriosa causa? Movidos con tales ejemplos, cómo no ardemos en deseos de dilatar la fe con el sacrificio de nuestra vida? Ojalá tuviera yo la dicha de poner mi cuello a las espadas de los verdugos y de extender mi cuerpo sobre carbones encendidos como San Lorenzo y

morir de esta manera por amor de Jesús y de su santo nombre." Pero como no faltó a este siervo de Dios la voluntad del martirio, sino que el martirio faltó a la voluntad, con razón debe llamársele mártir del deseo. Y puesto que se puede ser mártir en sentido lato sin sucumbir al filo del hierro o la espada, podemos decir que fué mártir por cuanto sufrió pacientemente durante su vida un martirio lento e incruento, pero muy prolongado por sus asiduos trabajos, por sus continuos dolores y por sus acerbos sufrimientos.

V

MILAGROS DEL SIERVO DE DIOS

Por lo que respecta a los milagros obrados por el santo religioso, dicen los manuscritos que no se tiene noticia de muchos de ellos, ya por haberse entregado al olvido o ya también por descuido y negligencia de los que debían haberlos escrito para la posteridad.

Más los enumerados en los manuscritos son suficientes para formarnos concepto de la santidad del siervo de Dios y de lo mucho que el Señor le favorecía con el don de milagros en favor de los prójimos a quienes tanto amaba.

El siervo de Dios que recibía los mandatos de los superiores como oráculos del cielo, fué enviado a pedir limosna por los lugares vecinos al convento de Aranda. Habiendo llegado al Duero que venía muy crecido a causa de la lluvia y no pudiendo vadearlo, extendió el manto sobre las aguas y sentado en él pasó el río y llegado a la orilla se vió que el manto no se había mojado lo más mínimo. Al volver para el convento se repitió la operación y extendiendo el manto sobre las aguas le sirvió de barca para pasar al lado opuesto, no sin gran estupor de algunas personas que acechaban con cautela y sin que él lo sospechase los pasos y acciones del siervo de Dios.

En el pueblo de Agón, llamado Villarroya, había una ilustre matrona, de la noble familia de los Martas, que no tenía des-

endencia. Esta se encomendó con muchas instancias a las oraciones del siervo de Dios para conseguir tener un hijo. Dijo Fr. Juan: "Por intercesión del Beato Félix de Cantalicio (todavía no había sido canonizado), Dios cumplirá tus deseos y tendrás un hijo, con tal que prometas regalar un cubrecopón para el pobre convento de Aranda". Como es de suponer, a tan poco precio, la Ilma. Sra. prometió hacerlo así de muy buena gana. Y efectivamente, cumplidos los nueve meses de esta predicción, dió a luz un niño con gran regocijo de la familia. Más no se sabe si por olvido o descuido o avaricia o por qué causa, es lo cierto que la señora no cumplió la promesa. Al cabo de cierto tiempo llegó otra vez Fr. Juan al mismo pueblo y luego que la señora lo supo, manda llamar con muchas instancias y urgencia al siervo de Dios para que vaya a bendecir a la criatura. Luego que llegó Fr. Juan y vió al infantilillo, lo toma sobre sus rodillas y mirándole con mucho cariño, le dijo estas palabras: "¡Oh pureza angelical! No te ha elegido el Señor para habitante de este mundo, sino del cielo. Y puesto que tu madre no ha cumplido lo prometido, de aquí a tres días volarás al cielo." Como lo predijo se cumplió y murió el niño, para que aprendan todos, dicen los manuscritos, cuánto desagrada a Dios el no cumplir las promesas que se le hacen.

El Rector de la Iglesia de un pueblo llamado Quintana, llegó a tal extremo de gravedad en su dolencia, que eran ineficaces e inútiles cuantos remedios le prescribían y recetaban los médicos para quitarle la fiebre. Sucedió pues, que en estas circunstancias llegó Fr. Juan al pueblo y hospedóse como de costumbre en casa de este sacerdote, que era un gran bienhechor de la orden. Este que tenía muy bien conocida su santidad y acaso su don de hacer milagros, pidió al siervo de Dios con muchas instancias que intercediese cerca de Dios Nuestro Señor para que le restituyese la salud perdida. El santo varón manda a la fiebre que deje al enfermo y ordena a éste que se ponga los vestidos. Obedece el Rector, se levanta de la cama, se pone los vestidos y con una sorpresa inexplicable recobra completa y repentinamente la salud, de tal manera, que acom-

pañó a Fr. Juan a pedir limosna por todas las casas del lugar. Del mismo modo y en esta ocasión, sanó también a la sirvienta del Rector, quien después de recobrar la salud repentinamente, sirvió la mesa a los dos, y Fr. Juan se retiró silenciosamente del pueblo, quedando ambos dando gracias a Dios por tan insigne beneficio.

Cierta bienhechora de nuestra religión, natural del pueblo de Jaray (Castilla), tuvo una enfermedad de cuya curación llegaron a desesperar los médicos. Recibidos ya los últimos auxilios de la Iglesia, estaba luchando con la muerte. En esto, la hija envía un peatón para anunciar al siervo de Dios el peligro que corría la vida de su madre, rogándole encarecidamente se dignase venir a visitarla. Fué en efecto Fr. Juan al pueblo, y luego que se supo la noticia de su llegada, entró la hija en la habitación de la madre a fin de comunicarle tan consoladora noticia. Pero cosa admirable, cuál no sería su sorpresa, cuando la enferma que estaba en la agonía, pide los vestidos. Al principio se niegan a dárselos, creyendo que la enferma deliraba, mas ella vuelve a reclamarlos segunda y tercera vez y acceden a sus deseos. Se viste por sí sola y saliendo de la habitación, baja a la parte inferior de la casa con admiración de los circunstantes y sale a la puerta al encuentro del siervo de Dios que entonces llegaba y le da las gracias por tal beneficio, reconociendo con esto que a él debía su curación.

También en la villa de Caspe, habiendo visitado mientras pedía limosna, a Isabel Donelfa que estaba enferma y con agudos dolores, quedó ésta curada con sólo besar el hábito del siervo de Dios.

En la misma villa de Caspe se rompió la pierna a consecuencia de una caída una señora llamada María Lázaro y eran tan acerbos los dolores que sufría, que pasaba los días y las noches en un llanto continuo, sin que fuera bastante para calmarle los dolores cuantos remedios le daban los facultativos. En este trance, la piadosa mujer, viendo perdida toda esperanza de salud, acude al santo religioso, quien movido de compasión, hace aplicar al hueso roto un emplasto, diciendo que no necesitaba otro remedio fuera de este. ¡Oh prodigio! Enseguí-

da se mitiga el dolor y después de breve lapso de tiempo, la pierna queda perfectamente curada.

Si el Señor dió a las oraciones del santo varón la virtud curativa, no concedió menor eficacia a las hierbas empleadas y aplicadas por él a los enfermos, de lo cual tenemos prueba en los casos siguientes:

Merece citarse el que sucedió a Luis Salas, habitante de Berdejo y bienhechor de los capuchinos. Padecía éste unas tercianas que cada día iban en aumento, así como los dolores. Cuando Fr. Juan tuvo noticia de ello, fué al pueblo del enfermo acompañado de un sacerdote muy amigo llamado mosen Pedro Navarro. Cortó por el camino unas hierbas y luego de llegar a casa del paciente, se las aplicó, desapareciendo al punto la fiebre terciana, quedando enteramente sano y libre de dolores.

En otro lugar, una niña de ocho años hidrópica, iba tan de prisa a la muerte, que sus padres la lloraban ya como difunta. Estando ellos con tan gran pena, aparece impensadamente Fr. Juan en su casa, recibéndole como si fuera un ángel enviado por el cielo para consuelo de ellos. Animando tanto a los padres como a la niña, dijo a ésta: "Ten buen ánimo, pues está próxima tu curación". Efectivamente, toma un manojo de hierbas, lo coloca a la enferma a manera de emplasto y la niña curó repentinamente, quedando tan sana como si nunca hubiera tenido semejante enfermedad, por lo cual, reconociendo los padres de la niña que no se trataba de una curación natural y debida a la eficacia del emplasto de hierbas como quería disimular Fr. Juan, sino de una curación enteramente milagrosa, glorificaban a Dios en su siervo.

No fué menos admirable la prodigiosa curación de un paralítico, sobrino del Rector de la Iglesia del pueblo de Alconaba, en la provincia de Soria. Este llevaba mucho tiempo inválido en cama, sin que pudiera moverse ni ser movido por los que le asistían, sino con grandes dolores. Recetáronle los médicos muchas medicinas y probaron de administrarle toda clase de remedios para devolverle la salud, mas todo en vano. Llegó por entonces Fr. Juan al mencionado pueblo y luego que

le vió el Rector de aquel lugar, quien conocía muy bien la santidad del siervo de Dios y su virtud de hacer milagros, con lágrimas en los ojos, le rogó hiciera uno con aquél enfermo. Compadecido de la desgracia, Fr. Juan hizo tomar al paciente un baño y enseguida comenzó a mover las piernas y al poco tiempo quedaba enteramente curado. Con todos estos hechos, se extendía cada vez más la fama de milagrero y era llamado por los enfermos con mucha frecuencia para obtener la curación.

Lo mismo acaeció en Toralmero, pueblo de Soria también, con un hijo de Pedro Amasa y de Catalina Martínez, tan enfermo que se le tenía por incurable y como a tal, no se le aplicaba medicamento alguno. Sus padres acudieron por fin al siervo de Dios y volviéndose éste a ellos, les dijo: "No es incurable vuestro hijo, sino que se pondrá bien" y aplicándole Fr. Juan unas hierbas como de costumbre para ocultar el milagro, curó sin más enteramente.

No mucho tiempo después, tuvo este mismo joven una hernia, de la que fué también curado por este santo varón.

VI

PREDICE LOS SUCESOS FUTUROS Y SU MISMA MUERTE

Para mostrar una prueba evidente del conocimiento de cosas futuras con que el cielo había dotado a este santo religioso, digno de figurar al lado de los santos y beatos hermanos de nuestra Orden Capuchina, vamos a referir algunas cosas, empezando por lo sucedido con un sacerdote. Hallándose Fr. Juan en el lugar de Clarés, de la jurisdicción de la ciudad de Calatayud, acercóse a visitar a un sacerdote muy amado suyo llamado mosen Pedro Navarro. Estando con él, oyóse la voz y conversación de otro sacerdote que hablaba en la calle, pero a quien no veía el siervo de Dios. Y dirigiéndose a su amigo, le dice: "¿Oyes hablar a ese sacerdote?" "Si, con-

testó mosen Pedro, le oigo y le conozco muy bien". "Pues, bien amigo mío, has de saber que dentro de tres años morirá y tú le sucederás en el beneficio." Tal como predijo, así sucedió, pues al cabo de dicho tiempo murió el sacerdote y mosen Pedro Navarro fué destinado a ocupar su puesto y el beneficio eclesiástico de aquél. Verdad es que como mosen Pedro conocía a fondo la santidad del humilde lego y había sido testigo, como antes dijimos, de alguna de las milagrosas curaciones llevadas a cabo por su intercesión, no se quedaría excesivamente sorprendido por esta predicción ni por su cumplimiento.

Pernoctando el siervo de Dios cerca de Jaray, supo por luz sobrenatural, que cierta bienhechora de la Orden del mencionado pueblo, se hallaba muy enferma y llegada la mañana, dice al compañero de postulación: "Nuestra hermana se halla mal de la pierna y todos los remedios de los médicos son impotentes para su curación; vamos a visitarla." Llegó al pueblo y entró en la casa al tiempo que los cirujanos se disponían a amputarle la pierna. Luego que la hija de la enferma tuvo noticia de su llegada, corre a comunicar tan consoladora noticia a su madre. Esta dice a los cirujanos: "Aguardad a empezar la operación hasta que venga aquí Fr. Juan." Entrando el siervo de Dios a la alcoba y acercándose a la enferma, empezó a consolarla con sus palabras, animándola a que tuviera confianza en Dios y en el Padre San Francisco y dirigiéndose a los cirujanos, les dice: "Haced vuestro oficio". Quitaron el vendaje de la pierna y cual no sería su admiración y la de los miembros de la familia, cuando hallaron la pierna tan enteramente curada como si nunca hubiese tenido nada en ella, e incorporándose, empezó a andar.

Dos mujeres hermanas del lugar de Tamaxón estaban sumamente afligidas, porque llevando muchos años de matrimonio carecían de descendencia, y rogaron con mucho encarecimiento al siervo de Dios, cuya santidad les era muy conocida, que con sus oraciones les alcanzase del Señor la dicha de tener hijos varones que fueran herederos de sus bienes. Prometiéndoles hacerlo así e interponer el valimiento de sus oraciones con Dios. Al cabo de nueve meses cada una dió a luz un hijo

el primer nombre, el de Félix, en honor de San Félix de Cantalicio, cuya intercesión demandaba en todos estos casos y el segundo nombre Juan, por haber sido obtenidos por las oraciones del siervo de Dios.

En el pueblo de Olvega, vivía la ilustre familia de *Torres*, la cual estaba sumamente triste por carecer de sucesión después de muchos años de matrimonio. Aprovechando la ocasión de hallarse en el pueblo el santo Hermano, le suplicaron rogara en sus oraciones para que el Señor les concediera un hijo varón. Dirigiéndose Fr. Juan a la mujer, le dijo: "Ten buen ánimo y procura echar de tí la tristeza, pues por intercesión del Beato Félix de Cantalicio, serás madre de un niño. Pasados unos meses, dió a luz un niño como le había predicho Fr. Juan.

En la villa de Almedar, diócesis de Osma, una mujer cuyo nombre no se cita en los manuscritos, como en los casos anteriores, sin duda por la índole del asunto, vivía muy triste y afligida porque llevaba mucho tiempo en matrimonio sin descendencia, por lo que rogó con gran interés al siervo de Dios, que con sus oraciones le alcanzase del cielo un hijo varón. A lo que respondió Fr. Juan: "Tendrás un hijo con tal que prometas regalar unas cortinas para la Virgen del Almenar y que al hijo que nazca le pongas el nombre de Félix, pero te advierto que si no haces esto, el hijo que nazca morirá." Ella prometió cumplir las dos condiciones impuestas y a su tiempo tuvo un hijo al cual pusieron por nombre Félix, cumpliendo así una de las condiciones. Pero sea que la mujer se olvidase de regalar las cortinas a la Virgen, sea también que desconfiase del cumplimiento de la amenaza del siervo de Dios, es lo cierto que la mujer no cumplió la promesa; pero al poco tiempo de haber nacido el niño, voló de este mundo al cielo, sin duda para que constase claramente y quedase probado que no caían en vano las palabras de Fr. Juan ni dejaban de cumplirse sus profecías.

En el pueblo de Veratón, diócesis de Tarazona, tomó el siervo de Dios en sus brazos un niño llamado Gaudioso Calvo,

varón y en recuerdo de tan insigne favor, pusieron a ambos hijo de José y de Constantina Hernández, de dos meses y medio de edad. En aquel entonces, el niño gozaba de perfecta salud y levantándolo un poco alto, habló así a la madre: "No te entristezcas demasiado por lo que te voy a decir: este niño ha de marchar al cielo". Y al niño le dijo: "Hijo, al cielo; hijo, al cielo, donde gozarás de mejor vida". Transcurridos quince días, se había cumplido ya la predicción del siervo de Dios.

Estando Fr. Juan conventual en el convento de Aranda, acaeció que se le perdieron en la plaza exterior del convento dos cedulitas de María, muy pequeñitas, de las que la venerable Madre Agreda solía distribuir a los fieles, con el fin de aumentar entre ellos la devoción a la Madre de Dios. Cuando estaba más solícito en su busca, llegó un vecino del pueblo, Francisco Velilla, que se puso a ayudarle en la tarea de buscarlas. De pronto le dice el siervo de Dios, dejémoslas estar: no se perderán y se sentaron a la puerta del convento. Como dijo, así sucedió, porque al poco rato apareció una hormiga llevando el papelito en la boca y lo dejó a los pies del siervo de Dios; luego apareció otra hormiga trayendo también en su boca el otro glóbulo o cedula y dejándola también junto a los pies del mismo como la anterior. Y con esto quedó confirmada la predicción, quedando ambos alabando a Dios que es admirable en las cosas y circunstancias pequeñas como en las grandes.

Finalmente, terminaremos esta biografía haciendo notar que no le fué oculto el día de su muerte, sino que tuvo noticia de él por divina revelación. Así lo manifestó a su amigo, el sacerdote mosen Pedro Navarro, de quien hemos hecho memoria varias veces, en ocasión en que éste le acompañaba desde el pueblo de Clarés al de Aranda. Al despedirse de él, nuestro santo Hermano, le dice: "Querido amigo, adiós para siempre, ya no nos volveremos a ver más en este mundo, porque debo ir a otro lugar más feliz". Que fuera verdad esta predicción de su muerte se demostró, porque no muchos días después enfermó de muerte y conociendo su próximo ocaso, se preparó con toda diligencia en purificar y adornar su alma, recibien-

do todos los sacramentos de la iglesia, y así fortalecido, levantando su rostro y sus ojos al cielo como si contemplase las cosas celestiales de la gloria, se durmió en el Señor, en nuestro convento de Aranda el año 1693, cuando contaba alrededor de ochenta años. Su cuerpo permaneció incorrupto por espacio de más de veinte años.

FR. JUAN DE MOROS

En este año de 1695, fué arrebatado del número de los vivos Fr. Juan de Moros, hermano lego como los anteriores y célebre por el cúmulo de virtudes con que había sido enriquecido por el cielo.

Su encendida caridad se extendía a prestar beneficios a todos, pero de modo especial se manifestaba con los mendigos y enfermos, a quienes de muy buena voluntad suministraba toda clase de socorros y prodigaba todos los consuelos que podía, con tal suavidad de palabras y modales o con tal eficacia de obras, que por proveerles oportunamente de las cosas que les faltaban, se privaba aun de los alimentos necesarios suministrados por la Comunidad para su sustento.

Y como quien tenía muy bien conocido que en el mucho hablar no faltará pecado, según expresión del Apóstol Santiago, *In multiloquio non deerit peccatum*, de tal manera refrenaba su lengua, que no sólo se abstenía de hablar palabras ociosas, sino aun de las que no eran tales y hasta de las conversaciones piadosas, por haber experimentado que muchas veces, empezando a hablar de cosas espirituales, pronto degeneran en palabras ociosas o inútiles, de las cuales se ha de dar cuenta en el día del juicio.

Muy imbuído en la doctrina de Jesucristo, quien nos asegura que seremos medidos con la misma medida con que midiéremos a los otros, echaba a buena parte las acciones de los demás; si eran malas, procuraba excusarlas y siempre oía de mala gana roer las vidas de los ausentes y manifestaba su desagrado a los murmuradores que criticaban las obras de sus prójimos y a fin de no inficionarse ni contagiarse de tan pes-

tilencial vicio, huía de los corros o reuniones de los que eran aficionados a este defecto.

Como el oficio de hortelano en el que ordinariamente estuvo ocupado, suele distraer la atención y el ánimo a varias partes y cosas, a fin de evitar esto, procuró tener siempre su pensamiento fijo en Dios, sin que fuera capaz de apartarle de la divina presencia cualquier acontecimiento u ocupación que le ocurriera en el trabajo. La presencia de Dios, contribuía a que en el trabajo no perdiese el espíritu de oración y devoción, de la cual era amantísimo así como de la asistencia al coro, sin faltar nunca por la noche a los oficios divinos, y como si la oración le diese alas y le aumentase las fuerzas corporales, después de un brevísimo sueño concedido a su cuerpo, levantábase antes que la Comunidad y dedicaba a la oración casi todo el tiempo de la noche.

Para que no le ensoberbeciera la magnitud de los dones de Dios y de las virtudes por él adquiridas, el Señor le probó como al apóstol San Pablo, pero no con el estímulo de la carne como a éste, sino con la aparición y presencia del demonio, a quien durante varios años tuvo delante de su vista en forma humana y con un aspecto horrible, causándole un tormento difícil de explicar y encarecer lo bastante. Pero el valiente soldado de Cristo, todo lo sobrellevaba con una paciencia inquebrantable, hasta que no pudiendo sufrir el enemigo de nuestras almas tanta paciencia y fortaleza por permisión divina, desapareció para siempre de su vista.

Finalmente, estando de residencia en el convento de Tamarite, después de recibidos devotísimamente todos los sacramentos de la Iglesia y fortalecido con ellos, dió fin a esta triste vida, volando su alma a recibir en el cielo la corona de la gloria, según piadosamente creemos, en el año del Señor de 1695.

FR. ANTONIO DE SARIÑENA

Con el fin de emular e imitar en lo posible la vida de los ángeles, se consagró a la Majestad Divina en la Orden de los Capuchinos Fr. Antonio de Sariñena, pueblo de la provincia de Huesca, en el humilde estado de hermano lego, el cual, entregado totalmente al servicio de Dios, exhalaba el suave y celestial perfume de toda perfección, virtud y santidad, tanto a los de adentro como a los de fuera de la Religión. Sus palabras eran muy adecuadas para inducir a mejor vida a cuantos le oían, porque iban acompañadas del buen ejemplo, ya que todo aquél que fijaba la vista en el siervo de Dios, conocía claramente y sin duda alguna que era religioso perfectísimo y adornado por Dios de grandes dones.

Como creían que conocía las cosas futuras, al quedar vacante una de las diócesis de Aragón, preguntóle un sacerdote muy familiar y amigo suyo, si sería nombrado para dicha sede un Maestro de Orden Religiosa de mucha nombradía, pero él por toda contestación respondió: "Has de saber, querido amigo, que he conocido por luz divina que cuantos consiguen estas dignidades por medio de dones o influencias, se hacen miserablemente reos de condenación eterna, y con Simón Mago arderán en el fuego del infierno, porque compran los bienes espirituales con precio temporal y poseen el don de Dios por medio del dinero.

Rogaba a Dios con muchas instancias no se le pasase desapercibido e ignorado el último día de su vida, y el Señor, benignamente acogió sus ruegos y cumplió sus deseos, de tal manera, que supo de antemano por divina revelación, tanto el lugar como el día de su muerte, y así lo predijo; porque debiendo trasladarse del convento de Aranda al de Calatayud,

se despidió de una persona muy amiga con estas palabras: "Ya no me verás más, pues allí me arrebatará la muerte y descansaré dentro de breve tiempo en el sepulcro destinado para los hermanos legos." El suceso comprobó la verdad del vaticinio, pues a los pocos días de haber llegado al convento de Calatayud, llegó el fin de su vida, recibiendo con peculiar devoción interior y exterior que se manifestaba en sus palabras, los últimos sacramentos y demás auxilios de la religión. El religioso que le cuidaba y estaba de guardia sobre él, creyendo que era inminente el último momento de su vida, quiso congregarse a la Comunidad, como es costumbre entre nosotros, para ayudar al moribundo con sus oraciones, mientras el ministro de Dios lee la recomendación del alma, pero se lo estorbó por entonces el santo religioso diciéndole: "Todavía no ha llegado la hora; al terminar la misa conventual entraré en el camino de toda carne y será el fin de mi vida."

Fr. Antonio que siempre había buscado en este mundo sólo a Dios y que no había tenido otro afán y estudio, sino el agradarle en todas las cosas, después de haberse conquistado gran fama de virtudes y merecimientos para con todos, murió en el ósculo del Señor a la hora predicha por él y voló a una vida más pura, feliz y dichosa, en el convento de Calatayud, en donde fué sepultado, hacia el año 1700.

P. IGNACIO DE BÁGUENA

Fué el P. Ignacio, religioso ejemplarísimo y adornado de todas las virtudes, obediente en extremo, caritativo con todos y en especial con los pobres, a quienes consolaba en su desgracia y les servía y consolaba con entrañable afecto. Fué extremado en la pobreza, por cuyo amor se ceñía en todas las cosas permitidas por la regla al uso más estrecho.

Era hombre de mucha oración y tan devoto del Santísimo Sacramento, que nunca pasaba por delante de alguna puerta que tuviera correspondencia con la iglesia, sin arrodillarse y hacer un acto de adoración al Señor prisionero por nuestro amor en el Tabernáculo. Su pureza de alma era muy grande y ésta le inducía a prepararse para la Misa con una preparación prolija y muy especial, celebrándola con edificante devoción; fué también puntualísimo en la asistencia al coro y exacto observador y cumplidor de todas las costumbres y ceremonias de la religión, tanto en el coro como en la vida conventual. Adquirió una extraordinaria ecuanimidad en todas las cosas y en los acontecimientos de la vida, notándosele una santa indiferencia tanto en las cosas prósperas como en las adversas. Para decirlo de una vez, fué en todo ejemplar.

Tuvo noticia del tiempo de su muerte, pues hallándose en el convento del noviciado, al tiempo de recibir el santo hábito un novicio llamado Fr. Antonio, le dijo: "Adiós, Antonio, que ya no nos volveremos a ver más, pues antes que profeses te llegará la noticia de mi muerte." Sucedió como la había anunciado, pues antes de la profesión del novicio, murió en el

convento de Aranda el año 1697, disponiéndose para la partida con la recepción de los sacramentos, los cuales, después de recibidos con gran devoción y edificación, descansó en la paz del Señor, pasando de los vaivenes y zozobras de esta vida mortal a la quietud y descanso de la eterna. Fué sepultado en el convento de Aranda.

DOMINGO DE PINILLA

DONADO

Había antiguamente, al menos en las provincias capuchinas de España, además de los religiosos, clasificados en Padres, Coristas y Hermanos legos, otros domésticos que vivían en los conventos y formaban la clase de conversos o donados, algo así como los terciarios que actualmente hay en los conventos. No eran religiosos, pero tenían un voto de obediencia al P. Guardián. Vestían de hábito dentro del convento, pero para salir fuera de él tenían un traje de seglar uniformado y trabajaban en aquellos oficios que no era conveniente realizaran los legos, sobre todo fuera del claustro, como era el traer con el carro las limosnas recogidas por los religiosos y otros semejantes. Uno de ellos, que por sus muchas y preclaras virtudes honra la humilde condición de los conversos, fué Domingo de Pinilla, que bien merece ser enumerado entre los perfectos y prudentes legos que florecieron en la provincia de Aragón por su santidad.

Este, después de haber mortificado estrictamente sus sentidos y principalmente los ojos y la lengua, con lo cual se hace su mejor elogio, levantó el edificio espiritual de la santidad, empezando por echar hondos cimientos de humildad, la cual fué grande y admirable, como puede ser la del más humilde. Entre los hermanos o callaba o hablaba solamente lo necesario o conveniente para el espíritu. Ayunaba con rigor casi todo el año; durante el invierno iba vestido con un solo hábito y aquél sencillo y pobre, muy insuficiente para defenderse de los rigores del frío. Como prueba de su gran virtud y de la fortaleza de su espíritu, dan cuenta los manuscritos

de haber sobrellevado con igualdad de ánimo, durante varios años y hasta su muerte, una gravísima e intolerable úlcera en una de las rodillas, la cual manaba podre y gusanos y le atormentaba cruelmente. Y como fuera insensible a los sufrimientos, de tal manera disimulaba los dolores y angustias que esta y otras penalidades le ocasionaban, que para todos fué ejemplo de paciencia y purificado como el oro en el crisol de las tribulaciones y penas, volaba su espíritu con más pureza y libertad hacia Dios Nuestro Señor.

Quando ya avanzaba en años, fué acometido de una fuerte calentura y conociendo por ello la vecindad y proximidad de la muerte, bien armado y fortalecido con la recepción de los sacramentos y demás auxilios de la religión, salió al encuentro de Jesucristo que le llamaba, y lleno de méritos y virtudes exhaló el último suspiro en el convento de Aranda, en donde fué sepultado, y entregó su espíritu en manos del Creador, el año 1697.

En vida de este siervo de Dios, ninguno tuvo conocimiento exacto de la constancia y admirable virtud que en él resplandecía, pues ofreciendo a sólo Dios el holocausto de sus virtudes, de tal suerte envolvía en el silencio y ocultaba cautelosamente sus obras más admirables, que las sustraía a las miradas de los demás. Mas luego que murió, se puso de manifiesto a todos la extraordinaria y prodigiosísima fortaleza de su espíritu, porque cuando los religiosos, según la costumbre de la Orden, quisieron lavar su cuerpo para amortajarle, vieron no sin gran admiración, que tenía la rodilla consumida por la podredumbre, sin que el tormento por ello producido hubiera sido bastante para obligarle a manifestar el mal o a exhalar alguna queja. Después de muchos años de sepultado, se encontró su cuerpo todo él convertido en polvo, más la rodilla enferma, causa de tantos sufrimientos y merecimientos, se halló tan fresca y blanda como si no se tratase de un difunto de mucho tiempo, sino de un cuerpo vivo, lo cual fué tenido por los religiosos como indicio sobrenatural de la inocencia de su vida, de la pureza de su alma y de la gloria que gozaba en la patria de los bienaventurados.

P. JOSÉ DE BOLEA

En la provincia de Aragón se conservó durante mucho tiempo en bendición, la memoria y recuerdo del P. José de Bolea, amado de Dios y de los hombres, aventajado en la observancia regular y adornado de todas las virtudes evangélicas, tales como la mansedumbre, la caridad, la humildad y todas las demás que nos enseñó Jesucristo con su ejemplo y palabra, las cuales copió en sí con tal perfección, que no parecía sino un modelo y dechado expuesto a la vista de los mortales, para que admirasen en él las virtudes cristianas y un varón verdaderamente franciscano y seráfico.

Para apartar el ánimo de las delicadezas y halagos de la carne, ejercitábase en la mortificación corporal tan necesaria al que anhela el aprovechamiento espiritual. No se contentaba con las flagelaciones y disciplinas que se hacen por ley entre nosotros en determinados días de la semana, sino que las practicaba todos los días, castigando con tormento diario a este enemigo doméstico que diariamente nos hace cruda guerra. Ni se sentía satisfecho con hacer la disciplina del modo ordinario, sino que había de ser hasta producirse heridas y llagas y derramar sangre, azotando su cuerpo como quien azotase un ser insensible, una madera o una piedra y terminaba este doloroso tormento cuando le llegaban a faltar las fuerzas para seguir disciplinándose. A esto añadía también otras muchas penitencias y austeridades corporales.

Hallábase unida a esta austeridad de vida una gran pobreza, virtud altamente impresa en su corazón, como verdadero hijo de San Francisco y compañera inseparable de la penitencia. No había ninguno más pobre que él, pues por seguir a Cristo con más ligereza y facilidad, no sólo estaba con-

tento con tener para su uso pocas cosas, sino que se abstenía de todas las que no aconsejaba o la necesidad o la honestidad de la religión. Se había propuesto no tener cosa alguna sino a Cristo crucificado y todas sus delicias consistían en imitar la altísima pobreza del Salvador. Era tal la parsimonia y moderación en el uso de las cosas aun necesarias, como en el vestido, que el primer hábito que vistió, lo llevó muchos años, remendado con muchos petachos, haciéndose cargo de que se le daba el vestido solamente para cubrir la desnudez y para que a la vez sirviera de mortificación a su cuerpo.

No reputaba hacer lo bastante para domar los insanos apetitos de la carne con la austeridad y con la pobreza que acabamos de describir, sino que creía necesario subyugar a su cuerpo sujetándolo a una extremada abstinencia en la comida. Tampoco en esto se atenía solamente a los ayunos de la regla, sino que ayunaba diariamente a sólo pan y agua, y aun el pan el más duro y canucido que encontraba. Mas como la naturaleza privada del necesario sustento decayese notablemente, fuéle necesario templar y moderar el rigor de los ayunos, lo cual se consiguió por la obediencia a sus superiores, en la cual fué tan aventajado como en las demás virtudes. Todo lo cual contribuía a que se formase entre los religiosos una gran opinión sobre la santidad de tan esclarecido religioso.

Su obediencia fué pronta, sencilla, ciega y perfecta, debido a que declaró guerra sin cuartel a la propia voluntad que es origen y madre de toda desobediencia, y con tanta constancia y tesón la negó y persiguió hasta el último momento de su vida, que bien puede asegurarse que aniquiló, por decirlo así su propia voluntad y que después de emitido el voto de obediencia en su solemne profesión, no pudieron los religiosos observar y notar que quedasen en él ni aun indicios o sentimiento alguno de ella. Como tenía fija en su ánimo y como esculpida en él la voluntad de Dios únicamente, y la voluntad del superior que le presidía y gobernaba en lugar de Dios, no discernía el mandato, ni examinaba la causa de él, ni discurría o reflexionaba sobre el modo que tenía el supe-

rior en el mandar, ni la intención o el fin del mandato en lo que se le ordenaba, sino que solamente se ocupaba en su interior de qué modo obedecería con más perfección a la voluntad del superior. De donde nacía que ningún precepto, por difícil que fuera, se le hacía grave o pesado.

Viendo los superiores en el P. José uno de los religiosos de más aventajada virtud en la provincia, le encomendaron la educación de los novicios; y como no ignoraba el cargo de Maestro, del cual depende el porvenir bueno o malo para los novicios en particular, como para la Orden en general, puso un exquisito cuidado en instruir a los novicios, en probarlos y en confirmarles en su vocación. Para esto, echó mano de los dos únicos medios eficaces para la buena formación de los novicios, el ejemplo y la doctrina. Iba a la cabeza de ellos en todos los actos de la regular observancia, de manera que los principiantes, teniendo en él un espejo de toda perfección imitasen su ejemplo y se animasen a vestirse del hombre nuevo, en frase del Apóstol y a adquirir la perfección que nuestro Padre exige del fraile menor por medio de la observancia fiel y exacta de la regla. Animábales a amar entrañablemente la altísima pobreza franciscana, a padecer escasez y penuria de las cosas temporales, a caminar en pos de la humildad que tanto nos recomienda Cristo, sirviéndose para conquistarla de todos los medios, a desear y procurar con ahinco su abyección y el desprecio de sí mismos, y en fin, anhelar la cumbre de toda la perfección evangélica. Todo lo cual inculcaba a los novicios con mucha frecuencia en conferencias públicas y en conversaciones privadas, siendo resultado de todo esto, dar religiosos perfectos a la religión y fecundar con abundante y óptima simiente la provincia de Aragón.

Dedicóse a la oracion con tal asiduidad e intensidad, que después de maitines de medianoche, se ejercitaba en ella hasta la hora de Prima por la mañana, y no contento con esto, se puede decir que la oración era su inseparable compañera, y que todo el día estaba en continua oración, pues ni los ministerios y oficios de la casa, ni la asistencia y el cuidado de los enfermos que visitaba, ni los viajes u oficios de caridad, ni to-

das las ocupaciones diarias eran bastantes para apartar su ánimo de tan santo ejercicio. Aun las mismas necesidades naturales, las cuales forzosamente suelen hacer que se interrumpa la oración, hacíalas él de manera que le ayudaban a la misma oración. Y para que no se pasase tiempo alguno inútilmente, solía usar en estas ocasiones de algunas oraciones vocales, a fin de que tanto la mente como la lengua en amigable consorcio y ayudando la una a la otra, se ocuparan siempre en las divinas alabanzas. Asistía a las horas canónicas con tal atención y devoción de la mente, y con tal compostura de su cuerpo, que más bien parecía estar en el cielo entre los coros de los ángeles que rezando en el coro entre los hombres.

Estando de familia en el convento de Capuchinos de Mallorca, en las Islas Baleares, las cuales estaban sujetas a la jurisdicción de la provincia de Aragón y formaban parte de la misma, tuvo una horrible visión que resultó muy saludable para las personas interesadas, así como para él, lo cual prueba, cuán grato era a Dios éste su siervo y su espíritu de oración. Algunos días después de haber practicado los ejercicios espirituales como ha sido siempre costumbre entre nosotros, estando en oración, apareciósele Cristo Nuestro Señor llevando la cruz a costas, como lo solía hacer el siervo de Dios, llevando una cruz muy pesada por los claustros del convento, y hablándole, le dijo: "Sígueme". Marchó en pos de El y fué llevado al infierno, diciéndole: "Observa bien todo cuanto vieres y oyeres". Vió allí hornos espaciosos y encendidos que arrojaban grandes llamas, en las cuales los demonios atormentaban grandemente tanto a la Abadesa como a las monjas de cierto convento que habían sido infieles a sus votos, a las cuales oyó lamentarse entre horribles tormentos, cada una por distinto concepto. La Abadesa por no haber corregido a sus religiosas como tenía obligación, exclamaba: "¡Ay de mí! qué tormentos, qué llamas de azufre son estas en que me hallo envuelta, por no haber corregido los defectos de estas religiosas, por no haber evitado sus escándalos y haber corregido su vida libre y desarreglada, infringiendo sus votos, principalmente su pureza virginal". Y lo mismo confe-

saban sus crímenes cada una de las religiosas que había en aquel lugar de tormentos, así ellas, como sus cómplices y encubridores. Y a todas oyó que se lamentaban con clamor horrendo y decían estas y otras expresiones por el estilo: "Aquí estamos en este lago sin fondo y sin medida, lleno de ardor incomparable y de hedor intolerable; aquí todo es miseria, tinieblas, desorden absoluto y horror sempiterno".

A consecuencia de esta visión, quedó sumamente afectado el siervo de Dios y fuese a visitar al obispo de aquella diócesis, a quien se la manifestó y le dijo: "Esto dice el Señor; escribe a los cuatro conventos las lamentaciones y ayes que he visto y oído, porque si no cumplieran las promesas hechas a Dios en sus votos y no guardasen sus preceptos, se encenderá sobre ellos mi furor y las visitaré con vara de hierro y no tendré más misericordia con ellas". El Obispo que tenía en mucha estima y veneración al P. José, dió crédito a la visión y escribió sendas cartas a los conventos de Religiosas, refiriéndoles el terrible castigo que les aguardaba y todos los pormenores de la visión, para que escarmentasen y se redujeran a mejor vida. Y para que lo pudieran hacer con más facilidad, el Obispo tomó por su parte cuantas providencias creyó necesarias, es a saber, señaló a los conventos de las monjas los más celosos confesores que pudo haber en la diócesis, apartó de ellos todas las diversiones y entretenimientos mundanos, prohibió con mucho rigor las conversaciones y tratos con seculares, y en el convento en que se había dado el escándalo prohibió a las monjas bajar a las rejas en absoluto bajo pena de excomunión.

Esta visión no fué útil solamente para las mencionadas monjas por las medidas que tomó la autoridad eclesiástica, sino también para nuestro biografiado; pues aunque llevaba una vida tan mortificada y santa, como queda dicho, pero desde este punto se prestó a correr como gigante por el áspero camino de la virtud, y como valeroso atleta, cual si quisiera emprender un nuevo noviciado, empezó a brillar con una mayor austeridad de vida y por un mayor fervor en el ejercicio de la oración, en la que insistía casi todo el tiempo de

la noche, disminuyendo el escaso tiempo de ella que dedicaba al sueño y al descanso. A todo esto, añadió el hacer el Vía Crucis todas las noches antes de matines por el claustro, llevando sobre sus hombros una pesada cruz que le hacía caer muchas veces en tierra por faltarle fuerzas para sostener su peso. Cierta secular muy robusto, quiso ensayar hacer el Vía Crucis con esta cruz que solía estar en el claustro, pero en la mitad del ejercicio tuvo que dejarla por serle imposible soportar su peso por más tiempo y quedando admirado de que lo pudiera hacer el P. José. También en esta ocasión, cediendo a los mandatos del Superior, le fué preciso moderar este excesivo rigor y áspera penitencia.

Todo lo dicho contribuyó a que se extendiera de una manera sorprendente por la ciudad de Palma de Mallorca la fama de su virtud y santidad de vida, siendo esto causa de que el convento fuese frecuentado por personas nobles de ambos sexos, con el consiguiente menoscabo del silencio y soledad que debe reinar en nuestras casas, siendo quien con más frecuencia lo visitaba el Sr. Obispo de la diócesis de Mallorca, muy aficionado a los coloquios y fervorosas conversaciones con el santo religioso, en las cuales sentía caldearse su corazón en la llama del divino amor. Pues era tanta le eficacia que ponía el Señor en sus palabras y la suavidad con que hablaba de las cosas divinas y espirituales, que sus palabras más parecían de un morador del cielo que de una criatura humana.

Quien menos podía sufrir y sobrellevar semejante afluencia de visitas de la gente al convento era el Padre José, porque nada le era tan grato como vacar en la soledad del claustro a su ocupación favorita que era la oración y contemplación. Y deseando huir la gloria mundana y apartar de sí el aura popular, a fin de gozar como hasta entonces en los abrazos y consuelos de su divino Esposo, pensó en abandonar aquel convento y lo consiguió. Con permiso, pues de sus superiores, embarcóse furtivamente y sin ser notado por la gente, para Barcelona, marchando de aquí a Tamarite de Litera, que era el primer convento de la provincia de Aragón, límite con la de Cataluña.

Al poco tiempo de arribar a este convento y de morar en él, y después de haber recorrido la carrera de todas las virtudes, fué acometido de fiebre maligna y enfermó de muerte. Conociendo la proximidad de ésta, se creyó en la necesidad de pedir perdón a su cuerpo, como nuestro Padre San Francisco, y fortalecido con la recepción de los santos sacramentos de la iglesia, acabó su vida piadosamente en el Señor, no sin gran opinión y fama de santidad, el año 1709, en el mencionado convento. Según los manuscritos murió joven, pues no le asignan más de treinta años de edad; pero es indudable que se trata de un error, pues no es creíble que fuera Maestro de novicios, terminara su tiempo y aun viviera en Palma de Mallorca y tuviera tan poca edad, pues el cargo de Maestro no se confiaba sino a los Padres que tenían más de 30 años.

FR. VICENTE DE SALAS

Entre los religiosos ilustres por su virtud que resplandecieron en la provincia de Aragón, se destaca el hermano lego Fr. Vicente de Salas, de vida muy austera y eximio por la práctica de todas las virtudes. Salas es un pueblecito de la provincia de Huesca.

Su humildad fué tan ingenua y natural, que no había ninguno tan amante de su propia gloria como él lo era despreciador de las honras y de su propia estimación. Pues como estaba convencido y penetrado de esta verdad, es a saber, de que toda la gloria del cristiano está en la cruz de Cristo y en abrazarse con ella, entonces solamente se creía honrado, cuando echaba de sí y carecía de toda gloria humana. De aquí procedían en él sus sentimientos de reputarse por el más vil y mayor pecador del mundo; de aquí el arrojarse a los pies de todos y el abrazar los oficios más bajos y humildes con mayor gusto que los honrosos. Con tanta intensidad se entregaba a este anonadamiento de sí mismo, que nunca pudieron vislumbrar los religiosos en él sino signos y manifestaciones de humildad y de propio abatimiento.

Como consecuencia de su humildad, se hallaba su espíritu tan penetrado de la excelencia e importancia de la virtud de la obediencia, que no sólo se sujetaba a sus superiores, sino también a toda humana criatura, según el consejo del Apóstol, y lo hacía con tal naturalidad, facilidad y mansedumbre, que parecía no desear otra cosa que el obedecer y dar gusto a todos. No sentía inclinación a hacer cosa alguna por propia voluntad, sino a hacer lo que era mandado por el Superior o por otros religiosos. Conocía que la obediencia era fiel intérprete de la voluntad divina y por el contrario, en las cosas

que uno hace por propia voluntad, se alucina fácilmente, y por eso huía de hacer las cosas que eran conformes a su parecer y gusto, y en cambio se inclinaba por las cosas que eran del parecer y gusto del Superior. Movíale también a ser tan aficionado a la obediencia el convencimiento íntimo que tenía de que en la religión solamente gozan de alegría y consolación y son felices aquellos religiosos que se ponen totalmente en las manos del Superior y que por el contrario, aquellos religiosos que se sustraen a ser gobernados por Dios en la persona de su representante en la tierra, que es el Superior y se dirigen por su propio juicio y voluntad, llevan aun en la casa de Dios, una vida inquieta y destituida de consuelo. Supo así hallar el camino de la felicidad en la tierra, en cuanto es posible en este misero mundo.

Fué un entusiasta de la pobreza franciscana, siendo tal su celo por esta virtud, que la guardó íntegra hasta la muerte. Propúsose no tener cosa alguna fuera de aquellas que la Regla concede para el uso de los religiosos y conforme se propuso, así lo cumplió y aun esas cosas que tenía a su uso eran tan viles y ajustadas a las estrictas normas de la pobreza, que todos tenían por cosa cierta y evidente que ninguna de cuantas cosas hay en el mundo tenía entrada en su corazón, gozándose mucho más en carecer de todas ellas, que en poseerlas de cualquier manera que fuere.

Pero entre las virtudes ocupaba el primer lugar en Fray Vicente, la que debe ser reina de todas ellas, la caridad para con el prójimo, la cual se difundía a todos sin excepción, alegrándose según expresión del Apóstol, con los que estaban alegres y llorando con los que estaban tristes y afligidos; si hallaba alguien afectado por la desgracia o afligido por el dolor, movíase a tanta compasión y piedad, que con su trato y agradable conversación, le enviaba siempre consolado y alegre. De un modo especial manifestábase esta caridad con los enfermos, pues luego que enfermaba un religioso, ponía toda la diligencia posible en cuidarlo, dejando a los presentes y ve-

nideros admirables ejemplos de ejercitar la caridad con los que sufren.

No fué menos admirable en la virtud de la paciencia, de la que nos dió ejemplos admirables dignos de imitación. Muy necesaria es esta virtud a todos, pues se nos ofrecen innumerables ocasiones en la vida en que nos es forzoso ejercitarnos en ella, pero de un modo especial quiso el Señor probar la paciencia de su siervo, enviándole mucho que sufrir. El mismo buscaba ocasiones para servir de ludibrio a sus hermanos y ser escarnecido de ellos, y cuando de improviso y repentinamente se le ofrecían ocasiones de sufrir desprecios, si notaba que su paciencia empezaba a correr algún peligro o a bambolear, al instante se sobreponía a sí mismo y se hacía esta reflexión: "Cuidado, Fr. Vicente, no sucumbas en la tentación; has descendido a la arena, la victoria está en la paciencia; no causando heridas al prójimo, sino sufriendo con paciencia las ofensas recibidas es como has de probar que eres soldado de Jesucristo, el cual, puesto en agonía muy superior a la tuya, te dejó para imitar preclaros ejemplos de paciencia". Y con esta industria conservaba sin menoscabo esta preciosa virtud.

Como era tan acepto a Dios, fué necesario que le probase de un modo especial la tentación como al santo Tobías, y así sucedió, quedando como éste ciego durante muchos años, hasta la muerte. Cuán grande prueba y calamidad sea la ceguera, solamente pueden decirlo los que la experimentan, y se colige de lo que dijo el mismo Tobías al ángel del Señor, cuando éste le saludó diciéndole que se gozara y alegrara.

¿Qué gozo puedo tener yo que no veo la luz del cielo? Pues si un varón tan santo como Tobías, estaba lleno de aflicción y tristeza por hallarse privado de la vista, es claro que es una de las mayores calamidades y pruebas que el Señor envía a los mortales. Y sin embargo, cuál sería la virtud y paciencia de este santo religioso que en los años que estuvo ciego, no se le oyó exhalar la más pequeña queja por su ceguera, ni tampoco hacer cosa alguna por la que pudiera sospecharse que se hallaba triste y afligido, antes al contrario, alababa a

Dios y a su divina clemencia por haberle privado de la vista.

Era tan amante de la regular observancia que, apesar de estar ciego, no se creía dispensado de hacer ninguna cosa de las que prescriben los estatutos de la Orden, ni de entregarse al trabajo; antes al contrario, considerando la ociosidad como raíz y origen de todos los males y vicios, trabajando en la oficina o taller donde se tejía la tela de hábitos para los religiosos, dedicándose él a varear la lana, y mientras se ocupaba en esto solía decir muchas veces a los novicios que estaban trabajando en la misma oficina: "Hermanitos, a Dios rogando y con el mazo dando". De esta manera les enseñaba a todos con su ejemplo y palabra a huir de la ociosidad. Sucedia en esto una cosa rara y chocante y es que distinguía la lana negra de la blanca con tanta precisión como si tuviera vista. Por más que este oficio fuera muy expuesto a distracciones y conversaciones, él había convertido el lanificio en una como capilla, alternando la oración con el trabajo y trabajando con el pensamiento puesto en Dios.

Tampoco buscaba compensación alguna a su desgracia de la vista en las distracciones con los demás, ni en tratar a su cuerpo con alguna mayor blandura o suavidad, cosa por otro lado muy humana atendida la flaqueza de nuestra naturaleza; nada de eso, sino que le negaba hasta el sueño necesario, pues habiendo descansado un poco a prima noche, se iba a la iglesia y allí pasaba lo restante de ella en oración fervorosa y en lanzar al cielo suspiros amorosos.

No pudiendo soportar el maligno espíritu tanta fortaleza en este valeroso soldado de Cristo y tanta constancia en su oración, de la cual procedía el valor y heroísmo de sus virtudes, trató de amedrentarlo golpeándole y maltratándole furiosamente cuanto el Señor le permitía. En cierta ocasión, llegaron a tal extremo los conatos y esfuerzos del enemigo, que produjo en la casa grandes ruidos y estruendos, como si efectivamente se librasen grandes combates de bandos que luchaban entre sí. Oyéndolo los religiosos y conociendo que semejante tragedia había sido suscitada por el demonio contra el siervo de Dios, bajaron y fueron hacia el lugar donde se

habían oído los ruidos con el fin de ayudarle y defenderle. No hallándole allí, descendieron a un subterráneo del convento y por fin lo hallaron en este lugar lleno de telarañas y revolcado en el polvo, con el hábito sucio y maltrecho todo su cuerpo. Mas por esto no se daba por vencido, sino que de nuevo se aprestaba a la pelea y provocaba al enemigo a la lucha armado con la santa oración a la que se consagraba con tanto más ardor cuanto mayor era la persecución y la guerra que le hacía el enemigo, consiguiendo siempre nuevos triunfos y victorias sobre él.

Tenía sumo cuidado en no proferir palabras ociosas o sin provecho, desagradándole también que otros las tuvieran en su presencia, y si alguien se atrevía a perder el tiempo en conversaciones inútiles, luego se retiraba de aquel lugar. En cambio si se suscitaban conversaciones de Dios o de cosas espirituales, todo lleno de alegría escuchaba con gran atención cuanto se trataba en aquella reunión.

Se consagró enteramente al servicio de la Santísima Virgen, a quien había escogido por su patrona y defensora. Reverenciaba sus imágenes y siempre que pasaba por delante de alguna de ellas se entretenía en alabarla y en recitar algunas oraciones. No fué vano este obsequio prestado a la Madre de Dios, puesto que ella le colmó de inestimables dones y favores, no siendo el menor el haber merecido por dos veces tener celestiales coloquios con la Reina del cielo. En el convento de Zaragoza se tenía por cosa cierta y averiguada, afirmándolo unánimes los religiosos, que por dos veces habían hablado al siervo de Dios dos imágenes que se veneraban en aquel convento, la una colocada en el lanificio de la casa donde Fr. Vicente trabajaba y la otra al final de la escalera que subía al claustro.

En la oración, que era su principal ocupación y estudio, era iluminado por Dios con luz tan celestial, que llegaba a entender y penetrar fácilmente las cuestiones teológicas, que para otros de su clase y condición permanecen oscuras. Una prueba de ello, la tenemos en el siguiente caso: Un día, mientras llevaba la comida a los que trabajaban en el telar del con-

vento, encontróse en el tránsito con los estudiantes que disputaban del misterio de la Trinidad. Uno de ellos, por donaire, dirigióse a él y le dijo: ¿Qué le parece o qué siente acerca de la generación del Verbo Divino? A esta pregunta paróse el siervo de Dios y dejando en el suelo la olla en que llevaba la comida, habló con tanta profundidad de ideas y claridad de conceptos sobre la generación eterna del Hijo, que todos al oírlo quedaron estupefactos y se decían como los habitantes de Judea, decían de Jesucristo: “¿De dónde le ha venido a éste tanta doctrina y sabiduría, si no ha aprendido letras ni ha consultado libros de teología que tratan de estas cuestiones?” Sabedores, empero, de la santidad de su vida, no tenían reparo en afirmar y confesar que tan celestial doctrina la había bebido en la misma fuente de la sabiduría divina.

Illuminado por luz celestial, llegó a conocer las cosas más ocultas y aun las más distantes y remotas, de lo cual nos cuentan dos casos los manuscritos, ya que otros muchos hayan quedado en olvido por inercia de los que debían haberlos consignado.

Mientras estuvo Fr. Vicente en el hospicio de Cariñena, acercóse a él una mujer depravada que intentaba quitar la vida a su marido suministrándole una bebida envenenada. Súpolo el siervo de Dios por divina revelación y ardiendo en celo le echó en cara y afeó su criminal intento, reprendiendo su diabólica resolución y diciéndole: “Teme, ¡oh mujer!, no sea que pongas en peligro tu salvación y seas sepultada en el profundo del infierno”. Viendo la mujer que le eran manifiestas sus depravadas maquinaciones, movida a penitencia por tan atroz delito, se arrepintió de ello y se reconcilió con Dios por medio de una buena confesión.

Estando en oración fué iluminado por luz celestial, de que un hombre tan perdido como disoluto iba a suicidarse. Al instante va al P. Guardián y le pide un compañero; corre presuroso a la orilla del Ebro, se hace el encontradizo con él y le recrimina con estas palabras: “Hombre criminal y malvado, ¿a dónde vas? ¿A dónde te lleva el demonio para que tú mismo trates de estrangularte?” Paróse el hombre y todo

turbado, dijo: Padre, tengo unos acreedores a quienes no puedo pagar lo que debo y por eso me quieren encarcelar, mas yo, antes de ir a la cárcel quiero ahorcarme". El siervo de Dios, arrebatándole de las manos el lazo con que intentaba quitarse la vida, le amonestó a dejar la mala vida y emprender otra mejor y más cristiana y le exhortó con tan eficaces palabras y razones a detestar su mala vida y reconciliarse con Dios, que sin pérdida de tiempo borró con una dolorosa confesión las manchas de sus pecados. Y finalmente por mediación del santo religioso, una noble matrona dió todo el dinero necesario para pagar cuanto este hombre debía a sus acreedores quedando libre de todo y salvo.

Fué devotísimo del culto y veneración a la Eucaristía. Por esto, todo el tiempo que le restaba después del cumplimiento de los deberes de su oficio, permanecía en la iglesia en la adoración del Santísimo Sacramento. No le fué en balde esta devoción, pues aun en esta vida recibió el premio de aquélla. Estando una vez postrado en cama con fiebre muy alta, después de expiadas sus faltas con una fervorosa confesión y preparándose para comulgar, dijo al sacerdote que entró a su celda llevando la Eucaristía, estas palabras: "Ya he sido recreado con el pan de los ángeles y no puedo comulgar por segunda vez". De estas palabras y de los rayos de luz y resplandor que veían salir de sus ojos, dedujeron los religiosos presentes que había sido consolado y confortado con este alimento celestial por algún ángel del Señor.

El que tuvo el don de conocer las interioridades y penetrar en las cosas ocultas de los demás, tuvo también conocimiento de su último fin, el cual dijo sucedería el día de los Santos Inocentes, y así sucedió; pues tres días ante empezó a enfermar y agravándose la enfermedad y recibidos los Santos Sacramentos de la Iglesia, entregó su espíritu al Señor, conmutando esta triste vida por aquella otra feliz y bienaventurada que no tendría fin.

Acaeció esto el día 28 de Diciembre de 1702, en nuestro convento de Zaragoza.

FR. JOAQUÍN DE ZARAGOZA

Nació nuestro biografiado en Zaragoza y llamóse D. Joaquín Cavero, hijo primogénito de los Condes de Sobradíel, siendo criado por sus padres como correspondía a su rango y nobleza. Los primeros pasos que dió, cuando empezó a andar por su pie, fueron al convento de Capuchinos, a donde le llevó su madre la Condesa. Era de agudo ingenio, por lo cual aprendió las primeras letras siendo aun muy niño y después dedicóse al estudio del latín con tanto aprovechamiento que a los catorce o quince años pudo tener conclusiones públicas de latinidad.

Pero una triste desgracia dió al traste con las esperanzas e ilusiones que podían concebirse de este niño. Quedó huérfano de padre y madre en poco tiempo y por lo tanto dueño absoluto de sus estados y sus riquezas, las cuales en lugar de servirle para ser a Dios más agradecido, le valieron solamente para correr con más desenfreno por el camino de todos los vicios; ayudando no poco a ello la fogosidad de su temperamento y su ardor juvenil. Vino a ser tenido generalmente en la ciudad, como soberbio, pendenciero, osado y provocador, vicioso y escandaloso, pudiéndose decir de él lo que decía San Agustín de sí mismo: "*¡Tantillus homo et tantus peccator!*" "*¡Tan joven y tan pecador!*" No tenía todavía 17 años cumplidos y había provocado a cuatro duelos a otros tantos rivales suyos, no habiendo podido verificarse los tres primeros por haberse hecho públicos y haberlos impedido tanto la autoridad como otras personas interesadas. Mas el cuarto y último se llevó a cabo con tanto sigilo que al fin se realizó el día 4 de noviembre del año 1705 en que salió desafiado con D. Miguel de Contamina a la plaza o campo donde estaba la cruz del

convento de Capuchinos, lugar que había escogido para todos los duelos, como si en aquel lugar esperase alguna protección especial del cielo. Llegó pues D. Joaquín muy temprano en la mañana de dicho día a la cruz del convento para aguardar a su competidor, y mientras tanto entró en la Iglesia a oír Misa, dejando encargado a su criado de que le avisase la llegada de D. Miguel. Este, muy puntual también en acudir a la cita, llegó a tiempo en que D. Joaquín estaba oyendo el evangelio de la Misa. Avisado salió inmediatamente frente a la puerta del convento y cambiados los primeros saludos y cumplimientos de rigor, empezaron a esgrimir las espadas, que eran las armas elegidas para batirse. Duró poco tiempo el lance porque quiso la divina Providencia, que siendo D. Joaquín notablemente más diestro que su contrario en el uso y manejo de esta arma, no obstante a los pocos momentos quedase aquél fuera de combate y mortalmente herido en el pecho. Hallándose presentes en este duelo el lacayo, los padrinos y algunos criados de D. Joaquín, y viéndole ya casi en el suelo, llevados unos de la amistad y otros de su natural compasivo, hicieron ademán de tomar alguna venganza y agredir a D. Miguel, mas el herido les rogó que no le hicieran daño alguno, pues le perdonaba de corazón si es que le había ofendido.

Es de notar que en los cuatro lances sobredichos había escogido el campo donde, como es costumbre entre nosotros, estaba la cruz del convento, como si tuviera algún presentimiento de lo que había de ocurrir, o como si en caso de sucederle desgracia alguna, estuviera mejor asistido en lo espiritual.

Luego que cayó herido, pusieronle en el coche en que había venido a fin de poner pronto y eficaz remedio a la herida que acababa de recibir. Hallábase el cocherero tan turbado, que no acertando el lugar por donde había de dirigirse a la ciudad, las mulas, cual si obedeciesen a un impulso superior, se entraron por la plaza del convento. A las voces de auxilio y confesión que daban los acompañantes, salieron los religiosos para ver lo que pasaba, quienes por primera providencia lo in-

Introdujeron a la enfermería del convento, le administraron el Viático y la Extrema Unción, después que se hubo confesado.

Como había sido cristianamente instruido y educado por sus padres, no es de extrañar que con la herida del cuerpo abriera los ojos del alma y se avivara la fe que estaba muy arraigada en ella a pesar de la vida licenciosa que había llevado en los pocos años.

Después de haberle atendido primeramente a su alma, luego se atendió a la curación de la herida, la cual reconocida por los médicos y cirujanos, declararon que era mortal de necesidad y que no había esperanza alguna de curación. En vista de esto, durante los pocos días que vivió hasta su muerte no pensó sino en prepararse para ella, dando muchos y edificantes ejemplos de fe, de esperanza y de caridad para con sus enemigos, así como de paciencia y resignación en la divina voluntad.

Después de practicada con gran cautela la primera cura de la herida, quiso confesarse de nuevo, diciendo que las anteriores confesiones habían sido hechas con demasiada precipitación por la urgencia del caso y por el peligro que existía de una muerte instantánea, y que esta última deseaba hacerla con toda advertencia y sosiego. Inmediatamente después que se hubo confesado, mandó llamar a dos caballeros amigos suyos para rogarles con todo encarecimiento que no causasen daño alguno a su adversario, antes al contrario, le asistiesen y favoreciesen cuanto era posible, repitiendo esto varias veces con grande aplomo y seguridad. Desde aquel momento le dió el título de amigo, y decía, desde hoy será mi amigo y le encomendaré a Dios muy de veras, cosa que causó en todos mucha edificación.

Los Padres de la Comunidad quedaron maravillados de que siendo tan penetrante y profunda la herida no hubiese muerto en el acto, lo que atribuyeron a una especial protección de la Santísima Virgen, quien había querido sin duda premiar el obsequio del joven en rezar durante algún tiempo el oficio parvo en honor de la Reina de los cielos. Los restantes días hasta su muerte los pasó en continuos y fervorosos actos de

piedad y devoción a la Santísima Virgen, a la que llamaba su patrona. Cada vez que sonaba la hora saludábala diciendo este devoto verso: "Azucena cándida, rosa florida, bendita sea la hora en que fuiste nacida." y a continuación rezaba el Ave María. A cuantos le visitaban, rogábales le encomendasen a Dios y a su Santísima Madre, manifestando deseos de morir, si podía ser en día consagrado a tan gran Señora, gracia que obtuvo muriendo en sábado.

Era tal su anhelo por purificar su conciencia, que causaba edificación el verlo confesarse todos los días y algún día varias veces. Antes de morir dijo que no le ocurría cosa alguna de que le remordiera su conciencia y que ya no la hubiera confesado, pues de acordarse de algo lo confesaría inmediatamente; su fe era tan viva, que decía estaba dispuesto a perder mil vidas que tuviera por defenderla y para hacer confesión de su fe hizo le leyeran por dos veces el Símbolo de San Atanasio. Tenía una esperanza firme en la misericordia de Dios por lo cual repetía muchas veces estas palabras: "Yo confío que mi Dios me ha de salvar". En medio de los dolores más atroces que le causaba la herida, solía afirmar que sentía una gran alegría en su alma y que se hallaba inundado de consuelo y gozo.

Pedía muchas veces el santo crucifijo y besándolo decía tan fervorosas jaculatorias y hacía tan ardientes actos de dolor y arrepentimiento de sus pecados, que derramaba y hacía derramar a otros abundantes lágrimas, siendo preciso que el confesor le obligara a moderar estos sentimientos y actos para no acelerar la hora de su muerte.

Tuvo una invicta paciencia en tan graves padecimientos, pues aunque parecía no poder resistir más la flaca naturaleza, repetía sin embargo con frecuencia estas palabras: "Padecer o morir". Otras veces tomaba el Santo Cristo en las manos y decía: "Señor, dadme tiempo para padecer; ofrezco esta mi vida en holocausto vuestro, vengan más penas, y no quiero tener otro descanso sino la cruz" y demandaba la intercesión de la Santísima Virgen para lograr sus peticiones.

Convenían los médicos cirujanos en que los dolores del pa-

ciente debían ser intolerables y que parecía se le prolongaba la vida como de milagro, cumpliendo de esta manera el Señor sus deseos de padecer. Él a este fin hacía por su parte, que le leyeran ejemplos de la Virgen, las vidas de Santos, o los ejercicios que pone el libro "Trabajos de Jesús" y rogaba a los circunstantes pidieran por él.

Si oprimido por el dolor exhalaba alguna queja, luego pedía perdón a Dios y a los que se hallaban presentes. Los religiosos compadecíanse de él por sus muchos dolores, pero a la vez participaban del consuelo y alegría con que lo sufría todo el enfermo, lo cual se manifestaba no sólo en sus palabras, sino en su semblante, cuando aquéllos le daban alguna tregua.

Dos días antes de morir, volviendo en sí después de haber tenido un desmayo, dijo que había hecho voto de ser capuchino. Como se le dijera que solamente desearía llevar el hábito durante algún tiempo, pero sin intención de abrazar el estado religioso, replicó que no, que su deseo era ser capuchino de verdad. Y como al día siguiente, el penúltimo de su vida, manifestase los mismos deseos, el P. Provincial accedió al fin a ellos y por su propia mano le vistió el hábito de la Orden y le admitió en ella como novicio. Desde aquel momento, lleno de contento y entusiasmo era cosa de admirar que todo lo quería hacer como novicio. No quiso le dieran ya más el trato de señor, sino sólo de novicio, de Fr. Joaquín. Quería que le pusieran cama de tablas y mantas como a los novicios; pero como se le hiciese saber que aun los novicios, cuando enfermos, tienen camas de colchón, se aquietó y conformó con ello. Obedecía en todo como novicio, aunque por su espíritu de independenciam y por su carácter estaba acostumbrado a mandar. Llamó al P. Guardián a quien pidió su bendición para morir y éste se la otorgó, para que en eso tuviera también el mérito de la obediencia, y nada quiso hacer en lo que le quedó de vida sin permiso del Superior.

Vestido del santo hábito y previendo la proximidad de la muerte, dijo a los religiosos que se le pidiese perdón a su amigo (este nombre daba a D. Miguel, su adversario), cuan-

to antes, pues así moriría más consolado y confortado, y que dicho señor rogase por él y prometiendo hacer lo mismo él a su vez desde el cielo, si como esperaba tenía la dicha de ir a la gloria. Luchando con la muerte padecía frecuentes desmayos y cuando volvía en sí recordaba a su amigo, y como se le dijera que ya se había pedido perdón a D. Miguel y que éste le había perdonado, preguntaba si tenía que hacer algo más con él para cumplir los deberes como buen cristiano, a lo que le dijeron que nada más tenía que hacer en este asunto, y con eso quedó tranquilo.

La tarde antes de su muerte presentóse un curandero, quien manifestó deseos de ensayar sus remedios para la curación de la herida, y por tratarse de un caso desesperado, fué aceptado su ofrecimiento. Declaró Fr. Joaquín que se sometía a ello en tanto en cuanto fuera voluntad de Dios, pero que no deseaba la curación, y que aun cuando el mencionado curandero no consiguiera ningún buen resultado, no se le despreciase, sino que se agradeciese su buena intención y deseo.

Después de diez días de incasantes sufrimientos, que sin duda le sirvieron de purgatorio para purificar su alma, murió como él lo deseaba en día consagrado a la Santísima Virgen, el sábado 14 de noviembre, a las dos de la mañana. Y siendo así que no era nada agraciado en el color de la cara, y que por causa de los sufrimientos y de la pérdida de sangre se había desfigurado algún tanto su rostro, no obstante quedó tan risueño y alegre su semblante, que los religiosos no se cansaban de mirarlo y de estar en su aposento de día y de noche.

Su muerte fué muy envidiada de propios y extraños, pues tenía todas las características de pertenecer al número de los predestinados, a lo que se puede conjeturar por los signos exteriores. Un monje de San Bernardo que se halló presente a la muerte de nuestro biografiado, declaró que tendría por gran dicha el tener una muerte tan preciosa y santa como la suya, y eso que llevaba cuarenta años sirviendo a Dios con rigurosas penitencias. Los religiosos del convento decían también que su muerte había sido la de un santo.

Como es natural, por tratarse de persona de tal calidad, acudió numerosísima gente a ver su cadáver, tanto que no se podía sin gran trabajo, proceder a las ceremonias de su entierro, sobre todo cuando la Comunidad acompañaba al cadáver a la Iglesia. Fué preciso dejarlo mucho tiempo en ella para satisfacer la curiosidad y devoción de la gente. Recibió sepultura en el cementerio del convento de Zaragoza, como miembro de la Comunidad, el día del Patrocinio de Nuestra Señora.

P. VICENTE DE MUNÉBREGA

Este año de 1708 fué agregado a la corte celestial el Padre Vicente de Munébrega, sacerdote de esta provincia de Aragón, el cual echando mano de armas espirituales tan eficaces como la mortificación corporal y la oración frecuente y asidua, llegó a superar valerosamente las más grandes tentaciones del demonio y de la carne, saliendo en todas ellas victorioso.

Era tan asiduo al servicio de Dios que, de no hallarse actualmente ocupado en su ministerio sacerdotal, o en el consuelo de las almas de los prójimos, jamás faltaba al coro a cantar las divinas alabanzas y a la oración.

Fué vigilantísimo de la observancia de la regla seráfica, componiendo y dirigiendo todos sus actos conforme a lo prescrito en ella y en las sagradas Constituciones. Observaba con todo cuidado, *ad unguem*, hasta las más pequeñas ceremonias litúrgicas y monásticas, como cosa de mucha monta e importancia. Con tanto entusiasmo amaba la altísima pobreza franciscana, que nunca quiso tener para su uso, sino solamente aquellas cosas que expresamente nos concede o permite la regla.

Con todas las fuerzas de su alma se dedicó a la adquisición de la verdadera humildad, para lo cual escondía con mucha industria y disimulo los ricos tesoros de sus virtudes y santidad con que el cielo le había enriquecido en la presencia de Dios y de los hombres. Por amor a esta virtud, declinando siempre los oficios honoríficos y altos, se inclinaba, por el contrario hacia los oficios más humildes y prefería estar sujeto a todos antes que mandar y ser superior a ninguno. Huía cuanto le era posible de todo honor que se le quisiera

dar, así como de recibir título alguno de prelación; por lo cual rogaba muchas veces a los superiores mayores de la provincia que no le pusieran al frente de sus hermanos. Y como algunas veces no lo pudiera conseguir, pues los superiores le obligaban a aceptar algún cargo de prelación, entonces posponía su cargo a la humildad, procurando aparecer siempre inferior a sus súbditos.

Tuvo una especial devoción a las santas vírgenes y mártires Bárbara y Catalina, hacia las cuales sentía un fervoroso afecto, a las que amaba de un modo singular y cuyas glorias encumbraba con mucho fervor, principalmente en la fiesta de ambas mártires del Señor. Se vió manifiestamente en su muerte cuán agradecidas estaban las santas a su fiel siervo y devoto y cómo le recompensaban y correspondían con su amor, pues estando el P. Vicente en los últimos momentos de la agonía, oyéronle los religiosos que le asistían en aquel trance hablar con alguien, y preguntándole: "Padre, ¿qué conversación es esa que tiene, y con quién habla?" El todo alborozado y radiante de alegría exclamó: "¿No véis con qué vestiduras tan resplandecientes y preciosísimas se han aparecido aquí las celestiales patronas Santa Bárbara y Santa Catalina?" Y recreado con esta celestial visión, voló a la mansión de los Bienaventurados a vivir en eterna compañía de las mismas, lo cual se verificó en el convento de Calatayud, el año arriba dicho de 1708.

FR. PEDRO DE ARIÑO

El Hermano Fr. Pedro llevó en la religión una vida tan santa como el que más de los varones ilustres y piadosos de ella.

En primer lugar era amantísimo de la oración, como lo prueba el hecho de que después de maitines de media noche no volvía a acostarse, sino que pasaba todo ese tiempo hasta la mañana en ese santo ejercicio, haciendo largas y fervorosas preces al Señor a fin de encontrar la quietud y tranquilidad que apetecía su alma, descansando en el seno de Jesucristo Señor Nuestro. Y para que tan frecuente oración no le fuera impedimento para cumplir los trabajos manuales a que están obligados los Hermanos, pasaba casi todo el día en el cultivo del huerto y por más que este oficio sea muy pesado y molesto principalmente en tiempo del estío por el mucho calor y sudor que excita extraordinariamente el hambre y de un modo especial la sed, era con todo abstinentísimo en el comer y beber, queriendo más aumentar y vigorizar las fuerzas del espíritu con la privación de la comida y bebida que robustecer su cuerpo con el mucho comer y beber. Y como prefería sentir hambre y necesidad y castigar de esta manera su cuerpo, cuando se veía obligado a tomar alimento lo hacía comiendo los manjares más viles, insípidos al paladar y poco nutritivos para soportar tanto trabajo.

El voto de obediencia lo guardó con tanta perfección, que no sólo estaba siempre preparado a obedecer a su prelado, sino también a sus iguales, cumpliendo su mandato con fidelidad y con afecto tal, que todo cuanto le era mandado, aunque fuera trabajoso y difícil, lo ejecutaba sin tardanza.

La piedad y compasión con los pobres y menesterosos,

había echado hondas raíces en su corazón en tal grado que, teniendo a la vista algunos pobres, luego distribuía entre ellos alimentos con toda caridad; pero principalmente se manifestaba su caridad con los que se llaman pobres vergonzantes, porque la vergüenza les impedía el mendigar de puerta en puerta o de ir al convento con los demás pobres. Estando próximo a la muerte, se dolía principalmente sobre la situación de éstos últimos y pedía muy de veras al Señor que en su defecto sustituyese algún otro, que movido de entrañas de misericordia ejercitase el oficio de remediar sus necesidades y no faltase quien les distribuyera el pan y les diera de comer. En cambio era riguroso consigo mismo, tanto más cuanto más compasivo era con los demás y añadía a los ayunos y abstinencias los más crueles azotes con los que atormentaba su cuerpo, hiriéndolo con nudosos cordeles hasta la efusión de sangre. Torturaba su cuerpo tan sin misericordia, que cuando se azotaba, no parecía sino que estaba enojado consigo o que trataba de tomar venganza de su enemigo, según era el ruido y los golpes de la disciplina que descargaba sobre él con estupor y susto de los que le oían.

Entre estas espinas y mortificaciones se conservó siempre lozana la pureza angelical, la cual amaba sobre manera y se apacentaba entre lirios, de manera que su confesor no dudó afirmar, después de muerto el siervo de Dios, que era tan extraordinario el candor de su alma que parecía no haber pecado en Adán.

Finalmente, quebrantado su frágil cuerpo con vigiliias, ayunos y diversas clases de males y enfermedades, ofreció al Señor su alma intacta y pura, muriendo santamente en el convento de Calatayud, el año 1708.

FR. ROQUE DE BORDÓN

A los mencionados religiosos ilustres por sus virtudes y gran piedad, debe también asociarse el nombre de Fr. Roque de Bordón, Hermano lego, quien desde los primeros instantes de su ingreso en la Orden, se esforzó con todas las fuerzas de su alma en arrebatarse el reino de los cielos entre los indocitos, aplicando sus manos a toda clase de buenas obras y dirigiendo todos los afectos de su corazón a Dios, por quien siempre suspiraba. Fué asiduo e incansable en el trabajo, de tal manera que, *debita proportione*, podía decir como el Apóstol: "He trabajado más que los demás".

Era tan taciturno, que raras veces podía ser inducido a quebrantar el silencio que se había impuesto, a no ser que se le preguntase alguna cosa, y si le acaecía tener que hablar por necesidad con seculares, el tema de su conversación con ellos era de Dios y de las cosas espirituales, inculcando en sus espíritus el amor de Dios, el odio al vicio, el amor a la virtud y el aborrecimiento y detestación de la mala vida pasada.

Fué amantísimo de la pobreza y de padecer necesidad, y a fin de no desviarse del camino de su profesión religiosa, quería pasar, siguiendo el ejemplo del pobrecillo de Asís, y de hecho pasaba su vida a manera de los mendigos, con mucha escasez y aun falta de las cosas necesarias. Usaba un hábito rústico y austero, por ser esto símbolo de los desheredados de los bienes de fortuna y constituidos en suma pobreza.

Siempre se mostró alegre para ejecutar cuanto la obediencia le ordenase aun cuando fueran cosas difíciles, confiando tanto en el poder de la misma, que fortalecido por ella se juzgaba capaz para arrostrar cualesquiera obstáculos que se le opusieran. Buena prueba dió de ello en ocasión en que le vino

la obediencia para trasladarse del convento de Barbastro donde moraba, al de Huesca, distante de aquél veinte leguas. Aunque estaba exhausto de fuerzas por una grave enfermedad padecida y aquejado de dolores, no titubeó un momento en ponerse en camino, sin haber discutido lo más mínimo el mandato y voluntad del Superior. Hizo el viaje en tan corto espacio de tiempo, que admirados los religiosos de ello, pues excedía con mucho a sus fuerzas tan larga jornada, preguntáronle cómo había podido llevar a cabo el viaje con tanta celeridad, a lo que respondió el santo varón, que no sabía siquiera si había caminado; solamente que le pareció haber salvado la distancia que separaba ambos conventos, a manera de las aves, volando por el aire, queriendo hacer patente el Señor con semejante prodigio cuán grata le era la ciega obediencia de su fiel siervo.

También es digna de gran alabanza en este santo religioso su grande y heroica paciencia. Un horrible cáncer se apoderó de sus carnes, comiéndole ojos, nariz y mejillas. Todos cuantos estaban sabedores de la acerbidad del dolor que con tan cruel enfermedad sufría Fr. Roque, se condolían de él y admiraban su virtud, considerándole semejante al pacientísimo Job. En este tormento y enfermedad dió muestras de una inagotable fortaleza de ánimo y de una invicta paciencia.

Desde que perdió la vista a consecuencia de dicha enfermedad, dedicábase casi completamente a la meditación y contemplación de Dios, de sus divinos atributos y de las verdades eternas, teniendo siempre la mente elevada en tales consideraciones, lo cual, no pudiendo soportar el irreconciliable enemigo del género humano, distraía y afligía su ánimo produciendo grandes estrépitos y ruidos, así como estridentes voces y ahullidos para que no pudiese estar en la oración con la mente atenta en Dios. Y cuando ni con estos medios le podía impedir o estorbar su recogimiento y oración, le golpeaba tan fuertemente, que le producía grandes llagas en su cuerpo, las cuales manifestaban bien a las claras la gravedad de semejante suplicio. Mas el siervo de Dios, sirviéndose de la paciencia y de la oración, como de dos azotes con que flagelar

al maligno espíritu, lograba ahuyentarlo y salir victorioso de él.

Por fin, el horrible cáncer acabó de quitarle esta vida mortal y terrena para que fuera a gozar de aquella eterna y feliz de la patria de los bienaventurados. A continuación de estos datos que están en latín, alguna persona de autoridad, probablemente el Provincial o el Guardián, añadió en castellano estas palabras: "Póngase el año y el convento" y a continuación se escribió: "*Oscæ mortuus 1709*". Murió en Huesca et año 1709.

P. JERÓNIMO DE BARBASTRO

En el recuerdo de religiosos ilustres de la provincia de Aragón, no se puede omitir al P. Jerónimo de Barbastro, cuya vida adornada de todas las virtudes, era muy recomendada y alabada en toda la provincia. Parecía que no se podía exigir más de lo que fué el P. Jerónimo, ni en la suma pobreza de las cosas, ni en la perfecta obediencia, ni en la guarda de la honestidad, ni en la humildad de corazón, ni en el desprecio de sí mismo, ni en el ejercicio y amor de la oración, ni en la exacta y puntual asistencia a los actos de la observancia regular. Además por la suavidad y dulzura de su carácter y costumbres y por la compostura del hombre interior y exterior, arrastraba a los demás religiosos a su imitación, teniendo como tenía vinculadas en su persona todas las virtudes que hacen recomendable para con Dios y los hombres a todo fraile menor; de manera que todo el que fijaba su vista en él, al punto advertía una imagen perfecta del verdadero hijo de San Francisco.

Estando dotado de tantas y tan eximias virtudes, nada extraño es que fuera elegido por los superiores al cargo de educar los novicios, a los cuales, como a plantas nuevas y tiernas trasplantadas al campo de la religión, cuidó con singular esmero y diligencia, regándolas frecuentemente con avisos celestiales, cultivándolas con sus virtudes, y con los preclaros ejemplos de su santa vida provocaba a los novicios al crecimiento de la perfección, marchando delante de ellos como la columna de fuego delante de los Israelitas, para dirigirlos a la santidad con la práctica de todas las virtudes que le veían ejercitar. Hacíales frecuentes conferencias, en las cuales les excitaba a la regular observancia, al culto de la evan-

gética pobreza, al menosprecio de las cosas terrenas, a la tolerancia de las adversidades, a la imitación de Jesucristo, a la humildad y a la perseverancia en la vocación al estado religioso, y esto con ejemplo y palabra, dando así a la provincia de Aragón muchos religiosos perfectos, evangélicos y observadores de la Regla Seráfica.

Y como había conocido muy bien que la muerte del alma entra por los sentidos y especialmente por los ojos, no daba a estos libertad para discurrir por varios objetos, aun cuando no fueran éstos nocivos, sino que siempre los traía recogidos y mortificados. Por eso, cuando se veía obligado a caminar por las calles y plazas de las ciudades, si no había peligro de tropezar, iba leyendo algún libro sin saludar a ninguno de cuantos encontraba a su paso, aunque fueran personas de significación, lo cual como llevasen a mal algunos compañeros y le reconvinieran que la urbanidad y caridad exigían devolver los saludos a las personas ilustres, él respondía que era más conforme a la santidad andar unido al Creador que a las criaturas, y que más conveniente a un capuchino era el tener los ojos fijos en un buen libro y la mente en Dios, que andar divagando con la vista y saludando y hablando con cuantos encontraba en el camino; costumbre que guardó todo el tiempo de su vida.

Que el siervo de Dios tuvo algunas revelaciones divinas, comprueban entre otros los siguientes sucesos. Cuando estaba en funciones de maestro de novicios, había entre ellos uno del número de los coristas, que hacía concebir a los religiosos grandes esperanzas por el singular talento y ciencia de que estaba dotado, prometiéndose con ello que daría días de gloria a la Orden. Y como muchos religiosos se expresaran en este sentido con el P. Jerónimo, díjoles éste una vez: "Vana es vuestra esperanza y os engaña, porque aun cuando es una excelente semilla, pero no crecerá ni se hará árbol frondoso y cargado de fruto, como esperáis, sino que se secará con la muerte". Lo cual, observado por los religiosos algún tanto contrariados por las palabras del maestro, se convencieron muy pronto que no habían sido dichas con ligereza y en vano, pues

el mencionado novicio murió en el año de la probación, antes que llegara el tiempo de su profesión religiosa, frustrándose de esta manera todas las halagüeñas esperanzas.

Una religiosa de la Orden Carmelitana de la estricta observancia, rogó al siervo de Dios que con sus oraciones implorase la Divina Clemencia para el feliz éxito de la elección de Abadesa que dentro de pocos días debía celebrarse en su convento. Respondió el P. Jerónimo sin duda iluminado de lo alto, que Dios mismo se encargaría de elegir Abadesa, haciendo que apareciera ésta a la vista de las electoras radiante por el brillo de todas las virtudes. Como lo predijo, así sucedió, pues ella misma fué elegida Abadesa por unanimidad.

Y habiendo también anunciado el día de su muerte, acometido de enfermedad mortal y fortalecido con los Santos Sacramentos de la Iglesia, emigró de la región de los muertos a la de los vivos para vivir eternamente. Acaeció su dichoso tránsito el año 1711, en el convento de Mallorca, donde había vivido muchos años, dejando en pos de sí tal estela de gloria y santidad, que nunca pudo desvirtuarse ni olvidarse.

Luego que se esparció por la ciudad la noticia de su muerte, afluyó al Monasterio una gran multitud del gente, hombres y mujeres, atraídos por la fama y olor de santidad del difunto, los unos para tocar y besar el cadáver y otros para cortar pedacitos de hábito por reliquia, y fué tal la veneración de los mallorquines para con este santo varón, que cualquiera objeto que había estado al servicio del siervo de Dios, lo llevaban como si se tratara de objetos preciosos de oro, plata o piedras preciosas.

Indicio de su santidad, fué el hecho de que, después de muerto quedase su cuerpo tan suave y flexible, que todos sus miembros podían moverse y doblarse al arbitrio de los religiosos como si fueran de viviente y su rostro tenía forma de persona dormida más que de difunto. Y como por todo esto creciese cada día más la concurrencia de la gente, se creyó conveniente diferir el sepelio hasta el tercero día, ya para satisfacer la piedad y devoción de la gente que acudía a verle, ya también para dar tiempo a las exigencias de los pintores em-

peñados en pintar y reproducir con perfección su cara macilenta.

También es digno de notarse, que cierta persona noble, por el amor y veneración hacia el siervo de Dios, mandó elaborar una hermosa caja o sarcófago de madera para darle sepultura a su cuerpo; pero sucedió que al tiempo de encerrarlo en la caja y colocarlo en ella, por descuido, diéronle un golpe en el cráneo con uno de los bordes o labios de la caja y al instante manó de la herida abundante sangre como si estuviera vivo. También acaeció que el enfermero del convento, sin que sepamos con qué intención, abrió una vena con la lanceta pasados tres días de su muerte y al instante brotó sangre en abundancia, lo cual como no tenga explicación natural, no pudo menos de reconocerse la virtud divina que daba señales de vida en un cuerpo muerto.

Don Francisco Puch, persona de noble linaje y que amaba entrañablemente al santo religioso, asistió a los funerales acompañado de mucha gente y postrándose junto al féretro, asió la mano del difunto y hablándole con toda confianza, le dijo: “¡P. Jerónimo, acuérdate y ruega por mí en el cielo!” ¡Cosa admirable! El cadáver apretó la mano del caballero tan fuertemente como si estuviera con vida. Con esta señal tan extraordinaria y clara de benevolencia, estuvo siempre cierto el citado personaje del poder e intercesión del siervo de Dios en la gloria de los bienaventurados que piadosamente pensando goza en el cielo.

P. ANTONIO DE PIEDRAFITA

Enseña el Espíritu Santo por el Eclesiástico a no alabar al hombre durante la vida: "*Ante mortem ne laudes hominem quemquam*" (1). Mas expresamente aconseja hacerlo después de la muerte, cuando no hay peligro de que las alabanzas le causen perjuicio alguno y en cambio hay en ello gran provecho para aquellos que le sobreviven. Está pues recomendado alabar, elogiar y engrandecer la figura de los que han brillado en su vida por sus virtudes y méritos, puesto que los varones esclarecidos, adornados de santidad, son como estrellas resplandecientes en el firmamento de la Iglesia, que con el fulgor de sus virtudes nos muestran a los mortales el camino del cielo, donde descansan de sus muchos trabajos y fatigas y son felices y bienaventurados, a fin de que también nosotros a imitación suya, corramos con más ánimo y celeridad por el mismo camino que ellos siguieron, esto es, por el camino de la perfección. Tal fué el P. Antonio y es justo que consten aquí su santidad y virtudes para edificación de los presentes y venideros, como fué de nuestros antepasados.

Fué natural de Piedrañita, pequeño pueblo de la provincia de Huesca, de padres cristianos y piadosos, quienes lo educaron desde su infancia en el santo temor de Dios, aprendiendo de ellos a llevar con alegría el yugo del Señor, que se hace suave y ligero a los que se acostumbran a ello desde los primeros años. Fué tanto su deseo de consagrarse a Dios y dedicarse a su servicio desde su tierna edad que, causándole fastidio todos los juegos y diversiones de la edad, solamente an-

(1) Eclesiástico, capítulo 11, núm. 30.

helaba refugiarse en el templo como otro Samuel para oír y obedecer la voz de Dios que le llamaba a su santo servicio.

En la flor de la juventud, aprendió las primeras letras en la ciudad de Huesca, en la célebre Academia, fundada por Quinto Sertorio, que fué en la antigüedad madre de todas las ciencias. Más tarde, después de algunos años se trasladó a Zaragoza para dedicarse al estudio de la Filosofía y Teología y como era de agudo ingenio, se graduó en ambas facultades. Después de ordenado de presbítero, reflexionando y considerando atentamente por una parte la dignidad del sacerdocio a que había sido elevado, y por otra los muchos peligros que hay en el mundo para vivir con la santidad de vida que tan alta dignidad requiere, resolvióse a conmutar la vida clerical por la vida religiosa en la Orden Capuchina, proponiéndose al mismo tiempo con esto sepultar, dentro de los austeros claustros de los conventos de Capuchinos, el brillo de sus vastos conocimientos y las risueñas esperanzas con que el mundo le brindaba.

Libre su espíritu de todas las cosas humanas, no pensó sino en volar a la Orden Capuchina para consagrarse enteramente al servicio de Dios, renunciando al mundo y pisoteando sus falaces y engañosas promesas. Se dirigió pues al Provincial de los Capuchinos a fin de obtener la gracia de ser asociado al número de los novicios, y examinada por éste cuidadosamente su vocación y viendo claramente que esta procedía de Dios y era verdadera, le envió al convento de Tarazona a hacer el noviciado. Aquí se esforzó desde el principio en adquirir todas las virtudes religiosas, no dejando de ejercitarse en ellas durante todo el año de su probación.

Guardaba todas las costumbres, ritos, ceremonias y demás leyes de la observancia regular hasta en sus menores detalles, lo cual juntamente con una vida penitente, austera y ejemplar, le daba las apariencias de un perfecto anacoreta. Se ejercitaba en todo género de mortificación. Siempre llevó ceñido a su cuerpo un áspero cilicio y tuvo los ojos bajos y fijos en la tierra; mortificaba el sentido del gusto masticando con frecuencia hierbas amargas; sus ayunos eran perpetuos y tan

parco en la comida, que se admiraban los religiosos de que pudiera sustentar su cuerpo con una comida tan escasa. Refrenaba su lengua guardando continuo silencio y no hablando palabra alguna sino cuando se le hacía alguna pregunta. Sobresalía en todas las virtudes, de algunas de las cuales podemos dar aquí siquiera una breve noticia. Su paciencia fué insigne, porque fué probada como el oro en el crisol con muchos trabajos, con grandes molestias y con frecuentes enfermedades. Todas estas cosas le producian tal aflicción y pena, que manifestó a su confesor que sólo Dios sabía lo que sufría por su amor. Mas aunque se le viese sumergido en un mar de angustias y sufrimientos, tanto exteriores como interiores, nunca sin embargo, salió de sus labios palabra alguna que denotase queja o sentimiento, ni buscó conversación alguna humana con que aliviar en algo sus dolores o penas. Por estos padecimientos que el Señor le enviaba para probar su paciencia, no aflojó en los rigurosos ejercicios de su vida, ni dejó de asistir al coro ni a los demás actos de comunidad, en cuanto le fué posible, sucediendo alguna vez que asistió al canto de las divinas alabanzas con los demás, estando actualmente atacado de fiebre muy elevada.

Tan rigurosos ejercicios de penitencia los escondía a los ojos de los religiosos y de los seculares, pues aun entre los mas adversos sucesos que tenían lugar a su alrededor se le veía siempre con rostro sereno y alegre. Mientras estuvo conventual en Tarazona, ejerció el oficio de portero, que aunque humilde, pero por ser tan delicado, pues se requiere en el que lo ejercita no poca dosis de prudencia, paciencia y solicitud, solía encomendarse a religiosos probados y maduros y algunas veces a Padres que estaban clasificados como simples Padres, esto es, que ni tenían título de predicador, ni licencias de confesar, sino solamente celebraban el santo sacrificio de la Misa y hacian otros ministerios propios de todo sacerdote. Entre éstos estaba clasificado el P. Antonio de Piedrafita, que hizo de portero del convento de Tarazona por varios años. Viendo los seculares que frecuentaban el convento su vida ejemplar y sobre todo su inquebrantable constancia en tolerar

toda clase de adversidades y hacerlas frente con ánimo risueño, se propusieron varios de ellos poner a prueba su paciencia dirigiéndole palabras descompuestas y despectivas y haciéndole otros insultos; mas en vano, porque no lograron verle con rostro menos sereno que de ordinario, ni turbado o descompuesto, con lo cual creció en ellos la veneración que tenían al siervo de Dios.

Fué custodio vigilante de toda honestidad y pureza y guardó la castidad toda su vida como una preciosa margarita, contra todos los asaltos de que fué objeto varias veces siendo seglar por parte de mujeres de vida licenciosa, defendiéndose siempre de ellas con una constancia viril y religiosa que le preservó de toda culpa. No permitió a sus ojos fijarse en el rostro de ninguna mujer, sino que siempre los tenía recogidos y bajos.

Siempre se mostró obedientísimo a sus superiores, aun en las cosas pequeñas, pero sobre todo se mostró heroico en tres ocasiones en que los Provinciales con sus letras de obediencia le obligaron a cambiar de convento. Luego que oyó de labios del P. Guardián la orden de su Superior Mayor de ir a morar en otro convento, la ejecutó al momento, si bien por la enfermedad que le aguzaba, estaba más para guardar cama y esperar allí la muerte, que para emprender el viaje. La obediencia en estas circunstancias que para cualquiera otro hubiera sido dura y penosa y aun impracticable, era en cambio para él fácil y agradable y solía decir: "El Señor lo vé, el Señor lo quiere, el Señor lo manda, *fiat, fiat*". Cuán agradable a Dios fuera esta obediencia de nuestro biografiado, lo quiso manifestar por un prodigio divino; pues luego de disponerse a cumplir la obediencia, se encontró haber recobrado las fuerzas perdidas y que las tenía suficientes para el viaje, lo cual acaeció por un auxilio especial de la Divina Providencia, que de esta manera quería premiar su sumisión a los preceptos de sus superiores.

No era menor que su obediencia el ardiente amor que profesaba a la altísima pobreza, tan amada de San Francisco, siendo tal su desasimiento de las cosas terrenas, que no ha-

bía en su celda cosa alguna fuera de aquellas que la Regla Seráfica concede a sus seguidores, y en el amor y en la práctica de esta evangélica virtud, perseveró constantemente hasta el fin. Después de su muerte fué preciso distribuir entre los devotos seculares las cosas que habían sido de su uso, los cuales las pedían para satisfacer su devoción y recordar las virtudes de tan gran siervo de Dios y no se hallaron en su celda otras cosas que las indispensables, esto es, las disciplinas, el cilicio, el breviario, la regla y el rosario, todo lo cual se repartió entre los bienhechores y devotos.

A todo esto se juntaba una oración tan continua, que siempre tenía a Dios presente en sus actos, de la cual procedían sin duda sus grandes virtudes. Debido a esta presencia de Dios, su aspecto y porte exterior veíase adornado de tanta modestia y compostura, que refrenaba a los insolentes y recreaba el espíritu de la gente piadosa a la que suavemente inducía a la perfección y santidad.

Estando conventual en Tarazona, fué visto por un hermano lego arrodillado en la tribuna de la Iglesia y rodeado de celestiales resplandores que salían de su rostro, como otro Moisés al descender de la montaña.

Pero la virtud que más campeó en nuestro biografiado, y que fué como sólido cimiento sobre el que levantó el edificio espiritual, fué su humildad, la cual le llevó a ocultar cautelosamente de las miradas de sus hermanos los talentos y dones que había recibido del cielo, como lo demuestra el siguiente caso. Movido de esta virtud, ocultó en la religión la brillante carrera que había hecho de seglar en Zaragoza, su talento y no menguados conocimientos, por lo cual los Superiores le tuvieron como simple sacerdote, o al menos consintieron en que fuera clasificado en el número de éstos, y le encargaron el oficio de portero en el convento de Tarazona, cargo que desempeñó por espacio de *diecisiete* años. En este oficio no podía ocultar sus grandes virtudes ante los ojos de los muchos seculares que frecuentaban la portería del convento, razón por la cual era tenido de todos en gran opinión de santidad, pero en manera alguna se le consideraba como sacerdote ilustrado

y sabio, sino más bien como de mediano ingenio y algún tanto rudo. Dios en cambio a quien están patentes todas las cosas y los reductos del corazón humano, quiso poner de manifiesto el mérito de éste su siervo.

Ofrecióse un caso dificultoso y delicado cuyo conocimiento y resolución era de la exclusiva competencia del Sr. Obispo de Tarazona, quien enterado perfectamente de la gravedad y transcendencia que encerraba el asunto, mandó convocar a todos los Superiores de las casas religiosas de aquella ciudad, y a los más destacados teólogos de la Diócesis, para tratar y discutir entre sí el caso propuesto y ver de hallar la solución adecuada al mismo. Mas como muchas veces suele acontecer en semejantes circunstancias, no se llegó a la unanimidad de pareceres, sino que hubo disparidad de criterios y opiniones, quedando por lo tanto sin recaer acuerdo alguno sobre lo consultado. Entre los convocados por el Sr. Obispo se encontró el P. Guardián del convento de Tarazona, célebre por sus letras y sabiduría. Vuelto al convento, no sin una suave disposición de Dios, propuso a nuestro biografiado, con quien se vió y tropezó el primero en la portería, el difícil y delicado asunto propuesto a la deliberación de los reunidos, imponiéndole a la vez precepto de obediencia para que le declarase su parecer y dictamen. Ante semejante mandato de su Guardián, el P. Antonio empezó a hablar dando una solución y respuesta tan atinada, probándola con las sentencias de probados autores y corroborándola con razones tan poderosas, que estupefacto su Guardián creyó que sin duda el parecer y dictamen del P. Antonio era el más acertado y el que debía seguirse. Sin pérdida de tiempo presentóse de nuevo el P. Guardián al Sr. Obispo, le repitió cuanto acababa de suceder, manifestóle el parecer del siervo de Dios y sus poderosas razones, las cuales fueron tan convincentes, que siguió en todo el parecer del humilde portero de Capuchinos.

Juzgando el Sr. Obispo que bajo aquella apariencia tan humilde y en tan bajo oficio se escondía un precioso tesoro, llamóle a Palacio y le preguntó: "P. Antonio, ¿te dedicaste acaso en otro tiempo al estudio de las letras? A lo que el hu-

milde religioso respondió que, efectivamente había sido laureado en Filosofía y Teología antes de su ingreso en la Orden, en la Universidad de Zaragoza. Entonces queriendo el Sr. Obispo que no permaneciese oculta bajo el celemin como hasta entonces esta antorcha luminosa, sino que brillase y se emplease en utilidad de los fieles, le concedió amplias y perpetuas licencias de confesar, las cuales usó en adelante en provecho y utilidad de las aimas.

Así quiso Dios exaltar al P. Antonio ante los hombres por este género de humildad, el cual juzga San Juan Crisóstomo por más raro y difícil que el resucitar muertos. Esta humildad tiene mucho de parecido con la tan admirada y alabada del Abad Marcos, de quien se refiere que estuvo oculto durante ocho años en la ciudad de Alejandría, llevando vida de obrero en traje despreciable y tenido por todos como simple, y que fué descubierto por precepto de su prelado. Si el Padre Guardián no hubiera obligado al siervo de Dios a manifestar sus conocimientos, hubiera continuado en su humilde oficio de portero hasta su muerte como un Padre iliterato y rudo que no valía para más. Hasta esta ocasión, dentro y fuera del convento era tenido como santo, pero desde este momento, fué apreciado y venerado también como sabio.

Quería también el Señor manifestar cuán grandes eran los méritos de este su siervo ante la divina presencia concediéndole luz especial para los sucesos ocultos y futuros.

Una mujer llamada Francisca Calahorra estaba sumamente afligida por creer que su marido José de Ciordia, ausente, había padecido algún descalabro en su fortuna y que habría muerto, pues así se lo decía su corazón. En este estado de ánimo marchó a nuestro convento y refirió al P. Guardián la causa de su dolor; pero sucedió que, viendo casualmente al Padre Antonio, se dirigió a él en busca de consuelo, diciéndole: "¡Oh P. Antonio, si tu quieres puedes aliviar mi dolor!" y cerciorado de la tristeza de la mujer y de la causa de ella, respondió el P. Antonio: "Sabe, ¡oh mujer!, que tu marido no está muerto, aun cuando esta noche ha estado en gran peligro, y dentro de breve tiempo vendrá a casa y le verás con

tus mismos ojos libre de todo peligro" y dichas estas cosas, se marchó sin decirle una palabra más. La realidad demostró plenamente que todo había sucedido como el siervo de Dios lo había predicho, porque transcurridos tres días volvió el marido, no sin haber recibido una herida grave que le causaron los ladrones quienes quisieron quitarle la vida y apoderarse del dinero que llevaba, no pudiéndolo conseguir por haberse defendido de ellos con mucha bravura; y se pudo comprobar que todo había sucedido en el mismo tiempo en que el P. Antonio lo había dicho a su mujer. Muchas más cosas de este género podrían referirse si no las hubiera ocultado su humildad, o si no se hubieran dejado olvidar las que él no pudo ocultar.

La caridad profundamente arraigada en su corazón, le forzaba a ejercitarse con diligencia en la utilidad de los prójimos, y aunque debilitado en sus fuerzas físicas, trabajaba como diligente operario en la viña del Señor, ora cantando en el coro las divinas alabanzas, ora administrando el sacramento de la Penitencia, ora también ayudando a los fieles a bien morir.

De toda aquella región afluían al siervo de Dios los enfermos de varias enfermedades para que les recitase los evangelios y recobrasen por este medio la salud perdida, y los manuscritos nos dan cuenta de algunos de los muchos casos en que los enfermos fueron curados milagrosamente.

La hija de una piadosa señora, que en un tiempo fué de gran hermosura, sufrió un grande quebranto en su salud, tomando un aspecto cadavérico por la palidez del rostro y causando horror y hasta miedo a los que la veían y conocían por los visajes y contorsiones del rostro. Los interesados y familiares atribuíanlo todo a la mala voluntad de alguna persona, como suelen decir. En vano los facultativos pusieron en práctica cuantos remedios enseña la medicina para que los enfermos recobren la salud, y abandonando toda esperanza de curación, juzgaron de común acuerdo que la joven era víctima de un maleficio, y así quedó abandonada a su suerte. La madre lloraba inconsolable la desgracia de su hija, sin saber a

dónde dirigir sus pasos en busca de consuelo. Como había llegado a sus oídos el rumor de la santidad y de los prodigios del P. Antonio, la llevó consigo a la hija, a la presencia del varón de Dios, rogándole con muchas instancias intercediese con Dios por la salud de su hija. Movido a compasión y acto seguido, recita sobre ella los *Santos Evangelios* y en breve tiempo recobró la salud primitiva y la hermosura del rostro.

No debe pasarse en silencio lo acaecido en el convento de Borja, en lo cual se ve claramente la eficacia de su oración. Una mujer del pueblo de Albeta, enterada de la fama de santidad del siervo de Dios, llevó consigo un niño de pecho que estaba a punto de expirar, al convento de Capuchinos, y con grandes lágrimas llama al P. Antonio, le presenta la criatura casi exánime y le ruega encarecidamente haga sobre ella la señal de la cruz. Movido de compasiva ternura, accede a los deseos de la madre y formando sobre el niño la señal de la cruz y recitando sobre él devotísimamente los santos evangelios, lo entrega sano a su madre. Esta vuelve consolada y como al poco tiempo viera que había desaparecido totalmente la enfermedad de la criatura, envió al convento a dar las gracias al P. Antonio con el encarecimiento y palabras encomiásticas que es fácil suponer. Al verse tenido como santo y milagrero por aquella mujer, se llenó de susto y se retiró, pues más quería ser olvidado y despreciado de los hombres que oír de labios de aquella mujer palabras de alabanza.

En la misma ciudad de Borja una pobre mujer a cuyos oídos había llegado la fama de este santo varón, se dirige al convento de Capuchinos, esperando encontrar consuelo en su aflicción y remedio en la necesidad que padecía. Llama al P. Antonio y le manifiesta su pena que consistía en carecer de leche necesaria en sus pechos para criar a su hijito y le ruega muy encarecidamente que se acuerde de ella y de su necesidad en sus fervorosas oraciones. Efectivamente el siervo de Dios implora el divino poder a favor de ella y ve la pobre madre muy pronto, con gran admiración, que sus pechos se llenan de abundante leche, con lo que ella quedó consolada,

remediada la necesidad y suficientemente sustentada la criatura.

Estando de familia en el convento de Tarazona, sucedió, que un novicio al hacer de acólito en los maitines de media noche, empezó a temblar todo su cuerpo y turbarse a la vez su espíritu, de manera que no podía hacer bien su oficio. Acercándose a él el P. Antonio, sin duda Maestro de novicios en aquel entonces, dióle un golpecito en el hombro y fué tan eficaz, que desapareciendo súbitamente el temblor y la turbación, pudo continuar ejerciendo su oficio de acólito, nunca más le sobrevino semejante accidente y alcanzó completa salud.

Finalmente a los setenta y ocho años de edad, lleno de méritos y virtudes, murió con muerte natural, esto es, por la pérdida normal de sus fuerzas físicas, y sin ninguna otra enfermedad, el Domingo de Pasión del Señor, cuya meditación le era continua, después de haber recibido con gran devoción los santos sacramentos de la Iglesia, dejando a los venideros magníficos ejemplos de santidad que imitar. Poco antes de morir, dirigiéndose a los religiosos reunidos en su celda como de costumbre, para ayudarle a bien morir, les dijo: "Ved, hermanos, a esta hermosísima Señora adornada de blanquísimo manto y acompañada de innumerable turba de niños; vedla y hacedle reverencia". De lo cual coligieron los religiosos que había tenido la dicha de ser visitado por la Reina de los Angeles en su agonía y recreado por Ella en el momento de su muerte.

Luego que se extendió por la ciudad de Borja la noticia de su fallecimiento, afluyó al convento una gran multitud a venerar su cadáver, distinguiéndose principalmente los canónigos de aquella insigne Iglesia Colegiata, todos los cuales, juntamente con otros sacerdotes, cantaron con mucha música un día el oficio de difuntos y al siguiente día celebraron las honras fúnebres con gran pompa y solemnidad, oficiando de Preste en la Misa solemne, el canónigo doctoral, para que por estos obsequios póstumos celebrados en honor del siervo de Dios

se pusiese de manifiesto la gran veneración que sentían hacia él por su admirable santidad, y al mismo tiempo impetrar del cielo por su intercesión la divina clemencia sobre el clero y el pueblo de la ciudad.

Su muerte tuvo lugar el año 1727 y fué sepultado en el convento de Borja.

SEGUNDA PARTE

FRUTOS DE APOSTOLADO

FRUTOS DE APOSTOLADO

VBLE. FR. FRANCISCO DE PAMPLONA

Si copiosos y excelentes fueron los frutos de santidad y perfección religiosa producidos por la provincia de Aragón, como ha quedado bien patente en la primera parte de esta obra, no fueron menos abundantes ni menos excelentes los obtenidos por los capuchinos aragoneses en el campo del apostolado, según lo vamos a ver en esta segunda parte, en la que enumeramos los principales Misioneros de esta provincia y los frutos por ellos cosechados, principalmente en la República de Venezuela, donde escribieron la página más brillante de su historia.

Bastaría con trasladar a este lugar cuanto el P. Lodaes escribe en su obra "Los Franciscanos Capuchinos en Venezuela", de que hemos hecho mención al principio de este libro y de quien son la mayor parte de los datos acerca de las misiones de la provincia de Cumaná (Venezuela), para convenirse de la verdad de nuestro aserto. Pues aun cuando todas las provincias capuchinas de España se repartieron casi por entero todo el territorio venezolano para su evangelización, tanto, que los mismos escritores de aquella República se ven obligados a confesar y proclamar que a los Misioneros capuchinos españoles es debida la completa evangelización y civilización de tan vasto y extenso territorio, no obstante, es

innegable que estas misiones tuvieron su origen y su principal desarrollo en la provincia de Aragón, cuyos misioneros fueron los primeros en abrir camino a los demás, capitaneados por el venerable Fr. Francisco de Pamplona.

No es nuestro intento hacer en este lugar una biografía de este célebre capuchino, por haber sido escrita y publicada su vida por varios autores, poniendo de manifiesto sus virtudes y su espíritu misional, y son estas cosas sobradamente conocidas de los nuestros. Sin embargo, no podemos pasar en silencio su memoria como Misionero, ya que él fué el iniciador y fundador de las misiones capuchinas en América y el conductor de las expediciones de Misioneros españoles no sólo a América, sino también al Africa.

Ya dijimos al hablar del espíritu misional de la provincia de Aragón, que ya el año 1621 el Papa Paulo V rogó al Capítulo General congregado en Roma, se dignase enviar una expedición de doce Misioneros Capuchinos, con preferencia españoles, al reino del Congo, sin que por entonces pudiera llevarse a feliz término el encargo Pontificio por causas enteramente ajenas a la Orden. No deja de ser sintomático que hubiera sido nombrado Prefecto de esta expedición el sabio y célebre P. Luis de Zaragoza, llamado por otro nombre "El Caspense", Provincial de Aragón, y más tarde, Definidor General.

La empresa de realizar esta misión estaba reservada al venerable Fr. Francisco, quien el año 1643 fué nombrado por los Superiores generales misionero del Congo y recibió el encargo de gestionar cerca del Rey de España los permisos necesarios y la embarcación para conducir la expedición de Misioneros. Esta estaba compuesta de cinco capuchinos italianos, cuatro españoles de las diversas provincias de España y tres de la provincia de Aragón, en total, doce misioneros, y a pesar de la actividad de Fr. Francisco, no pudo partir para el Congo hasta el día 20 de enero de 1645, llegando al punto de su destino el 25 de mayo del mismo año.

No llegó a un año el tiempo que nuestro misionero permaneció en el Congo, pues como el P. Buenaventura de Ale-

sano, Superior de la expedición, viera que eran pocos los operarios para tanta mies como se presentaba a su vista y que ninguno había tan indicado y apto como Fr. Francisco para preparar nuevas expediciones de Misioneros y alcanzar los necesarios permisos, tanto de Su Santidad cuanto del Rey de España, decidió enviarlo a Europa con esta comisión, acompañado del P. Miguel de Sesa.

El 24 de Junio de 1646, ya estaba de vuelta en Roma y presentando al Papa las cartas del P. Prefecto del Congo, consiguió de la Sagrada Congregación cuanto era necesario para el aumento y prosperidad de la misión. Logró además despachos para otra misión en Guinea, que se estaba preparando en la provincia de Anatolia, y otro especial para que él mismo pudiera ir al Darién, en las Indias occidentales, con misioneros castellanos, siendo sumamente favorecido por el Sumo Pontífice, Inocencio X.

“Concluídos felizmente sus asuntos en Roma, dice el Padre Lodaes, volvióse a España para tratar con el Rey lo referente a la misión del Darién. Un año le costó al siervo de Dios organizar esta segunda Misión, de la cual formaba parte. Por fin se embarcó en Cádiz a últimos de Octubre de 1647, con cuatro Misioneros sacerdotess de la provincia de Castilla. Llegados a Panamá, Fr. Francisco edificó a todos los fieles de aquella ciudad, donde era conocido por sus raros ejemplos de humildad y mortificación.”

“Instalada la Misión entre los indios darienses, regresó a España el 26 de Octubre de 1648 a solicitar más misioneros; después de embarcada la segunda expedición de auxilio en 1649, comenzó nuevas gestiones para una Misión en la Isla de Granada, de Misioneros aragoneses. Al efecto, se fué a Zaragoza a tratar este asunto con el propio Padre Provincial. Y también en esta ocasión le favoreció eficazmente su Majestad el Rey, pues el año 1650 salió de nuevo con sacerdotes misioneros de su propia provincia para misionar en la isla de Granada. Y como aquí hallase cerradas las puertas, tuvieron necesidad de pasar a Cumaná (Venezuela), donde quedó instalada la expedición y donde ejercieron su apostolo-

lado los capuchinos aragoneses por espacio de cerca de doscientos años. (Lodares, Tomo 1.º, página 163)."

"Más de siglo y medio, dice el P. Lodares a este propósito (1), había transcurrido desde que el Almirante Cristóbal Colón había descubierto las costas de Tierra Firme (24 de Agosto de 1498), y aun no estaban formalmente organizadas las Misiones en terreno venezolano, a pesar de que ya había religiosos de diferentes Ordenes en algunas ciudades de las antiguas Colonias.

Estaba reservada esta empresa al venerable siervo de Dios Fray Francisco de Pamplona, noble español, hijo del conde de Redín, soldado valeroso, general de los ejércitos y almirante de la escuadra española en las Antillas y golfo de Méjico, quien cambiando todos sus honrosos títulos por el humilde hábito capuchino, se hace Misionero y consagra todas sus energías a la conversión de los indios infieles.

Fué primero Misionero en el Africa, después organizó una Misión en Darién (Panamá) y en 1650, preparó la reducción de los indios de Venezuela.

Una detallada relación que el P. Simón de Torrelosnegros, Prefecto de la Misión de Cumaná, presentó el año 1780 al Visitador, comienza así:

"Entre los muchos viajes que el venerable Fr. Francisco de Pamplona, llamado en el siglo D. Tiburcio de Redín, hizo a las Indias Occidentales, siendo capitán de la Armada, le sucedió que, hallándose falto de víveres, fuera a buscarlos a la isla de Granada, que estaba poblada de sólo indios naturales, de los cuales recibieron grandes agasajos y los proveyeron de todo lo necesario para continuar el viaje, quedando muy agradecido el venerable e ilustre varón D. Tiburcio de Redín a este beneficio y pensaba después que se hizo religioso, cómo podría él pagar a los isleños gentiles lo que le habían hecho, y le pareció que era la más adecuada recompensa procurarles la luz del Evangelio por medio de una Misión; no le fué difícil organizarla, debido al favor que

(1) Lodares, T. 1.º, págs. 23 y 24.

le dispensaba la Sagrada Congregación y la influencia que tenía en la Corte. Obtenidos los despachos, pidió humildemente a sus Superiores la debida licencia y compañeros para la dicha misión de la isla de Granada.

Instalada ya la Misión de los Padres de la provincia de Aragón en la provincia de Cumaná, como antes queda dicho, luego se vió en la necesidad el Superior de enviar a Fr. Francisco otra vez a España en busca de nuevos Misioneros y para defender a la Misión de las acusaciones del Gobernador de Nueva Barcelona, de los cuales hablaremos más adelante.

Muchos y muy grandes trabajos había sufrido el infatigable Misionero durante su azarosa vida; los veinte años que estuvo de militar los pasó casi todos en campaña o recorriendo los mares, después, en la religión, fué asombrosamente mortificado y austero haciendo largos y penosos viajes a pie. Desde Calais, en el norte de Francia, vino a Zaragoza, y sin descansar fué a Roma y siguió a Madrid totalmente descalzo; la jornada de Madrid a Cádiz la hizo en la misma forma tres veces. Los viajes que hizo por el mar en la conducción de las Misiones del Congo, Darién y Piritu, no fueron menos trabajosos. Añádase a esto que padecía mal de gota, que había recibido muchas heridas y que tenía cincuenta y cuatro años y nadie se extrañará de que preguntado en Cumaná por un amigo, a dónde iba, respondiera: A Madrid me manda la obediencia; pero antes de salir de América, emprenderé el último viaje. Así fué en efecto, porque en el puerto de La Guaira, al tiempo de embarcarse le sobrevino la última enfermedad, de la que murió el año 1651, volando su alma al cielo a recibir el premio de su glorioso apostolado.

P. MIGUEL DE SESSA

Fué el P. Miguel el primer Misionero aragonés que marchó a la Misión del Congo en el occidente de Africa en la expedición que el venerable Fr. Francisco de Pamplona condujo a aquel país el año 1645, por encargo del Sumo Pontífice, la cual estaba compuesta por capuchinos españoles de las distintas provincias y de otros italianos, cuyo Prefecto fué el P. Buenaventura de Alesano, de la provincia de Roma.

Verdad es que los Misioneros capuchinos españoles no pudieron establecerse y arraigar en el Congo y en general en el Africa Occidental, como en las Misiones de América y en especial de Venezuela; mas no por eso podemos omitir la memoria de algunos que hicieron el sacrificio de lanzarse por aquellas inhospitalarias tierras en busca de las almas que Jesucristo redimiera con su sangre, uno de los cuales fué el P. Miguel.

De este siervo de Dios encontramos en los manuscritos de Milán las siguientes noticias: "La provincia de Aragón, madre fecunda de perfectos y santos religiosos, nos presenta en primer lugar al P. Miguel de Sesa, sacerdote, varón conspicuo e ilustre por la probidad de su vida y por sus muchas virtudes, las cuales no es necesario ensalzar con redundancia y elegancia de palabras, sino comprobarlas y confirmarlas con la narración sencilla y escueta de sus obras"

Era religioso muy mortificado y de una abstinencia continua, en cuyos padecimientos encontraba verdadero contento y alegría; afligía su carne con frecuentes y rigurosos ayunos, castigando su cuerpo, a imitación del Apóstol y reduciéndolo a servidumbre con asperísimas disciplinas y azotes. Tan ferviente en la caridad para con Dios y el prójimo,

que todo él y con todas sus fuerzas, se empleaba en el bien y obsequio de sus hermanos, sobrellevando siempre las angustias e injusticias más atroces con paciencia y maravillosa igualdad de ánimo; y aun en las mayores adversidades y contrariedades fué siempre el mismo sin perder nunca la serenidad de espíritu.

Nunca se apartó un punto de la seráfica pobreza, tan amada de San Francisco, y fué tan solícito en la observancia de la misma, que jamás quiso recibir ni tener cosa alguna para su uso fuera de aquellas que son del uso común de los religiosos y que concede la Comunidad. En la construcción de los edificios y conventos que se le encargaron, entre ellos el de Tudela, tuvo tan presente la seráfica pobreza, para no faltar a ella, que no permitió cosa alguna preciosa o superflua, sino que ajustó en un todo las obras a la norma prescrita en nuestras Constituciones y al espíritu de la Regla; y como buen operario evangélico, él también tomaba parte en ellas y trabajaba uniéndose a los demás operarios y llevando como ellos, *pondus diei et aestus*.

Fué muy amante de la oración, la cual era en él continua y la ejercitaba de una manera muy elevada, tanto, que por muchas y graves que fueran sus ocupaciones no eran capaces de apartar al siervo de Dios de la contemplación y asistencia al coro. Principalmente se manifestaba este espíritu de contemplación mientras celebraba el santo sacrificio de la Misa, en la cual no estaba en su mano el moderar su oración por lo que se alargaba muchísimo el tiempo de la celebración. Una vez, celebrando el incruento sacrificio de la Misa en el convento de Zaragoza, padeció un exceso mental un poco antes de la consagración de las especies sacramentales, el cual duró tanto tiempo que causó gran admiración entre los oyentes y por manera que el religioso que servía el altar, para que tanta polijidad no resultase fastidiosa a los oyentes, ni por eso se enfriase la devoción de los mismos a la Santa Misa, creyó conveniente avisar al P. Guardián de lo que pasaba. Presentóse éste al momento y ordenó al P. Miguel que con-

tinuase y terminase la Misa lo antes posible, lo cual cumplió puntualmente este varón tan obediente como devoto.

Los secretos celestiales revelados por Dios a su siervo en los éxtasis así como otras muchas cosas admirables, dicen los manuscritos, cayeron al olvido ya por el cuidado que ponía en ocultar los secretos del corazón, conforme al consejo que dió el ángel a Tobías, *arcanum Dei abscondere bonum est*, y ya también por las vicisitudes contrarias de los tiempos. Y para que no se ensoberbeciese su espíritu con tantas y tan singulares gracias y beneficios sobrenaturales recibidos del cielo, ni presunción alguna engañase su espíritu, fué probado por el Señor con gravísimas tentaciones de la carne, con las cuales empezó a ser atormentado tan fuertemente que no sabiendo ya qué partido tomar para vencerlas, se le vió sumergirse como un valeroso atleta en un río de agua frigidísima y de curso acelerado, sin que fuera bastante para dejar de hacerlo los hielos y los fríos de un invierno riguroso. Con estas armas venció y extinguió el fuego de la concupiscencia; con este escudo se defendió del espíritu del mal y lo venció de tal manera que, según deposición de su confesor, no sintió en el resto de su vida, por singular favor del Señor, los estímulos de la naturaleza corrompida.

Religioso de tan agigantado espíritu de penitencia y de tan ardiente amor a Dios, era muy a propósito para la misión del Congo, y digno de figurar en la primera expedición que marchó a él, en compañía del conductor de la misma Fray Francisco de Pamplona. Efectivamente embarcóse formando parte, como queda dicho, de una expedición de doce misioneros, el día 20 de Enero del año 1645 en el puerto de Sanlúcar de Barrameda, llegando al Congo el 25 de Mayo del mismo año, en cuyo tiempo, dice el P. Anguiano, reinaba D. García II, hermano de D. Alvaro, el cual fué el décimo séptimo Rey cristiano de los del Congo y el que recibió dicha Misión, y el Breve de nuestro muy Santo Padre Urbano VIII para fundarla.

Después de varias peripecias y peligros de navegación, desembarcaron en el Congo en la población de Pinda, donde

fueron recibidos por los naturales con notables demostraciones de alegría. De Pinda pasaron a San Salvador, que era la Corte del Rey del Congo a quien presentaron los despachos que llevaban los Misioneros tanto del Sumo Pontifice como de la Congregación de Propaganda, siendo muy bien recibidos de él.

A todos los Misioneros les probó la tierra con fiebres malignas, excepto a Fr. Francisco de Pamplona y padecieron graves enfermedades por la contrariedad del clima; por esta causa tardaron algunos meses en llegar y además por el deseo que tenían de aprender la lengua congoleza, de la cual hicieron una gramática y un vocabulario ayudados de los comerciantes europeos que había en el puerto de Pinda, al mismo tiempo que predicaban por medio de intérpretes y bautizaban a los niños.

A esta expedición de misioneros sucedieron otras varias en años siguientes, lográndose un fruto extraordinario, como puede verse en la vida de Fr. Francisco del P. Anguiano (1), extendiéndose las Misiones más tarde por los Reinos limítrofes del Congo.

Dicen los manuscritos, que fué infatigable el celo del P. Miguel por la propagación de la fe, lo cual brilló principalmente en lo que trabajó y padeció en las Misiones del Congo y del Benin de Africa, añadiendo que expuso su vida a las inclemencias de los elementos atmosféricos, de los viajes que se vió precisado a efectuar y llevándolo todo con grande igualdad de ánimo, así como otras cosas. Y termina diciendo que los Ministros del Rey cambiaron su voluntad obligándole a ordenar que los Misioneros fueran expulsados del Reino del Benin, por lo cual se vió obligado a regresar a su provincia. Pero nada más lejos de la verdad; pues ni el P. Miguel estuvo en el Benin, ni volvió por haber sido expulsado de aquel reino. Los manuscritos atentos a dar cuenta de sus virtudes y ensalzarlas aunque no sea sino a grandes rasgos, apenas dicen nada de su historia y en esta ocasión lo hacen con desgracia. La Misión del Benin no tuvo lugar hasta el año 1651,

(1) Libro 3.º, capítulo 2.º

y tuvo el triste fin de que nos hablan los manuscritos, siendo expulsados los Misioneros, pero nuestro biografiado había muerto ya unos años antes.

La verdadera causa de su regreso a España fué que comprendiendo el P. Prefecto, que lo era el P. Buenaventura de Alesano, italiano, que la mies era mucha y los operarios pocos para tanto trabajo, resolvió al año siguiente de la llegada, que el P. Miguel juntamente con el venerable Fr. Francisco, regresara en el mismo barco a dar noticia a Su Santidad de la buena acogida que habían tenido y pedir nuevos operarios. Salieron, pues, de Pinda, los dos enviados, pero pronto se dieron cuenta de que el navío estaba averiado y pidieron al capitán de un bajel inglés que los acogiera por caridad, el cual los llevó a Londres, a donde llegaron el 4 de Marzo de 1646.

Poco tiempo estuvo nuestro biografiado en el Congo; pues su ida a este Reino, su permanencia en él y su regreso a Europa fué cuestión de un año escaso.

Como entraron en la capital de Inglaterra vestidos con el hábito capuchino, fueron socorridos por los católicos y éstos rogaron al P. Miguel que les celebrase el santo sacrificio de la Misa y les administrara los sacramentos de confesión y comunión. Así lo hicieron nuestros Misioneros, pero no tan en secreto que no se enteraran los herejes quienes les hicieron prender y enviaron todos los documentos, papeles y objetos que traían al Parlamento. Al cabo de dieciocho días de prisión, les notificaron que quedaban desterrados del Reino bajo pena de muerte, de la que se libraron gracias a las gestiones del embajador español.

Los dos siervos de Dios, gozosos por haber sufrido algo por el nombre de Cristo, salieron de Inglaterra y pasando a pie por toda Francia, llegaron a España y marcharon a Zaragoza, residencia de su Provincial para informarle del buen comienzo y principio de la misión del Congo y de la urgente necesidad de enviar nuevos operarios a la viña del Señor. Aquí enfermó nuestro P. Miguel, y el venerable Fray Francisco prosiguió su viaje a la Ciudad Eterna para trata-

con la Santa Sede de los negocios de la Misión y del envío de misioneros.

Vuelto a la provincia, no desfalleció de ánimo este valeroso atleta, sino que como quien empieza de nuevo la carrera de la vida religiosa en el noviciado, llevaba una vida más perfecta y fervorosa, haciase mejor de día en día e iba subiendo de virtud en virtud, adquiriendo mayores bríos y fuerzas en la vida espiritual. Llegóse a encender en su corazón tan grande hoguera de amor divino, que no pudiendo contenerla y ocultarla en su pecho, salía al exterior a manera de una llama abrasadora que inflamaba de modo admirable con sus frecuentes y fervorosos coloquios y conversaciones espirituales los ánimos de sus oyentes, en tanto grado, que su confesor le mandó moderase su espíritu y sus conversaciones espirituales.

Esto mismo lo testificaban varones probos y fidedignos, y está comprobado por una revelación que hizo el Señor a una religiosa muy santa y de aprobada vida, a la cual dió tres encargos o recomendaciones para el P. Miguel; la primera, que no se dejase arrastrar tanto del fervor en las conversaciones espirituales; la segunda, que conformase con la voluntad divina su ardiente deseo de sufrir el martirio por el nombre de Jesucristo, puesto que aunque no se cumpliera su deseo, no por eso perdería la palma y el mérito del martirio; la tercera amonestación se perdió de la memoria de los religiosos por el tiempo que se escribieron sus memorias o manuscritos por descuido en anotarlas.

Finalmente al poco tiempo de su llegada a Zaragoza enfermó, dice el P. Anguiano, y a los pocos días pasó de esta vida a la eterna y bienaventurada, piadosamente pensando, porque fué un varón de singulares virtudes. Lo mismo dicen los manuscritos; que lleno de méritos y virtudes descansó con una muerte dichosa en el convento Cesaraugustano en el año del Señor de 1647, o sea un año después de su regreso del Congo.

FR. FÉLIX DEL VILLAR

Otro de los Misioneros de Africa fué el Hermano Fr. Félix del Villar, el cual en nada fué inferior a los venerables Hermanos que le precedieron en la provincia de Aragón, ni por sus preclaras y muchas virtudes, ni en el celo por extender la religión católica entre los paganos.

Entre todas las perfecciones de que estaba adornado su espíritu, resplandecía singularmente su obediencia, la cual estimaba en tanto, que se había propuesto no emprender obra alguna, ni hacerla u omitirla, inconsulto el superior, temeroso de que viviendo conforme a su propio albedrío, se apartase del camino recto y seguro que conduce al cielo, verificándose por esto en él con toda verdad lo que dice el Espíritu Santo en los proverbios: "*Vir obediens loquetur victoriam.* 21-28" porque efectivamente alcanzó tantas victorias cuantas fueron las ocasiones que se le pusieron delante durante su larga vida.

En la oración era tan asiduo y fervoroso, que no desperdiciaba ningún instante de tiempo sin emplearlo en tan provechoso ejercicio y si acaecía que las ocupaciones impuestas por la obediencia le impedían acudir algunos días a las horas señaladas para la meditación las suplía por la noche, dedicándose a este ejercicio con más prolijidad, de manera que desde maitines de media noche hasta la hora de Prima pasaba todo este tiempo en oración en la iglesia o en el coro. Entre otras cosas pedía al Señor singularmente una gracia, esto es, la de ocupar siempre y sin cesar su espíritu y su lengua en las divinas alabanzas, al modo de los ángeles y bienaventurados en el cielo, en todas las horas, tanto del día como de la noche. Y se puede asegurar que en cuanto esto es factible en la naturaleza humana, obtuvo del Señor esta gracia,

porque despertándose a todas las horas de la noche, cuando sonaba la hora en el reloj rezaba la salutación angélica y alababa a Dios.

Fué también muy solícito en guardar la pureza de su conciencia, ejecutando aun las acciones más pequeñas e insignificantes con la misma cautela con que las personas perfectas y aprovechadas suelen practicar las acciones más importantes; examinaba su conciencia con gran cuidado y diligencia, como si se tratara de un pecador y ponía toda solicitud en purgar y limpiar su alma de las manchas y faltas que podía afearla en la presencia del Señor, pudiéndose de aquí conjeturar cómo brillaría su alma por la claridad de la conciencia.

Su devoción al Santo Sacrificio era tal, que todos los días ayudaba a Misa no una sola, sino tantas cuantas se le ofrecía ocasión, sintiendo en el ejercicio de este ministerio una suavidad y dulzura inefabes.

Su penitencia corría pareja con su devoción y con la pureza de conciencia, pues además de las mortificaciones y disciplinas comunes de la religión, durante muchos años llevó en lugar de cinturón, una cuerda erizada de puntas de hierro y otros instrumentos de mortificación con los que tenía a su cuerpo extenuado y crucificado.

Mientras desempeñó el oficio de portero en el convento de Zaragoza, recibía con suma caridad y benignidad a cuantos llegaban a la portería, principalmente si eran pobres, y antes de suministrarles el sustento conveniente y remediar su necesidad corporal, trabando conversación con ellos acerca de las cosas divinas y de las verdades de la religión cristiana, con la dulzura de su conversación los excitaba maravillosamente al amor de Dios.

Cierto día en que acudió a la portería del convento gran multitud de pobres, habiéndose ya acabado el pan destinado para la limosna, acercóse al último un pobre aun más pobre que los demás, que parecía el mendigo Lázaro de que nos habla el Evangelio, y moviéndose a compasión el siervo de Dios y para que no faltaran a aquél como faltaron a éste algunas migajas de pan, fué al refectorio, extrajo de

la servilleta el pan que para él estaba preparado y lo dió al pobre. Pero ¡oh prodigio!, en aquel mismo instante se le apareció Jesucristo pobre en la persona del pobre y dándole las gracias por su caridad con los pobres, desapareció la visión. Religiosos dignos de crédito depusieron como testigos de que en esta ocasión Jesucristo le prometió la vida eterna. Cierto es que, aun sin revelación particular como en este caso, el mismo Señor afirma que la gloria de los bienaventurados es para aquellos que, como nuestro biografiado, practican las obras de misericordia, y dirá a sus escogidos el día del juicio: "Venid benditos de mi Padre a poseer el Reino de los Cielos, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis". Y preguntándole ellos al Juez Supremo, cuándo sucedió eso, les dirá: "Lo que hicisteis a uno de mis pequeñuelos, a mí me lo hicisteis". Con este espíritu de fe hacia este santo Hermano las limosnas y recibía a los pobres, premiándole el Señor de manera tan singular su caridad con ellos.

No podía ver con buenos ojos el espíritu maligno, enemigo del género humano y de un modo especial enemigo de las almas santas, el cúmulo de virtudes y méritos, con que este varón verdaderamente seráfico y genuino hijo de San Francisco, se conciliaba la gracia de Dios y las bendiciones del cielo, por lo que trató de tomar venganza de él y atormentarle de varias maneras. Unas veces, tomando figuras horribles y monstruosas le acometía con furia infernal y le arrojaba en tierra, otras le flagelaba con crueles azotes y otras sacándole violentamente del lecho, lo dejaba caer en el pavimento. Mas el siervo de Dios, tomando de esto ocasión y materia para más ejercitarse en la virtud y en la paciencia, cuanto más vehementes eran estos tormentos inhumanos, tanto más ilustres y brillantes pruebas de su paciencia se hicieron presentes a todos.

Movido del deseo de la mayor gloria de Dios y del celo por la salvación de los infieles, marchó animosamente a la Misión del Congo con otros cinco compeñeros religiosos y

españoles, ejercitándose allí durante algunos años en ganar almas para Dios con grandes trabajos. Mas como los juicios de Dios son incomprensibles y superan toda inteligencia, obligado a servir las alternativas de la veleidosa fortuna, o más bien por disposición de la Divina Providencia, regresó a la provincia.

Y habiendo llegado aquí a la avanzada edad de noventa años, reservada a muy pocos, ofreció al Señor el sacrificio de su vida y entregó su alma al Creador en el convento cesaraugustano en el año 1681.

Esta es la vida, si así puede llamarse, del venerable Fr. Félix contada a grandes rasgos por los mencionados manuscritos de Milán. Cuán interesante no resultaría esta biografía, si juntamente con la noticia de sus virtudes, nos fuera lícito saber con algún detalle los mil y un sucesos de una vida tan larga, tan santa y tan azarosa como fué la suya, ya mientras vivió en la provincia y ya también, acaso más, en las Misiones de Africa. Sin embargo, nos vemos privados de dar otras noticias que las indicadas y solamente vamos a hacer constar en este lugar lo poco que hallamos en la vida de Fr. Francisco y nos suministra el Padre Anguiano, acerca de su viaje al Africa.

A juzgar por las noticias de los manuscritos, nació Fray Félix el año 1591, y según el P. Anguiano, marchó al Congo el año 1647, o sea, cuando contaba cincuenta y seis años de edad en la segunda expedición de Misioneros al Congo organizada por el venerable Fr. Francisco, aun cuando él no marchó en ella. Estaba compuesta de quince Misioneros ocho Padres y un Hermano italianos, y los otros seis españoles, uno de los cuales fué Fr. Félix.

No tenemos noticia ni de lo que hizo allí nuestro Misionero, ni del tiempo que permaneció en el Congo, ni del tiempo de su regreso a la provincia. Con respecto al celo desplegado por nuestro Misionero dice el P. Anguiano lo siguiente: "Los frutos espirituales que se han conseguido por medio de estas apostólicas misiones, son imponderables. Uno de ellos es, haberse erigido iglesias en todas las ciudades y pueblos del Rei-

no del Congo. Otro el haber fundado Universidad en la Corte, donde, desde entonces, se enseñan en ella a los niños y mozos a leer, escribir y contar, la gramática, las artes y la teología y las lenguas necesarias. Otro es el haber fundado conventos en todas las provincias del Reino, de que resulta una Custodia, que es casi provincia, para poder más congruamente recorrer las comarcas y hacer las misiones. Otro el haber ganado para Dios un Reino tan dilatado y poblado de gente donde (de cuatro partes tres y media), los hallaron idólatras, y llenos de vicios y supersticiones a casi todos. No cabe en ponderación el número de los casamientos que han hecho según el orden de la Iglesia, ni las muchas dificultades que esto ha costado, así como el arrancarles los ídolos. Las almas que han bautizado en este Reino, sólo Dios las puede numerar, pues en el espacio de *cincuenta y nueve años* que ha que le cultivan, desde el de 1645 hasta el presente de 1703, administrándose continuamente este necesario Sacramento, forzosamente ha de constituir un número sin número, mayormente por ser ya todo el Reino de católicos cristianos.

En sólo cuatro años (según observó por los libros del Bautismo Fr. Félix del Villar, religioso lego), pasaron de *seiscientas mil* las almas que bautizaron entre párvulos y adultos. Y no contentos los Padres con cultivar continua y principalmente el Reino del Congo, se han extendido a los Reinos vecinos, que eran todos de gentiles e idólatras, y poco a poco, con la ayuda de Dios, los han reducido a la fe católica y no cesan de cultivarlos en ella. Estos son el Reino de Angola, de los Abundos, el de Mococo, el de Huate, el de Benin, el de Zinga o Marambe y el Imperio de Casanga.

FR. GASPAR DE SOS

En el número de los religiosos aventajados en virtud a quienes la benignidad del Señor adorna y enriquece con sus dones y premios, debe indudablemente contarse Fr. Gaspar de Sos, varón digno de perpetua memoria en la provincia de Aragón, principalmente por su gran caridad para con el prójimo.

Pues así como entonces adelantamos en el amor de Dios, cuando nos ejercitamos con alegría en el amor al prójimo por Dios, por esto el siervo de Dios amaba tanto a sus prójimos, principalmente a los enfermos que, por todos los medios a su alcance se esforzaba en consolarlos y en remediar la falta de salud y sus enfermedades, como si se tratase del mismo Jesucristo representado en ellos.

Fué devotísimo de la Santísima Virgen, Madre de Dios y se complacía grandemente en honrarla recitando con mucha frecuencia la salutación angélica; y si es cierto que esta Madre de Dios y de los hombres ama con tiernísimo amor a todos sus devotos, no puede dudarse ni extrañar que se dignara honrar a su amante siervo con profusión de dones y de favores celestiales.

Como no había en él afecto humano o terreno que encadenara o ligara su espíritu a la tierra y le impidiera elevarse a la contemplación de las cosas divinas, aun estando ocupado en trabajos manuales del convento, su alma no obstante, siempre estaba atenta a lo celestial y se dirigía a Dios sin óbice alguno; y orando, era tal el fervor y el ímpetu de su espíritu, que parecía extático, y estaba tan inmóvil, que apenas se notaba en él la respiración; y meditando en la sangre derramada por el Hijo de Dios, así como en su acerbísima

pasión y muerte sufrida por nosotros, se abrasaba y encendía en vivos deseos de corresponder a tanto amor y de retornar al Señor vida por vida y sangre por sangre.

Era verdaderamente admirable ver como se abrasaba su alma en el fervor y en el espíritu apostólico de propagar la fe católica y en cumplimiento de su deseo acercóse a otros compañeros para marchar a la conquista del Benin, en donde permaneció varios años empleados con gran contento en precurar la vida eterna a los pobres infieles.

Finalmente, ya por la malicia de los tiempos y ya también por causa del mal aconsejado Rey de aquella nación, que lo expulsó del territorio juntamente con los demás compañeros de misión, volvió a su provincia, donde siendo para todos, como dice el Apóstol, ejemplo de buenas obras, terminó la carrera de esta vida mortal en el convento de Huesca, el año 1688.

A esto se reduce cuanto hallamos en los manuscritos; y por lo que se refiere a su ida al Benin y a su regreso de la Misión, he aquí lo que escribe el P. Anguiano: (1).

“Embarcóse (nuestro biografiado), en Cádiz en un navio holandés que fletó cierto español por su cuenta, haciéndose a la vela el día primero de Febrero del año 1650, estando compuesta la expedición para el Reino del Benin de los siguientes religiosos: P. Tomás Gregorio de Huesca, P. José de Gijón, P. Eugenio de Irlanda, P. Bartolomé de Viana y P. Félix de Híjar, todos ellos predicadores y de Fr. Alonso de Tolosa y Fr. Gaspar de Sos, hermanos legos.

Enderezaron su viaje a Canarias y de allí a Goto, que dista unas diez leguas de la Corte del Benin. Antes de llegar a Goto, desembarcaron en un pueblo de gentiles e idólatras, en el cual estuvieron varios días mientras la embarcación se proveía de leña y agua, y durante este corto tiempo hicieron una misión e instruyeron en la fe, en cuanto era posible, a aquellos infieles, los cuales recibieron muy bien las enseñanzas de los Misioneros y aun les rogaron encarecidamente que se quedasen con

(1) Vida de Fr. Francisco de Pamplona.

ellos para instruirlos en la fe. Pero como su misión y las cartas de la Santa Sede era para el Rey del Benin que los había pedido a Su Santidad, no creyeron conveniente acceder a tan buenos deseos, sino que continuaron su viaje. Todos tuvieron mucho que sufrir en este viaje, porque el P. Prefecto y el P. Gregorio, fueron presos por los holandeses y los otros pudieron escapar en un navío y llegar al puerto de Goto. Aquí se entrevistaron por primera vez con los Ministros del Rey, los cuales se esforzaron por estorbar e impedir la entrevista de los Misioneros con el soberano. Con los muchos trabajos enfermaron gravemente los Padres José de Gijona y Eugenio de Flandes y murieron santamente en la paz del Señor antes de poder empezar su apostolado.”

Al fin todos fueron presos en Goto y nuestro fervoroso hermano permaneció durante tres meses en la cárcel padeciendo graves penalidades de hambre, sed y calor. Libertados de la cárcel providencialmente, por dos herejes, inglés el uno y holandés el otro, se embarcaron en un barco inglés para el cabo del Lobo, con intención de buscar allí embarcación para Europa, ya que se les hacía imposible penetrar en el Benin; pero fueron a parar contra viento y marea a la Isla del Príncipe donde todos eran ya católicos y fueron muy bien recibidos. Estuvieron en ella trabajando incesantemente y con mucho fruto durante seis meses, y aun hubieran continuado por más tiempo; pero viendo el capitán de un barco portugués que había llegado a la Isla el grande afecto que los habitantes de ella tenían para los Capuchinos, y temeroso de que éstos quisieran someter a aquellos habitantes a la jurisdicción y obediencia del Rey de España, los trajo como prisioneros a Portugal, y de aquí pasaron a España a sus respectivas provincias.” Así terminó Fr. Gaspar su misión.

Poco más de dos años debieron transcurrir desde la salida de nuestro Misionero para la Misión hasta su vuelta. No pudo por tanto trabajar mucho y en la medida de su celo en la reducción y salvación de los infieles y salvajes, pero hizo y sufrió cuanto se le ofreció por amor de Cristo, por lo cual habrá sin duda merecido en el cielo la corona del Apostolado.

P. LORENZO DE MAGALLÓN

I

MARCHA DE SUPERIOR A LA MISIÓN DE VENEZUELA

Ya queda anteriormente consignado que la página más brillante de la historia de la provincia capuchina de Aragón, y aun de los capuchinos españoles en general, es la escrita por sus hijos con sus sudores y con su sangre en las Misiones de Venezuela, y singularmente por los aragoneses en la provincia de Cumaná de aquella República, lo cual quedará suficientemente probado y demostrado con las biografías que insertamos en este lugar, la primera y más importante de las cuales, es sin duda, la del P. Lorenzo de Magallón.

Y como este Padre sea el primer Superior y Prefecto de la Misión y a la vez su fundador, defensor y propulsor de su desarrollo y progreso, de aquí que toda la historia de dicha Misión en los dieciocho primeros años desde su fundación necesariamente ha de girar alrededor de esta interesante y gigantesca figura, la cual queremos hacer resaltar en este lugar, como merece.

No tenemos noticia alguna de la vida de tan esclarecido religioso, anterior al tiempo en que fué destinado a la Misión de Venezuela, por lo cual nos ceñiremos únicamente a su actuación como Misionero y Superior de ella. No será sin embargo, temerario el suponer que se trataba de un religioso adornado de grandes virtudes, de celo verdaderamente apostólico y dotado de cualidades nada comunes, tanto para el mane-

jo de los negocios cuanto para el gobierno de los religiosos de la Misión, fundándolo para creerlo así en el hecho mismo de su nombramiento de Superior para una empresa tan difícil e importante, y además en el acierto con que dirigió, gobernó y defendió la Misión de Venezuela hasta dejarla sólidamente establecida, como se verá en estas páginas.

Dice el P. Lodares (1): "Se componía la expedición (en que fué nuestro biografiado), de los siguientes religiosos: Reverendo P. Lorenzo de Magallón, Prefecto; Antonio de Monegrillo, Lorenzo de Belmonte y Fr. Francisco de Pamplona. Arregladas todas las cosas se embarcaron en Cádiz, el año 1650 en los galeones que hacían el viaje a las costas de América.

Con la protección de Dios llegaron sin novedad a dar vista a la isla de Granada, celebrando con devotas demostraciones de alegría el fin de su viaje. Pero les duró poco este consuelo, porque apenas saltaron a tierra, supieron que estaba la isla ocupada por los franceses y con buena guarnición.

Había entonces guerra entre España y Francia y una de las marañas de ésta última fué ocupar la pequeña isla de Granada, que estaba abandonada por los españoles. Preguntaron a los soldados por el Gobernador, y yendo a su presencia los recibió con mucha piedad y agasajo, por ser buen católico y afecto a la Orden Capuchina.

Los detuvo algunos días en su casa para repararlos de las fatigas del viaje, y entre tanto deliberaron lo que debían hacer; pues, aunque el Gobernador deseaba tenerlos en su compañía, no se atrevió por estar en guerra las dos naciones. Sintió mucho se les hubiera frustrado el designio que llevaban, pero ni a unos ni a otros les estaba bien el que se quedarán en aquella isla.

Con este suceso quedaron grandemente contrariados y mortificados los Misioneros, mas no por eso perdieron el ánimo ni dudaron de que Dios les depararía un paraje adecuado donde pudieran ejercer con fruto su ministerio.

Despidiéronse del Gobernador, agadeciéndole la caridad

(1) Tomo I, págs. 24 y siguientes.

con que los había recibido y se encaminaron a la isla de Margarita, con ánimo de explorar desde allí la costa de Tierra Firme y buscar una región que necesitara misioneros para reducir los indios infieles.

Al desembarcar en el puerto de la Asunción, los llevó a su casa D. Francisco Santillana y Argote, Caballero de la Orden de Santiago, muy devoto de nuestra Orden, y como había sido Gobernador de la isla, tenía conocimiento de todos aquellos lugares y les dió la noticia de los indios cumanagotos y de la necesidad que tenían de Misioneros evangélicos que los adoctrinaran, pues había muchos bautizados.

Les ofreció con mucha piedad y liberalidad cuanto fuere necesario para ornamento y aderezo de las iglesias que se fundaran, indicándoles que pasaran a Cumaná a tratar este negocio con el Gobernador y personas de posición de esta ciudad, en quienes hallarían amparo en materia que importaba tanto al servicio de Dios y provecho de todos. Pasaron, pues, a Cumaná y recibieron muchas noticias de los indios cumanagotos. Supieron que había en aquellos parajes más de *ocho mil* gentiles, que vivían dispersos por los montes, como salvajes en sus costumbres, no obstante de que muchos eran cristianos por haberlos bautizado un Obispo de Puerto Rico, a cuya diócesis pertenecía Cumaná con todas sus provincias. Les administró el Sr. Obispo los sacramentos del Bautismo y Confirmación, en la confianza de que hallaría Misioneros que los adoctrinaran; pero se halló defraudado en sus esperanzas porque en sus días no encontró quien se quisiera encargar de instruir estos indios en los misterios de su fe y los preceptos de la Ley Divina, hasta que llegaron los Capuchinos, y eso que Cumaná fué lo primero que descubrió Colón el año 1498 en tierra firme y es la parte más cercana a España del continente americano.

Tampoco se habían animado a ello los religiosos que tenían conventos u hospicios en las poblaciones españolas próximas a Cumanagotos, por tener noticias de que era un país muy pobre, destituido de minas y otras riquezas en que abundan Méjico y Perú.

Estaba reservado para los pobres hijos de San Francisco el evangelizar aquella región pobre, a fin de que hubiera cierta conformidad entre el instituto y el país, entre unos y otros pobres.

A estas razones unieron sus ruegos el Ilustrísimo Sr. Obispo de Puerto Rico, Dr. Fr. Hernando Lobo de Castrillo, que se hallaba entonces en Cumaná, el Gobernador de esta provincia, D. Gregorio de Castelao y Mantilla, D. Francisco de Rada y D. Diego López de Escobar, ex-gobernadores de Guayana y Trinidad.

Todos reunidos en Junta especial, fueron de parecer que los Misioneros aragoneses debían ir a evangelizar a los Cumanagotos y Palenques, ofreciéndoles cuanto fuese necesario para el buen éxito de la Misión; y como los religiosos manifestaren alguna duda acerca de las facultades que tenían de Roma y del Consejo de Indias, se estudió detenidamente este punto en la reunión, y acordaron que, a pesar de eso y no pudiendo entrar en la isla de Granada, sería muy del agrado de Dios, servicio de Su Majestad y gran beneficio para toda la provincia, el que fueran a los indios cumanagotos y Piritus, que ellos se encargaban de informar al Rey, a la Sagrada Congregación y de obtener nuevos despachos.

Además el P. Prefecto ordenó a Fr. Francisco de Pamploña que escribiera a Su Majestad y al Consejo de Indias, dando cuenta detallada de cuanto había pasado en la isla de Granada y lo acordado en la reunión de Cumaná, con la aprobación del Ilustrísimo Señor Obispo de Puerto Rico, suplicándoles tuvieran a bien aprobar la residencia de los Misioneros Capuchinos entre aquellos indios. El P. Prefecto escribió también a la Sagrada Congregación, avisando de todo lo sucedido.

Con todas estas precauciones y resguardos (que bien fueron menester), salieron los Misioneros de Cumaná y se encaminaron al puerto de Cumanagotos; pasaron luego a los indios Piritus, dos leguas al interior; estos indios los recibieron con demostraciones de benevolencia y les llevaron a las casas de los más principales y se fueron juntando muchas familias en la población, pensando entonces los Misioneros, en cons-

truir iglesia, a cuya fábrica ayudaron todos con mucho entusiasmo.

Se dedicó esta primera capilla a la *Concepción Inmaculada de María Santísima*, para dar comienzo a la Misión con su valeroso patrocinio.

De Piritu pasaron los Misioneros a la nación de los Cochismas, y en la misma forma se agregaron muchos indios; de modo que se formó otra población y se erigió nueva iglesia, con el título de San Salvador de Guanape; comenzaron luego a catequizarlos, y con la ayuda de Dios, en breve tiempo, bautizaron muchos adultos y más de doscientos párvulos. Hubo algunos chicos que, además de la doctrina cristiana, aprendieron a ayudar a misa y aun a leer en lengua española e india.

Cada día iba en aumento el fervor religioso de aquellos indios y eran maravillosos los efectos que producían en las almas los Santos Sacramentos y las instrucciones de los Misioneros, y serviales de particular consuelo el ver la puntualidad de todos, chicos y grandes, a las misas, pláticas y demás ejercicios en que los habían instruído.

Ayudaba mucho a todo esto el grande afecto que los indios habían tomado a los Misioneros y la veneración que por ellos tenían, debido a la afabilidad con que los religiosos los trataban, pues no regateaban sacrificio alguno que condujera al alivio de sus indios y a darles algún consuelo.

Para que los Misioneros no fueran gravosos a los indios, atendida su pobreza, ellos mismos se sostenían con su trabajo, cultivando los huertos, que habían hecho junto a las iglesias y casas de residencia, manteniéndose como el Apóstol San Pablo, del fruto de sus manos, no aceptando nada de los indios, ni siquiera un ave de las muchas que se cazan en el país, antes bien, repartían con ellos las hortalizas de sus huertos.

Reconociendo los indios Chacopatas lo contentos que vivían sus vecinos los Piritus y Cochismas con sus Misioneros, se agruparon en otra población, y se edificó *tercera* igle-

sia, quedando así cada Misionero sacerdote con su Misión: Piritu, Guanape y *San Miguel*.

Determinaron, pues, que viniese Fr. Francisco a España e hiciese relación de todo, como testigo de vista y práctico en las cosas de Indias, a lo cual se ofreció el venerable Hermano con sumo rendimiento, estimulado por los indios Palenques, que ofrecían poblarse, si les llevaba Misionero Capuchino que los instruyese.

Hubo, además, otra razón para resolver este viaje de Fray Francisco, y fué defender a la Misión de las acusaciones del Gobernador de Nueva Barcelona. Este señor estaba dominado de la codicia, no reparaba mucho en los medios de adquirir fortuna, haciendo verdaderas extorsiones en los indios y aun en los españoles de la provincia, por lo cual los vecinos rogaron a Fr. Francisco que aprovechara su ascendiente para impedir aquellas rapiñas del Gobernador y sus satélites.

Se fué Fr. Francisco de Piritu a Nueva Barcelona, y el Gobernador le convidó a comer en su mesa; durante la comida, con mucha prudencia habló Fr. Francisco del asunto, y como el Gobernador se excusara, tomó el santo Hermano un pedazo de pan y dijo al Gobernador: “No niegue los hechos Vuestra Señoría, porque se está comiendo la sangre de los indios”, y apretando el pan echó sangre en abundancia. Quedó con esto muy mortificado el Gobernador y, al notarlo uno de sus aduladores, le dijo: “No se aflija Vuestra Señoría, porque Fr. Francisco es un mal fraile, con mis ojos le he visto faltar a sus votos”, y al momento, aquel hombre quedó ciego, cubierto de lepra y murió después asesinado. De este hecho da testimonio el venerable Padre José de Carabantes.

No obstante estos milagros, el Gobernador denunció a la Misión, diciendo que estaba en aquella región sin licencia, y se hizo eco de la calumnia de que hicimos referencia contra la honestidad de Fr. Francisco.

El venerable siervo de Dios emprendió su viaje a España, pero como queda dicho en su lugar, la muerte le sorprendió en el puerto de La Guaira.

II

EL P. MAGALLÓN OBLIGADO A REGRESAR A ESPAÑA CON SUS COMPAÑEROS

No se ocultaba al P. Magallón la pérdida que suponía la muerte del siervo de Dios Fr. Francisco de Pamplona para los intereses de la Misión, cuya defensa en España le había sido confiada; pero no obstante esto, prosiguió trabajando con sus compañeros en sus tres reducciones de Piritu, San Salvador y San Miguel; contentándose por entonces con escribir al Consejo de Indias y a los Superiores de la Orden en España, dándoles cuenta de la muerte del siervo de Dios, de los progresos de la Misión y pidiendo al mismo tiempo el envío de más Misioneros.

No pudieron empezar con más fortuna y más felices augurios su apostolado en los indios de Cumaná, pues cada Misionero quedaba contento con su respectivo pueblo. La primera iglesia de la Inmaculada Concepción, de Piritu, estaba servida por el P. Magallón; la segunda erigida con el título de San Salvador de Guanape, corría por cuenta del P. Belmonte y la tercera dedicada al Arcángel San Miguel, estaba al cuidado del P. Antonio de Monegrillo.

“Pero el enemigo, dice el P. Lodaes, no podía ver con buenos ojos los éxitos de los Misioneros entre los infieles, y se valió para estorbar esta obra, de la codicia de unos y emulación de otros, precisamente de aquellos que estaban obligados a protegerla y fomentarla; los cuales conociendo la aceptación que habían tenido los Capuchinos entre los indios, la prosperidad de las Misiones y aprovechando el artificio argumento de que los referidos Misioneros habían sido enviados para la isla de Granada, y por tanto que estaban allí sin permiso del Rey, escribieron al Consejo de Indias para que los mandara retirar.

El primero que promovió la cuestión fué el Señor Gobernador de Nueva Barcelona, a quien, como arriba queda dicho, había amonestado Fr. Francisco por sus exacciones y trope-

lías a los indios, el cual no sólo escribió a España contra los Misioneros, sino que hizo escribiera también el Sr. Obispo de Puerto Rico, a cuya diócesis pertenecían todas aquellas regiones de Venezuela. Este Prelado, en su informe, no decía nada contra los religiosos Misioneros, pero sí manifestaba su deseo de que fueran retirados, ya que los despachos que tenían, eran para la isla de Granada.

Estos dos informes llegaron al Consejo de Indias, y la persona encargada de manejar esta intriga, se dió tanta prisa y desplegó tal actividad, que, mientras otros negocios se eternizan en los altos tribunales, éste se resolvió muy desgraciadamente en el mismo año 1651.

El Real Consejo acordó despachar una Real Cédula, en que se ordenaba a nuestros Misioneros de Piritu que dejaran la Misión y se volvieran a España.

Bien ajenos se hallaban los religiosos de lo que pasaba en Madrid. Al tener noticia de que había llegado la flota que conducía al nuevo Gobernador de Cumaná, D. Pedro Brizuela, pasaron a saludarle y darle cuenta de sus misiones, siendo entonces sorprendidos con la notificación de la Orden que traía del Consejo para que se retiraran a España.

Oyéronle los Misioneros con el debido y justo rendimiento y ofrecieron ejecutarlo prontamente, sintiendo mucho tener que abandonar aquellos pobres indios, pues no se les ocultaba el riesgo a que quedaban expuestas aquellas pobres almas que con tanto trabajo habían reducido a poblaciones y reengendrado en Cristo por medio del Bautismo.

Retirados los religiosos a sus Misiones para preparar el viaje, se esparció pronto la noticia de la orden que traía el Gobernador Brizuela, siendo general el sentimiento no sólo de los indios, sino también de los vecinos de Cumaná. Los oficiales reales hicieron ver al Gobernador lo injusto de la orden.

Entonces el Gobernador estudió por sí mismo el asunto y como tenía en su poder la Real Cédula donde se expresaban las causas de tal resolución, comprendió luego que toda era una intriga mal urdida por el Gobernador de Nueva Bar-

celona, y trató de retener a los Misioneros e informar al Rey; pero éstos creyeron necesario ir a Madrid a sincerarse de las acusaciones.

Arregladas las cosas de la Misión, se despidieron los religiosos de los indios; no es posible expresar el sentimiento de estos infelices, cuando se dieron cuenta de que les quitaban a sus padres, precisamente porque se habían convertido en sus defensores, quedándose huérfanos de protección en los atropellos y vejaciones de algunos magistrados sin conciencia, que sólo pensaban en satisfacer su codicia.

Los lamentos de los indios, sus lágrimas y sollozos, herían profundamente el corazón de los Misioneros, pero era preciso obedecer y consolar a los indios, asegurándoles que pronto regresarían junto con los otros Misioneros para extender las reducciones por toda la región.

En la ciudad de Cumaná se despidieron de los vecinos y magistrados, y como eran muy queridos, fué general el sentimiento; todos acompañaron a los Misioneros hasta el buque, haciendo votos para que volvieran pronto. Llegaron sin novedad a España a fin de 1652, y presentaron luego al Consejo de Indias una memoria razonada e ingeniosa, aclarando todas las cosas y deshaciendo las objeciones que sus émulos habían presentado contra ellos.

La principal y más fuerte acusación era: "Que carecían de licencia para instalarse en aquellas regiones". Lo cual no era exacto, pues la Sagrada Congregación, en decreto de 15 de Julio de 1647, había dispuesto "*que si por alguna circunstancia ajena a su voluntad, no podían los Misioneros penetrar en lugar señalado, pudieran establecerse en alguna de las colonias de América, dando cuenta al diocesano y al Sr. Nuncio de Su Santidad*".

Todo lo cual habían practicado al pie de la letra y fue precisamente el Señor Obispo de Puerto Rico, a cuya diócesis pertenecía el valle de Cumanagotos, quien casi los obligó a ir a la región indicada; el Consejo de Indias había también aceptado la concesión de la Sagrada Congregación, pues era muy razonable y conforme con las enseñanzas del Divi-

no Maestro que dijo: “*Si en alguna ciudad no fueréis recibidos... id a otra*”.

Aparte de esta memoria presentada por nuestro P. Magallón, ni los indios y vecinos de Cumaná, ni el Señor Gobernador, se descuidaron en defender y reclamar a sus Misioneros, y fueron muchos los informes que llegaron al Consejo Real, defendiendo el crédito y sinceridad de los Capuchinos aragoneses, y poniendo en conciencia a los miembros del Consejo para que se les restituyera a sus Misiones.

!II

EL P. MAGALLÓN DEFIENDE A LOS MISIONEROS Y OBTIENE UN ROTUNDO TRIUNFO EN MADRID

El Gobernador D. Pedro Brizuela, arrepentido de haber comunicado la Real Cédula a los religiosos, sin antes haber estudiado las causas que habían servido de fundamento a la resolución del Consejo, y ante los testimonios auténticos de la inocencia de los Misioneros y de la mala fe de sus acusadores, escribió a Su Majestad el Rey y al Consejo de Indias, informándoles minuciosamente de todo, y pidiendo que se anulase el anterior mandato y volviesen los Misioneros a sus pueblos, por ser insustituibles en la reducción de los indios de aquellas regiones y muy conveniente al servicio de ambas Majestades.

No obstante, había pasado un año, y los Misioneros de Píritu, a pesar de las esperanzas que les habían dado, no lograron los pasaportes, para regresar a sus Misiones; al contrario, veían que el asunto estaba todavía más embrollado, motivo por el cual el P. Magallón presentó el año 1653 un nuevo y largo informe impreso, en que hace historia de todo.

En la parte informativa de este documento encontramos cartas interesantes, cuyos principales párrafos no deben

quedar en silencio, pues nos revelan el alto concepto que los firmantes tenían de nuestros Misioneros.

El Cabildo y Regidores de la ciudad de Cumaná dicen al Rey:

“Han quedado los indios de esta provincia tan aficionados a las loables costumbres de los Capuchinos, que se tiene por cierto que sólo a ellos recibirán en sus tierras, excluyendo a cualquier otro religioso que Su Majestad les envíe, de que se seguirán grandes dificultades, pues están muy resentidos de que se los hayan quitado; hasta ahora los hemos templado, prometiéndoles que vendrán pronto”.

El Gobernador de Cumaná, de quien hemos dicho que escribió varias cartas con este motivo, en una de ellas dice:

“Confío en la Divina Majestad, que ha de mover los ánimos que hasta ahora se han opuesto a tan justa y santa empresa; quizá porque no conocen, ni consideran que impiden con ello la reducción de estos indios, o al menos la retardan en querer cambiar los Misioneros, pues les ha de extrañar y causar novedad el que no les manden aquellos con quienes estaban bien hallados”.

D. Francisco Pimentel, vecino de La Guaira, escribía:

“No puedo significar con palabras el sentimiento que tuvimos todos con la separación de los Capuchinos de las Misiones de Piritu, por ser cosa tan conocidamente del servicio de Dios y de su Majestad, dejar abandonadas tantas almas infieles, expuestas a la apostasia y a la seducción del enemigo”.

Y termina el alegato del P. Magallón diciendo:

“Aunque es verdad que el principal motivo que ha de obligar a Su Majestad y Consejos Reales a despachar esta Misión de los Cumanagotos y tratar activamente de su conversión, es la precisa obligación que tienen de cuidar aquellas almas y proporcionarles el remedio que necesitan y piden, misioneros que las adoctrinen y protejan contra sus enemigos”

“Y se ha dado el caso, por dos veces, en tiempo de los Gobernadores D. Benito Arias y D. Juan Vapín, que los corsarios holandeses se han introducido en Tierra Firme por el

puerto de Cumanagoto, favorecidos por los indios, por lo cual la Real Audiencia de Santo Domingo mandó conquistar esta provincia”.

Todos estos informes hicieron, sin duda, impresión en el ánimo de los Consejeros Reales, pero los enemigos de los Capuchinos no se dormían y se notaba indecisión en el Consejo de Indias, que se acentuó más con la intervención del P. Comisario General de los Misioneros Franciscanos Observantes, Fr. Alonso de Prado, quien reclamó para sus religiosos la Misión de Piritu, alegando, como razón, que la referida provincia de Cumanagoto se hallaba entre dos conventos de su Orden, de Caracas y Cumaná, y muy próxima a cada uno de ellos.

Fué este un medio para salir del paso, y el año 1654 se expidió una Real Cédula para que salieran seis religiosos Franciscanos observantes del convento del Abrojo, fundado por San Pedro Regalado, en el Real sitio de Valladolid; los cuales se embarcaron en Julio del mismo año y al llegar a Cumaná, tomaron posesión de las tan distantes Misiones de Piritu y Cumanagotos.

Con esto quedó contrariado el P. Magallón, pero como estaba entusiasmado con los indios, no se resignó a quedarse sin Misión y presentó al Rey una tercera Memoria, insistiendo en su petición de volver a las Misiones; la cual vista en el Real Consejo de Indias, acordó éste que el señor Secretario, D. Gregorio Laguna, hiciera un resumen de todos los documentos y diera cuenta al Provincial de los Capuchinos de Castilla, residente en Madrid, del estado de la cuestión, a fin de que reunido con los Padres más graves de la provincia, estudiara el asunto y dieran su parecer.

El resumen es interesante, y da una idea clara de la cuestión de que se trata; por esto lo reproducimos íntegro; es como sigue:

“Por los años de 1650 se concedió licencia a Fr. Francisco de Pamplona para pasar con tres compañeros a la isla de Granada, a la conversión de aquellos indios, y habiendo llegado al puerto, no lo pudieron conseguir, por hallar la isla

ocupada por los franceses, por lo cual pasaron a la provincia de Cumaná.

Llegó esta noticia al Consejo por carta del Señor Obispo de Puerto Rico, que se hallaba visitando aquellos pueblos; y reconociendo que los religiosos no habían quedado en Cumaná con licencia de Su Majestad, se hizo consultar en Consejo y acordó que se volvieran a España Fr. Francisco y sus compañeros, pues no había tenido efecto el fin de su intento. Enviada la orden regresaron los tres compañeros de Fray Francisco, pues éste ya había muerto.

En Septiembre del año 1653, presentó un Memorial al Rey el P. Lorenzo de Magallón, dando cuenta de cómo había pasado con licencia de Su Majestad con tres compañeros a la isla de Granada, y que por estar ocupada había pasado, por consejo del Ilustrísimo Señor Obispo de Puerto Rico, del Gobernador de Cumaná y otros señores, a la reducción de los Cumanagotos, donde había fundado tres pueblos con sus iglesias y habían bautizado doscientos niños y algunos adultos, haciendo gran servicio a Nuestro Señor en la conversión de aquellos infieles. Después obedeciendo la Real Cédula, se vinieron a España, hasta que Su Majestad, mejor informado, mande lo que fuere de su Real servicio.

Se hizo consejo sobre esta materia, y se examinaron todos los documentos y cartas que habían llegado de las Indias; y sin acabarlo de resolver, presentó un documento el R. P. Comisario General de los Franciscanos Observantes, ponderando los inconvenientes que ofrecía la vuelta de los Capuchinos a Cumanagotos, por estar este lugar entre dos conventos de su Orden. Ante esta nueva dificultad, se mandó toda la documentación al Fiscal del Consejo, para que presentara un informe después de examinar bien el asunto. Hecho esto, y consultada Su Majestad, mandó que fueran a Piritu religiosos de la Recolección del Abrojo.

Se dió aviso al P. Comisario General de los Franciscanos Observantes, quien, cumpliendo la Real Cédula, nos avisa que en Marzo de 1656 salieron para Cumaná siete religiosos, personas de mucha piedad y buen ejemplo.

Después presentó el P. Lorenzo de Magallón otro Memorial a Su Majestad, volviendo a hacer instancias muy apretadas para regresar a las Misiones de Indias con otros compañeros de su misma provincia, y habiendo visto en Consejo se acordó que yo participe a Vuestra Reverencia todo lo que ha pasado en este asunto, para que, considerándolo con cuatro o cinco religiosos de los más graves, de los que han gobernado o gobiernan actualmente, y que sean celosos del Real Servicio de Su Majestad, den su parecer acerca de si deben o no volver dichos religiosos a las Indias, y de los inconvenientes que en ello puede haber.

Es voluntad de Su Majestad que estos Padres den su dictamen al margen de este documento, con sinceridad, atendiendo sólo a lo que fuere del agrado de Dios y salvación de las almas”.

A este documento contestó el P. Provincial de Castilla con sus Definidores con un informe muy favorable que es como sigue:

“Siendo el P. Magallón y sus compañeros, religiosos de sólidas virtudes, modestos y de mucho celo de la salvación de las almas, como habían tenido ocasión de observar en los tres años que llevaban en los conventos de Madrid, deben por consiguiente volver a las Misiones donde Dios los llama, según las instancias y fervor con que lo solicitan.

Reparando la buena cuenta que de sí dieron dichos religiosos, cuando estuvieron en las Indias, no vemos ningún inconveniente, sí mucha gloria de Dios y provecho de su Majestad, en que vuelvan a las Misiones, ya que tanto campo sin cultivar hay en aquellas regiones de Indias.— Madrid, 6 de Junio de 1656.— Firmado: Alejandro de Valencia, Provincial; Francisco de Yecla, Bernardino de Quiroga, Diego de Arévalo y Gabriel de Valdepeñas.”

En vista de este informe se expidió una Real Orden para que nuestro P. Magallón pasara a evangelizar los indios de Cumaná, con cinco compañeros de la misma provincia de Aragón.

Gozoso el P. Magallón con el triunfo obtenido de sus enemigos, pasó de la Corte de España a Roma, a fin de tratar

con los Superiores de la Orden y con la Sagrada Congregación sobre la grande obra de la conversión de los indios de las provincias de Venezuela, obteniendo el siguiente decreto por el que se le nombraba Prefecto de la Misión de Cumaná durante diez años.

El Decreto es del tenor siguiente: "*Decretum Sacrae Congregationis Generalis de Propaganda Fide, habitae nona Maji 1657. "Referente Eminentissimo Domino Cardinali Extensi, Sacra Congregatio Praefectum Misionum Fratrum Capuccinorum in Provinciis Cumanae, Caracas, Guarapiche, Guachane, Araguae, et Amanae, in Indiis Occidentalibus, declaravit ad decenium fratrem Laurentium de Magdalion, sacerdotem ejusdem Ordinis, cum auctoritate ea quae Misionum regimen pertinent, ad prescriptum decretum Sacrae Congregationis, et facultatum eidem concessarum exercendi et non alias etc..."*

IV

REGRESO DEL P. MAGALLÓN CON NUEVOS MISIONEROS

La Real Orden de que hemos hecho mención, expedida por el Real Consejo el 20 de Noviembre de 1656, mandaba que nuestro biografiado P. Magallón, Prefecto de las Misiones de Cumanagotos, regresara a Cumaná con cinco compañeros para encargarse de la reducción de los indios de aquella provincia, en el lugar que le señalara el Gobernador D. Pedro de Brizuela, el cual determinó que se encargaran de la conversión de los indios en la parte que es provincia de Cumaná y Maturín, dejando la de Barcelona para los Observantes del Abrojo.

Los religiosos nombrados para esta expedición fueron: El M. R. P. Lorenzo de Magallón, Prefecto; los Padres, José de Carabantes, Francisco de Tauste, Agustín de Frias y Lorenzo de Belmonte y el Hermano lego Fr. Miguel de Torres. El

P. Antonio de Monegrillo no volvió sin que tengamos más noticias de él.

Se reunieron en Madrid; y arreglados todos los despachos, pasaron a Cádiz, a fin de salir en los primeros galeones que partieran para las Indias; pero no habiendo pasaje para todos, mandó el P. Lorenzo que se embarcara el P. José de Carabantes con los PP. Francisco de Tauste y Agustín de Frías, quedándose los otros tres esperando buque. Llegaron los últimos a Cumaná el 7 de Enero de 1658, después de haber sufrido en los últimos días una horrorosa borrasca, librándose del naufragio por la intercesión de la Inmaculada Virgen a la que invocaron en ese trance.

Tanta como fué la tristeza y el sentimiento de los habitantes de Cumaná, cuando vieron salir a los Capuchinos de aquellas Misiones para volver a España, otro tanto y aun mayor fué la alegría y el contento de los mismos al llegar otra vez los Capuchinos a la ciudad. Fueron recibidos con grandes muestras de regocijo por todas las clases sociales, especialmente por el Gobernador D. Pedro de Brizuela, que había trabajado muchísimo ante el Real Consejo de Indias para lograr esta Misión; establecieron en la villa de Cumanacoa, donde fundaron una residencia provisional, para comenzar desde allí las gestiones encaminadas a cumplir su fin principal que era reducir a los indios de aquella región, entonces bastante numerosos.

En la provincia de Cumaná que se había designado a los Capuchinos aragoneses, como teatro de operaciones, había cinco poblaciones españolas; Cumaná, la más antigua, numerosa y principal de la provincia, con unos 300 vecinos; Cumanacoa, cerca de Cumaná, con treinta vecinos; Cariaco, con 16 vecinos; Nueva Barcelona llegaba a 50 vecinos; y Cumana-goto en la desembocadura del Nuare. Todos los demás habitantes de Cumaná eran indios salvajes que vivían en los bosques, y cuando llegaron nuestros Misioneros, dice el P. Carabantes, que era uno de ellos, "estaba toda esta tierra por todas partes hecha un hervidero de guerras entre indios, y no dejaban vivir a los españoles; los vecinos de Cumaná, se

veían acorralados por mar y tierra; en Cumanacoa, estaban aun más conprometidos, pues para ir a tomar agua al río que está próximo, tenían que salir acompañados de escolta.

Pusieron los religiosos todo su empeño en templar los ánimos de los indios, y, para estar más cerca de ellos, hicieron un hospicio en Cumanacoa; aquí tuvieron noticia de que era grande el número de los indios en guerra que vagaban por toda la provincia; supieron las crueldades que cometían, y que eran sumamente pertinaces en no aceptar la paz.

Acerca de la condición de estos indios cuya reducción y evangelización había sido encomendada a los Capuchinos aragoneses, escribe el P. Lodares (1): “Las naciones de indios que habitan esta provincia son muy diversas; unas de mejor natural, otras de condiciones muy extrañas. Comunmente viven todas en las cercanías o riberas de los ríos, pero separadas las casas unas de otras, sin política racional, ni comercio alguno; lo más que hacen para su defensa es juntarse para andar vagueando de una parte a otra como manada de ovejas sin pastor.

Por ser la provincia muy extensa y cruzada de ríos caudalosos, nunca se ha podido averiguar el número de indios que la habitan, si bien se cree llegarán a veinte mil.

Acerca de sus costumbres, diremos que no tienen religión alguna, ni sociabilidad de ninguna especie; son viciosos, puesto que todos practican la poligamia, y se embriagan en las frecuentes fiestas que preparan con cualquier pretexto; son sumamente perezosos y cuesta mucho obligarles a trabajar para que tengan qué comer.

Pero lo que más se opone a la conversión, es la superstición, porque los *piaches*, que los tienen completamente sugestionados, son muchos de ellos verdaderos espiritistas y ejercen este arte diabólico; por lo que es muy difícil hacerles comprender los engaños en que los tienen sujetos.

No es creíble la ignorancia en que estos indios viven acerca de Dios y de la inmortalidad del alma, pues no tienen ni

(1) Tomo I, pág. 41.

siquiera una idea remota de estas verdades fundamentales de religión. Debieron contribuir mucho a este embrutecimiento sus muchos vicios y enormidades.

Todos los indios andan desnudos, sin más ropa que el “guayuco” para la decencia y la honestidad.”

Inventaron los Misioneros varios medios para introducirse entre esos bárbaros, y si bien al principio concibieron lisonjeras esperanzas, luego se desvanecieron, porque las promesas hechas por un cacique, que decía tener autoridad entre los indios, no se cumplieron; esto les facilitó la entrada, pero los indios no quisieron reducirse.

Conociendo los Misioneros que, mientras no terminara la guerra entre españoles e indios, no era posible pensar en la reducción de éstos, les pareció conveniente dar misiones en las ciudades y pueblos de españoles, ya para estar constantemente ocupados en su ministerio, y ya también para promover la gloria de Dios y la salvación de aquellas almas que estaban muy necesitadas.

La primera ciudad que recibió los benéficos influjos del apostolado del P. Carabantes y sus compañeros, fué la ciudad de Cumaná, en la cual fué tan grande el fruto de la misión, que parecía una Ninive en penitencia. De aquí pasaron a dar misión a las otras cuatro poblaciones, Barcelona, Cumanacoa, Cariaco y Cumanagotos, que estaban muy necesitadas de ella, debido a la escasez del clero y a la falta de instrucción religiosa, así como también a la mezcla de españoles y criollos con los negros importados de Africa, por lo cual unos y otros, olvidada toda ley, se entregaron a los excesos de una vida licenciosa. El resultado fué tan satisfactorio como en Cumaná. Al tener noticia de esto los habitantes de Caracas, pidieron con instancia a los Misioneros que pasaran a predicar una misión en dicha capital, que era cabeza de la Capitanía general. La misión se dió en la Santa Iglesia Catedral, con asistencia de los Cabildos eclesiástico y civil y de todos los fieles grandes y pequeños; y sin detenernos en detalles acerca del fruto obtenido por los Misioneros, se puede afirmar que la ciudad, de Babilonia de vicios, quedó convertida en paraíso de virtudes.

A consecuencia de tan felices resultados de las misiones predicadas por nuestros Misioneros ante los Cabildos eclesiástico y civil, acordaron pedir al Rey nuevos Misioneros Capuchinos para la reducción de los indios de Los Llanos de Caracas, y acogiendo el Rey Felipe IV con agrado esta petición, expidió el Real Consejo una Real Cédula por la que se ordenaba fueran a Venezuela otros seis Capuchinos. Estos fueron todos de la provincia de Andalucía y eran los siguientes: Padre Rodrigo de Granada, Presidente de la expedición; P. Emilio de Sevilla, P. Pedro de Béjar, P. Antonio de Antequera y los Hermanos Bartolomé de Pamplona y Nicolás de Rentería, todos los cuales llegaron a últimos del año 1658 y se agruparon con los que estaban allí de la provincia de Aragón, quedando todos ellos bajo la dependencia del P. Lorenzo de Magallón.

Mientras los PP. Carabantes y Tauste predicaban en las villas y poblaciones de Cumaná y Caracas, se unieron con el Padre Frías que estaba en la residencia de Cumaná, el P. Lorenzo de Belmonte y el Hermano Fr. Miguel de Torres, recién llegados de España, y el P. Magallón se trasladó a la capital de Venezuela para de allí dirigir y gobernar mejor a sus súbditos.

¿Quién había de sospechar que estas misiones emprendidas por nuestros Misioneros en las poblaciones españolas de Cumaná y Caracas, con un fin tan elevado y con tanto éxito y contento de la inmensa mayoría de la población y de las autoridades, había de ser causa y origen de que el Real Consejo de Indias ordenase la vuelta de los Misioneros a España? Pues así fué, como lo vamos a ver en el siguiente párrafo.

NUEVAS CONTRADICCIONES Y NUEVO TRIUNFO DEL P. MAGALLÓN

“Es ciertamente desalentador para el pobre Misionero, dice el P. Lodares (1), el pensar que en su camino de sacrificio ha de tropezar con obstáculos muchas veces insuperables. La primera expedición de Misioneros Capuchinos se encontró con un Gobernador que oprimía a los indios con tributos y gabelas excesivas, y por que los Misioneros, defensores natos de los indios, le hicieron alguna observación, pidió al Rey que los mandase retirar.”

Ocho años después llega la segunda expedición (de que hemos hecho mención en el párrafo anterior); y porque los Misioneros predicán la moral cristiana y reprenden los vicios, otro alto personaje de Caracas, que no nombra el Padre Tauste, pide también que los Misioneros vuelvan a su convento, y supo pintar las cosas con tan vivos colores, que consiguió, si no lo que deseaba, porque otros más fuertes que él se opusieron, al menos logró que Su Majestad despachase una Real Cédula en este sentido el 25 de Septiembre de 1660, o sea a los dos años de su llegada a la Misión.

Este personaje de cuenta, que vivía mal, molesto de la predicación de los religiosos, escribió secretamente al Consejo Real diciendo que estos Misioneros, en vez de entrar a la reducción de los indios, se habían venido a las ciudades con el pretexto de dar misiones y sería mejor volviesen a los conventos de España.

Llegó esta carta a Madrid al mismo tiempo que otra de nuestro Prefecto de la Misión, en que pedía al Consejo de Indias se les diera permiso a los Misioneros de Cumaná para quedarse con sus hermanos en la provincia de Caracas, ya que era imposible entrar a reducir por entonces a los indios Cumanagotos, por hallarse en guerra con los españoles

(1) Los Capuchinos en Venezuela. Tomo I, pág. 44.

Cuando el Consejo Real tuvo conocimiento de estas dos cartas, al ver en ellas ciertas coincidencias, puesto que el Padre Magallón, sin pensarlo confirmaba las injustas afirmaciones de su propio acusador, expidió la Real Cédula en que se prohibía que fueran más religiosos a Venezuela y mandando que se retiraran a España los doce Capuchinos que allí había.

Cuando llegó esta Real Cédula a Venezuela, ya estaban todos los religiosos en sus respectivas Misiones, y habían vencido las primeras dificultades, fundando en Los Llanos la población de Tuenragua, y en Cumaná Nuestra Señora de los Angeles de Guácharo. Reconociendo estos grandes adelantos en la propagación del Evangelio y reducción de los indios, los Gobernadores de Caracas y Cumaná, de acuerdo con los Cabildos eclesiástico y civil, se opusieron a que los Capuchinos abandonaran sus Misiones, como la primera vez. El Gobernador de Cumaná acudió incluso a la violencia y publicó un bando amenazando con gravísimas penas al que se atreviera a embarcar los Misioneros.

Convinieron por fin que fueran dos a dar cuenta al Rey de todo lo que había pasado, siendo designados para ello por el P. Prefecto los PP. Francisco de Tauste y Agustín de Frías, los cuales se embarcaron el año 1661. Una vez llegados a España presentaron una Memoria al Consejo Real, la que fué examinada junto con los informes de los Gobernadores de Caracas y Cumaná y demás documentos relacionados con este asunto. Y sucedió que no hubo acuerdo en el Tribunal; mientras unos pocos pedían se cumpliera la Real Cédula y se vinieran a España los Misioneros, otros, con su Presidente a la cabeza, que lo era entonces D. Mateo de Villa Marín, apoyado por D. Juan Sáenz Navarrete y D. Alvaro Benavides, presentaron a Su Majestad un voto particular en un larguísimo informe, haciendo historia de lo ocurrido y abogando por la permanencia de los Capuchinos en Venezuela, del cual extractamos lo siguiente:

“En el Memorial de Fr. Agustín de Frías y Fr. Francisco de Tauste, Religiosos Capuchinos que Vuestra Majestad remitió al Consejo, hacen constar el gran fruto que se ha consecui-

do y se consigue en aquellas reducciones; y suplican que se les permita a los religiosos que están allá, retirarse a sus provincias de España y en caso de que deban perseverar, se dé a este asunto forma estable y permanente, para que puedan trabajar sin recelo de novedades, y piden con grande instancia se dé pronta resolución.

Realmente, desde el año 1650, en que llegaron los primeros Capuchinos a la provincia de Cumanagotos donde hicieron mucho fruto, hasta el presente, han sido muchos los beneficios espirituales que se han ido consiguiendo mediante estos religiosos en la conversión de los indios de aquellas provincias, y consta que si Fr. Francisco y sus compañeros no se quedaron en la isla de Granada, fué por estar ocupada por los franceses y serles preciso buscar otro lugar donde ejercer su ministerio. Estableciéronse entre los Cumanagotos, y en poco tiempo fundaron tres poblaciones, y sin embargo, el Consejo, apoyado en los informes que recibió les mandó regresar a España. Juzgó entonces como caso de conciencia defraudar a los indios del fruto espiritual, y los mandó volver de las Indias.

Ahora nos encontramos también en caso semejante y aunque falta el informe del Señor Obispo de Puerto Rico, a quien se pidió que diera su dictamen, y no siendo posible obtenerlo por haber muerto, podemos suplirlo con lo que dicen estos religiosos, que afirman haber obrado siempre de acuerdo con dicho Prelado; que han bautizado más de 400 niños, sin contar sesenta que han muerto y que tenían señalados sitios para cuatro poblaciones tierra adentro y se hubieran llevado a efecto, si no hubieran sido llamados los religiosos y muerto el Señor Obispo.

Que los referidos Misioneros dicen la verdad, se comprueba por las cartas de los Cabildos y del señor Gobernador de Caracas y aun del de Cumaná D. Juan Bierma y Carbajal, que ha llegado recientemente; además que, siendo muerto el Señor Obispo de Puerto Rico, no se atreverían los religiosos a invocar el testimonio de este Prelado, si no estuvieran seguros de ello.

Por otra parte, habiendo Vuestra Majestad mandado a los dichos Gobernadores de Caracas y Cumaná, que embarcaran pa-

ra España a los Capuchinos sin dejarles arbitrio en la ejecución, les hizo tanta fuerza el perjuicio, que resultaría a las reducciones de indios, y juntamente ver el general descontento que mostraban lo mismo los indios que los españoles de aquellas provincias, que resolvieron no dar cumplimiento a la Real Cédula, sin representar a Vuestra Majestad las razones tan justas que había en contra de dicha orden.

Todo lo cual manifiesta una verdad continuada, una necesidad urgente, un vivo clamor común, sin haber descubierto ni oído ninguna contradicción; entienden los de este voto que se halla el Consejo con todos los informes que por la última Cédula de 28 de Octubre de 1660, se pidieron al Obispo y Gobernador referidos; y así los que han podido informar escriben con tanta aprobación y afirman que, si desaparecen de aquellas reducciones estos religiosos, se descompondría y perdería lo trabajado, exponiendo a los numerosos indios que están reducidos a que se vuelvan a los montes.

No se necesitan, pues, más noticias para tomar la última determinación en este punto; pues todo cuanto han obrado estos religiosos, desde el principio hasta ahora, lo han hecho con ardiente fervor, sin reparar en peligros ni incomodidades; y atropellando riesgos, se han entrado tierra adentro y conseguido la reducción de tres pueblos y han edificado iglesias con millares de almas convertidas.

Además, han facilitado la entrada de los españoles en Los Llanos, donde hacía cincuenta años que por las guerras no se había podido penetrar, ni estaban seguros los españoles que habitaban aquellas provincias, y es digno de fijar mucho la atención de Vuestra Majestad en esto, pues no es otra cosa lo que estos religiosos están obrando, sino descargar la conciencia Real de la obligación y carga con que posee aquellas provincias, por medio que no le es costoso, y sí de mucha utilidad.

Considérese también que, a pesar de tantos años como hace que hay residencia de religiosos en Caracas y Cumaná, de diferentes religiones, no se sabe que ninguna de ellas haya intentado esta conquista espiritual; y aunque el año 1656 fueron religiosos del Abrojo a los Cumanagotos, no han avisado nada

del fruto espiritual que han hecho, aunque hemos de creer de su mucha virtud que habrán obrado maravillas.

Añádase a todos estos motivos la pobreza y humildad que esta religión profesa, sin ningún afecto a las cosas temporales, pues toda su ansia es conquistar almas para Dios y procurar su mayor gloria en la propagación de la fe católica, donde predicán; y habiendo conseguido tan copioso fruto de fieles convertidos en tan poco tiempo, es punto de mucho escrúpulo arrancar de raíz el árbol que lo produce, y apagar la luz con que se comienza a iluminar la dilatada gentilidad, sin permitir que sigan allí los religiosos que quedaron, cuando se necesitan muchos más.

Y todavía hay que agregar el cariño que los indios han tomado a estos religiosos, los cuales, para poder conseguir mejor la educación y enseñanza de los indígenas, han aprendido su lengua, algunos con gran perfección. Conviene, pues, que los que están allá prosigan sus conquistas y que vayan los que pide el Gobernador, en número suficiente; pues no se comprende que, no pudiéndose impedir el paso a las Indias de tantos perdidos, que rebajan las costumbres, se repara tanto en conceder el paso a tan corto número de religiosos que, con licencia de sus Superiores y sujetos a la obediencia, van a convertir los infieles, sin ningún humano interés, tanto más, cuanto que los pide el clamor común de todos, y es grande el fruto que hacen. Tenga también en cuenta Vuestra Majestad la máxima de sus progenitores *de que por un alma sola que se convierta, aventurará las rentas de sus estados.*"

Por todo lo cual son de parecer los firmantes que se mande a estos religiosos se vuelvan en el "*Patache Margarita*" y que Vuestra Majestad permita llevar diez o doce religiosos más, encargando a las provincias de Aragón y Andalucía que se pongan de acuerdo y que juntamente se dé orden a los Gobernadores de Caracas y Cumaná, que se les acomode un hospicio decente para vivir en conventualidad; y con este principio necesariamente se irán arraigando y les será preciso fundar convento en lo porvenir, y que esta Religión se extienda y sea la propagación del Evangelio, que es lo que se necesita en tan

dilatadas provincias de infieles. — Madrid, 26 de Agosto de 1662.— Hay seis firmas.”

Esta exposición tan luminosa y tan altamente laudatoria para los Misioneros Capuchinos por la conducta seguida en las Misiones de Venezuela desde el principio hasta este punto, y presentada como voto particular por seis miembros del Real Consejo, hizo impresión en el ánimo del Rey quien mandó expedir una Real Cédula, en que se resume toda la cuestión, falla en favor de los Misioneros y da las órdenes convenientes. Dice así: (1).

“San Lorenzo del Escorial, a 26 de Octubre de 1662. Mi Gobernador y Capitán General de Caracas.

Por Cédula de 2 de Octubre del año pasado de 1660, os mandé dieseis orden a Fr. Lorenzo de Magallón, religioso Capuchino y a los demás de su Orden que estaban en esa provincia, para que vinieran a estos Reinos de España, por los motivos que se referían en esa Cédula; asimismo os mandé me informaseis cómo habían obrado estos religiosos en aquellas conquistas espirituales, reconociendo todo muy por menudo.

Y habiéndose visto en mi Consejo de Indias todo lo que sobre esto me habéis escrito, así vos como el Gobernador de Cumaná; cómo uno y otro no permitisteis que vinieran dichos religiosos por el grande inconveniente que se seguiría de dejar desamparado el progreso de esas Misiones, por el colmado fruto que hacían dichos Misioneros, y tomasteis por temperamento que Fr. Agustín de Frías y Fr. Francisco de Tauste, vinieran a esta Corte a manifestar la prontitud con que habían querido obedecer mis órdenes y ejecutarlas de nuevo si las diese.

Y habiéndose visto todo lo que han expuesto por Mi Consejo de Indias, y consultado con ellos, he resuelto que los dichos religiosos continúen en sus Misiones, y que Vos suspendáis la ejecución de la referida Cédula, en que os mandé dispusieseis que los referidos religiosos viniesen a estos reinos,

(1) *Lodares*, Tomo I, pág. 59.

y que los PP. Agustín de Frías y Francisco de Tauste vuelvan a esas provincias y lleven consigo doce religiosos de la misma Orden, para que todos se incorporen a los demás que allí han quedado y estén sujetos a Fr. Lorenzo de Magallón, su Prefecto o al que por tiempo fuere.

Y a Vos encargo cuidéis con toda especialidad de todo lo que conduce a este fin, teniendo entendido que en ninguna otra cosa me haréis más agradable servicio; y de lo que fuera resultando con los nuevos religiosos que se envían, me iréis avisando muy por menor del estado en que tuvieren esas conquistas y todo lo que juzgareis digno de mi noticia.

Yo, el Rey.—Por mandato de Su Real Majestad, Pedro Medrano.— Es copia fiel del original, Francisco Villar.”

Esta Real Cédula se comunicó al P. Prefecto en la forma siguiente: (1).

“El Rey al P. Prefecto, Lorenzo de Magallón:

Considerando el gran provecho espiritual que se ha reconocido en esas provincias, y el fruto que por medio de esas Misiones ha resultado en aumento de nuestra Santa Fe:

Y habiéndose visto en mi Consejo Real de Indias los informes que sobre esto han hecho mis Gobernadores de Caracas y Cumaná, he resuelto que continuéis en esas Misiones, y que Fr. Agustín de Frías y Fr. Francisco de Tauste, que vinieron a estos reinos a dar cuenta del estado en que se hallaban, se vuelvan a esas provincias y lleven doce religiosos de la misma Orden, para continuar las Misiones que habían empezado.

Estarán todos bajo su obediencia, o del Prefecto que por tiempo fuere; y todos obedeceréis al Provincial de Andalucía, a quien encargué el cuidado de esas Misiones. Y vos dispondréis que los religiosos aragoneses y los demás que ahora están en Cumaná se agrupen y queden sujetos a dicho Provincial de Andalucía, Comisario de esas Misiones.

Espero que con este refuerzo continuaréis y llevaréis muy adelante los trabajos emprendidos, procurando, que con vuestro ejemplo todos los religiosos de esta Misión se alienten en

(1) Lodaes, Tomo I, pág. 59.

nuevo espíritu a la reducción de los indios, pues el principal medio de conquistarlos ha de ser por la enseñanza práctica del ejemplo de obreros desinteresados y atentos sólo al mejor servicio de Nuestro Señor.

Preparaos, pues, con mucho fervor Vos y todos los religiosos que estén a vuestras órdenes, a fin de que se dilate por sus provincias nuestra sagrada religión; de manera que en la conquista espiritual en que entendiéreis se consiga el fruto que yo tanto deseo, por el mayor servicio de Dios y bien de las almas, de cuyo mérito también parte os tocará a vosotros. De vuestra virtud lo fío, de que con ansias muy fervorosas lo procuréis. Del recibo de este despacho me daréis aviso en la primera ocasión que se ofrezca.

San Lorenzo del Escorial, 26 de Octubre de 1662.— Yo, El Rey.— Por mandato de Su Majestad, Pedro Medrano.— Es copia del original, Pedro Medrano.”

Con este segundo triunfo obtenido por los Misioneros sobre sus enemigos en Venezuela, quedó zanjada la cuestión, y definitivamente establecidos los Misioneros Capuchinos en dicha república.

El campo de evangelización de los Capuchinos comprendía toda la orilla izquierda del río Orinoco, desde la desembocadura del Caroní hasta el mar, y se extendía por toda la región del río Maturín, tirando una línea desde frente a San Félix de Guayana, que pasando por Cantaura, abarcaba todas las vertientes que desaguan en el Orinoco y las que van al golfo Triste.

Mientras estas cosas se resolvían en España, ya los Misioneros que habían quedado en Venezuela, después de varias entradas en la región de los indios, aun con peligro de sus vidas, y después de varias gestiones llevadas a cabo infructuosamente con algunos caciques, cuando casi desesperaban de poder ablandar y apaciguar a los indios, vieron con gran sorpresa y alegría que súbitamente y al parecer milagrosamente hallaron a los indios cambiados y dispuestos a reducirse a población bajo la dirección de los Misioneros. Y así vemos que fundaron el primer pueblo e iglesia dedicada a Santa María de los

Angeles en el Cerro del Guácharo el año 1660, y luego el Padre Carabantes entrando en los indios caribes logró fundar con ellos otro pueblo e iglesia, que dedicó a la Santísima Virgen del Pilar, y se llamó la Misión de Nuestra Señora del Pilar, que se fundó el año 1662.

Al siguiente año, 1663, regresaron de España los PP. Francisco de Tauste y Agustín de Frías, llevando consigo entre otros a los PP. Juan del Pobo y Felipe de Híjar, de quienes nos ocupamos más adelante, y todos cuatro se agruparon a la Misión de Cumaná, marchando los PP. Andaluces a Los Llanos de Caracas, aunque sujetos unos y otros al P. Lorenzo de Magallón.

Luego que llegaron de refuerzo los Padres mencionados, emprendieron otras fundaciones; el P. Agustín de Frías cerca de Cumanacoa fundó el pueblo de San Salvador; y el P. Francisco de Tauste se fué a las riberas del río y fundó la Misión de San Francisco.

VI

TERMINA EL TIEMPO DE LA PREFECTURA DEL P. MAGALLON.—SU MUERTE

Como queda indicado, las dos Misiones de Capuchinos de Venezuela, la de Los Llanos de Caracas a la que habían sido destinados los Padres andaluces, y la de Cumaná en la que trabajaban los Padres aragoneses, estaban por este tiempo sujetas a un Comisario General que era el P. Provincial de Andalucía a tenor de lo dispuesto en la Real Cédula de 26 de Octubre de 1662 dirigida por el Rey al Capitán General de Caracas, y tenían para los dos centros un solo Prefecto que había sido hasta esta fecha nuestro P. Lorenzo por espacio de 18 años. No estaban sin duda satisfechos los Misioneros de ser gobernados por un Superior que vivía a muchas leguas de distancia, con difícilísimas comunicaciones para dar a conocer sus necesidades, y de aquí se originaban frecuentes reclama-

ciones al Comisario General quien nombró dos Superiores, uno para Cumaná y otro de Los Llanos de Caracas, como se ve por la siguiente carta:

Sevilla, 2 de Junio de 1668.— M. R. P. Lorenzo de Magallón, Prefecto de las Misiones de Caracas.

Muy Reverendo Padre: Dios Nuestro Señor dé a Vuestra caridad la gracia y felicidad que le deseo y que El le premie lo mucho que ha trabajado en esa Misión, con tanto celo y caridad, de lo cual tengo vastísimas satisfacciones; pero juzgando a V. E. necesitado de algún descanso, he resuelto aliviarle del trabajo que tantos años ha tenido, exonerándole de la carga, y así, he nombrado al Muy Reverendo P. Pedro de Béjar, Prefecto de esas Misiones, y Vice-prefecto, por lo que toca a la de Cumaná, al P. Agustín de Frías, y esté Vuestra Reverencia cierto de que en verdad mi intento es sólo aliviarle, pues aunque he tenido muchas cartas pidiendo esta modificación, ninguna ponía en duda sus muchas virtudes, atribuyendo a celo de las almas y regular observancia, cualquiera aspereza que haya habido en el cumplimiento de su deber, como Superior de esas Misiones.

De Vuestra Reverencia afectísimo hermano.—Fr. Francisco de Jerez, Comisario General.”

Después de esto todavía vivió ocho años y trabajó como Misionero particular, hasta que acompañando al Sr. Obispo de Caracas en la visita de su Diócesis, murió en el pueblo de Cumarebo, el año 1676.

Al consagrar el P. Lodaes algunas páginas a la memoria de algunos abnegados y heroicos Misioneros que gloriosamente sucumbieron en Los Llanos de Caracas, dice lo siguiente respecto a nuestro biografiado:

“*El Padre Lorenzo de Magallón*. Fué nombrado Prefecto para la expedición que el año 1650 condujo el venerable Fray Francisco de Pamplona para la isla de Granada, que se instaló después en Piritu, con el fin de reducir a los indios Comangotos; allí fundaron tres pueblos: Piritu, San Miguel y Guanape; vueltos a España en 1651, por las causas ya expuestas, fué confirmado en la Prefectura y regresó a las misiones de Cu-

maná el año 1658, acompañado del venerable P. José de Carabantes y otros compañeros, desempeñando con gran celo el cargo de Prefecto hasta el año 1668, que fué nombrado el Padre Pedro de Berja.

Fué varón apostólico y de grandes virtudes, por lo cual el Ilmo. Sr. Obispo de Caracas, Fr. Antonio González Acuña, que conocía bien sus méritos, quiso que se quedara con él para que en condición de Misionero, le acompañara en la Santa Visita de su dilatada Diócesis, y en este santo ejercicio murió, en el pueblo de Cumanarebo, un día de camino de Coro, por los años 1676. .

Habiéndose detenido el Sr. Obispo dos años en la visita a aquellas apartadas regiones, quiso, antes de retirarse de la ciudad de Coro, recoger los huesos del venerable misionero, para darles sepultura en aquella iglesia, que había sido catedral. Mandó exhumar los restos, y habiendo cavado en la sepultura, hallaron entero e incorrupto el cuerpo del expresado P. Magallón, como si aquel mismo día lo hubieran enterrado, y habiéndose resistido los indios de dicho pueblo de Cumanarebo a que lo sacasen y llevaran el cuerpo del siervo de Dios, convinieron en que sólo se remitiese al Sr. Obispo el santo hábito, que estaba entero, sin corrupción, y un gran cilicio que tenía ceñido a la cintura.

El año 1719 estuvo en el expresado pueblo de Cumanarebo el P. Salvador de Cádiz dando una misión y averiguó de los ancianos que trataron y conocieron a dicho venerable religioso, muchos casos prodigiosos, que por no ser de nuestro intento, los omitimos.

En los manuscritos de Milán se hace mención de este venerable misionero con el siguiente elogio: "*Duodecimus fuit Venerabilis, P. Fr. Laurentius de Magallón, quem Missionum multarum Atlantem ac Praefectum predicat uterque Orbis; hic portavit pondus diei et aestus; incredibilibus laboribus Missiones a variis et fortibus contradictionibus liberavit, auxit, et con-*

servavit. Cumque innumerabiles filios Jesu Christo peperisset, plenus meritis et annis in Domino obdormivit. Crucem Jesu toto vitae tempore tam gravissimam portavit, ut si Deus ipse, qui sinistra gravitatem inmitebat, sua dextera speciales ei vires haud adderet, procul dubio succumberet, ut ipse confessorio suo fatebatur."

P. MIGUEL DE ALBALATE

El celo es el que hace y forma al misionero, y puesto que el celo procede de la caridad, como efecto de su propia causa, síguese en buena lógica que, cuanto mayor y más intensa es la caridad en un alma, tanto mayor, más intenso y fervoroso es el celo que siente por la gloria de Dios y por la salvación de las almas; la gloria de Dios y la salvación de los hombres son los dos objetos primordiales del celo. Dios es el objeto primario de la caridad, y las almas, el objeto secundario, en cuanto que las amamos por Dios.

Pero dice Jesucristo que no hay caridad mayor que la del que da la vida por sus amigos y semejantes. *Majorem charitatem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis* (1). No parece que se pueda amar más ni hacer más por el prójimo que dando la vida por él; pues con esto sacrificamos el mayor de nuestros bienes y el que es base y fundamento de los demás, y sacrificada nuestra vida temporal por la espiritual y eterna del prójimo, todo lo demás, honra, riquezas y deleites, queda también sacrificado.

Así, Jesucristo, aun cuando nos dió muestras de su infinito amor a los hombres en su Encarnación, en su Nacimiento y en su vida de predicación y apostolado, pero ese amor tuvo su remate, su perfección y culminación en su muerte de cruz, con la cual nos redimió y rescató del poder de Satanás y nos abrió las puertas del cielo. Su crucifixión y su muerte fué el coronamiento de su Divina Misión.

Lo mismo hicieron los Apóstoles. Todos ellos, después de haber amado a los hombres y de haber empleado todas sus

(1) Joan, 15-13.

fuerzas y su celo en bien de los prójimos, coronaron su apostolado con el martirio. Y esto mismo sucedió también con los Misioneros Capuchinos de Cumaná, los principales de los cuales terminaron su vida recibiendo el martirio de manos de aquellos a quienes comunicaban o deseaban comunicar y dar la vida del alma, la vida de la gracia.

El primero de éstos fué el P. Miguel de Albalate. Nació este religioso en Albalate del Arzobispo, perteneciente, en lo civil, a la provincia de Teruel, y en lo eclesiástico, al Arzobispado de Zaragoza. En el tomo del II volumen de los cinco libros, relación de bautizados, que se conserva en el archivo parroquial de la villa de Albalate, se halla la partida de bautismo, que es como sigue: "En veintinueve de Diciembre, año 1645, fué bautizado Miguel, hijo de Juan Vicente y María Bernad." Al margen de esta partida se lee: "Miguel Vicente. Murió mártir siendo Capuchino en las Indias."

A la edad de cerca de 21 años ingresó en nuestra Orden Capuchina tomando el santo hábito en el convento de noviciado de Tarazona, el día 7 de Diciembre de 1666, de manos del Padre Diego de Pradilla.

Es sin duda Albalate la población aragonesa que mayor contingente de vocaciones dió a nuestra religión Capuchina, como se colige de una relación titulada "Nómina de los religiosos Capuchinos existentes en el año 1863". Sabido es, que por este tiempo llevaban los capuchinos, así como los demás religiosos de España, cerca de treinta años de exclaustación, y por lo tanto habrían muerto para esta fecha muchos de los exclaustados. Pues bien, en este año se cuentan noventa y tres Capuchinos aragoneses que vivían dispersos por ciudades y pueblos de Aragón, de los cuales, veinte, o sea más de la quinta parte eran del pueblo de Albalate, incluso el Provincial.

Y uno de los más ilustres entre todos ellos es nuestro biografiado, quien en la flor de la edad, y en sólo tres años de Misiones en Cumaná logró copiosos frutos entre los indios salvajes, y como premio y corona de sus apostólicos trabajos conquistó la palma del martirio, que se la dieron los mismos

indios cuya vida espiritual y salvación eterna se esforzaba en procurar.

Apenas terminados sus estudios e instituido predicador, sintióse llamado del Señor a la conversión de los infieles, y el año 1680, contando 32 años de edad pasó a Cumaná, donde empezó su apostolado y sagrado ministerio en compañía de aquellos venerables y primeros Padres que fueron a aquellas Misiones.

El Padre Lodaes dice: (1) "Era entonces (cuando el P. Carabantes tomó el hábito capuchino) Guardián del convento de Parazona el P. Miguel de Albalate, que pasó a las Misiones de Cumaná en 1680. Nada menos cierto, habiendo ido el Padre Miguel a Cumaná, como queda dicho a los pocos años de terminada su carrera. Además es un evidente anacronismo, pues el P. Carabantes es mucho más antiguo que el P. Miguel, pues cuando éste tomó el hábito capuchino, ya el P. Carabantes estaba de Misionero en Cumaná. El P. Miguel de Albalate, que era Guardián y Maestro de novicios cuando tomó el hábito el P. Carabantes, es aquél de quien hemos hablado en la primera parte de esta obra, y que fué muchas veces Guardián y Definidor Provincial. Nuestro P. Miguel no debió tener ningún cargo en la provincia.

Como los indios vivían diseminados por los bosques, no era posible catequizarlos, e instruirlos en las verdades de la Religión, y menos cuidar de ellos el Misionero en la debida forma, si primero no se unían varias familias formando una población, y por esto se hacía necesario que el Misionero entrase en los montes, en donde hacían vida completamente salvaje, les hiciera patente la necesidad y conveniencia de reunirse en un lugar y formar un pueblo.

Nuestro P. Miguel movido del celo por el bien de aquellos infieles, entró también por los bosques y logró convencer de la necesidad de agruparse a varias familias de la misma lengua, y al cabo de un año de su llegada a Cumaná, formó con ellos un pequeño pueblo, con unas pobres chozas de barro

(1) Tomo III. capítulo X. Nota pág. 170.

y paja, el 27 de Mayo de 1681. Llamóse este pueblo San Miguel, poniendo así a sus habitantes bajo la protección del Príncipe de las milicias celestiales. Estaba situado en un lugar llamado "Entre dos ríos", distante dos leguas del pueblo de Cumanacoa y ocho del de Santa María de los Angeles, fundado por los Capuchinos.

El Misionero era todo en el pueblo, Alcalde, Juez, Maestro, agricultor, etc., pero sobre todo era Misionero, y por eso su ocupación principal consistía en catequizar e instruir en la Religión a los indios adultos y bautizar los niños, visitar a los enfermos y administrarles los sacramentos. Al cabo de dos años, y cuando se hallaba más ocupado en este santo ejercicio el celoso Misionero, ocurrió que el día 5 de Febrero del año 1683, se presentaron en el pueblo un buen número de indios, parientes, amigos y conocidos de los que vivían en San Miguel bajo la dirección del Padre, con el fingido propósito de abandonar la vida salvaje, hacerse vecinos del pueblo y abrazar la religión cristiana. Pero lo que realmente pretendían era todo lo contrario, esto es, seducir a sus vecinos y obligarles a volver consigo a los bosques.

Mucho se alegró al principio el Misionero, oyendo de sus labios tan buenos y santos deseos pensando procedían con sinceridad. Y para mejor ganérles, los agasajó cuanto pudo, dando al mismo tiempo gracias al Divino Pastor por las nuevas ovejas que traía a su redil. Aun cuando advirtió en sus semblantes cierta tristeza y melancolía que le pareció indicio de poca sinceridad en sus manifestaciones, no pensó sin embargo, que fueran lobos cubiertos con piel de oveja y trató de granjearse el afecto de ellos con su bondad y afabilidad, exhortándoles a perseverar en el camino emprendido.

Durante el breve tiempo que estos hipócritas y malvados estuvieron en la población, indujeron por diversos medios a sus moradores a que, abandonando aquel lugar, se volvieran con ellos a los montes; más ellos que estaban alegres y contentos con la nueva vida que tantos bienes les proporcionaba, se negaron rotundamente a secundar sus deseos y abandonar al Misionero de quien tantos bienes habían recibido. Viendo

estos malhechores frustrado su intento, concibieron el diabólico plan de quitar la vida al P. Miguel, como único medio eficaz para conseguir que los moradores de San Miguel se fueran con ellos a continuar viviendo la vida salvaje de los bosques. Y como lo concibieron así lo realizaron, pues no había de faltarles ocasión para ello.

Era costumbre de los Misioneros visitar diariamente las casas y familias que componían las llamadas *conversiones* de los indios, enterarse de los enfermos que en el pueblo hubiera, auxiliarles espiritualmente y aun corporalmente, según los medios con que contaba la Misión, componer los pleitos, divergencias y desavenencias que eran muy frecuentes entre los indios. Y no ignorando esto los nuevos huéspedes, creyeron ser ésta la coyuntura más favorable para realizar su criminal designio. Y en efecto:

Después de celebrar la Misa y hacer los demás ejercicios acostumbrados y diarios, salió el P. Miguel como de costumbre y fué visitando sus viviendas hasta llegar a la casa en que estaban ellos alojados. Encontrólos tristes, melancólicos y cariacontecidos, con lo que se confirmó en la sospecha de que tramaban su fuga y vuelta a los bosques, para evitar lo cual, estúvoles haciendo una larga exhortación. Hablóles de la necesidad de permanecer en compañía de los demás, para poder gozar como éstos de las ventajas que proporciona la vida social sobre la vida salvaje. Sobre todo les ponderó la gracia de la instrucción cristiana, y la dicha inmensa de aprender las verdades de la fe, para que viviendo conforme a ellas, consiguieran lo unico verdaderamente importante para todo hombre que es el negocio de la salvación del alma y la consecución de la bienaventuranza eterna, a lo cual se oponía la vida viciosa en extremo que llevaban en los bosques.

A todo esto y otras muchas razones y consideraciones que les sugería el siervo de Dios, nada respondían, permaneciendo sentados, cabizbajos y silenciosos, lo que dió un poco que pensar al buen Padre. Siendo ya mediodía y teniendo necesidad de tomar la pobre refección acostumbrada, despidióse de ellos y se dirigió a su hospicio que estaba muy cerca. Apenas vol-

vió las espaldas para marcharse, cuando se levantaron los bárbaros criminales y echando mano a los arcos que consigo llevaban, empezaron a lanzar multitud de flechas sobre el Misionero, al mismo tiempo que con griterío infernal se animaban unos a otros dando *mueras* al Padre. Varias saetas hicieron blanco en él, pero una de ellas le atravesó de parte a parte de la espalda al pecho, causándole una herida mortal de necesidad. Al sentirse mortalmente herido, pronunció el suavísimo nombre de Jesús y dijo estas palabras: "Dios mío, esta es la última hora en que necesito de un modo especial vuestro soberano auxilio". Y vertiendo arroyos de sangre aceleró el paso con el intento de ganar la pequeña distancia que le separaba de su residencia, y poner a salvo la vida de un niño que tenía en su compañía y le ayudaba a Misa, temeroso de que muerto él hicieran otro tanto con el inocente niño.

Cuando llegó el Padre a su casa, salió el niño a la puerta y avisado de que se escondiese lo hizo así. Allí en la puerta de la choza, a flechazos y golpes de macana, que es un alfange de madera muy pesado, que usan los indios, acabaron de matarle. Otro tanto hicieron con el niño, dándole una muerte cruel.

El niño se llamaba Manuel de Vera, y era hijo de padre español y de madre criolla, vecinos del pueblo de Santa María de Los Angeles, que como en otro lugar se ha dicho, fué el primero que se fundó en Cumaná. Bautizado por nuestros Misioneros y educado por ellos en el santo temor de Dios y en las buenas costumbres, fue cedido por sus padres a nuestro P. Miguel, para que le hiciera compañía y le sirviera de acólito en la celebración de la santa Misa, pues el Padre estaba sólo en aquella estación.

Temerosos los criminales de la venganza y justicia que tomaría contra ellos el Gobernador de la provincia de Cumaná, si se llegaba a descubrir el crimen, trataron de ocultarlo. Con este propósito, introducidos los cadáveres en la casa, prendieron fuego a ésta, para que se creyera habían sido víctimas de un incendio casual y los cuerpos quedaran reducidos a cenizas.

Como la choza estaba construída de paja y madera, cubierta por encima de cañas y tierra, en un momento ardió toda ella, quedando los cadáveres sepultados entre las brasas y la ceniza durante tres días.

De este modo tan trágico consiguieron los sacrílegos homicidas, lo que ni con promesas ni con amenazas habían logrado en vida del Misionero, y se llevaron consigo a los montes a la mayor parte de los que formaban el poblado; pero pudieron escapar unos pocos y fueron a dar cuenta de este sangriento suceso a Cumanacoa o San Baltasar de los Arias, y enterado de lo sucedido el Gobernador de Cumaná, mandó gente armada para capturar a los malhechores y castigarlos con un ejemplar castigo.

A los pocos días cayeron éstos en manos de la justicia, y convictos y confesos, después de haber relatado lo ocurrido, fueron castigados los culpables con la pena capital.

Los religiosos que moraban en los lugares más cercanos y algunos cristianos de las conversiones más próximas, marcharon a San Miguel con el piadoso objeto de recoger los cadáveres y darles cristiana sepultura. Llegados al pueblo, a la sazón abandonado por sus habitantes y viendo la residencia del Misionero que no era sino un montón de escombros y de ceniza, creyeron no hallar otra cosa que los huesos de los cadáveres ya calcinados, pero cuál no sería su sorpresa, cuando apareció el cadáver del santo religioso entero y como si acabaran de asesinarle.

A este prodigio sucedieron otros no menos maravillosos, con los cuales quiso el cielo dar testimonio de cuán preciosa había sido a los ojos de Dios la muerte de su fiel siervo y celoso Misionero. Reducido a cenizas el santo hábito, quedó no obstante intacta la parte de él donde conservaba unas reliquias; tampoco se notó la acción del fuego en su ropa interior, que estaba blanquísima, y lo que más causó la admiración en los circunstantes fué, que sacado el cadáver de entre los escombros, empezó a manar sangre en abundancia por las heridas de las flechas, con gran estupor de todos, quienes no

cesaban de alabar a Dios que así sabe engrandecer a sus Santos. *Mirabilis Deus in sanctis suis.*

La información jurídica o proceso instruido con motivo de la muerte y martirio del P. Miguel, fué enviada a Roma al Rvmo. P. Procurador de la Orden Capuchina, quien hizo entrega de la misma a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide.

Según los manuscritos del archivo Provincial de la provincia de Aragón, era tenido el P. Miguel en gran veneración en muchos lugares, principalmente del Reino de Aragón, en donde se hallaban muchas imágenes suyas y pinturas en lienzos.

P. JUAN DEL POBO

Este es otro de los capuchinos aragoneses que murieron mártires en la provincia de Cumaná, aunque con un género de martirio muy diferente del anterior.

Nació el P. Juan en El Pobo, pequeño Municipio perteneciente a la provincia y Diócesis de Teruel, a más de 1.400 metros de altura y según afirma el P. Anguiano y lo confirman los manuscritos fué varón muy penitente, ejercitando en su cuerpo continuos rigores y austeridades.

Pasó a la misión de Cumaná en el año 1663 en la expedición que salió dicho año, acaudillada por los Padres Agustín de Frías y Francisco de Tauste, cuando éstos victoriosos en Madrid de las calumnias levantadas contra los Misioneros por sus émulos, regresaron a Venezuela por orden de su Majestad el Rey.

El año 1663, dice el P. Lodares (1), regresaron a España los Padres Francisco de Tauste y Agustín de Frías, que habían ido a Madrid para dar cuenta ante el Real Consejo de Indias del estado de las Misiones y defender a los Misioneros de las acusaciones que les habían hecho con motivo de la misión de Caracas.

Con estos dos antiguos Misioneros vinieron algunos religiosos; sólo conocemos los nombres de los PP. Juan del Pobo y Felipe de Híjar, para Cumaná; y los PP. Plácido de Belli-cena y Diego de Marchena, para la misión de Los Llanos.

Trabajó incansablemente por espacio de veinte años en la reducción de los indios y en su conversión a nuestra religión católica; fundó el pueblo de *San Juan Bautista*, según el Pa-

(1) Tomo II, pág. 43 y siguientes.

alre Torrelosnegros, y según el P. Lodaes, la primera fundación del pueblo fué debida a los Padres Agustín de Villabáñez y José de Nájera, y las varias translaciones o fundaciones al P. Juan del Pobo. (1)

Escribió una Instrucción para los indígenas, de la cual habla el P. Lorenzo de Zaragoza y el epitome historial de Fray Marcos de Lisboa, y además otra obra titulada "*Progreso de los Capuchinos en la conversión de los indios de la Nueva Andalucía*". No llegando a imprimirse ninguna de ellas, según el P. Lodaes; pero fueron de gran utilidad para los nuevos Misioneros. Fué segundo Prefecto de esta Misión de Cumaná, sustituyendo en la Prefectura al P. Lorenzo de Magallón, aunque entre ambos sucedió el P. Agustín de Frías, que soamente fué Vice-Prefecto.

Hablando el P. Torrelosnegros de las fundaciones llevadas a cabo por los Misioneros aragoneses en la provincia de Cumaná, dice lo siguiente acerca de esta fundación:

"*San Juan Bautista*.— Esta conversión tuvo principio en el año 1664 en las tierras y sitios de los caribes de Los Llanos, y por ser tan inhumanos y sin esperanzas de fruto alguno y subsistencia, se mudó a los *Quacas*, gente más dócil, en el sitio llamado Axio, y esta primer mutación se ejecutó en el año 1666 en que tuvo permanencia hasta el 1674, que en 24 de Marzo, fué quemada y destruída por franceses coaligados con caribes de Los Llanos y se volvió a reedificar en paraje muy remoto, en el año 1680 a tres de Noviembre, en las riberas del río Cariniguao.

Fundó esta misión nuestro M. R. P. Fr. Juan del Pobo, segundo Prefecto de estas santas Misiones, quien padeció numerosos trabajos en las adversidades que ocurrieron en la traslación de esta misión; en el tiempo de su gobierno y prelación padecieron muchas contradicciones nuestras Misiones, de parte de los encomenderos, que acalorados del Gobernador de la provincia, intentaron destruirla, y lo hubieran conseguido a no oponerse valerosamente el celoso Prelado, pues sobre

(1) Tomo II, pág. 114.

tenen los dichos encomenderos a los indios sin pasto espiritual, querian servirse de ellos como de esclavos, atropellando las leyes divinas y humanas, lo que movió a Su Majestad, a mandar a un Señor Alcalde de casa y corte, quien habiendo seguido causa sobre el asunto, pronunció rigurosa sentencia contra todos los delinquentes. Este venerable Padre fue uno de los seis primeros operarios de estas Misiones; trabajó fielmente en la viña del Señor y nos dejó entre sus escritos un "*Confesionario en el idioma de los indios*", muy claro y breve, para los que ignoraban la lengua chayma, y lleno de méritos y de años murió en la referida Misión de San Juan.

"Esta conversión se erigió en Parroquia el año 1712 y estuvo en la administración de clérigos seculares hasta el de 1762, que en virtud de la citada orden de Su Majestad se tomó nuevamente posesión, habiéndola hallado casi destruída."

"Tiene (el año 1780 en que se escribía esta relación), una hermosa iglesia de teja que fabricó a costa de sus limosnas y sínodo el actual Prefecto, ascendiendo su valor y coste a dos mil pesos, y el de las jocalías y alhajas a ochocientos, habiendo de estas dos cantidades suplido S. M. 150 pesos; las comunidades y trabajo de los naturales del mismo pueblo, 300 y el resto de 2.350 los Misioneros.

"Se han bautizado desde la fundación del referido pueblo, hasta la fecha presente (1780), 3.001 almas; se han celebrado 1.502 matrimonios y se han enterrado 1.164 personas, que han muerto en la comunión de nuestra Santa Madre Iglesia. Aunque en los principios fué muy numerosa esta Misión, desde el año en que se erigió en doctrina padeció la gravísima decadencia y casi ruina que queda insinuada, y al presente sólo tiene 233 almas, que las administra el R. P. Fernando de Albalate en calidad de cura doctrinero."

De este Misionero que pasó veinte años en Cumaná escribe el P. Lodares (1). "Fué muy penitente, ejercitando en su cuerpo continuos rigores y austeridades; dejó escritos varios vocabularios para utilidad de los nuevos Misioneros. Murió con ve-

(1) Tomo II, pág. 91.

veno, que le propinaron los indios, el día 2 de Abril de 1683, en una expedición distante de las poblaciones, donde no pudieron administrarle los Sacramentos, por cuya causa estaban con algún desconsuelo los compañeros, aunque tenían muy experimentada su gran virtud y pureza de alma. Pronto los consoló Dios. porque se apareció a uno de los religiosos con vestiduras sacerdotales, glorioso y lleno de resplandores le dió parte de su gloriosa muerte diciéndole otras cosas de gran consuelo y aliento para todos, y le ordenó que se les participase y dijera cómo subía ya a gozar en la gloria el premio de su trabajos; que perseverasen constantes en su Misión apostólica, porque era grande el premio que les esperaba, y mucho lo que Dios se complacía de estas Misiones; y dicho esto, desapareció". Su cuerpo fué traído al pueblo de San Juan Bautista, del cual había sido fundador y Misionero, recibiendo allí cristiana sepultura.

P. FELIPE DE HIJAR

Otro de los Misioneros Capuchinos que murió como el anterior, envenenado por los indios, fué el venerable Padre Felipe de Híjar, uno de los más beneméritos que tuvo la provincia de Aragón, pues permaneció durante muchos años en las Misiones, sufriendo y sobrellevando con admirable fortaleza grandes trabajos por extender el reino de Cristo tanto en Africa como en América.

Abrasado del celo por la salvación de las almas, partió de Cádiz para el reino del Benin, vecino del Congo, el día 4 de Febrero del año 1651, en compañía de otros religiosos que formaban la expedición, como ya se dijo en la biografía del Hermano Gaspar de Scs.

Esta expedición se organizó por mandato del Papa Inocencio X, a quien habían manifestado los Misioneros del Congo los deseos del Rey del Benin, para que se enviasen también Misioneros capuchinos a este último Reino, a fin de que tuvieran conocimiento de la Religión Católica y la abrazasen.

Para que se vean las peripecias de este viaje, así como los muchos trabajos, sufrimientos y peligros a que estuvo sujeto nuestro P. Híjar, así como sus restantes compañeros, trasladamos aquí las noticias que nos da el P. Anguiano en la vida de Fr. Francisco de Pamplona; dice así: "El año 1647 vinieron a Roma por Embajadores del Rey del Congo, a dar al Sumo Pontífice la obediencia en su nombre, los PP. Fray Juan Francisco Romano v Fr. Angel de Valencia. y después de haber cumplido con su legacía y dado noticia de los proyectos de la Misión del Congo, que entró en él dos años antes, y la vez primera, esto es, en el de 1645, ordenó la Santidad de Inocencio X, con consulta de la Sagrada Congregación de Pro-

paganda Fide, que el P. Fr. Francisco volviese al Congo, y con el mayor número de religiosos, como fué, llevándole al Rey una corona bendita de su mano y muchas reliquias. Asimismo, teniendo varias noticias de que el reino del Benin deseaba reducirse a nuestra santa fe, instituyó nueva Misión para él, de religiosos nuestros españoles, y nombró por Prefecto de ella al P. Fr. Angel de Valencia.

“Vino dicho Padre a España para disponer la embarcación y el avío necesario, a que cooperó nuestro piadosísimo Monarca Felipe IV, con gran celo y magnificencia real. Los compañeros habían de ser doce, según el decreto de la Sagrada Congregación; pero por haberse dedicado piadosos a servir a las apestados en el contagio que hubo en el año 1651 en que perdieron la vida muchos hijos de la provincia de Valencia (a la que se había encomendado esta Misión), sólo pudieron pasar al Benin los religiosos siguientes, con el Prefecto. Estos fueron los PP. Fr. Tomás Gregorio de Huesca, Fr. José de Gijona, Fr. Eugenio de Flandes, Fr. Bartolomé de Viana y Fray Felipe de Híjar, todos predicadores; y los Hermanos, Fr. Gaspar de Sos y Fr. Alonso de Tolosa. Partieron en Cádiz en un navío holandés, que fletó cierto capitán español por su cuenta, y se hicieron a la vela el día 1 de Febrero de 1651

“Enderezaron dichos Padres su viaje a Canarias, y desde allí a Goto, puerto que dista de la corte del Benin como diez leguas...”

En algunos pueblos de gentiles donde se veían obligados a parar y morar durante algunos días, se ocupaban en catequizarlos en las verdades de la religión y los recibían con tanto júbilo, que les hacían muchas instancias para que se quedaran con ellos. “Ordenaron una procesión con un santo crucifijo, dice el P. Anguiano, por las calles, cantando letanías y loores al Señor, que por ventura fueron los primeros que en aquel pueblo se habían dado hasta entonces. Apenas comenzó la procesión, cuando la gente del pueblo, sin citarla, se fué siguiendo en ella; ejecutando cuanto veían hacer a los religiosos y cristianos. Acabóse la procesión y los gentiles admirados y compungidos de lo que vieron, se juntaron en su Ayun-

tamiento y resolvieron de común acuerdo, pedir a los Padres se quedasen con ellos, para que los hicieren cristianos". Mas ellos se excusaron con la obligación de cumplir la Misión del Santo Padre, que era la de ir al Reino del Benin.

Llegados al Benin y manifestando su deseo de entrevistarse con el Rey, fueron impedidos de ello por mucho tiempo por sus ministros, a quienes entregaron los Misioneros las cartas que llevaban de Su Santidad y que los acreditaban como Misioneros enviados por él al reino del Benin, más no se las entregaban, aun cuando el Rey estaba en buena disposición para con los Misioneros, como se vió después.

Mucho sufrieron los religiosos de parte de los Ministros del Rey, a resultas de lo cual murieron y pasaron a mejor vida, los Padres José de Jijona y Eugenio de Flandes.

Al fin lograron los Misioneros entrevistarse con el Rey del Benin, del cual fueron bien recibidos, y a quien por medio de intérprete hicieron saber el contenido de las cartas del Papa, Pero los Ministros que tenían al Rey como secuestrado, desbarataron todas las esperanzas de los religiosos.

Ya que no les era posible tratar con el Rey por la vía oficial y diplomática como enviados del Papa para implantar allí la religión católica, trataron de predicarla ante numeroso público en ocasión que se celebraba en el palacio del Rey un horroroso sacrificio humano de doscientas víctimas sacrificadas al demonio. Con esta ocasión tuvo que sufrir grandes ultrajes y vejaciones nuestro P. Felipe, a quien escogió el Padre Prefecto por compañero para esta aventura, que bien podía costarle el martirio, para el cual se prepararon con la recepción de los sacramentos y larga oración.

Luego que pasaron tres grandes plazas o patios y llegaron a un sitio bastante cercano del en que estaba el Rey, ya que no podían hacerlo de palabra, confesaron la fe de Cristo, y arrojaron unos papelitos que tenían escritos en su lengua, en los cuales se leían estas palabras: "Rey del Benin y los que aquí estais; mirad que ofendéis gravísimamente a Dios con estos sacrificios del demonio. Mirad que os condenais al in-

fierno, si no tratáis de recibir la fe de Cristo que os venimos a predicar.”

Enterado de esto el primer Ministro del Rey, agarró al Prefecto del hábito, lo sacó arrastrando por el suelo al patio, y otros de su séquito hicieron lo mismo con su compañero, el P. Felipe.

Sacáronlos de la ciudad y lleváronlos a Goto, donde los pusieron en el turco, esto es, la cárcel, en la que estuvieron algunos meses, tanto nuestro biografiado como el P. Prefecto, padeciendo en ella gravísimas penalidades de hambre, sed y calor y cercados a todas horas de bárbaros que querían acabar con su vida a fuerza de trabajos y sufrimientos.

Providencialmente aconteció que llegaron a Goto dos herejes, uno inglés y otro holandés, y éstos, aunque de ordinario eran enemigos acérrimos de los Misioneros católicos, los liberaron de la cárcel y los llevaron a su factoría donde los tuvieron cinco meses.

Viendo cerradas las puertas para la evangelización del Benin, embarcáronse en un navío inglés con intento de volverse a Europa, más acaeció que al día siguiente, contra su designio, se hallaron en la Isla del Príncipe, cercana al Congo y sometida a los portugueses. Los habitantes de ella que eran católicos, se vieron contentísimos sobre toda ponderación de ver allí Misioneros católicos y durante seis meses que estuvieron en la isla, se aprovecharon de la predicación de los Padres, y de la recepción de los Sacramentos con grande fruto para ellos. El capitán de un navío portugués, en el cual se embarcaron, en vez de llevarles a donde deseaban, receloso de que los habitantes de la Isla del Príncipe se aficionasen demasiado a los españoles, los llevó presos a Portugal, sufriendo en el viaje no pocos trabajos. De Lisboa pasó el P. Felipe a España con los demás Misioneros de la expedición que quedaban con vida, y así terminó esta Misión. No es claro a punto fijo el tiempo que permaneció este siervo de Dios en el Benín, pero debió ser poco más de dos años, por lo cual estaban ya en la provincia de Aragón el año 1653 o el 1654.

No con esto se extinguió en él su celo por la salvación de

las pobres almas de los salvajes, sino acrecentándose cada vez más, ya que no había podido lograr lo que deseaba en Africa, pidió y obtuvo su traslado a América a la Misión de Cumaná confiada a los Capuchinos aragoneses y en compañía del P. Tauste, de quien después haremos mención, marchó allí el año 1663.

Durante veintisiete años trabajó incansablemente en Cumaná, en la reducción de los indios y en la fundación de pueblos, como dice el P. Torrelosnegros (1), en la relación de las fundaciones de conversiones o pueblos hechas por los Capuchinos aragoneses. Hablando del pueblo de *Nuestra Señora del Pilar*, dice: "Esta conversión tuvo principio en el año 1662, en el día primero de Mayo, en las cercanías de Los Llanos de esta Provincia, tuvo permanencia en dicho sitio hasta el año 1674, que en 25 de Marzo fué destruída por los indios levantados y franceses, y en el año siguiente fué reedificada en el valle de Chupampar, muy remoto del antiguo sitio, de donde también se trasladó al valle de Chicantar, por ser malo el referido Chupampar".

Fundó esta Misión en todos los sitios el P. Felipe de Híjar, predicador verdaderamente apostólico, quien padeció inmensos trabajos en la reducción de estos indios, y abrumado de aquéllos se imposibilitó de tal suerte, que perdió hasta la vista enteramente, pero no por eso dejó de continuar en catequizar e instruir a dichos indios, hasta que murió lleno de méritos".

En una nota a este propósito del P. Lodaes, se dice que el P. Torrelosnegros sufrió una equivocación al decir que el Padre Híjar, fundó esta Misión en todos los sitios, pues este Padre no había llegado a Cumaná hasta el año 1663, y la fundación primera la hizo el P. Carabantes el año 1662. Pero de todos modos se ve que el P. Híjar sustituyó al P. Carabantes en el pueblo de Nuestra Señora del Pilar, cuando éste regresó a España, y que él es quien hizo las demás fundaciones, cuando fué destruído por indios y franceses coaligados.

"Esta Misión, continúa el P. Torrelosnegros, se erigió en

(1) Lodaes, t. II, pág. 113

doctrina, y se entregó al ordinario el año 1712, quedando a la administración de Clérigos seculares hasta el de 1754, que por estar muy atrasada a causa de las tiranías que con los miserables indios ejecutaban los Misioneros seculares y los curas, fué nuevamente entregada como todas las demás doctrinas, y las sirven los Misioneros en calidad de curas doctrineros.

“Tiene al presente (1780), una hermosa iglesia de nuevo fabricada, que según avaluo de inteligentes, asciende su valor a mil pesos y el de las alhajas y jocalias a cuatrocientos, habiendo en estas cantidades suplido Su Majestad *cien* pesos; las comunidades y trabajo personal de los indios del mismo pueblo, doscientos, y el resto de mil cien pesos los Misioneros”.

“Se han bautizado desde la fundación del referido pueblo, 1622 almas; se han celebrado 552 matrimonios, y se han enterrado 898 personas que han muerto en la comunión de nuestra Santa Madre Iglesia; aunque ha tenido algún fomento desde el referido año de 1754, no se ha logrado cumplido, por la decadencia en que se halló, y sólo tiene al presente 281 almas, que las administra el R. P. Fr. Matías de Aranda, en calidad de cura doctrinero, como cura del pueblo de Rincón, a quien está entregado este de Nuestra Señora del Pilar.”

De la vida de este venerable varón hace un resumen el Padre Lodares, diciendo: “Misionero de grande empuje y fervor, pasó muchos años en las Misiones; padeció grandes trabajos en el Reino del Benin, y no fueron menores los que tuvo que soportar en la Misión de Cumaná. En vida y después de su muerte honróle Dios con varios prodigios; tuvo don de lenguas y celo incansable por la salvación de las almas. Acaeció varias veces, estando diciendo misa, al tiempo de alzar la Sagrada Hostia, verse en sus manos un hermosísimo niño lleno de resplandores y luz celestial, que con tiernos ademanes recreaba su espíritu. Gozó algunas veces de esta visión un indio gentil, que admirado de la hermosura del niño convidaba a los demás para que lo vieran. No obstante esta visión, el indio dilató el bautizarse hasta la última enfermedad, no porque fuese

desafecto a la fe cristiana, sino porque temía caer en pecado después de recibir el santo bautismo y condenarse. Llegado a la postrera enfermedad envió a llamar al P. Híjar, pidiéndole el bautismo, que recibió con extraordinaria devoción; y poco después murió. En premio de esta acción, los indios pacientes del muerto, dieron veneno al santo Misionero, con el cual cegó al momento, y después de sufrir grandes dolores, murió perdonando a sus enemigos, en el mes de Abril del año 1690. Aunque con distintas palabras, coinciden en estos conceptos tanto el P. Anguiano como los manuscritos de Milán.

P. ANTONIO DE TORRELACARCEL

El P. Antonio de Torrelacárcel pasó de esta vida a la otra a recibir el premio de sus muchas virtudes y trabajos sobrellevados con extraordinaria fortaleza durante varios años en la Misión de Cumaná, los cuales coronó padeciendo, como los antes mencionados, el martirio del veneno, el cual preferían darles los indios por ser más disimulado y eficaz que los demás géneros de muerte y ser más difícil por lo tanto averiguar quien sea el autor del crimen.

No sabemos ni el año en que nuestro biografiado llegó a esta Misión de Venezuela, ni el tiempo que permaneció y trabajó en ella, y solamente encontramos que fundó el pueblo o conversión de San Antonio el año 1691, como lo afirma el P. Torrelasnegros en su relación de las fundaciones en Cumaná, dice así: "Primera de San Antonio de Padua. Esta conversión tuvo su origen y fomento el año 1691, en 5 de Mayo, en el valle de Guipanaguar, tres leguas de la ciudad de San Felipe de Austria; este pueblo era encomienda, aunque tan corta, que apenas llegaba a cuarenta almas, y sin pasto espiritual ni formalidad de pueblo; entrególa a los Misioneros de orden de Su Majestad, el Gobernador D. Mateo de Acosta y habiendo puesto por primer Ministro y presidente de él, al P. Fr. Antonio de Torrelacárcel, que después fué Prefecto de estas Misiones; en un sólo año, bautizó más de 300 almas, sin otras muchas que en los años siguientes aumentó, sacadas por su propia persona de los montes".

No sabemos cómo puede componerse el haber sido Prefecto de esas Misiones después del año 1698, y haber trabajado en la Misión aumentando el número de las personas que sacó

de los bosques y morir el año 1693 según dicen los manuscritos y el mismo P. Lodares.

Antes de morir y sin que fuera ya posible evitar la mortífera acción del veneno, supo de ciencia cierta quién había sido el que se lo había propinado, y a imitación del Divino Redentor, que desde el madero de la cruz pidió a Su Eterno Padre, perdón por los que le crucificaban, el siervo de Dios no sólo le perdonó y pidió al Señor le perdonase, sino que estando en el lecho de la muerte, le acarició y agasajó cuanto pudo y le prodigó especiales demostraciones de amor, quedando todos maravillados y sumamente edificados. Acaeció su preciosa muerte en el pueblo de San Antonio de Guaypanaguar por el mes de Octubre del año 1693

P. FRANCISCO DE TAUSTE

Otro de los Misioneros que coronaron su apostolado con el martirio en la misma Misión de Cumaná, fué el P. Francisco de Tauste, uno de los seis Capuchinos de la provincia de Aragón que componían la segunda expedición enviada a Venezuela el año 1657, que como antes se ha dicho, fueron los PP. Lorenzo de Magallón, José de Carabantes, Agustín de Frías, Lorenzo de Belmonte y nuestro biografiado. Todos ellos fueron obreros insignes que trabajaron incansablemente en la reducción de los indios.

Se reunieron en Madrid; y arreglados todos los despachos, pasaron a Cádiz, a fin de salir en los primeros galeones que partieron para las Indias: pero no habiendo lugar para todos, mandó el P. Prefecto que se embarcaran el P. Carabantes con los Padres Tauste y Frías, quedándose el P. Superior con los otros dos esperando buque. Llegaron los primeros a Cumaná el año 1657 y los últimos el año siguiente el 7 de Enero, después de haber sufrido en los últimos días una horrorosa borrasca, en la que se libraron del naufragio por intercesión de la Virgen Inmaculada a quien invocaron en ese trance.

“Cuando llegaron nuestros Misioneros (1), estaba toda esta tierra por todas partes, hecha un hervidero de guerras entre los indios, y no dejaban en paz a los españoles; los vecinos de Cumaná se veían acorralados por mar y tierra; en Cumanacoa estaban aún más comprometidos, pues para ir a tomar agua al río, que está próximo, tenían que salir acompañados de escolta.

Como estos Misioneros iban destinados por Real Cédula de

(1) P. Lodaes, t. I, pág. 41.

20 de Noviembre de 1656 a la reducción de los indios de Cumaná, al llegar a esta población que era la principal de la provincia, fueron recibidos con grandes muestras de regocijo por el Gobernador D. Pedro de Brizuela que había trabajado muchísimo ante el Real Consejo de Indias para lograr esta Misión; establecieron en la villa de Cumanacoa, donde fundaron una residencia provisional, para comenzar desde allí las gestiones encaminadas a cumplir su fin principal, que era reducir a los indios de aquella región entonces bastante numerosos.

Pero como éstos estaban ocupados en hacer la guerra a los españoles, pronto se convencieron los Misioneros que, a pesar de todas sus gestiones y esfuerzos, no les sería posible lograr que los indios prestasen oídos y atención a su palabra.

Convencidos de que nada podían hacer por entonces con los indios, determinaron predicar Misiones en las poblaciones de españoles que había en aquella provincia y que eran las siguientes: Cumaná, Cariaco, Barcelona y Cumanagotos, quedando siempre de residencia en Cumanacoa el P. Frías. Los predicadores eran el P. Carabantes y nuestro P. Tauste.

Fué tan copioso el fruto que se sacó en todas, que los pueblos se convirtieron en otras tantas Nínives penitentes, y al tener noticia de ello el clero y fieles de Caracas, les pidieron con instancias que pasaran a predicar una Misión en esta ciudad, que era cabeza de la Capitanía General, constituida por las tierras que forman en la actualidad la República de Venezuela.

Dióse la Misión en la Santa Iglesia Catedral con la asistencia de los Cabildos Eclesiástico y Civil, y de todos los fieles, grandes y pequeños, y es imponderable el fruto que hicieron los Misioneros, pues no quedaron menos aprovechados que los de Cumaná; antes bien compitieron con ellos en arrepentimiento y penitencias públicas, transformándose de Babilonia de vicios, en paraíso de virtudes cristianas.

Lo dicho queda confirmado por el testimonio del P. Anguiano y por el del mismo P. Tauste, quien para ocultar su

nombre, según nos refiere el P. Olivares en su Memoria, habla en tercera persona y dice:

“Pasaron algunos Padres de Cumaná a Caracas para hacer Misión en la ciudad y en algunos pueblos de españoles, tanto porque deseaban estar ocupados, como por haberlo pedido al P. Prefecto (Lorenzo de Magallón), personas pías, devotas y de autoridad, que reconocían la summa necesidad que había de ella en la capital”.

Publicada la Misión, la predicaron los Padres en la Catedral; los frutos que de ella resultaron, no son ponderables, publicábanlo a voces los efectos y las gentes de todos los estados y condiciones aclamaban a los Misioneros como hombres venidos del cielo.

“En este particular no quiero alargarme, pero tengo oídas cosas maravillosas a los españoles de por acá, y aunque las juzgo indubitables, excusaré el referirlas por ser muchas y raras, y principalmente, quizá porque alguno las tendrá por exageradas; sólo diré, porque está en la conciencia de todos, que varios días, durante el sermón, vieron los oyentes salir rayos de luz y estrellas de la voz del predicador (el P. Carabantes), con grande admiración y fervorosa devoción de todos.

En uno de los sermones dijo el referido Misionero que Dios, justamente indignado por tantos pecados públicos como se cometían en aquella ciudad, los quería castigar con una peste, ya para dar cuanto antes a los convertidos el premio de su arrepentimiento, ya también para que los obstinados se redujeran a penitencia, y dijolo sin duda con espíritu profético, porque al poco tiempo se inficionó el aire y empezó la peste a causar estragos.

“Este lenguaje del predicador no agradó a cierto individuo de posición que vivía mal y se dió por aludido de las saludables amonestaciones que hacían los Misioneros, para sacar a los pecadores del mal estado en que vivían; negóse en absoluto a dejar la vida escandalosa que hacía, y, para vengarse de los Misioneros, escribió con gran secreto al Consejo de Indias, tachando de vagabundos a los religiosos y pidiendo a Su Majestad se sirviera mandarlos retirar a Espa-

ña, dando por único motivo decir *que no asistían a las Misiones y que se apartaban del trato con los indios*, que era el fin para el que Su Majestad los había enviado y lo confirmó diciendo que era notorio en la ciudad que habían estado muchos días allí, con el pretexto de predicar cuatro sermones y recoger limosnas para su sustento”.

El mencionado personaje supo pintar las cosas con tan vivos colores, que logró que Su Majestad despachase una Real Cédula, con fecha de 25 de septiembre de 1660, ordenando que los Capuchinos aragoneses que estaban en Venezuela, dejaran las Misiones y regresaran a España.

Esta era la segunda vez que en el espacio de ocho años, se les ordenaba retirarse de la Misión por mandato del Rey.

Cuando llegó a Venezuela esta Real Orden, ya estaban todos los Misioneros en sus respectivas Misiones, y habían vencido las primeras dificultades, según el P. Lodares (1), fundando en Los Llanos la población de *Tucuragua* y en Cumaná *Nuestra Señora de los Angeles*, de Guácharo. Reconociendo estos grandes adelantos en la propagación del evangelio y reducción de los indios, los Gobernadores de Caracas y Cumaná, de acuerdo con los Cabildos eclesiástico y civil, se opusieron a que los Capuchinos abandonaran sus Misiones, y en este sentido escribieron al Consejo de Indias.

No obstante, el P. Prefecto creyó necesario enviar a España dos Padres a fin de presentar al Rey un Memorial en que se defendía y justificaba el proceder y conducta de los Misioneros contra las falsas acusaciones de sus émulos y enemigos, siendo designados al efecto nuestro P. Tauste y el Padre Frías. La partida para España de nuestro biografiado, debió ser a principios del año de 1661.

Presentaron al Rey un Memorial, y después de detenido estudio, asesorado el Monarca por el Real Consejo de Indias y del Provincial de Castilla, convencióse Su Majestad de la inocencia de los Misioneros y expidió otra Real Cédula que lleva fecha del 26 de Octubre de 1662, dirigida al Capitán ge-

(1) Lodares, t. I, págs. 43 y 44.

neral de Caracas, mandando dejar sin efecto lo dispuesto en la Cédula primera y ordenando vuelvan a Venezuela los dos mencionados Padres y que se envíen más religiosos Capuchinos a aquellas Misiones. En la biografía del P. Magallón, insertamos dicha Real Cédula, así como la que dirigió el Monarca al P. Prefecto, y creemos ocioso hacer aquí más mención de ella.

REGRESO DEL P. TAUSTE A VENEZUELA

Resuelto favorablemente para la Misión y Misioneros este enojoso asunto, regresó a Venezuela nuestro P. Tauste el año 1663, o sea dos años después de haber venido a España, juntamente con su compañero y con otros nuevos Misioneros, entre los cuales estaban el P. Juan del Pobo y el P. Felipe de Híjar, de los cuales hemos anteriormente hecho mención.

Cuando nuestro Misionero llegó a Cumaná, halló que toda la provincia estaba en paz. Al principio de la fundación de Santa María de los Angeles, dice el P. Anguiano, se hallaba la provincia de Cumaná padeciendo las hostilidades y batallas de los indios. Después hasta el año 1669, se gozó de paz espiritual y sosiego, en toda ella, domesticándose los indios, y se formaron las poblaciones que quedan indicadas.

El P. Francisco se fué a las riberas del río Guarapiche, y fundó la Misión de San Francisco, en la cual se juntaron más de 600 almas y permaneció hasta la entrada de los franceses el 1674, según afirma el P. Torrelosnegros al hablar de las fundaciones llevadas a cabo por los Misioneros aragoneses.

Dice: "San Francisco de Chacaraguar, nación chaima, año 1664. Tuvo principio esta conversión el año 1664 en 22 de Mayo, en sitio muy ameno y deleitoso, junto al río Guarapiche, donde tuvo permanencia hasta el año 1674, que en 24 de Marzo fué asolada por franceses, caribes e indios levantados y se volvió a reedificar en otro muy remoto valle de Chacaraguar en 29 de Mayo de 1691.

Esta conversión (pueblo de indios convertidos), fué fundada desde su primera planta por nuestro M. R. P. Francisco de Tauste, uno de los primeros operarios, Prefecto que fué de estas Misiones, quien con su gran celo y ejemplar vida les dió muchos aumentos; imprimió un vocabulario del idioma de los indios, que después ha servido de gran alivio a las Misiones. Murió en Santa María de Los Angeles con mucho dolor de los naturales, por lo mucho que le amaban”.

“Esta Misión como las anteriores, se erigió en parroquia y entregó al Ordinario en el año 1712, y fué administrada por clérigos seculares hasta el de 1754, que se entregó a nuestros religiosos, casi destruída, en virtud de la citada Real Orden de Su Majestad.”

Muy pronto se dice que el P. Francisco formó el pueblo de San Francisco de Chacaraguá, pero es casi increíble el trabajo y sacrificio que costaba a nuestros Misioneros la fundación de los pueblos, pues lo primero que debían hacer era sacarlos de los bosques, después construirles las viviendas, aunque pobres, y por último debían hacer con ellos todos los oficios a fin de enseñarles a trabajar y vivir y sobre todo enseñarles las verdades de la religión católica.

Cuán costoso sea todo esto, nos lo describe el P. Olivares en su Memoria sobre las Misiones de Los Llanos de Caracas, de la cual hace un extracto el P. Lodaes (1). Dice así: “En estas expediciones (las que se hacían para sacar los indios de los montes), se suelen gastar por lo menos dos meses, y algunos años, tres y más, en cuyo tiempo se padecen increíbles trabajos, fuera de los malos ratos que ocasiona lo áspero y desapacible del clima.

“Hay que cruzar ríos caudalosos, caños y zanjones insondables, quebradas peligrosas; pasar lagunas y pantanos dilatados a pie, con el agua a la cintura, al pecho, al cuello muchas veces, siguiéndose después de esto montañas y breñales espesos, espinales tupidos de donde salimos deshechos...”

Y todavía se hacen más penosas por la incertidumbre del

(1) Tomo I, pág. 220 y siguiente.

éxito, pues como hemos dicho, no tienen estos indios lugar fijo, y nunca sabemos el paraje donde se pueden hallar, porque se ocultan cuidadosamente a fin de que no demos con ellos...”

Y después de sacarlos de los montes, “todavía les queda (a los Misioneros), por hacer lo más penoso, pues lo mismo los gentiles que los apóstatas fugitivos, salen todos desnudos de los montes, y aquí principian los mayores afanes y angustias que se pueden imaginar.

“Hemos de hacerles casa, darles vestido, que apenas les dura tres meses, y mantenerlos un año hasta que hagan y recojan su cosecha, y para esto es preciso que les demos herramientas, siquiera las más necesarias, como hacha, machete, cuchillo y arado, y además semillas.”

“Tiene que salir todos los días el primero para señalar a cada indio el trabajo que debe hacer; porque es tan grande su flojedad y tanta la torpeza para el trabajo, que, sin la presencia del Misionero, no hacen cosa de provecho.”

“Tiene el religioso que enseñarles todo; a cultivar la tierra, a hilar, tejer, hacer su ropa y todo lo necesario de la vida doméstica; tiene que ser maestro, carpintero, albañil y arquitecto, y también médico, enfermero y padre de familias, que les ha de proveer de todo cuanto necesitan, pues no tenemos otro recurso.”

Véase, pues, el trabajo y mérito de nuestro Misionero en reducir los indios salvajes, entrando a buscarles en los montes, construyendo sus viviendas y la casa del Misionero y la iglesia del pueblo, enseñándoles las verdades de nuestra religión cristiana, administrándoles los sacramentos y siendo él todo en el pueblo, no sólo por su calidad de fundador de la conversión de San Francisco, sino aun más por la voluntad de los mismos que de buena gana se sometían al paternal gobierno del Padre, y en ninguna manera querían estar bajo el mando de los demás españoles, ya por el odio y rencor que sentían contra los extranjeros, y ya también por estar enterados del mal trato que les daban algunos encomenderos.

Esto mismo se confirma en una Relación presentada por el

P. Carabantes a los Cardenales de la Congregación de Propaganda hablando de los indios de Los Llanos y Cumaná, donde entre otras cosas dice: "Y lo primero que debo decir es el habernos oído Dios que se han juntado muchos indios infieles, y con ellos se han hecho *siete poblaciones* en forma política, en diversas provincias y naciones, y *con nuestras mismas manos nueve iglesias* (una de ellas de San Francisco), cortando nosotros la madera necesaria, llevándola a costas sobre nuestros mismos hombros; las cuales iglesias, con todo lo necesario, conservamos sin asistencia alguna de príncipe ni señor; estas iglesias son dilatadas, y en cada una cabe mucha gente; en ellas celebramos las Misas con mucha frecuencia del culto divino, y se les predica la palabra de Dios en la misma lengua de aquellos infieles muy dificultosa de aprender."

En esto de aprender la lengua de los indios se señaló de un modo notable entre todos los demás Misioneros de su tiempo, nuestro celoso P. Tauste, pues no sólo aprendió varias lenguas de ellos, sino que escribió, como diremos después más detalladamente, diccionario, gramática, catecismo y sermones, y aun cuando algún otro Misionero hizo algo de esto en otra lengua, mas ninguno de ellos la imprimió, sino nuestro P. Tauste, siendo su obra la más nombrada y la más útil para los Misioneros, porque escribió en la lengua principal de Cumaná, que era la de la nación Chaima.

Parecía cosa de milagro ver a aquellos indios, que siempre habían estado en guerra con los españoles, obedientes y sumisos al Misionero, viviendo al mismo tiempo bajo la obediencia de las autoridades españolas y conversando en paz con los españoles sus enemigos.

Refiriéndose a la provincia de Cumaná, dice el P. Anguiano (1). "Hasta el año 1669 se gozó de paz y sosiego en toda ella, domesticáronse los indios y se formaron las poblaciones que quedan mencionadas. En el discurso de estos diez años, pudieron libremente tratar y contratar en toda la provincia los españoles y los indios; éstos venían a comerciar a las ciudades y los españoles iban a sus tierras. Abriéronse caminos para

(1) Lodares, t. II, pág. 61.

todas partes y especialmente para Los Llanos, sitio de donde se han sacado innumerables vacas, sebo y corambre, con cuyos medios se sustentó en ese discurso de tiempo toda la provincia, los castillos y fortalezas, y se pagaron los salarios de los Ministros reales. Todo lo cual (después de Dios), se debió a la solicitud y continuos desvelos de los Capuchinos.”

“Tanta prosperidad, dice el P. Lodaes, duró poco tiempo, pues por la codicia de algunos encomenderos, que con pretexto de que se les habían huído algunos indios encomendados suyos, penetraron en los pueblos de San Salvador y San Francisco, situados en las riberas del río Guarapiche, quemando algunas casas, se alborotaron terriblemente los indios y de tal manera se excitaron, que no pudiendo castigar a los encomenderos que habían huído, quisieron vengarse en los Misioneros, que no tenían culpa.

Con este motivo la mitad de los indios del poblado de San Francisco huyó a los montes, y no fué posible volver a reducir los fugitivos. Imagínese el lector la pena que esto habría producido a nuestro Misionero, al ver destruido en un punto gran parte de lo que él había conseguido con tantos sudores, trabajos y fatigas.

Esto tuvo lugar el año 1669, o sea, a los cinco años de la fundación de San Francisco, y a partir de esta fecha, no fué poco lo que tuvo que sufrir la población, así como todas las demás conversiones de Cumaná, siendo muy delicada la situación de los Misioneros en los cinco años siguientes, quienes estuvieron muchas veces en peligro de morir asaetados por los indios, hasta el 1674 que desapareció totalmente el pueblo.

“En la que principalmente se reconoció mayor daño, dice el P. Lodaes, fué en la de San Francisco, por ser la más moderna y menos radicada en la fe, y también por estar más inmediata a los caribes. Padecían los Misioneros continuos sobresaltos, pues así los caribes como los otros indios en guerra, que se les habían juntado, embistieron varias veces esta población, para poner miedo a los indios que habían quedado en ella, fieles al Misionero. Pero viendo que nada conseguían, se resolvieron a destruirlo.

“A este fin juntáronse veinte caciques, cada uno con la gente que pudo recoger y con bárbara fiereza, el 16 de Agosto de 1663, embistieron la población de San Francisco por todas partes. Salieron a la defensa los vecinos que no llegaban a ciento sesenta hombres, de los cuales cien eran españoles y los restantes indios de la región de Guácharo y con ser tan pocos, pelearon con tal ardor, que sin perder más que cuatro indios, hirieron y mataron a muchos de los enemigos.”

Después se mantuvieron las poblaciones con relativa tranquilidad, prosperando algún tanto las Misiones. Sólo en la población de San Francisco continuaron las hostilidades, en donde los rebeldes hacían daños continuos robando los caballos, destrozando las labranzas y quemando lo que no podían robar. Abrasaron algunas casas y se llevaron un hato de vacas que tenían los indios para sus necesidades, impidiéndoles cultivar sus labranzas y hacer sus cosechas. En vista de esto, determinaron los Misioneros trasladarse con sus indios a lugar más seguro, donde pudieran vivir tranquilos y sin sobresaltos.

No obstante, a ruegos del Cabildo y ciudad de Cumaná y por el interés del nuevo Gobernador, desistieron de su propósito. Envió el Gobernador fuerzas para castigar a los indios salvajes, pero poco se consiguió.

Uniéronse los indios caribes con los franceses y con los indios chaimas, y aun cuando éstos fueron rechazados algunas veces por los españoles e indios fieles al Misionero, no obstante los indios de San Carlos, San Juan y del Pilar, fueron cediendo al ataque y abandonaron sus pueblos y todos juntos buscando amparo, se refugiaron en la Misión de San Francisco, a donde llegaron en número de más de cuatrocientos. Amedrentados también los indios de esta Misión, se retiraron a la población de Santa María de los Angeles.

Se dió cuenta de todo al Gobernador de Cumaná, para que ayudara a volver a sus pueblos a los indios; mas en vano, porque cuando lo quisieron ejecutar, ya los caribes habían pegado fuego a la villa de San Carlos y a las Misiones de San Juan Bautista, El Pilar y San Francisco.

Tal fué el triste final del levantamiento de los caribes y franceses; la total destrucción de cuatro florecientes poblacio-

nes, fundadas por nuestros Misioneros y en especial de la de nuestro P. Tauste. Los indios perdieron sus casas, hacienda y labranzas, habiéndose portado con singular valor en los cinco años que llevaban de guerras, y los Misioneros, con el desconsuelo y amargura que se puede comprender, perdieron el trabajo de 17 años de duro batallar.

OBRAS QUE IMPRIMIÓ

El año 1678 o el 1679, vino a España el P. Francisco con el objeto de imprimir un catecismo, gramática y vocabulario en lengua chaima, para lo cual tuvo que superar muchas dificultades por tratarse de obra muy importante y trascendental.

Efectivamente, "Uno de los mayores trabajos, dice el Padre Lodares (1), que a los principios se les ofrecieron a los religiosos, fué el aprender la lengua de los naturales; lo uno por falta de imprentas y lo otro por falta de experiencia práctica y modo como se podrían sacar algunas reglas para facilitarla; pero finalmente a fuerza de trabajo y desvelo, se ajustó un modo valiéndonos del cual, se hallan ya religiosos muy capaces de ella; tienen las oraciones y catecismos en el idioma de los indios; en el mismo idioma se casan, confiesan y se les administran los otros sacramentos y se les hacen muchas pláticas sobre diversos asuntos, que es gran medio para la reducción de estos bárbaros. Nada de las cosas referidas (en toda esta provincia), se había practicado, hasta que los Misioneros Capuchinos vinieron; ni aun ahora, en 1678, se practica en ninguna de las treinta y ocho encomiendas que aquí hay, porque los doctrineros de ellas nunca han puesto cuidado en aprender la lengua de los indios.

Las obras impresas por el P. Tauste en este viaje, son las siguientes:

1.^a Arte y diccionario índico de varios idiomas de esta parte del mundo; esto es, de la provincia y distritos de Cuma-

(1) Lodares, t. II, pág. 39 y siguientes.

na, en la Nueva Andalucía. Impreso en Madrid, por Bernardo de Villadiego el año 1680, en 4.º. En el catálogo de autores de la biblioteca de nuestro convento de Capuchinos de Pamplona, hay una ficha en la que está registrada esta obra u opúsculo, advirtiendo que con otros opúsculos de diversos autores forma un sólo volumen, pero el opúsculo no está en el mencionado volumen o tomo. No hemos podido averiguar si se trata de una sustracción o desaparición del opúsculo, o si fué una equivocación de los que confeccionaron el fichero. Lo que sí parece indudable, es que la obra estaba allí en el tiempo en que se llevó a cabo la catalogación de la biblioteca, lo cual hace pocos años.

2.ª Catecismo y explicación de la Doctrina Cristiana en los idiomas índicos de Chaimas, Cumanagotos, Corias, Parías y otros de América. Va unido a la obra antecedente.

Con sólo su enunciación, salta a la vista la importancia y trascendencia de estas obras para la utilidad de los Misioneros y para la catequesis y evangelización de los indios, así como también bajo el punto de vista filológico.

Nuestro Padre Tauste, escribió estas obras en el idioma principal de los indios que era la lengua Chaima. “Son diversas, dice el P. Anguiano, las naciones de que se compone esta provincia. Otra nación y la más numerosa, es la de los indios llamados Chaimas y Chaimagotos; otra hay llamada Coacas; otra Palenques; otra Cores; otra Piritus; otra Cumanagotos; otra Farautes; otra Caribes. La lengua y el idioma más universal de estas naciones es la de los Chaimas; las demás tienen mucha similitud con ésta, excepto la de los Farautes, que es totalmente diversa y también la de los Caribes.

Aun cuando algunos han querido atribuir la paternidad de estos escritos al P. Carabantes, el P. Lodares, rebate victoriosamente esta afirmación, diciendo: “También regresó a España, tal vez con el P. Puente, o el año siguiente, el P. Francisco de Tauste, uno de los fundadores de esta Misión, con objeto de imprimir un Catecismo, Gramática y Vocabulario en lengua chaima, que él mismo había escrito, *distintos total-*

mente de los que había compuesto anteriormente el P. Carabantes en la lengua de los caribes. Y añade en una nota: "Subrayamos esta afirmación, porque varios historiadores que han escrito sobre esto, entre ellos el P. Valencina (Reseña histórica citada, tomo IV, página 274) acusan injustamente al Padre Tauste de haber publicado con su nombre los trabajos del Padre Carabantes, lo cual es a todas luces inexacto; porque el P. Carabantes (como el mismo P. Valencina admite, y se desprende claramente de la Relación presentada a los Cardenales), ejerció su ministerio entre los indios caribes y en esa lengua escribió la *Gramática y el Vocabulario*; mientras que el del P. Tauste, como reza el título de la obra, fué escrito en lengua chaima.

Así lo dice también la biografía completa, tomo 28, página 229. "Escribió este Capuchino (el P. Tauste), las obras siguientes: "*Arte y Diccionario índico de varios idiomas de esta parte del mundo*", esto es, de la provincia y distrito de Cumaná, en la Nueva Andalucía. Catecismo y explicación de la Doctrina Cristiana, en los idiomas índicos chaimas, cumanagotos, corias y parias y otros, de la América.

Esta gramática del P. Tauste se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, depósito de manuscritos, papeles varios en folio, caja 33, números 78 y 90.

El vocabulario es de tanto mérito, que dos siglos más tarde, ha tenido el honor de ser reimpresso en Leipzig (Alemania), por Julio Plazmant, el año 1888.

"Lo que sucedió, a nuestro juicio, dice el P. Lodares, fué que el P. Carabantes había fundado el pueblo del Pilar con indios caribes, dedicándose a su cuidado durante los cinco años que estuvo en aquella región; al alzarse después contra los españoles y los Misioneros estos indios con los otros gentiles que moraban en la ribera izquierda del Orinoco, cuando en 1674 salió a campaña el Gobernador de Cumaná y los persiguió, los caribes se retiraron Orinoco arriba, y apenas quedó ninguno en el territorio de la Misión de Cumaná. Como los Misioneros no necesitaban el vocabulario y gramática caribes del

P. Carabantes, no se cuidaron de su impresión y lo dejaron perder”.

También los manuscritos de Milán se hacen eco de la existencia de este rumor o duda por aquel tiempo, sin afirmarlo ni negarlo, con estas palabras, que están insertas en el elogio que hacen del siervo de Dios:

“Aunque no falta quien afirma que el venerable Fr. José de Carabantes le suministró (al P. Tauste), la materia y algunos cuadernillos”. Esto después de haber atribuido la paternidad de las predichas obras a nuestro biografiado.

Queda, pues, consignado y manifiesto que el uno hizo su trabajo en lengua caribe y el otro en lengua chaima, que eran totalmente distintas.

SU REGRESO A LA MISION Y SU MUERTE

Vuelto a Cumaná después de la impresión de estas obras utilísimas para los Misioneros, continuó trabajando incansablemente por espacio de diez y ocho años, sufriendo muchos sinsabores y contradicciones y recibiendo por fin el martirio del veneno de manos de los mismos indios por quienes tanto se había sacrificado en todos los órdenes, espiritual, intelectual y corporal. Suministráronle un veneno con el que pretendían darle una muerte desesperada para que muriera rabiando, y en efecto, murió a consecuencia del veneno que le propinaron en odio a su fe. Mas en lugar de morir como ellos deseaban, desesperado y rabioso, murió pacíficamente y rogando a Dios por los que le envenenaron, perdonándoles de todo corazón, el año 1698.

“Fué el venerable P. Francisco de Tauste (dice el P. Anguiano), varon de vida inculpable, trabajó por más de cuarenta años en la conversión de los indios con gran fruto. Adornóle Dios con especiales dones de su gracia y le concedió el de lenguas, de las cuales hizo arte, vocabulario y catecismo, que imprimió en Madrid, en cuarto, el año 1680. Después volvió a Indias y al cabo de tantos trabajos, le dieron veneno los

indios, para que muriera rabiando (que eso pretenden ordinariamente los que lo dan), murió con él, rogando a Dios por los que se lo habían dado y perdonándoles de corazón, el año 1684.”

Esto mismo dice en elogio de nuestro venerable P. Tauste el P. Lodares, y ambos coinciden, así como los manuscritos de Milán, en afirmar que murió el año 1684, lo cual es un error manifiesto. Porque es incontrovertible que marchó a la Misión el año 1657, y como por otra parte ellos mismos afirman que estuvo en Cumaná más de cuarenta años, es menester concluir que su muerte acaeció después del año 1697. Y así fué en efecto, pues, como afirma Latasa y consta también en el “Epítome histórico de Fr. Marcos de Lisboa”, su muerte acaeció el año citado de 1698, en el pueblo de Santa María de los Angeles, el primero de los fundados por nuestros Capuchinos en la Misión, y acaso el más numeroso de todos ellos, pues llegó a contar ciento cincuenta familias.

Terminamos esta biografía con el siguiente elogio que hallamos en los manuscritos tantas veces citados:”

“Quintus fuit V. P. Fr. Franciscus Tauste inculpabilis vitae Vir egregius; plus quam quodraginta annos feliciori Indorum conversioni insudavit; variis eum exornavit Deus gratiarum muneribus, presertim linguarum, quas in dictionarii Indiani, ac cathecismi normam reduxit, et typis mandavit Matrity, in quarto folio anno 1680. Licet sint qui dicant Venerabilem Patrem Fratrem Josephum a Carabantes ei materiam et aliquos quaterniones ministrasse. Post iterum transfretavit ad Indos convertendos, qui in odium fidei catholicae venenum ei propinaverunt, ut, juxta perversum ipsorum judicium, rabie tabesceret sed moriens rogabat Deum, ut ignosceret veneni propinatoribus suis; migravit e vita anno 1684.

De hoc inclito viro scripsit Admodum R. P. Antonius a Fuente-lapeña, Provinciae nostrae Castellanae Minister Provincialis:

1.º Quod fuit doctus simul et virtutibus preditus; intelligens ac rectus ad linguarum interpretationem; et quod Jesu christo innumerabiles peperit animas;

2.º *Ac catholico Hispaniarum Regi innumeros vasallos suaviter subjecit: Et cui accomodari potest illud: "O lingua benedicta etcétera..."*

Et concludit praedictus praedoctus Provincialis: Duplici ergo corona dignus est Franciscus in coelo, quia Infidelium Magister, et catholicorum Doctor".

P. ATANASIO DE ZARAGOZA

El P. Atanasio de Zaragoza fué también Misionero de Cumaná, floreció en todo género de virtudes y buenas obras, y echó el sello a su santa vida y fecundo apostolado padeciendo como los cinco anteriores, el martirio del veneno que le dieron los indios, a quienes no cesaba de enseñar y predicar las verdades de nuestra santa religión, y de procurar con cuantos medios estaban a su alcance su eterna salvación.

No sabemos con qué expedición y en qué tiempo marchó a la Misión; solamente sabemos que, cuando murió el P. Torrelacárcel, después de la fundación del pueblo de San Antonio de Padua en el valle de Guipanaguar, le substituyó de Misionero en dicho pueblo el P. Atanasio, en el año 1693, como lo refiere el P. Torrelosnegros en su Relación de las fundaciones de Cumaná (1). Dice así: "Después la prosiguió (la Misión de San Antonio), el P. Fr. Atanasio de Zaragoza, ex-lector de Teología, quien trabajó con igual celo y acierto; fabricó iglesia muy decente, ayudando de peón a los oficiales por su propia persona hasta concluirlos; esta Misión fué mucho de la estimación de los religiosos y en ella se celebraron cuatro trienales capítulos.

Se erigió en parroquia y entró en su administración clérigo secular el año 1712, desde cuyo tiempo empezó a decaer de tal suerte, que el año 1766 apenas tenía diez familias, las que murieron en la peste de viruelas, por cuya causa no pudo tomar posesión de ella la Misión, como lo hizo de las demás, en virtud de la citada orden Real; con que resulta haber tenido de duración sesenta y dos años."

(1) Lodaes, t. 2.º, pág. 120.

Se bautizaron desde su fundación hasta su destrucción, 2.306 almas; se celebraron 657 matrimonios y murieron 2.060 personas en la comunión de nuestra Santa Madre Iglesia. Cuando se erigió en doctrina tenía 463 almas.”

Acaeció su dichoso tránsito a la gloria, según piadosamente creemos, el mes de Agosto de 1738.

Apenas expiró, cuando se apareció radiante de gloria y resplandores celestiales al venerable Hermano Fr. Miguel de Torres, anunciándole que subía a ser cortesano del cielo. Era éste un hermano muy santo, que estuvo en aquella Misión más de cuarenta años y murió de edad de ochenta con muerte natural y en olor de santidad. Merece, pues, crédito, al relatar la visión que tuvo del P. Atanasio.

Estos seis mártires de Cumaná son suficientes para que se vea que el martirio anda rondando muy de cerca a los Misioneros, si ejercen su apostolado en Misiones de infieles, y no puede ser de otra manera. Pues el Misionero va a destruir en esas tierras el imperio de Satán, a quien Jesucristo llama "*Princeps hujus mundi*", príncipe de este mundo. Y claro está, que aun cuando sea un príncipe usurpador e intruso, pues solamente Jesucristo es el verdadero Príncipe y Pastor de la humanidad, y todos somos sus ovejas, no obstante el demonio no ha de permitir ser desterrado de ese reino, ni despojado del mando sin oponerse por todos los medios a su alcance a que Jesucristo sea el que reine en las almas en su lugar. De ahí la guerra primera del tentador contra nuestros primeros padres; la de Caín contra Abel; de Esaú contra Jacob, y de los malos contra los buenos. Dios y el demonio se disputan la conquista del mundo, y como los Misioneros van a su conquista en nombre de Dios y de Jesucristo, muchas veces tienen que sucumbir en la demanda y derramar su sangre en manos de los emisarios de Satán. Ahora que, así como la sangre derramada por Jesucristo en la Cruz redimió al género humano, así estos seis mártires dando con su muerte testimonio de la verdad de su doctrina, no hicieron otra cosa que derramar sobre aquella región la semilla de nuevos cristianos, y tenemos la dicha de ver que hoy reina Cristo en Venezuela.

P. MIGUEL DE ÉPILA

Movido de la gracia divina, corrió el P. Miguel a refugiarse en el claustro de nuestra Seráfica Religión Capuchina, llevando en ella una vida tan santa, que bien podemos creer, fué a hacer compañía a los anteriores en la patria celestial.

Aprendió en la Orden la necesidad y obligación de domar la carne con toda suerte de asperezas y mortificaciones, no sea que se insolente contra el espíritu y nos hagamos réprobos por causa de ella; y como lo aprendió, así lo puso por obra. Para extirpar de raíz los vicios con que la carne hace guerra al espíritu, la castigaba con maceraciones cruelísimas.

Sus ayunos eran frecuentes y rigurosos, comiendo poco y mal para más afligir a su carne, por lo que llegó a enflaquecer y perder el color de tal manera que, mirando a su rostro, parecía estar delante no un hombre, sino una imagen de la misma muerte; tal era su palidez. Su hábito estaba a tono y corría parejas con el color de su rostro macilento, siendo muy grueso, raído y basto.

No hubo jamás hombre alguno que tuviera tanta hambre y sed de oro y riquezas, como nuestro P. Miguel ardió en deseos de padecer por Cristo toda clase de privaciones y dolores. Por eso no pensó en todo el decurso de su vida en mitigar sus penitencias, antes al contrario, hacía continuamente nuevos propósitos de aumentar sus austeridades y las maceraciones de su cuerpo tomando diarias y prolongadas disciplinas con fervor tal, que empleaba en ellas más de media hora, y para ocultarlas a la vista de los religiosos buscaba los lugares más escondidos del convento donde no pudiera oirse el ruido de sus flagelaciones, así como también aquellas horas del día o de la noche

en que los demás no pudieran escuchar ni atisbar lo que hacía.

Oración y mortificación eran los dos polos alrededor de los cuales giraba toda su vida y si tan grande como queda dicho fué su espíritu de mortificación, no le iba en zaga su espíritu de oración, antes bien, ésta parecía superar a aquélla. Pues era tan adicto y aficionado a la oración y a la contemplación de las cosas celestiales, que casi todas las horas de la noche las empleaba en tan santo y provechoso ejercicio, en el cual recordando y reflexionando sobre la acerbísima pasión de Cristo Nuestro Señor y sus indecibles tormentos, se deshacía en lágrimas, mezclando con ellas muchos suspiros y gemidos que brotaban de lo más hondo del pecho, como lo presenciaron frecuentemente los religiosos y de un modo especial el sacristán, quien al ir a tocar la campana por la mañana, le hallaba ante un crucifijo con los brazos en cruz y levantados sollozando y convertido en un mar de lágrimas.

Fácil es de suponer que un corazón tan caldeado en el amor de Dios como el de nuestro P. Miguel, no podía menos de sentirse devorado por el celo de la mayor gloria de Dios y de la salvación de las almas. Y así fué en efecto, porque manifestando a los superiores ese su ardiente celo, fué enviado según dicen los manuscritos: "Marchó por varias partes del mundo a sembrar la simiente de la divina palabra, enseñando a los indoctos y rudos indios, principalmente a los indios brasileños, las verdades de nuestra santa religión." De lo cual parece deducirse, que antes del Brasil debió estar en otras partes misionando, y como fué compañero de Misión del P. Buenaventura de Maluenda, que estuvo primero en Sierra Leona, creemos que también nuestro P. Miguel estuvo antes en esta Misión africana.

Después de algunos años, ocupado el Brasil por los franceses por derecho de guerra, fué conminado a marcharse inmediatamente de aquella Misión y provincia bajo pena de muerte, viéndose de esta manera obligado a abandonar aquel inmenso territorio donde había mucha mies y pocos operarios, con grande sentimiento suyo.

Nada nos dicen los manuscritos ni del tiempo en que marchó al Brasil, ni de los años que allí permaneció, ni de sus trabajos y conquistas en aquella Misión, ni del tiempo en que regresó a la provincia. Solamente sabemos que vuelto a su patria y sufriendo una cruel y dolorosa enfermedad, terminó sus días en el convento de Zaragoza, el año 1680, habiéndose granjeado un gran cúmulo de merecimientos.

P. BUENAVENTURA DE MALUENDA

No inferior al P. Miguel de Epila, por su virtud y sus méritos, fué el P. Buenaventura de Maluenda, compañero de viaje de aquél y socio suyo en la Misión, y como él incansable en el deseo y celo de extender por todo el mundo la fe y la religión católica.

En efecto. Por el P. Angiano (1), nos consta que estuvo de Misionero en Sierra Leona y por los manuscritos de Milán que también estuvo en el Brasil y últimamente en Cumaná.

Marchó a la Misión de Sierra Leona el año 1677 en una expedición de catorce Misioneros, que se embarcaron en Cádiz el día 14 de Julio, entre los cuales iban tres Misioneros de la provincia de Aragón y uno de ellos nuestro biografiado.

“Prevínose navío en Cádiz, dice Anguiano (1), y el día de nuestro P. San Buenaventura, que es a 14 de Julio del año dicho de 1677, comenzaron a navegar, llevando orden expresa de Su Majestad y de su primer Ministro el serenísimo señor Principe de Austria, su hermano, para que fuesen primero, y ante todas las cosas, a las Islas Canarias, para hacer allí Misión y componer los bandos y enemistades en que se hallaban los naturales, que fueron tales, que se necesitó de pronto remedio, y de que Su Majestad aplicase toda su regia potestad.”

Repartieronse por toda la Isla y con su ejemplo y predicación evangélica, quedó toda ella pacificada. Algunos no pudieron continuar el viaje por haber enfermado a causa del excesivo trabajo y los demás apenas terminada la Misión de Canarias, partieron para Cabo Verde a presentar los despachos de la Sagrada Congregación al Obispo de ella; y desde aquí

(1) Vida de Fr. Francisco, pág. 268.

se embarcaron para Cacheo y pasaron el puerto de Tumbó, donde saltaron a tierra y comenzaron a trabajar en su Ministerio. Luego les sucedió el experimentar, como todos, la contrariedad del clima, y enfermaron gravemente y por largo tiempo.

Diez años estuvo en Sierra Leona nuestro P. Buenaventura, sin que sepamos noticias particulares suyas, sino lo que dice el P. Anguiano: "Desde entonces quedaron solos tres de los nuestros que habían pasado a Guinea en el principio de la Misión, que fueron los Padres Fr. Francisco de la Mota, Vice-Prefecto, Fr. Angel de Guarrote y Fr. Buenaventura de Ma-luenda. Estos trabajaron con suma aplicación, hasta el año 1688, en que les llegó la orden de los Prelados de esta provincia de Castilla, para volverse a ella, respecto de ser tan antigua y tan constante contradicción de los mismos portugueses, que esa no había de cesar, pues aun con la protección de su mismo Rey, no cesó." En carta al Provincial de Castilla le decían entre otras cosas, lo siguiente: "En la reducción de los gentiles se trabaja igualmente, y para poderles enseñar y predicar con más eficacia, hemos aprendido ya su lengua y ahora nuevamente hemos hallado entrada en el Reino llamado Saisi, cuyos naturales están prontos para recibir la fe; que lo que está menos comunicado de los Blancos, está más sincero para admitir la verdad, sin bárbaras réplicas, como es el sobredicho reino." Y termina diciendo: "Suplico a V. C. y a todos nuestros carisimos Padres y Hermanos, nos encomienden a Dios, dándoles a todos nuestras afectuosas memorias hasta que nos veamos en la gloria, que ya los días pasados estuvieron bien cerca de guiarnos a ella los gentiles; mas yo, en especial no lo merecí; si sólo el padecer muchas injurias y empellones y arrastrarnos de las barbas. Algún fruto se saca ya etc. ..."

Así sucedían las cosas por los años de 1686 y así corrieron hasta el 1688 en que nuestro P. Buenaventura regresó a la provincia, después de diez años de trabajos y sufrimientos.

Así como había edificado a la provincia con su santa vida antes de marchar al Afrīca, a su vuelta la volvió a ilustrar por

segunda vez con el buen olor de sus virtudes. Y con el fin de adelantar diariamente de virtud en virtud, fué celosísimo de la observancia regular y parco en la comida, frecuente en los ayunos y asiduo en la oración, humilde y despreciable a su vista, pero no así a la de los demás.

Nunca se dispensó de tomar la disciplina diaria, castigando su cuerpo y reduciéndolo a servidumbre con flagelaciones crueles y sangrientas: principalmente en los viernes en que meditaba con mayor devoción los misterios de la Pasión del Señor, se abrasaba de tanto amor a Jesús crucificado, que golpeaba atrozmente su cuerpo con un instrumento de hierro.

No contento con los años pasados en Africa, quiso también ir a América, y fué al Brasil, como nos dicen los manuscritos, sin que podamos puntualizar ni el año en que realizó el viaje, ni el tiempo que allí permaneció. Lo que sí parece claro es, que debió estar pocos años en aquella región, porque ocupado todo el Brasil por los franceses por conquista de guerra, como *leges inter arma silent*, vióse obligado a salir de dicho territorio y sufrir el destierro con grande sentimiento de su alma y contrariedad de su fervoroso espíritu.

No se entibió lo más mínimo su celo a causa de la expulsión del Brasil, sino más bien se agrandó y acrecentó su deseo de propagar la luz del evangelio a los indios que permanecían todavía sentados en las tñieblas de la muerte, y conforme al consejo de Jesucristo a sus discípulos de ir a otras tierras, cuando son perseguidos y desterrados, dejando el Brasil, con permiso de sus superiores pasó a la Misión en que con tanto éxito trabajaban y evangelizaban los Capuchinos de su provincia de Aragón en el Reino de Cumaná, a donde llegó felizmente el año 1690. Aquí trabajó durante diez y siete años de incesantes sacrificios, penalidades y trabajos, como el siervo bueno y fiel del evangelio, multiplicando los talentos que había recibido de su Dios y Señor.

De su actuación en Venezuela sólo hallamos breves noticias en la Relación del P. Torrelosnegros (1); dice así: "*San Juan Evangelista*.— Esta conversión tuvo principio el año 1697, a

(1) Lodaes, t. II, pág. 122.

22 de Julio, en el valle de *Botuco*, distante dos leguas del de Casanay; esta fundación fué muy trabajosa por la rebelión de los indios; fué su fundador el *P. Fr. Buenaventura de Mahuenda*, quien después de haberse empleado en propagar la fe católica por muchos años en las tierras del Rey de Portugal, vino a estas Misiones el año 1690, y murió en la de Casanay con la edificación que siempre acompañó a su santa vida.

“Esta Misión de Botuco, aunque su fundador con su ardiente celo no dejó medio alguno que condujese a reducir aquellos indios, fué destruída dos años después; porque como gentes indómitas y salvajes, inducidas del común enemigo del género humano, sin más motivo que el de querer volver al vómito de su infidelidad, en una embriaguez se huyeron todos a los montes una noche, dejando al pobre religioso solo, y con la pena y dolor de la pérdida miserable de aquellas pobres almas.”

Tenía (este pueblo) en su deserción 56 almas; se bautizaron en los dos años 29 y se celebraron 10 matrimonios y murieron 5 personas en la comunión de nuestra Santa Madre Iglesia.

Después de haber pasado una buena ancianidad, descansó en la paz del Señor, y voló, según piamente podemos creer, el año 1706, a recibir el reíuo que le estaba preparado desde la constitución del mundo y entró en el gozo de su Señor en premio de su gran fidelidad en el servicio de Dios, no sólo en las cosas grandes, sino también en las pequeñas e insignificantes al parecer.

VENERABLE PADRE JOSÉ DE CARABANTES

De intento hemos dejado para el último lugar de este grupo de Misioneros de Cumaná la biografía del célebre P. Carabantes, el cual, aun cuando estuvo pocos años en aquella Misión, fué no obstante uno de los más famosos y célebres que ejerciera allí su apostolado; pareciéndonos que el hecho de hallarse impresas algunas vidas escritas con mucha extensión, no es motivo suficiente para que sea excluído en absoluto de figurar en esta colección.

Nos ceñiremos a su vida como Misionero de Venezuela, omitiendo cuanto se refiere a su vida apostólica en España, ya que el lector que desee enterarse de ello, puede leer la vida escrita por D. Diego G. de Quiroga, titulada "El Apóstol de Galicia", o la del P. Valencina.

Nació este siervo de Dios en Carabantes (Soria), de padres ilustres por su piedad y nobleza, el día 27 de Junio de 1628. Huérfano de padre siendo muy niño, fué educado por su madre en el santo temor de Dios. Aprendió las primeras letras en Deza, latín y humanidades en Soria, trasladándose a Zaragoza para hacer estudios superiores; pero aquí le llamó el Señor a la Orden Capuchina, e ingresó en el noviciado de Tarazona. Cursó filosofía y teología en el convento de Calatayud, saliendo aventajadísimo en ambas facultades.

Ordenado de sacerdote y sintiéndose poderosamente inclinado al ejercicio de las Misiones, para obrar con acierto, consultó el caso y sus dudas con la venerable Sor María de Agreda, de quien recibió una carta que le animó y resolvió a pedirlo a sus superiores.

Por este tiempo se hallaba en España el Padre Lorenzo de Magallón, venido de Cumaná a España, como queda dicho en

otro lugar, para defender a los religiosos Misioneros de las calumnias de sus émulos, y cuando después de obtenido el triunfo en la corte de Madrid, se disponía a regresar a la Misión, se le ofreció el P. Carabantes para ir en su compañía a dicha Misión. La expedición compuesta de seis Misioneros estaba lista para embarcarse a fines del año 1656; pero sólo pudieron hacerlo nuestro biografiado y los Padres Tauste y Frías, por las razones en otro lugar apuntadas.

En la biografía del P. Magallón hicimos notar cómo no les fué posible a estos Misioneros consagrarse desde el primer momento como era su deseo y el fin de su Misión, a la conversión de los indios, a causa de la guerra que éstos sostenían con los españoles, por lo cual, para no estar ociosos, llevados del celo por la salvación de las almas, determinaron dar Misiones en las ciudades y pueblos de españoles, distinguiéndose en esto nuestro P. Carabantes.

“La primera ciudad, dice el P. Lodaes, que recibió los benéficos influjos del P. Carabantes fué la de Cumaná.” Fué tan grande el fruto, que la ciudad parecía una Nínive de penitencia. De Cumaná pasó nuestro Misionero con sus compañeros a las otras villas y pueblos de la provincia, que tenían harta necesidad de Misiones, debido a la escasez de clero y falta de instrucción religiosa; por otra parte la mezcla de los españoles y criollos con los negros importados de África y de los indios de la región, fué motivo de que unos y otros, olvidados de toda ley se entregaran a una vida licenciosa. Fué tan eficaz la palabra del Apóstol Carabantes, recomendada por una vida ejemplar y austera, que no había corazón por obstinado que fuera, que pudiera resistir al influjo de la gracia; y lo mismo los del pueblo de Barcelona, que los de Cumanacoa, Cariaco y Cumanagotos, todos se rindieron a la predicación del Misionero.

Al tener noticia la ciudad de Caracas de la prodigiosa predicación de nuestro Apóstol, el clero y fieles de dicha ciudad le suplicaron pasase a predicar una Misión en aquella entonces capital de la colonia. Comenzó la Misión en la Catedral, y es imponderable el fruto que se recogió, pues no quedaron

menos aprovechados que los de Cumaná, antes bien compitieron con ellos en el arrepentimiento y penitencias públicas. Aquí es donde, según dice el P. Tauste, su compañero de Misión, "las gentes vieron salir rayos de luz y estrellas de la boca del predicador, con grande admiración y fervorosa devoción de todos." En esta ocasión, conociendo la dureza de corazón de algunos pecadores, les anunció con espíritu profético un castigo de peste, y con tal éxito, que muchos de los pecadores se convirtieron a la hora de la muerte y murieron muy bien asistidos.

Con motivo de esta Misión, según queda dicho en otro lugar, un alto personaje de Caracas, cuya licenciosa vida quedaba al descubierto merced a la valiente y fervorosa predicación del siervo de Dios, escribió, para vengarse de los Misioneros, al Consejo de Indias y sorprendiendo la buena fe de éste, consiguió que Su Majestad despachara por segunda vez una Real Cédula, ordenando que los Capuchinos volvieran a sus conventos de España.

Terminada esta Misión a fines del año 1658, recorrió el P. Carabantes los pueblos del interior, y ya en los últimos días del año 1660, pudo consagrarse ya de lleno a la conversión de los indios caribes, mientras sus compañeros de Misión Padres Tauste y Frías, retornaron a España con el fin de defender su causa y desbaratar los planes de los enemigos de la Misión.

Eran los caribes los más feroces y crueles de todos los indios de entre aquellas naciones salvajes y por eso nuestro Misionero eligió para sí la parte del territorio que ellos habitaban. Apenas tocó con su planta la tierra de los caribes, afirma el P. Lodaes, estos hombres salvajes pretendieron darle la muerte y lo hubieran realizado si no le hallaran asistido de un poder invisible que los contuvo. Con este prodigio cobró en su espíritu más aliento y dedicóse con todo empeño a aprender la difícil lengua de aquellos bárbaros, la cual adquirió a fuerza de indecibles trabajos tan perfectamente, que llegó a escribir una Gramática y un Vocabulario, componiendo también en su lengua varios sermones.

Era tanto lo que se sacrificó por ellos para atraerlos y reducirlos, que le tenían gran veneración y cumplían inmediatamente cualquier insinuación u orden del siervo de Dios. Habiéndoles propuesto una vez a los caciques que debían prestar obediencia por escrito al Papa, por complacerle se reunieron cinco caciques y lo hicieron en un documento firmado por los cinco, según consta en la vida del santo Misionero. De la misma manera para dar obediencia al Rey de España, cavaron un hoyo en la tierra, rompieron un arco y lo enterraron, en señal de que nunca más harían armas contra los españoles. Por fin el año 1662, o sea dos años después, consiguió fundar un pueblo de caribes al que puso por nombre Nuestra Señora del Pilar.

Así estuvo trabajando con los caribes durante seis años, hasta que a mediados de 1666 regresó a Europa para presentar al Papa una relación de la labor realizada por él y por sus compañeros en Venezuela, la cual transcribimos íntegra por ser una especie de autobiografía suya y para dar a conocer algún tanto sus trabajos y sufrimientos con los indios salvajes y los frutos obtenidos en la Misión, aunque sea en compendio.

Dice así:

Relación que el P. José de Carabantes presentó a los Eminentísimos Cardenales de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide; trata de la situación del país y de los indígenas, y del propio progreso de las Misiones hasta el año 1666 (1).

Fr. José de Carabantes, Capuchino Misionero de la India occidental, dice: Que ha venido de tierra muy distante a esta corte romana a dar cuenta a VV. Eminencias del estado de la Misión de la cual viene, asistida de las provincias de Capuchinos de Andalucía y Aragón, la cual Misión está en las provincias de la India Occidental, que se llaman Cumaná y Caracas, Guarapiche, Aragua, Amaá, etc. Y dice, dando principio, que aun no ha trabajado en esta Misión más que diez años; le dió principio Fr. Francisco de Pamplona, Capuchino, que hallándose en esta Corte romana, se la dieron VV. Eminen-

(1) *Lodares*, t. II, pág. 40.

cias, señalándole para ella la Isla de Granada, con licencia (si no era recibido en ella), *de pasar él y sus compañeros a otras tierras de infieles*, donde no hubiera Misión. Y habiendo conseguido esta licencia, después de haber andado por mar y tierra con gran trabajo, hasta llegar a la Isla referida, ya por no haber sido recibidos en aquella tierra, usando la facultad concedida, pasó con sus compañeros, y después de haber navegado tres días, llegaron a la provincia de Cumaná.

Consultaron la causa de su venida con el Obispo de aquellos territorios y con su licencia y consejo pasaron a las tierras más cercanas de los indios infieles, entre los cuales trabajaron mucho y fué más lo que padecieron con gran valor y constancia por algunos años, que el fruto que sacaron. Fué Dios servido, después de tantos trabajos que padecieron los religiosos (entre los cuales murió Fr. Francisco de Pamplona el año 1651), de inspirar a la Majestad católica de Felipe IV, que enviase seis religiosos de la provincia de Aragón y otros tantos de la de Andalucía, y todos llegaron al paraje de la Misión, que era todo de indios infieles.

Lo primero que debo decir es que estos indios viven en una parte del mundo llamada generalmente, América, la cual corre por el gran río Orinoco, y el Reino de la Nueva Granada, en distancia de cuatrocientas leguas de Oriente y de Septentrión, a Mediodía, se tiene por cierto que es mucho mayor la distancia, y de cierto, hasta ahora, no se ha conocido: Dividese en varias provincias, como quedan nombradas. Toda aquella tierra es mucho más que buena y fructífera; pero sus habitantes son muy perezosos y omisos en cultivarla, porque se contentan con muy poco. Tiene muchos ríos grandes y pequeños de excelentísima agua, muy sana; tiene gran variedad de árboles y ninguno tiene semejanza con los que se conocen en Europa; algunos árboles de aquella tierra son semejantes a los del Paraíso, porque dan todos los meses del año nuevos frutos, uno se llama cacao, otro coco, otro papayo, cuyas frutas son muy buenas y gustosas y todo el año se conservan con el adorno de las hojas siempre verdes y los campos floridos y con mucha hierba; el temple de la tierra comúnmente es

sano y muy alegre y graciosamente vistosa; en ella no se reconoce frío en tiempo alguno, ni es excesiva de calor, aunque la tierra no está más en diez u once grados.

Es tierra muy para gran diversidad de frutos; pero como los que la habitan no la cultivan, comen y beben muy pobremente; sus manjares son de muchas hierbas y raíces de tierra; pescado poco, y lo mismo la caza de aves y otros animales; pan de trigo de Europa no lo conocen ni lo han visto, y aunque tienen otro grano que llaman trigo de las Indias y una medida que siembran de doscientas, siembran muy pocos granos y todo el año se sustentan de un pan que hacen de las raíces de un árbol que llaman yuca; este pan es muy desabrido y muy áspero, del cual nos sustentamos obligados de la suma necesidad, ellos hacen sus bebidas de raíces de árboles cocidas, y tienen grande eficacia para embriagar. Y para quitarlos de la costumbre de embriagarse cuesta muchísimo trabajo, y es menester Dios y ayuda para el logro.

Hecha esta breve relación de aquella tierra, diré algo de sus habitantes, y entre otras cosas, digo que hay muchas y diversas naciones de indios y se llaman unos Guamonteyes y otros Chaimas, Tapies, Araguas, Cores, Tiquitiques, Farautes, Caribes. Todas estas naciones convienen en todo lo referido, y cada una tiene su príncipe, que ellos llaman Cacique, y aunque no le tributan oro ni plata, ni otra cosa alguna, le veneran y estiman muy mucho; algunas de estas naciones, antes de nuestra entrada, tenían unas con otras crueles guerras, y en particular la nación de los caribes tenía guerra con todas y a todos los que hacían prisioneros con gran fiesta los mataban y se los comían, y lo mismo hacían con los muertos en las batallas.

El color de todos es entre negro y blanco; no usaban hombres ni mujeres de vestido alguno, fuera de un paño que pide la decencia y muchos no le llevaban; no tenían ciudades, villas ni lugares formados; solamente en tres o cuatro casas vivían los de un mismo apellido, distantes las unas de las otras poco o mucho espacio de tierra. Todos los moradores de aque-

llas tierras dilatadas son muy ignorantes, y tanto, que juzgaban no había más vida que la temporal, ni que en sus cuerpos había almas, y lo que más admiramos fué, que no tenían conocimiento alguno de Dios; cosa increíble al parecer, y aunque hicimos muchas experiencias de esto y muy en particular con los que parecían de mayor capacidad, preguntándoles que *quién había hecho el cielo y la tierra*, respondían que no lo sabían (y esto después de haberlo pensado mucho) y que no lo podían afirmar, que hacía mucho tiempo que estaban hechos. Juzgaban que todo lo visible había aparecido, y por esta causa no reconocían ni adoraban deidad alguna verdadera ni falsa.

Del demonio tenían alguna noticia oscura, y le temían, juzgando que era alguna cosa muy poderosa, que los podía oprimir con muertes y enfermedades y esto procede porque en estas naciones hay algunos hombres que tienen comunicación con el demonio, que les enseña las virtudes de algunas hierbas y plantas y permitiéndolo el Altísimo, les descubre algunas cosas ocultas; y por medio de estos sujetos que se llaman Piaches, sembraban muchos errores antes de nuestra entrada; eran muy estimados y les tributaban grande veneración, porque usaban el arte de la medicina (que se puede y debe llamar ignorancia la que usan). Antes que el demonio los admita a su comunicación los hace ayunar sesenta días con grandísimo rigor. Estos hombres se oponen grandemente contra los ministros del Evangelio, porque predicán contra ellos y sus errores; ellos fueron causa e impedimento para no poder entrar en aquella tierra en donde ahora está la Misión; ellos impiden el hacer mucho fruto y el que está hecho lo deshacen con su astucia y enredos; pero de tan astutos y engañadores hombres (a Dios gracias), quedan ya convertidos a nuestra santa fe cuatro.

Los cabezas o príncipes de estas naciones, y los ministros referidos del demonio, se casaban a su modo con muchas mujeres de la plebe; muchos tenían dos, y algunos no más que una, y comunmente hablando, aunque dieran causa no la repudiaban; para las bodas era menester el consentimiento de

muchos, y lo declaraban por raros modos y con señales ridículas. Las mujeres eran obligadas a ayunar cuarenta o cincuenta días con grandísimo rigor para poderse casar y para ser fecundas y tener hijos juzgaban por forzoso el ayuno; pero enseña la experiencia que en ellas para este fin no es necesario. Y por esta causa y usar de muchas mujeres, no los pudiera sustentar la tierra, ni cupieran en ella; pero con los contagios frecuentes se minoran más que mucho y cuando entramos la primera vez a explorar aquella tierra, la inclinación y ánimo, se hallaron antes que nos dejaran vivir en su tierra, haber muerto con la peste innumerable gentío, en tanto grado, que de cien personas, apenas quedó una.

Los difuntos los enterraban los parientes en sus mismas casas, celebrando el entierro llorando y dando grandes voces los parientes del difunto; los amigos cantan los hechos mayores del muerto; por aniversario abren las sepulturas y queman los huesos haciendo grandes convites y diversidad de bebidas y el fin suele ser una confusión. Cuando muere algún capitán o príncipe, tienen por costumbre matar a uno por vengarse de la muerte del difunto. Entre los indios caribes, si muere algún príncipe de su nación, matan a la mujer más querida del difunto y la entierran con él. En estas naciones nunca se ha visto escritura ni testamento, porque ignoran el arte de escribir. Aborrecen mucho la posesión de los bienes que los parientes (cuando vivían) usaron. Los caballos y animales del difunto los mataban y enterraban con él; otros los daban a extraños y nunca a los parientes.

Todos estos bárbaros viven sin política alguna, sin tener ni usar ministros de justicia; cuando mataban alguno, el pariente más cercano es obligado a hacer justicia, matando al matador, que viene a ser venganza y no justicia. En lugar de armas, usan de arco y flechas, con gran destreza, hombres y mujeres; son de grandes fuerzas, de estatura son mayores que las personas de Europa; son muy pacientes y sufridos en los trabajos y enfermedades. Hablan muy poco, tanto que parece negligencia, a lo cual les ayuda su lengua que en pocas palabras manifiestan pocas cosas. Son los más pobres de todas

las naciones que el mundo tiene y como tales comen y beben, con ser la tierra donde viven muy fecunda y con poco trabajo les dá grande abundancia de manjares y comida; pero son en trabajo omisos y perezosos.

Las delicias que cuestan trabajo, no las estiman, antes las aborrecen, y con ser tan pobres, son muy liberales, y con gusto dan a otros lo que tienen y por esta causa viven con sosiego sin el uso del dinero, porque lo que han menester unos, se lo dan los que lo tienen con generosidad y el no hacerlo así fuera desdoro e infamia, y lo mismo juzgan de los que no reciben de lo que generosos les dan. Ningún género de hurto se reconoce en ellos, porque son opuestos en gran manera a este modo de obrar; tienen de todos buen concepto y con seguridad dejan sus casas solas y abiertas por semanas y meses enteros con todas sus alhajas; son todos rudos y no fáciles de reducir; la memoria es infeliz y por esta causa tenemos gran trabajo en enseñarles las oraciones, los misterios de la fe y otras cosas forzosas y necesarias. Tienen poca obediencia a sus padres, y son mal sufridos si los reprenden; y por esta causa no se atreven los padres a corregir a sus hijos, ni mandarles hacer cosa alguna. Todos ellos comen poco, pero tienen una horrenda costumbre de beber hasta embriagarse, de que se originan ruidos, odios y muchas muertes.

Estas eran las costumbres y modo de vida de los moradores de aquellas tierras, hasta que entramos los doce Capuchinos, que fuimos enviados y todos hemos padecido y tolerado indecibles trabajos, antes de poder dar principio a la Misión, hasta el año de 1662. Fué tan poco lo que se pudo hacer en ellos, que se reputa por nada; una de las causas fué, porque aquellas gentes son muy enemigas de extranjeros, y por esta causa hemos tenido los Misioneros muchos trabajos, aumentados por los grandes e inaccesibles montes, que sirven de muralla para la quietud y seguridad; no hay sendas ni caminos abiertos para poder entrar en aquellas tierras. Luego, la falta de comida y bebida y éramos obligados a sustentarnos con las raíces de los árboles; luego se encontraban culebras y serpientes grandísimas y otra mucha diversidad de ani-

males horribles y venenosos, que encontrábamos, a que seguía el encuentro y maltratamiento de los bárbaros, que hacían con obras y palabras a los ministros del Evangelio y en especial los caribes, que muchas veces nos quisieron matar y comer, y lo hubieran ejecutado, si Dios con su omnipotencia no nos hubiera librado, como sucedió habiendo ido a matar a uno de los religiosos, que de repente le vieron cercado de gran multitud de soldados muy hermosos y resplandecientes y así lo aseguraron en público los mismos infieles que fueron a matarle.

Otra dificultad grande para su conversión fué el vivir sin política y no tener para vivir villas ni lugares; y cuando les decíamos que se juntaran todos para hacer casas y lugares formados y tener república como los demás hombres para tener ministros del Evangelio que les enseñaren el camino de la salud eterna, respondían: Que no podían dejar sus antiguas casas a donde estaban enterrados sus padres y demás parientes y que allí tenían las tierras cultivadas y sembradas para tener alimentos, lo cual no conseguirían tan presto si se mudaban. Si les decíamos que era forzoso el vivir juntos para predicarles la palabra de Dios, ellos respondían: ¿Qué cosa era Dios? y diciéndoles que Criador del cielo y de la tierra, etc., se reían pareciéndoles que era engaño o cuento cuando les predicábamos. Si proseguíamos diciendo que si no obraban y creían lo que les proponíamos, no podían ir a gozar la gloria del cielo y que los condenaría Dios Nuestro Señor al infierno, decían: ¿Y qué cosa era gloria eterna, qué cosa era el infierno.? Y al decirles, lo oían como cuento fabuloso y se reían de todo; y hubo indio que al decirle que si era malo, lo echaría Dios al infierno a padecer fuegos eternos, respondió: *Pues yo no querré ir allá y con eso no iré*; tanta como esta era su ceguera.

Otra causa fué para no hacer fruto, los ministros del demonio que consigo tenían, los cuales en gran manera, y por diversos modos se oponían a los operarios del Evangelio, diciendo a los indios (falsamente), muchos males de nosotros, Si algunos iban a los sermones y se bautizaban, los amena-

zaban de parte del demonio con grandes penas, enfermedades y castigos, que decían les había de venir a todos los que iban a los sermones y tomaban la enseñanza; estos soberbios ministros del demonio continuamente ponen asechanzas a nuestras vidas, y mucho más contra los que predicán contra los errores, y por esta causa en la tierra y provincia de Amaná, en un lugar que llaman San Juan Bautista, mataron a lanzadas y con saetas, al P. Fr. Agustín de Villavicena, luego que acabó de decir Misa, y de predicarles un sermón con grande espíritu y fervor.

Por las causas referidas y muchas dificultades, hasta el año 1662 a 1663 no vimos frutos de consecuencia; y este año se mandó relación de todo a VV. EE., y porque dudamos si la relación enviada llegó o se perdió, vengo yo para manifestar los frutos de esta Misión, hechos con la ayuda de Dios, y lo primero que debo decir, es el habernos oído Dios, que se han juntado muchos indios infieles, y con ellos se han hecho *siete poblaciones en forma política*, en diversas provincias y naciones y *con nuestras mismas manos nueve Iglesias*, cortando nosotros la madera necesaria, llevándola a cuestras sobre nuestros mismos hombros; las cuales iglesias con todo lo necesario, conservamos sin asistencia alguna de príncipe ni señor; éstas iglesias son dilatadas y en cada una cabe mucha gente; en ellas celebramos las Misas con mucha frecuencia del culto divino y se les predica la palabra de Dios en la misma lengua de aquellos infieles, muy dificultosa de aprender. El primer sermón que se les predicó en su propia lengua fué de la omnipotencia de Dios, de la gloria del cielo, de la inmortalidad del alma, y habiendo oído estas cosas, muchos infieles de repente dieron voces de alabanza a Dios, siendo las primeras que toda su vida habían tributado; entre las cosas que decían, eran estas: *¡Oh gran Dios! ¡Oh Dios bueno!* Y esto con tanta ternura, afecto y alegría, que oyendo nosotros de los habitantes de aquella tierra las divinas alabanzas, lloramos mucho de alegría.

El número de los convertidos a nuestra santa fe, son algo más de diez mil, y algunos de ellos de los más inhumanos,

porque se sustentaban de carne humana, los cuales son muy conocidos, y temidos con el nombre de caribes; la mayor dificultad que entre otras muchas tenemos, es el que hagan lugares para vivir muchos juntos, a lo cual son más opuestos y rebeldes que a convertirse a nuestra santa fe; no es hasta ahora más el número de los convertidos; de los muertos ya bautizados llegarán a mil, y los más murieron siendo niños, con que el fruto fué seguro, pues murieron con la inocencia y gracia bautismal.

Puede y debe tenerse por fruto grande y singular de esta Misión la de cuatro ministros del demonio, que como tales tenían engañados a los pobres indios y eran embarazo grande para su conversión; ahora convertidos y penitentes ayudan a los Ministros del Evangelio a la conversión y salvación de las almas, y con este remedio ha dado Dios salud a muchas almas con el trabajo y predicación de sus enemigos y también con la conversión se espera mucho fruto, por ser para aquellos bárbaros su ejemplo de eficaz predicación, con que se multiplican cada día los frutos de la Misión; sonlo muy grandes la conversión de cinco Príncipes de provincia, a quienes los indios llaman caciques, los cuales, después de bien dispuestos, recibieron la gracia con el santo bautismo y dieron a Dios la obediencia y ahora a la Sede Apostólica no sólo con la palabra, sino con la obra. Este ejemplo ha sido tan eficaz, que cada día se convierten muchos a nuestra santa fe, y con la ayuda de Dios esperamos que en breve tiempo se han de convertir muchos. Omito referir muchas conversiones maravillosas y omito también muchos prodigios sucedidos, por no cansar.

Otro fruto grande procede de esta Misión, y es que varias naciones de indios infieles, que han oído las voces del evangelio de las personas que han estado en la Misión referida, hallándose impedidos para venir a nosotros y a los lugares ya formados donde moran muchos, ya como no pueden venir por la mucha distancia y por otras muchas diferentes causas, piden con instancia grande obreros del Evangelio para sus provincias; del número de los pretendientes son los indios infie-

les que habitan en la provincia de Guayana, que está cercana al gran río Orinoco en aquella parte que mira de Oriente a Mediodía; pero los que con mayor instancia piden Ministros del Evangelio son los indios infieles que habitan en la provincia de Santa Marta, muy cercana al mar Océano, en la América, entre las provincias de Cartagena y de Caracas.

La cual provincia con todo su territorio, habitada de infieles tiene de distancia seiscientas leguas hasta el lugar de Maracaibo; en este territorio hay muchas naciones de infieles y la que principalmente y con mayor conato busca operarios Capuchinos para su doctrina, enseñanza y conversión, son los indios llamados Cocinas. Nosotros con grande dolor no pudimos hacer lo que nos pedían, porque distan muy mucho de nuestra Misión en la cual no hay más que trece sacerdotes y tres religiosos legos, todos los cuales están distribuidos y ocupados en las nuevas poblaciones de las provincias arriba referidas, que encierran en sí dilatados territorios, por los cuales han de pasar los Misioneros con gran trabajo, para persuadir a los moradores infieles, para que se junten con los que viven en los lugares hechos, donde viven con gran gobierno y política y haciéndolo de esta suerte, mejor y más fácilmente puedan oír la palabra de Dios, y convertirse a nuestra santa fe, sin riesgo de dejarla.

Esta obra pide y lleva mucho tiempo, y es carga y trabajo insuperable, aunque no tanto ahora después de la conversión de los caribes principales y ser muchos los que nos acompañan y asisten en este ejercicio, y nos ayudan a la predicación y conversión de los que están infieles, con el trabajo repetido de andar continuamente de unas partes a otras para cazar almas, no se cogía otro fruto que el de padecer mucho; ya mejorados los tiempos, la semilla de la palabra de Dios ha dado el fruto en unas partes de treinta, en otras de sesenta y de ciento, y no pocas veces de doscientos en tantas almas u ovejas que estaban perdidas, dejan su propia tierra, sus labranzas y propias casas y siguen al Predicador, que las llama en nombre del Pastor Divino y las convida a la Cena grande de la gloria, y cuando vienen, ordena los que antes que lleguen

a los lugares de los indios ya convertidos, les salgan éstos al encuentro con diversos instrumentos músicos y con alegría y no poco regocijo son recibidos de la suerte que el Soberano Padre recibió al hijo pródigo.

Por haberse hallado en aquellas regiones y provincias millares de hijos pródigos del Soberano Padre y millares de dracmas y ovejas perdidas, en su entrada todo es alegría y gozo, todo es darse parabienes y gratulaciones, y con el mejor banquete, que aquellas tierras permiten, son recibidos estos huéspedes y regalados y hasta que tienen casas propias, y comidas, los sustentan a su costa los ya convertidos y hospedan en sus casas, mediante las persuasiones de nuestros religiosos y les ayudan a fabricar sus casas, labrar sus tierras y coger sus frutos. Y por este medio más se facilita cada día el venirse otros muchos infieles a reducirse y unirse con el demás rebaño de los ovejas de Cristo; y por este medio y por el ejemplo de los príncipes y capitanes y el continuado ejercicio de la predicación fervorosa de la palabra de Dios, esperamos muy en breve la conversión a la fe católica y la obediencia a la Sede Apostólica de innumerables infieles.

Hágalo Dios por su infinita misericordia, para que todos le alaben y le gocen por toda una eternidad. Amén.”

Terminadas sus gestiones en Roma vino a España con el fin de entrevistarse con el Comisario General de las Misiones que lo era el Provincial de Andalucía y ponerse a sus órdenes. Pero aconteció que al pasar por Granada predicó algunos sermones y fueron tan notables, que el Sr. Obispo de Málaga le pidió diera Misiones en su Diócesis, a lo cual accedió su superior y le obligó a ello. Predicó pues en Málaga y a continuación en los pueblos más importantes de esta Diócesis, como Casares, Marbella, Estepona, etc., y en todos ellos con indescriptible conmoción de las gentes. De Málaga pasó el año 1668 a Granada donde predicó con el mismo éxito y fruto hasta el año siguiente, en que a ruego del Sr. Obispo de Orense, pasó a aquella capital dando continuas misiones en toda Galicia y cada vez con creciente aprovechamiento de los fieles, por lo que con razón se le ha llamado “*El Apóstol de*

Galicia". De esta suerte se frustró por ocultos designios de la divina providencia, el retorno del apóstol Carabantes a su Misión de Cumaná.

Por fin atacado del mal de gota y otras dolencias, después de haber sufrido con edificante paciencia los dolores de su última enfermedad, rindió su alma al Creador con una muerte edificante ocurrida en el convento de las Franciscanas Descalzas de Monforte, el año del Señor de 1694.

Su muerte fué sentidísima en toda Galicia y hubo verdadero duelo regional, como lo prueba el hecho insólito de haber durado sus funerales todo un mes, acudiendo a ver y tratar su cuerpo un inmenso gentío de todas partes. Sus restos se conservan en la Iglesia de las Descalzas, con gran veneración hasta el día en que tengamos el consuelo de verlo elevado al honor de los altares y honrado con el culto de los santos.

OTROS MISIONEROS CAPUCHINOS EN CUMANÁ

I

Los mencionados Misioneros aragoneses fueron los de más relieve de cuantos evangelizaron la región de Cumaná en Venezuela, y abrieron el camino a otros muchos que posteriormente y en años sucesivos fueron trasladándose de la provincia de Aragón a este mismo teatro de operaciones evangélicas.

Fueron éstos en tanto número que, en el espacio de 68 años que mediaron entre la primera expedición que, como hemos dicho tuvo lugar en el año 1648, hasta el año 1716 en que el P. Anguiano escribió su Crónica de las Misiones, habían ido a Venezuela más de doscientos (200) religiosos Capuchinos de las diferentes provincias de España a predicar y enseñar las verdades de nuestra santa fe a los indios infieles y salvajes que poblaban aquellos inmensos territorios, algunos de los cuales queremos hacer constar en esta obra para perpetua memoria de los mismos, aun cuando sean escasísimos los datos y noticias que de ellos poseemos acerca de su vida y actuación apostólica en Cumaná, ya que solamente nos referimos a los que actuaron en esta sola provincia, y no a los que evangelizaron los restantes territorios, y precisamente a sólo los religiosos Misioneros de Aragón.

Sea el primero de quien hacemos mención el P. Lorenzo de Belmonte, del cual dice el P. Lodares (1): "Varón singular en los sufrimientos, fué compañero de Fr. Francisco de Pamplona en la primera expedición a la Isla de Granada y Piritu; volvió

(1) Lodares, t. II, pág. 93.

en la segunda Misión a Cumaná, donde trabajó con incansable celo en la conversión de los indios que parecían irreducibles, hasta que su constancia logró ver sumisa una gran parte de aquellas almas rebeldes. Tuvo don de profecía, pues “predicando en Cumaná pronosticó dentro de ciertos días la destrucción de la ciudad por enemigos forasteros, como sucedió puntualmente”. Murió en el pueblo de Santa María el año 1676.

Digno también de mención como el anterior por su apostolado en la Misión, fué el *P. Domingo de Villegas*. “Religioso memorable en la conversión de los indios, sacó muchos de los montes con grandes sacrificios, y fundó con ellos en el año 1681 la Misión de Santa Cruz de Casanay y diez años después, fundó otro pueblo en las costas del Golfo de Paria, con el título de Santa Isabel, doctrinándolo por espacio de ocho años, hasta que en Julio de 1698 murió de una epidemia. Aparecióse a Fray Miguel de Torres el día de la Porciúncula, y le pidió que le ganara una indulgencia, lo cual practicó el Hermano inmediatamente, viéndole después, que le daba las gracias, diciéndole: “*Quédate con Dios, que yo me parto a su gloria*”.

Tampoco debe relegarse al olvido la memoria del sobredicho *Fr. Miguel de Torres*. Venerable Hermano lego, que marchó a la Misión de Cumaná el año 1656, cuando los Misioneros regresaban triunfantes a Venezuela. Trabajó en la construcción de la primera iglesia y casa que hicieron los nuestros en Cumaná, en el cerro del Guácharo, y que se llamó Santa María de Los Angeles del Guácharo; penetró en los bosques para sacar de ellos a los indios exponiéndose a perder la vida; era de vida muy contemplativa y apareciósele varios Misioneros después de muertos, ora pidiéndole sufragios, ora también avisándole de su partida a la gloria del Paraíso. Murió en olor de santidad el 1699, a los 80 años de edad, con más de *cuarenta* de Misionero, obrando en vida y después de muerto muchos milagros.

También fué religioso de mucho mérito el *P. Agustín de Frias*, quien juntamente con el *P. Carabantea* marchó a la Mi-

sión el año 1656. Era Calificador de la suprema Inquisición, trabajó con santo celo en la conversión de los indios, fundó el año 1676 la Misión y pueblo de San José de Caymeguar, fué Prefecto de Cumaná, sucediendo en el cargo al célebre P. Magallón, y parece ser que terminado su oficio el año 1673, regresó a su provincia de Aragón, donde murió. En el tiempo en que fué Prefecto padeció muchas contradicciones de los encomenderos, pero consiguió que el Rey Nuestro Señor los quitase de esta provincia, según afirma el P. Torrelosnegros.

Fué también Misionero notable en Cumaná, aunque alumno de la de Navarra, de quien hicimos mención en nuestra obra "Capuchinos ilustres", el P. *Francisco de la Puente*. Marchó a esta Misión en compañía de otros once Misioneros, conducidos de España por el señor Fr. Antonio González Acuña, Obispo de Caracas, el año 1672. De él dice el P. Torrelosnegros "que fundó la Misión de Nuestra Señora de Belén el año 1674 en el valle de Mapuy y cercanías del Golfo Triste; fué Prefecto de estas Misiones y compañero en los trabajos de los primeros Padres; se ejercitó en el ministerio apostólico cuarenta y dos años, con grande aprovechamiento y ejemplo de virtud y nunca dejó los ejercicios de la religión mientras le daban lugar las tareas del ministerio. Fué Maestro de novicios en la santa provincia de Navarra, de cuya enseñanza salieron célebres discípulos en religiosidad y virtud; era tanto el respeto y veneración que le tenían los seculares, que no osaban acercarse a su presencia; fué religioso austero y penitente y de vida muy ejemplar.

El P. *Carlos de Ariño*, religioso de mucha virtud y erudición, según testimonio del P. Torrelosnegros, quien habiendo ejercido el cargo de Secretario General de la Orden en Roma, renunció a dicho cargo, se ofreció a ir a la Misión, se dedicó al ministerio en esta parte de Venezuela, en donde trabajó con celo apostólico todo el tiempo que le dieron lugar los muchos accidentes que últimamente le imposibilitaron.

El P. *Juan de Bisiedo*, de quien leemos en la relación del P. Torrelosnegros, que obró en vida muchos prodigios, y que la información de su ejemplar vida se hallaba autorizada en

debida forma en el archivo de las Misiones. Trabajó con gran celo, entre otras, en la Misión de San Fernando Rey.

El *P. Esteban de Azarola*, fundador de la Misión de "San Pedro y San Pablo" el 1691 en el valle de Anacoguer, alias el Rincón. Fué varón verdaderamente apostólico, quien por muchos años se empleó en la propagación de la fe primero entre los indios corales, pertenecientes al Rey de Portugal y después entre los indios de Cumaná, y siempre con grande ejemplo de virtud. Murió en su Misión del Rincón con gran dolor de todos los que le conocían; por su gran bondad y amables prendas era el imán de las voluntades.

El *P. Pablo de Godojos*, fundador de la Misión de "San Lorenzo, Mártir", la cual tuvo principio en 1697 en la sabana de Caramapuey, en las inmediaciones de San Baltasar de los Arias; fué Prefecto y gobernó como tal estas santas Misiones durante tres trienios, con singular acierto y prudencia.

El *P. Jerónimo de Muro*, fundador de la segunda Misión de "San Antonio de Padua" el año 1713 en el valle de Capayaguar junto al río Colorado. "Religioso, habla el P. Torrelosnegros, de singular celo, fervor y penitencia; fué muy estimado y querido de los indios, y para las entradas que hizo jamás llevó otra persona que el indio que le servía. No andaba a caballo, ni llevaba sombrero para guarecerse de los soles y lluvias, conformándose en todo con la observancia regular del claustro; pero este género de vida le imposibilitó enteramente, pues son los caminos de este país muy fragosos y dilatados y los calores del verano igualmente perjudiciales y nocivos, que las humedades del invierno.

El *P. Guillermo de Mallorca*, fundador del segundo pueblo de San Francisco, cuya conversión tuvo principio el 1714 en la sabana de Guayaguar, inmediata al río Guarapiche. Padebió inmensos trabajos en la fundación de este pueblo, hasta que al cabo de cuatro años, habiéndose sublevado los caribes y matado once criollos españoles en el inmediato pueblo de Aragua, huyeron los indios de San Francisco a los montes ante el temor de que los caribes hicieran otra mortandad semejante

(1) Lodaes, t. II, pág. 120.

con ellos. Entonces retiróse al santo claustro de la provincia de Aragón donde terminó sus días.

El *P. José de Báguena*, fundador del pueblo de Santa Ana, quien con su natural sufrido y paciente y con su infatigable celo, le hizo prosperar grandemente; era muy amado de los indios, sus feligreses, a los que acompañó veinte años, los diez de ellos casi imposibilitado por sus continuos accidentes y ancianidad. Lloraron los naturales su muerte que le sobrevino en el mismo pueblo.

El *P. José de Ateca*, que fundó la Misión de "Santa Cruz de Cumaná", trabajó con indecible celo en la reducción de los indios y en la fundación de esa Misión en la que edificó una suntuosa iglesia con las muchas limosnas que recogió de algunos devotos en Vera Cruz y Méjico.

El *P. Pedro de Gelsa*, fundó el pueblo del "Santo Angel Custodio". Fué un religioso de mucho celo y amor a los indios y se esmeró en la educación y crianza de los naturales del mismo, de tal suerte, que no había otro pueblo en que más resplandeciese la obediencia y subordinación de sus habitantes y que más fidelidad mostrara, así a los Ministros del Rey, como a los Misioneros, por cuya causa fué destinado como más a propósito para la reducción de la nación Guarauna.

El *P. Francisco de Torres*, fundador de la Misión de "El Patrocinio de San José". Religioso de ardiente celo y fervoroso espíritu, quien padeció inmensos trabajos y murió, según se cree, de veneno que le dió un mulato de la Isla de Trinidad, porque le echaba en cara el comercio ilícito que tenía con una india de dicho pueblo.

El *P. Juan Cisco de Villel*, fundador del pueblo de "San Juan Bautista", en la costa de Paria. Fué religioso de mucho espíritu que sirvió en las armas católicas siendo secular. La ida de este religioso a la costa fué suficiente para desterrar de ella un sinnúmero de extranjeros que en perjuicio de los indios y de la Corona estaban abroquelados en aquellos parajes.

El *P. José de Jarque*, fundador de la misión de "San Carlos Borromeo" en la punta del Continente de Tierra Firme, inmediata a la isla de Trinidad. Padeció inmensos trabajos de los

indios, hasta el punto de ser arrastrado con violencia por ellos mismos, debido a la influencia de los extranjeros; en castigo del cual sacrilegio mandó Dios una gran peste de viruelas, muriendo cuantos cooperaron al desacato.

El P. *Manuel de la Mata*, fundador de tres Misiones: “Santa María Magdalena” y “Los Santos Reyes”, el año 1740, y de “Nuestra Señora del Carmen”, el 1769. Padeció en estas fundaciones innumerables trabajos y sobre todo, en la primera de ellas, a causa de las muchas veces que hubo de mudarla de sitio. Fué Prefecto de la misión de Cumaná.

El P. *Silvestre de Zaragoza*, que en 1760 fundó el pueblo de “Nuestra Señora del Rosario”, Yaguarapan, sito en la costa de Paria, quien trabajó con tanto celo y éxito, que en menos de un año puso hasta cincuenta familias sacadas de los montes, por su propia diligencia, con tanto trabajo, que perdió enteramente la salud en esta fundación y la cultivó con el mismo celo y mayor adelantamiento hasta el año 1769, en que le fué preciso dejar, con harto dolor suyo, el trabajo de aquella viña, por haberlo elegido el capítulo Prelado de aquellas misiones.

Omitimos el consignar aquí otros nombres de beneméritos Capuchinos de la provincia de Aragón que continuaron haciendo fundaciones de pueblos y trabajando en la Misión de Cumaná hasta la época de la independencia, en que por los años de 1811 ó 1812 se vieron en la necesidad de salir de Venezuela, ya que los mencionados son los principales y suficientes para el fin que nos hemos propuesto en esta historia.

II

PUEBLOS FUNDADOS POR LOS MISIONEROS ARAGONESES

Para que mejor se pueda apreciar el trabajo realizado y los éxitos obtenidos por los Capuchinos de la provincia de Aragón en menos de dos siglos de apostolado, enumeraremos a conti-

nuación los pueblos fundados por ellos en Piritu y Cumaná, que son los siguientes:

En Piritu:

1. Año 1650.—Purísima Concepción de Piritu. (Indios Cumanagotos).—Fundador, P. Lorenzo de Magallón.
2. Año 1650.—El Salvador de Guanape. (Indios Chaimas). Fundador, P. Lorenzo de Belmonte.
3. Año 1651.—San Miguel. (Indios Chacopatas).—Fundador, P. Antonio de Monegrillo.

En Cumaná:

1. Año 1660.—Nuestra Señora de los Angeles de Guácharo.—Fundador, P. Pedro de Berja.
2. Año 1662.—Nuestra Señora del Pilar.—Fundador, padre José de Carabantes.
3. Año 1663.—San Juan Bautista.—Fundadores, PP. José de Nájera y Agustín de Villabáñez.
4. Año 1664.—San Francisco de Charaguar.—Fundador, P. Francisco de Tauste.
5. Año 1664.—El Salvador de Cumanacoa.—Fundador, P. Agustín de Frías.
6. Año 1674.—Nuestra Señora de Belén de Mapuey.—Fundador, P. Francisco de Puente.
7. Año 1677.—San José de Caymeguar.—Fundador, Padre Agustín de Frías.
8. Año 1681.—Segunda vez El Salvador.—Fundador, P. Miguel de Albalate.
9. Año 1681.—Santa Cruz de Casanay.—Fundador, Padre Nicolás de Olot.
10. Año 1681.—San Miguel de Aceyguar.—Fundador, Padre Pedro de Albalate.
11. Año 1689.—Jesús del Monte de Catauro.—Fundador, Padre, Pedro de Berlanga.
12. Año 1690.—San Fernando de Cuturuntar.—Fundador, P. Lorenzo de Zaragoza.

13. Año 1691.—San Antonio de Guipanaguar.—Fundador, P. Antonio de Torres.
14. Año 1691.—San Pedro y San Pablo de Rincón.—Fundador, P. Esteban de Arazola.
15. 1691.—Visitación de Santa Isabel de Capanepán.—Fundador, P. Domingo de Villel.
16. Año 1697.—San Lorenzo Mártir de Caranapuey.—Fundador, P. Pablo de Godojos.
17. Año 1697.—San Juan Evangelista de Botuco.—Fundador, P. Buenaventura de Maluenda.
18. Año 1700.—La Concepción de Maperiguar.—Fundador, P. Castor de Ariño.
19. Año 1713.—San Antonio de Capayaguar.—Fundador, P. Jerónimo de Muro.
20. Año 1714.—San Francisco de Guayaguar.—Fundador, P. Francisco de Mallén.
21. Año 1714.—Santa Ana de Sopeguar.—Fundador, Padre José de Báguena.
22. Año 1716.—Santa Cruz de Payaguar.—Fundador, Padre Jerónimo de Muro.
23. Año 1718.—San Félix de Reponopa.—Fundador, Padre José de Ateca.
24. Año 1728.—Purísima Concepción de María de Santa Fe.—Fundador, P. Silvestre de Corella.
25. Año 1728.—Santa Teresa de Jesús de Guayatar.—Fundador, P. Tomás de Abrejo.
26. Año 1728.—San José de Guatatar.—Fundador, P. Antonio de Santa Eulalia.
27. Año 1729.—San Miguel de Guanaguana.—Fundador, P. Fabián de San Martín.
28. Año 1731.—Santo Domingo de Caycara.—Fundador, P. Antonio de Biesa.
29. Año 1731.—San Francisco de Punceres.—Fundador, el Prefectõ de la Misión.
30. Año 1733.—San Fidel de Terezón.—Fundador, P. Domingo de Villafranca.

31. Año 1734.—Angel Custodio de Caipe.—Fundador, Padre Pedro de Gelsa.
32. Año 1734.—San Pablo de Caratol.—Fundador, P. Pablo de Villet.
33. Año 1736.—El Patrocinio de San José de Irapa.—Fundador, P. Francisco de Torres.
34. Año 1736.—San Juan Bautista de Soro.—Fundador, P. Juan de Villet.
35. Año 1737.—San Carlos Borromeo de Amacuro.—Fundador, P. José de Torres.
36. Año 1749.—Santa María Magdalena de Unare.—Fundador, P. Manuel de la Mata.
37. Año 1749.—Santos Reyes de Mocerapo.—Fundador, P. Juan de Villet.
38. Año 1751.—La Divina Pastora de Cutacuas.—Fundador, P. Ignacio de Manchones.
39. Año 1754.—Santa Bárbara de Pupirín.—Fundador, Padre Casimiro de Borja.
40. Año 1760.—Nuestra Señora del Rosario de Yaguaraparo.—Fundador, P. Silvestre de Zaragoza.
41. Año 1760.—San Judas Tadeo de Maturín.—Fundador, P. Lucas de Zaragoza.
42. Año 1769.—Nuestra Señora del Carmen del Agua-Say.—Fundador, P. Manuel de la Mata.
43. Año 1766?—San Máximo de Aribi.—Fundador, Padre Vicente.
44. Año 1761?—Nuestra Señora de los Desamparados de Aragua.—Fundador, P. Felipe de Banón.
45. Año 1795.—El Buen Pastor.—Fundador, P. Tabara.
46. Año ?—(Maracapana), Carúpano y Río Caribe.—Estas dos importantes ciudades marítimas, al oriente de Venezuela, fueron en sus principios dos rancherías de indios pescadores, que junto con las de Guayacón y Maracapana, formaban la Misión de este nombre, asistida por los Capuchinos aragoneses como afirma el P. Caulín, historiador de los Observantes en su "Historia de la Nueva Andalucía", pág. 7.

III

E P Í L O G O

Parécenos que bien puede servir de epilogo y confirmación de cuanto llevamos dicho acerca del apostolado de los Capuchinos aragoneses en la provincia venezolana de Cumana, el cumplido elogio que hace de ellos y de la labor por ellos realizada, el historiador Depons, que vivió tres años en Venezuela en tiempo de la colonia y por lo tanto, testigo de mayor excepción.

Entre otras cosas, dice lo siguiente: (1) "Las Misiones franciscanas de Venezuela merecen recomendación especial y yo me complazco en consignarlo aquí. Dad por un momento expansión a vuestra imaginación y pensad en cuanto hay de más grande y noble en la vida apostólica de los discípulos del Divino Redentor. De celo el más ardiente y puro, de abnegación sin ningún límite, de resignación meritoria, de paciencia inalterable... y no habréis formado sino una imagen borrosa de lo que es un Misionero en estas regiones venezolanas. Digno de admiración y elogio por todo hombre honrado y justo.

Ante todo hay que saber, que estos abnegados apóstoles se han prestado voluntariamente a su prolongado sacrificio, sin que haya presión alguna por parte de la autoridad y de la obediencia para que pasen a estas Misiones americanas; no les movió tampoco ningún interés bastardo o mezquino, sino el deseo noble y generoso de glorificar a Dios en la propagación de la fe católica y salvar las almas de aquellos infieles; por esto sólo abandonaron su patria, su reposo, sus afecciones... y cruzaron los mares y penetraron en regiones desconocidas e insanas, donde tropezaron con peligros sin cuento, con dificultades que parecían insuperables, exponiéndose cada momento a la muerte...; pero todo les parece nada, en comparación de las ventajas que ofrecen a los pobres indios de los bosques.

Todos esos Misioneros en conjunto, los de Píritu, de Cumana, del Caroní, del Caura, del Orinoco y Alto Pádamo, han podido ofrecer a Dios más de trescientas mil almas salvadas, y a

(1) Lodares, t. II, p. 143.

la Corona de España, a su Rey, doscientos doce pueblos formados por ellos en ciento cincuenta años de sacrificios.

Para lograr tan señalados frutos han sacrificado sus vidas en glorioso martirio veintisiete religiosos venerables, muchos han muerto envenenados, y el resto de los mil y más Misioneros que llegaron a estas vastas regiones, han muerto agotados y de fiebres malignas; quizá no regresó a su patria un centenar, y éstos, inútiles.

Y tiene que ser así, pues apenas desembarcan, sin vacilaciones se internan en las selvas inexploradas en busca del indio salvaje, en cuyas manos feroces hallaron el martirio sus hermanos que les han precedido en la Misión. Verdaderamente, estos hombres que tan fácilmente exponen su vida por la propagación de la fe, por la gloria de Dios y salvación de las almas, tienen que estar ante todo inflamados del amor de Dios y caridad cristiana enseñada por Jesucristo, y tener además una fe viva y ardiente en la protección divina y eterna recompensa que Dios tiene reservadas para las almas generosas que todo lo sacrifican por amor suyo.

Ante estas consideraciones juzgan baladí todas las cosas y conveniencia del mundo, y sin excitación cambian el descanso del convento por una lucha continuada, hasta que llega la muerte, que ellos consideran como una palma de mártir, a mi juicio, bien ganada. Único móvil de una vocación que nos causa admiración y que tiene que venir de Dios y que trae tantos bienes a la humanidad; pues sin la abnegación de los Misioneros se quedarían sin disfrutar de la civilización y de los bienes inestimables de la fe católica la multitud de indios que pueblan los bosques de toda América descubierta por Colón."

Y para terminar. No solamente fueron grandes los beneficios que los indios de Venezuela y de Cumaná, en particular, reportaron de los Misioneros Capuchinos en el orden espiritual y sobrenatural, como queda consignado en estas páginas, sino que también fueron considerables los beneficios de orden secundario y temporal que recibieron de los mismos. Debido a su influjo y enseñanzas, la agricultura prosperó de tal modo

que, según se lee en la Apoteosis de Bolívar; (1) “se fundaron en el extenso y fértil valle de Guarapiche buenas haciendas de café y cacao, con regulares oficinas para beneficiar sus productos, obras sólidas de irrigación que aun subsisten y plantaciones de caña; y en las sabanas inmediatas, de abundantes pastos, del Tigre, Mapirito, Hervidero, etc., hatos de ganado y bestias, que se multiplicaron con tal rapidez, que para 1810, que principió la guerra con España, uno sólo de estos hatos, el de los hermanos Fernández, en el Tigre, contaba, según estimación de inteligentes, un millón de reses aproximadamente; y todos de un número de bestias, caballares especialmente, que ahora se creería exagerado, pero cuya exactitud confirma el hecho público e incuestionable de que los numerosos escuadrones de caballería, que aquí se organizaron para sostener la magna lucha en esta ciudad, en sus cinco batallones inmortales, en el resto del territorio que componía entonces la provincia de Cumaná y en parte de la de Barcelona, de 1810 a 1817, salieron casi todos de los referidos hatos.”

(1) Lodaes, t. II, pág. 142.

TERCERA PARTE

FRUTOS LITERARIOS

FRUTOS LITERARIOS

P. PEDRO DE CALATAYUD

(ALIAS «EL TRIGOSO»)

Este ilustre Capuchino reconocido comúnmente por el nombre de Trigoso, por ser éste su apellido, fué célebre en la república de las letras y uno de los principales y más famosos comentaristas del Seráfico Doctor San Buenaventura. Aun cuando en rigor no puede ser considerado como miembro de la provincia Capuchina de Aragón, por no existir entonces Capuchinos en Aragón y haber tomado el hábito y vivido en Italia, no obstante no hemos dudado en insertarlo en este catálogo de escritores, ya por ser el primero de todos ellos en el orden cronológico y también por ser acaso el más ilustre y destacado de ellos.

Nació en Calatayud el 21 de Junio de 1533, según consta de la partida de bautismo, y no el 1525 como ha escrito alguno de sus biógrafos (1). Estudió artes y oficios en las célebres Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares, teniendo por maestros a los dominicos Domingo Soto y Mancio de Corpore Cristi.

A los 23 años de edad ingresó en la Compañía de Jesús, completando sus estudios bajo la dirección del P. Laínez. Muy pronto fué destinado por los Superiores primero a la enseñan-

(1) Casi todos los datos cronológicos y biográficos los tomamos de un estudio histórico crítico que apareció en *Collectanea Franciscana* el año 1935, pág. 44, escrito por el P. Melchor de Pobladura en que rectificó varios errores de otros historiadores.

za y luego a la predicación y al confesonario, y prueba de la gran estima en que era tenido en la Compañía, es el hecho de haber sido admitido a la profesión de los cuatro votos, a pesar de ser en aquellos tiempos muy contado el número de los que la hacían.

Habiendo pedido algunos Jesuitas a San Francisco de Borja que enviase un Padre español competente que llevase a cabo la difícil fundación de una Residencia en Amberes (Países Bajos), fué nombrado para este oficio el P. Trigoso, el cual pasó allí el año 1570. El P. Costero que es quien escribió a San Francisco, quedó tan contento con este nombramiento, que algún tiempo después escribía de él: *Est vere frater Societatis, humilis, benignus, optimus concionator, doctus et prudens; alius comodior mitti non potuisset.*"

En Amberes estuvo como fundador y Superior, sorteando las muchas dificultades que se oponían a la fundación, predicando y enseñando las verdades de la Religión hasta el año 1577 en que de nuevo regresó a España. "Con todo, dice el Padre Pobladora, el P. Trigoso, durante los seis años de su permanencia en los Países Bajos, principalmente como Superior de la Residencia de Amberes, trabajó con denuedo y entusiasmo los intereses de la Compañía.

Al poco tiempo de su regreso a España y movido de divina vocación a lo que parece, el año 1580, "por vacar a la contemplación retirado de las ocupaciones, aunque santas, en que lo empleaba la Compañía, como él mismo dijo, profesó la de los Santos Padres Capuchinos, en la provincia Picena o de las Marcas, en Italia."

El cronista de esta provincia refiere el ingreso del P. Trigoso en la Orden, de la siguiente manera: (1) "Este buen Padre, vino de España a Italia, y habiendo llegado a Loreto, visitó la Casa de la Santísima Virgen, y al salir del templo oyó que un niño como de unos cinco o seis años, decía a un grupo de personas que de él hablaban: "Este hombre dentro de poco cambiará de hábito y religión." El Padre, deseoso de cumplir en

(1) Collectanea Franciscana. año 1935, pág. 55.

todo la voluntad de Dios, entró de nuevo en la Santa Casa para cerciorarse por medio de la oración de la verdad de cuanto acababa de oír, e inmediatamente se sintió movido del cielo a hacerse Capuchino. Salió después afuera y con gran fervor comenzó a decir: *presto, presto, star capuccino, star capuccino*. Partiéndose luego para Roma y postrado a los pies de Su Santidad Gregorio XIII, le dijo: Padre Santo, *star Capuccino*, y hacía ademán de echarse una cuerda al cuello, como para indicar que sin tardanza alguna quería hacer la profesión religiosa. El Papa que, aunque nunca lo había visto, lo conocía ya por la fama de su nombre, levantando las manos le bendijo, diciendo: "Con entrambas manos os bendecimos, mas contad antes con el consentimiento de los Padres de la provincia. Y volviéndose a la de las Marcas, se presentó al P. Bartolomé de Cesena, Ministro Provincial, el cual lo admitió al noviciado en el antiguo convento de Tebano, situado no lejos de Yesi.

Bajo la dirección de un venerable P. Maestro de novicios, hizo grandes progresos en la perfección religiosa, de lo cual tenemos algunos detalles en las virtudes que practicó en el noviciado, conservadas en los manuscritos de la provincia de Las Marcas.

A pesar de toda su erudición, gustaba de conversar familiarmente con los hermanos legos, con tanta simplicidad como si fuera uno de ellos. Aunque de complexión delicada y no acostumbrado a las austeridades de la vida capuchina, les cobró tanto afecto que públicamente solía decir a sus connovicios: "Acuérdome que antes yo calzaba botas, medias y escarpines, y vestía camisa y jubón y otros finos vestidos, y esto no obstante, siempre andaba aterido de frío; pero ahora que voy descalzo y casi desnudo y que el viento entra por donde más le place, siento mucho calor."

También en el noviciado dió pruebas inequívocas del amor que profesaba a la santa obediencia. Mandóle en cierta ocasión el P. Guardián, más para probarle en su virtud que para otra cosa, que fuera a la iglesia, en la que no había sino una sola persona y predicara un sermón. Y él sin replicar cosa alguna, ni hacer el más mínimo reparo acerca del auditorio que

le esperaba, antes con voluntad pronta y alegre, pronunció su discurso con tan gran eficacia y con tan gran fervor, como si se hallara predicando en la basilica de San Pedro. De lo cual quedó gratamente impresionada la Comunidad, de ver cómo un Padre de tantas prendas como él, obedecía tan pronta y alegremente a sus superiores. “Esto sucedió —dice el antiguo cronista— no una sino varias veces, no hallándose en la iglesia más que tres o cuatro personas.”

Hecha la profesión religiosa empezó a ejercer el apostolado de la palabra por varias ciudades y en especial en Yesi, Ancona y Ascoli, con tanto entusiasmo y con tanto fruto, que todas las ciudades quedaban maravilladas del valor y eficacia de sus sermones. Distinguióse principalmente su celo en la ciudad de Ancona, donde fundó un orfanotrofio que llegó a ser muy pronto de gran utilidad para toda la ciudad, ya que luego comenzaron los padres de familia a enviar sus hijos para que allí recibieran cristiana educación.

Una prueba de que su fama como orador se había extendido por la Orden, la tenemos en el hecho de que hallándose en Roma, como miembro probablemente del Capítulo General celebrado el año 1584, y habiendo sobrevenido durante la celebración del mismo la muerte del Rvdmo. P. Juan María de Tusa, Vicario General de toda la Orden, fué encargado de pronunciar su oración fúnebre ante aquella respetable asamblea.

Si grandes son los méritos del P. Trigoso como predicador, no son inferiores los que adquirió como maestro y como escritor. “Mucho estudió, dice la Biografía Hispano Capuchina, y extraordinariamente meditó, los escritos de los más grandes teólogos, llegando a ser uno de ellos. Sin menoscabo de la observancia regular y austeros ejercicios de nuestra Orden, era singular su aplicación y empeño en penetrarse bien en las suavisimas, profundas y devotas doctrinas del seráfico Doctor San Buenaventura, las cuales fueron luz para su privilegiado entendimiento y fuego que abrasaba e inflamaba su corazón en el amor de Dios y en una tierna devoción a la Santísima Virgen, al igual que sucedió al seráfico Doctor. Fué, pues, este estudio a modo de una fervorosa y continuada oración, según puede de-

durirse del grado eminente de perfeccion que alcanzó y de la edificación que dió a los religiosos con obras y palabras. Por esto dice con razón Segismundo de Venecia, afirmando que con tal método de vida, es decir, con el estudio y contemplación, llegó a ser célebre por su piedad y doctrina.”

Viendo, pues los Superiores que era un varón docto y piadoso, no dudó el Rvdmo. P. Santiago de Mercato Saraceno, Vicario General de la Orden, en nombrarle *Lector Público* del curso teológico de Bolonia.

Está fuera de toda duda que el P. Trigoso regentó la Cátedra de Teología de Bolonia desde el año 1584, con aplauso de todos y mucho aprovechamiento de sus discípulos, sacando algunos muy aventajados como los PP. Antonio de Mandolfo, que fué insigne lector y predicador, Justo de Monsangiusto, célebre por su doctrina, no menos que por su actividad diplomática y otros varios que cita el P. Pobladura. Cuéntase, que escribiendo a los Superiores, les decía: “Enviadme hombres de valer, que quiero formar muy pronto grandes predicadores y grandes letrados. No quiero que me mandéis búfalos.” Y el Padre Boverio atribuye a nuestro Trigoso una frase chistosa que se hizo muy famosa y vulgar entre los nuestros. Cuando éste escribía su “*Tractatus de Trinitate*”, como el cocinero pasaba con harta frecuencia habas en el refectorio (probablemente crudas, como es costumbre en Italia), dijo con donaire en cierta ocasión: *¿Quid fabis cum Trinitate?* ¿Qué relación hay entre las habas y el estudio de la Trinidad?

La fama del P. Trigoso salió muy pronto fuera de los muros del convento de Bolonia y fué tal el renombre que en poco tiempo adquirió, como teólogo Buenaventurista, que el Papa Sixto V le encargó la defensa de San Buenaventura en el expediente que mandó hacer para la declaración de Doctor de la Iglesia, mereciendo por el acierto con que lo llevó a feliz término, los plácemes y la gratitud del Pontífice.

De Bolonia pasó a Nápoles a cuya provincia debió afiliarse hacia el año 1589. “Como Capuchino, dice el P. Lleveras, su principal residencia fué Nápoles, donde no sólo era un oráculo por su ciencia, sino también un verdadero apóstol y

gran bienhechor del pueblo, fundando sin otros recursos que su celo y caridad el grande establecimiento, llamado “Real Reclusorio della Solitaria di Palazzo”, defendiéndolo con reglas y leyes muy ajustadas y enriqueciéndolo con réditos tan abundantes que eran bastantes no sólo para atender a la instrucción y educación de las niñas que se recibían en aquel Real Orfanotrofio, sino también para darles el dote conveniente cuando habian de salir de él.” Y el P. Pobladora dice también a este respecto: “En su trato frecuente con los españoles (residentes en Nápoles), concibió el P. Trigoso la idea de fundar en Nápoles a beneficio de sus connacionales una obra benéfica semejante a la que en 1584 fundara en Ancona. Y efectivamente, allí fundó el Real Reclusorio, etc., casa de beneficencia, en la que eran recogidas las doncellas españolas y originarias de España.”

S U S O B R A S

1.ª La primera y principal de las obras escritas por el Padre Trigoso es: “*Commentaria in IV libros Sententiarum Divi Bonaventurae, su Summa Theologica ad mentem Seraphici Doctoris.*” (Son cuatro tomos en folio.) *Primus disputat de Deo secundum se quatenus est Unus et Trinus. Secundus, de Deo ut creaturarum principio. Tertius, de Ipsius Verbi Incarnatione et Redemptione nostra. Quartus, de Sacramentis. Ubi varios Scripturae et SS. Patrum sensus et interpretationes deducit.*

El primer tomo fué impreso en Roma, en la imprenta Vaticana en 1593, en folio, y se reimprimió en Lyon el 1616, también en folio. Los demás volúmenes quedaron inéditos.

Hacen honorífica mención de esta obra magistral, entre otros muchos y graves autores, los sabios Padres editores de la actual, y espléndida edición de Quaracchi, de las obras de nuestro seráfico Doctor San Buenaventura, en el tomo primero, página 71 (Prolegómena). He aquí las palabras: “*Edidit insigne opus: Sancti Bonaventurae ex Ordine Minorum, S. R. E. Episcopi Cardinalis Albanensis eximii Ecclesiae Doctoris Summa Theologica quam ex ejus in Magistrum Sententiarum*

*scriptis accurate collegit et in hunc ordinem redegit copiosis-
que commentariis illustravit R. P. Petrus Trigosus, O. S. F.
Cap. Tomus primus partis primae, cum quadruplici indice.
Alia editio, a mendis quibus prior escatebat repurgata necnon
elucidata ut in titulo dicitur prodit Lugduni 1616. Typis man-
datus est tantum primus tomus primae partis, De Deo Uno, in
quo magno volumine in folio, praeter prologum non nisi circa
21 distinctiones primi libri Sententiarum tractantur. Mutato
rerum ordine multisque adjectis aliis quaestionibus sive, ut
dicit, dubiis diffusissime et docte interpretatur Seraphicum ita
ut fere semper, eum ad mentem Sancti Thomae et scholae
ejusdem intelligat.”*

En el estudio que hace el P. Pobladura de este tomo, dice que el plan general de la obra del Trigoso constaba de cuatro partes y las cuatro partes debían estar tratadas en ocho tomos. De estos ocho tomos solamente el primero vió la luz pública, o sea el que trata de la unidad y perfección de Dios, en veinte cuestiones; el segundo que trata del misterio de la Trinidad, en treinta cuestiones, estuvo a punto de imprimirse, pero no llegó a hacerse por haberle sobrevenido la muerte. Con todo, según afirma el P. Manuel de Nápoles, consérvase este volumen juntamente con los otros seis manuscritos en el convento de la Concepción, de Frailes Menores Capuchinos de Nápoles. En la idea del P. Trigoso, estos ocho volúmenes debían formar una Suma Teológica de San Buenaventura, en todo semejante a la de Santo Tomás, entresacada de sus comentarios al Maestro de las Sentencias.

Si alguien desea saber más pormenores acerca de la doctrina expuesta por el Trigoso en esta obra, consulte el artículo del P. Pobladura en “Collectanea Franciscana” (1), no obstante, no queremos dejar de transcribir aquí un párrafo que entresacamos de la doctrina que asienta para probar que la *doctrina del Trigoso es devota*. Dice así: (2) “El Trigoso comprendió perfectamente la mentalidad de la Orden Capuchina en los últimos decenios del siglo diez y seis y supo adaptarse en sus es-

(1) T. 5, año 1935, pág. 417.

(2) Ibidem, págs. 393-394.

tudios teológicos, sea como profesor, sea como escritor, a la finalidad que ésta pretendía al establecer en 1564 un curso normal de estudios en cada provincia, según los Decretos del Concilio Tridentino, e hizo además que el estudio de la S. Teología fuese un estudio de perfección religiosa, un continuo ejercicio de oración, una preparación próxima y eficaz para el apostolado, comprobando con ello que (como dicen nuestras antiguas Constituciones), “verdaderamente bajo el sentido de la verdadera y suave inteligencia de la S. Escritura (Teología), está escondido el Sumo Bien, cuyo espíritu es más dulce que la miel al que lo gusta.”

Y que consiguiera esto en sus discípulos entre otras pruebas que podían aducirse, citamos sólo la siguiente. El Reverendísimo P. Montoro, de la Regular Observancia, escribía en 1643 a sus religiosos que la doctrina del seráfico Doctor podía enseñarse con mucha utilidad, y dice: “Vémoslo evidentemente confirmado en nuestros Padres Capuchinos, los cuales enseñando la doctrina de San Buenaventura se ven enriquecidos de riquezas científicas y morales.”

2.^a *Summa sive Seminarium rerum praedicabilium necnon et Directorium rerum ac materialium praedicabilium tam Adventus quam totius Quadragesimae ac praecipuorum anni Festorum. Auctore R. P. I. Joanne Trigoso Ordinis Capuccinorum; quippe ex ejusdem auctoris in Sanctum Bonaventuram opere summa diligentia ubi res exigebat adauctum ac quampluribus locis illustratum. Parisiis apud Viduam Guillielmi de la Noüe, 1612.* Un volumen 14'8 cms.

Según el P. Pobladura esta obra se halla en la Biblioteca del estado de Munich, y según advierte el P. Leopoldo de Ebessberg, O. M. C. “tanto en el número de sermones, cuanto en el orden y división de los mismos, su contenido es idéntico al Índice de materias predicables con que (el Trigoso) termina la “Suma Teológica de San Buenaventura”.

3.^a “Memorias que acreditan el mérito del glorioso San Buenaventura para ser tenido y declarado Doctor de la Iglesia, hechas de orden del Sumo Pontífice Sixto V.” Dice Latassa,

acerca de esta obra (1). "El Regente Villar en el Patronato de Calatayud, página 520, advierte que era de tanta fama de su devoción y doctrina, que el Papa Sixto V le encargó hiciese las partes de San Buenaventura sobre su promoción al honor de Doctor de la Iglesia. Sin duda la escribió para dar cumplimiento a su encargo."

4.º Apolinar de Valencia, citando a Manuel Napolitano, dice que el año 1767 se conservaban en el Museo de nuestro convento de la Inmaculada de Nápoles otros varios manuscritos del Trigoso, a saber (a). *Prédiche quaresimali*; (b) *Sermóni e penegirici*; (c) *Alcunae dottissimae forensi Allegacioni*; (d) *Altri Manoscritti*.

Aun cuando el P. Apolinar de Valencia da a entender que algún tiempo después de profeso vino el P. Trigoso a España y que aquí tuvo los cargos de Definidor Provincial y de Custodio General y que de aquí volvió otra vez a Nápoles, no obstante esta opinión está destituida de fundamento, pues es cierto que no salió de Italia y que esos cargos los tuvo en esa Nación y no en España. Por aquel tiempo no había en España sino una provincia de Capuchinos, y era en Cataluña, y según afirma el P. Llevaneras, no aparece el nombre del Trigoso en el Catálogo de los Capuchinos, en el cual constan los nombres de todos los religiosos así Superiores como súbditos que hubo en España desde el año 1578 hasta el 1593. Por otra parte afirma el P. Pobladura, que fué Definidor y Custodio General en la provincia de Nápoles y que como tal asistió al Capítulo General celebrado el 4 de Junio en Roma, el año 1593. A su regreso a Nápoles enfermó gravemente en el convento de la Concepción de Nápoles y el 20 de Julio del citado año, pasó tranquilamente al Señor a gozar cara a cara en el cielo, lo que por sus escritos se había esforzado en dar a conocer aquí en la tierra *per speculum in enigmate*.

Amado de Dios y de los hombres por la inocencia de su vida, murió con fama de santidad a los sesenta años de edad, y según piamente creemos voló su alma a las mansiones de

(1) Tomo III, pág. 276.

la gloria a recibir el premio de sus muchos trabajos. “Murió en Nápoles con tanta reputación de Santo, que no se tenía por dichoso quien no le quitaba parte de sus hábitos.”

He aquí íntegro el elogio que le tributó Gonzalo Ponce de León, Arceiano de Talavera en la Iglesia de Toledo.

Fr. Petro Trigoso Viro Doctissimo et religiosissimo. Patri Optimo et Amantissimo. Gonsalvus Ponce de León, Archid. Talaverensis in Ecclesia Toletana.

Nosse et amare Deum vitae haec est summa beatæ, hoc majus quanto continet illa nihil, unus Trigonus vitam dedit ergo beatam, namque illud scriptis, moribus hoc docuit.

P. LUIS DE ZARAGOZA

(EL CASPENSE)

Llamóse en el siglo Francisco de Caspe. Algunos escritores, entre ellos D. Nicolás Antonio en la "Biblioteca Hispana", Nov. tomo 2.º, página 28, hicieron al autor natural de la villa de Caspe, creyendo sin duda que el llamarle "El Caspense" era debido a su nacimiento en la mencionada población, siendo así que está fuera de duda que este fué el apellido de su familia, de donde provino el llamársele "El Caspense", como le nombran todos los autores de teología.

Afirma Latassa (1), que nació en Zaragoza el año 1588. Pero esto está en contradicción con otra afirmación del mismo, según la cual tomó el hábito en nuestra Orden Capuchina el 24 de Octubre de 1598 y profesó el día 1 de Enero del año 1600 en el convento de Zaragoza existente entonces en el Colegio viejo de las Vírgenes. Y como este extremo es cierto, pues consta del libro de profesiones de la provincia de Aragón, del que tuvo el mismo Sr. Latassa una copia auténtica firmada por el P. Rafael de Zaragoza, Secretario Provincial, no es posible fijar su nacimiento en el año 1588, pues resultaría que tomó el hábito e hizo la profesión a los 10 y 11 años respectivamente, lo cual es absurdo. No puede fijarse su nacimiento en fecha posterior al 1583, si había de tener la edad canónica; y si se tiene en cuenta que en los principios de la Orden en España era costumbre ingresar en ella hacia los veinte años, podemos señalar como la más aproximada a la verdad la fecha del nacimiento hacia el 1578.

Fué uno de los primeros novicios de la provincia de Ara-

(1) Escritores aragoneses.

gón, pues el convento de Zaragoza se inauguró en Mayo de 1598, y "El Caspense", entró en el noviciado por Octubre del mismo año.

Fué Guardián del mencionado convento y en calidad de tal, se halló en la fundación y fábrica del convento que tomaron los nuestros en Epila, dedicado a San José, juntamente con el P. Provincial que era a la sazón el P. Fr. Luis de Valencia, como consta en la inscripción que se puso con motivo de la colocación de la primera piedra el día 8 de Septiembre de 1625, la cual copió el Canónigo Blasco de Zamora, en el tomo primero de sus Historias, libro 3.º, capítulo 18, página 300.

Fué también dos veces Provincial de Aragón, asistiendo como vocal al Capítulo General celebrado en Roma el año 1621, cuando el Papa Paulo V encargó al Capítulo se hiciese cargo de la Misión del Congo, expresando además su deseo de que fuesen precisamente Capuchinos españoles los encargados de llevarla a cabo, y nombró a "El Caspense" Comisario General de la Misión del Congo, con facultad de escoger doce Misioneros, los que mejor le pareciese. Como esta Misión no pudo llevarse a cabo, como anteriormente se ha dicho, por varias razones, tampoco pudo ir a ella nuestro biografiado.

En el Capítulo General celebrado en Roma el año 1637, fué elegido Definidor General, cargo que ejerció hasta el año 1643.

Su sabiduría y vida ejemplar le granjearon mucho renombre y una aceptación nada vulgar, y murió en el convento de Zaragoza el año 1647, a los 48 años de vida religiosa y unos 68 de edad, dejando escritas las siguientes obras:

1.º *Cursus Theologicus praecipuas materias quae in scholis tradi et legi solent, secundum ordinem Divi Thomae amplectens*; dos tomos en folio. Fueron impresos en Lyon, cuando moraba en Roma como Definidor General, por los herederos de Gabriel Boyllar y de Lorenzo de Anison, el primer tomo en 1642 y en 1643, el segundo. El año 1666 salió una nueva

edición más correcta y con copiosos índices, también impresa en Lyon y en la misma imprenta que la anterior. En el prólogo dice su autor, que para formarlo había leído todos los teólogos modernos que escribieron sobre Santo Tomás, que eligió de sus doctrinas y añadió otras para su complemento.

Afirma Latassa, que la primera edición fué dedicada por "El Caspense" al P. Juan de Montcalerio, General de la Orden en aquel entonces, y que la segunda lo fué a la Excelentísima Sra. D.^a Luisa de Padilla, Condesa de Aranda, pero seguramente padeció una equivocación, porque en la segunda edición había muerto el Padre y mal pudo cambiar de dedicatoria. Lo que hay es, que el primer tomo fué dedicado al P. General mencionado, y el segundo tomo a la Condesa de Aranda y de ello tenemos buena prueba en nuestra Biblioteca de Pamplona, donde están los dos tomos con la particularidad de que el segundo tomo es de la primera edición y con dedicatoria a la citada Señora, y el primer tomo es de la segunda edición y no obstante, dedicado al P. Montcalerio.

La licencia del P. General para la impresión del primer tomo está fechada en Zaragoza, en el convento de San Juan Bautista, el día 14 de Julio de 1640, en ocasión de girar la santa visita por la provincia de Aragón, y el permiso otorgado para la impresión del segundo tomo, está fechado en Ancona el 24 de Marzo del siguiente año, en donde sin duda se hallaba con idéntico motivo.

Su propósito fué escribir una obra que sirviera de texto para nuestros estudiantes, como él mismo lo manifiesta en el prólogo con estas palabras:

Addidi non pauca, propria industria elaborata; quae omni in hoc opus collecta, offero nostris Scholasticis; ut tempus quatuor annorum, juxta nostrarum Constitutionum praescriptum, eis concessum, ut sacrae, ac divinae scientiae Theologiae incumbant... in percipiendis, et penetrandis difficultatibus utilius, et fructuosius expendatur.

He aquí el concepto que merece a los grandes moralistas: San Alfonso María de Ligorio lo cita como autor grave

y probabilista; y Scavini lo cuenta en el número de aquellos moralistas, que en la duda se inclinan más o menos en favor de la libertad.

Hunter, en su obra "*Nomenclator literarius recentioris Theologiae Catholicae theologos continens*", citando a "El Caspense" en el tomo 1.º, página 701, dice: "*Ludovicus Caspensis, Ordinis Capuccinorum (+ 1647) integrum reliquit cursum Theologicum, complectentem praecipuas materias quae in scholis tradi solent, secundum ordinem Divi Thomae, Lugduni 1642-1643, duo volumina in folio; editio locupletior Venetiis 1666. Auctor est in Theologia Morali gravis.*

2.ª "*Cursus integer Philosophicus...*". No hemos podido encontrar esta obra en las Bibliotecas de la provincia, ni la hemos visto. El P. Bolonia en su Biblioteca Capuchina, dice que se halla en dos tomos en folio, y se refiere a la tercera edición. Parece indudable que sería una obra compuesta, como la anterior, para servir de texto a nuestros estudiantes de Filosofía.

3.ª "*Apologia in defensionem Analium Fratrum Capuccinorum Fr. Zachariae Boverii*, impreso en Zaragoza el año 1645. De esta obra trata el P. Torrecilla en el Ventilabro Apologético, libro 4.º, página 468.

P. LAMBERTO DE ZARAGOZA

Fué el P. Lamberto de Zaragoza varón esclarecido por su religiosidad, sabiduría y predicación y por los escritos que dejó a la posteridad. Los datos que a continuación apuntamos nos han sido suministrados por el Sr. Latassa en la obra citada (1).

Nació en Zaragoza, en la parroquia de San Miguel de los Navarros, el día 5 de Noviembre de 1711, siendo sus apellidos Liarte y Pardo. Tomó el hábito de Capuchino el día 17 de Mayo de 1728, a los 16 años de edad, y al año hizo su profesión religiosa. Se aventajó notablemente en sus estudios de Filosofía y Teología, siendo después Lector de estas Facultades en los Colegios de la provincia de Aragón.

Fué sucesivamente Guardián de los conventos de Epila, Teruel y Zaragoza y en 1777 Guardián de Nuestra Señora de la Cogullada en esta última ciudad. En 1778 desempeñó el cargo de Visitador Provincial de Aragón. Tuvo también el oficio o empleo de teólogo del Sr. Nuncio de España y de Examinador Sinodal de los Obispos de Huesca y Jaca.

Fué muy destacado en casi todos los ramos del saber humano descollando de un modo singular en la Filosofía y Teología, en la Apologética, en la historia eclesiástica y religiosa, en la Oratoria sagrada y en la Ascética y Mística, de lo cual son una prueba fehaciente las obras que escribió, las cuales enumeramos a continuación, sirviéndonos para ello de las noticias suministradas por Latassa, mas no según el orden cronológico de las mismas como lo hace dicho autor, sino según el orden de prelación e importancia de las mismas.

(1) Escritores aragoneses.

Se dedicó de lleno a la oratoria sagrada, predicando gran número de sermones que se fueron imprimiendo a medida que los pronunciaba, entre otros, dos cuaresmas de sermón diario en el Hospital general de Zaragoza, otras dos cuaresmas continuas en la Catedral de Huesca, tres cuaresmas continuas también en la de Tudela, y hasta treinta y seis en los reinos de Navarra y Aragón. "Se dedicó con tal especialidad a la oratoria evangélica y con tal suceso, dice el Maestro Cisterciense, D. Isidro Francisco Andrés, Predicador de su Majestad y Abad de la Orden, en la censura que hizo de su sermón del Espíritu Santo, predicado el día tercero de Pascua de 1749 (en la Iglesia Metropolitana del Salvador), de su crédito, celo y religiosa moderación, que no hay prenda alguna oratoria que no la admirase en este sabio, sentencioso y elegante panegirista, y que parecía la luz de Gedeón, dentro de un grosero barro, o una palma floreciendo en el fértil Cades de su Religión de Capuchinos." Otros muchos elogios semejantes se estamparon acerca de otros sermones.

Murió en el convento de Zaragoza, el sábado 17 de Diciembre de 1785, entre doce y una de la noche, a los 74 años cumplidos de edad.

Frutos de su constante laboriosidad son las obras siguientes, impresas unas, la mayor parte, e inéditas otras.

Las obras impresas son:

1.º "*Institutio Philosophica brevi metodo exarata, et ad theologica studia accomodata*", impresa en Zaragoza por Francisco Moreno, en tres tomos en 4.º, el primer tomo se imprimió el 1773 y el segundo y tercero en 1774.

2.º "Teatro histórico de las Iglesias del Reino de Aragón. Tomo I. Preliminar en que se defienden diez Obispos de la Santa Iglesia Cesaraugustana, excluidos de su catálogo por el Rvdo. P. Fr. Manuel Risco, de la Orden de San Agustín, Regente de sagrada teología y continuador de la España Sagrada. Dedicado al Ilmo. Sr. D. Bernardo Velarde, Arzobispo de Zaragoza, del Consejo de Su Majestad. Impreso en Pamplona en la imprenta de D. José Miguel de Ezquerro, año 1780, en 4.º.

3.ª “Teatro histórico de las iglesias del Reino de Aragón. Tomo II. Contiene la noticia del Reino de Aragón y de la ciudad de Zaragoza, el origen y progresos de su Santa Iglesia y las vidas de sus cuarenta y nueve Obispos. Pamplona, imprenta de D. José Ezquerro, 1782, en 4.º. Dedicado a la Madre de Dios venerada en su santa imagen del Pilar, en la angélica capilla de la Santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, donde se refieren memorias ilustres de ella.

4.ª “Examen del papel de M. R. P. Fr. Manuel Risco, de la Orden de San Agustín”, intitulado: “Inicio y convencimiento de la obra que el R. P. Lamberto de Zaragoza, de la Orden de Capuchinos, publicó el año pasado de 1780 contra el tomo treinta de la España Sagrada.” Va unida al tomo II del “Teatro histórico de Aragón”, desde la página 269 hasta la 336, e impreso en la misma imprenta de Ezquerro. †

5.ª “Teatro histórico de las Iglesias de Aragón.” Tomo III. Apología de la venida de Santiago el Mayor a España., y de la aparición a éste en Zaragoza de María Santísima, viviendo en carne mortal, en la que se presentan resumidos los documentos y otras noticias contra algunos escritores de este siglo XVIII. Dividida en dos partes y dirigida a los críticos que la niegan, dudan o callan. En Pamplona. en la misma imprenta de Ezquerro y en el mismo año de 1782 que el anterior tomo, en 4.º, de 338 páginas y está dedicado al Muy Ilustre Sr. D. Félix López de Porras, caballero noble de Aragón, heredero del Marquesado de Villa López, etc.

6.ª “Teatro histórico de las Iglesias del Reino de Aragón”. Tomo IV. Continuando el de la Apología, contiene las vidas de sus treinta y cinco Obispos; las memorias de su Sede Metropolitana y de las Colegiatas insignes de Daroca y Alcañiz. Dedicado a Nuestra Señora de Gracia. En Pamplona y en la misma imprenta que los anteriores, el año 1785, en 4.º.

7.ª “Disertación histórico-crítico apologética sobre la vida y martirio de San Lamberto, mártir cesaraugustano”, en que se satisface a los continuadores del Rvmo. P. Juan Bolando y al M. R. P. Fray Manuel Risco, continuador de la España Sagrada del Rvmo. P. Maestro Fray Enrique Flórez. Pamplona

na en la imprenta de Ezquerro, el año 1779, en 4.º, de 126 páginas.

8.º “*Magnalia et mirabilia S. P. N. Francisci, Ordinis Minorum Fundatoris, ex ejus actis selecta*”. *Sub auspicio perillustris D. Joannis Valentini de Camargo, Comitum de Villarreal, etcétera*. En Zaragoza, por Francisco Moreno, en octavo, año 1752. Obra de la cual el Dr. D. Miguel Francisco Gómez, Canónigo Penitenciario de Zaragoza y examinador sinodal de su Arzobispado, dice en su censura: “*Vidi Compendium historicum, eruditum pariter ac ingeniosum (sane conditum gratiae) consumatum in brevi explevisse volumina multa; vidi subtilissimum, floridum, opulentum declamatorem, super papyrus candidum spirantem rubras fragantes rosas; opusculum aureum et mirabile, etcétera*.”

9.º “Vida, virtudes y milagros de San Serafín de Ascoli Montegranario”, religioso lego de la Orden Capuchina de San Francisco, Protector singular contra los dolores de cabeza, y hechos admirables en la causa de su culto y canonización. Dedicada a la venerable memoria del Ilmo. y Excmo. señor D. Juan de Palafox, Obispo que fué de Osma. Impreso en Zaragoza por Francisco Moreno, año 1770, en folio.

10.º “La paz interior”. Tratado que escribió el P. Fr. Ambrosio de Lombez, Ex-Lector de teología y Guardián del convento de Capuchinos de Aux (Francia), traducido del francés al español. Dedicado al Ilmo. Sr. D. Juan Sáenz de Buruaga, Arzobispo de Zaragoza. Impreso en esta ciudad por Francisco Moreno, año 1771, en 4.º.

11.º “Compendio histórico de la vida del Beato Lorenzo de Brindis”, General de la Orden de Capuchinos, beatificado por el Sumo Pontífice reinante Pío VI. Impreso en Pamplona en la imprenta de la viuda de José Miguel de Ezquerro, 1784, en 4.º. Dedicado al Muy Ilustre Sr. D. Manuel Antonio de Terán Alvaro de los Ríos, Caballero de la Orden de Santiago, Intendente General por Real Comisión del Principado de Cataluña, etcétera. Se reimprimió en Zaragoza por la viuda de Moreno, año 1784, en 4.º, como el anterior.

12.º “Oración político-moral del Espíritu Santo”, predi-

cada en el Santo Templo Metropolitano del Salvador de Zaragoza, el tercero día de Pascua de Pentecostés del año 1742. Impresa en la misma ciudad por Francisco Moreno, en 4.º.

13.ª “Panegírico de la Concepción de María Santísima”, predicado al Regimiento de Infantería Española de Mallorca, en Zaragoza, por Francisco Moreno, en 4.º, 1743.

14.ª “Sagrada oración evangélica, político-moral”, a la Imperial ciudad de Zaragoza, en el tercero día de Pascua del Espíritu Santo, que dijo en el Santo Templo Metropolitano del Salvador de la misma. Por Francisco Moreno, el 1749, en 4.º.

15.ª “Oración panegírica en la fiesta que hizo el Regimiento de Infantería española de Mallorca a la Purísima Concepción de María Santísima”, al bendecir sus banderas el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Francisco Ignacio de Añora y Busto, Arzobispo de Zaragoza, en el Metropolitano Templo de Nuestra Señora del Pilar de esta ciudad, el día 8 de Diciembre de 1749. La sacó a luz el mismo Regimiento en Zaragoza, en la misma imprenta de Francisco Moreno.

16.ª “Panegírico de la Asunción de María Santísima”. Al Regimiento de Farnesio de Caballería. La publicó el mismo Regimiento y se imprimió en Calatayud por Gabriel de Aguirre, el 1754, en 4.º.

17.ª “Panegírico de la Santísima Virgen del Pilar”, predicado en su fiesta con que le obsequió la Real Casa del Comercio de Zaragoza, en la Real Iglesia de Santa Isabel. Impreso en Zaragoza por Francisco Moreno, en 1756, en 4.º.

18.ª “Oraciones panegíricas de diferentes asuntos”. Tomo 1.º dedicado al Ilmo. Sr. D Juan Francisco Navarro, Obispo de Albarracín. En la imprenta de Zaragoza de Francisco Moreno, año 1754, en 4.º.

19.ª “Oraciones panegíricas de diferentes asuntos”. Tomo 3.º. Impreso en la misma imprenta que el anterior, el año 1770, en 4.º. Anteriormente se habían impreso algunos de estos sermones sueltos o aparte por el mencionado impresor y por Francisco Revilla, en 1749 y 1750.

20.ª “Novenario del Redentor redimido”. En Zaragoza, en la imprenta de Francisco Moreno, el año 1753, en 8.º.

21.ª “Novenario de la Divina Pastora”, en la misma imprenta que el anterior, el año 1755, en 4.º.

22.ª “Novenarios de San Fidel de Sigmaringa y San José de Leznisa”, impreso en la misma imprenta de Francisco Moreno, el 1756, en 12.º.

23.ª “Novenario de San Serafín de Montegranario”. Zaragoza, en la misma imprenta que los anteriores, 1769, en 12.º.

24.ª “Elogio del Rvdmo. P. Fray Pablo de Colindres”, General de la Orden de Menores Capuchinos de San Francisco. Un tomo en 4.º de 75 páginas. Impreso en Zaragoza en la imprenta de Francisco Moreno, año 1773. Va adornado con su retrato.

Obras inéditas:

Escribió también algunas obras que no vieron la luz pública por haberle sobrevenido la muerte, terminadas unas, y a medio hacer otras, alguna de las cuales llegó a imprimirse después de su fallecimiento, retocada y aumentada. Tenemos noticia de las siguientes:

1.ª “*Appendix ad universam Theologiam*”. Un tomo manuscrito, en 4.º. Quedaba en el convento de Zaragoza. Como carecemos de noticias acerca del mencionado manuscrito, no podemos afirmar, pero parece muy probable que fuera el primero de otros varios que pensaba escribir, haciendo con la teología lo mismo que había hecho con la Filosofía, con su “*Institutió Filosófica*”, publicada en tres tomos, o sea una obra que sirviera de texto a los estudiantes teólogos.

2.ª “Teatro histórico de las Iglesias del Reino de Aragón”. Lo tenía muy adelantado cuando murió. Se publicó más tarde formando el tomo IV de esta obra, completada e ilustrada por el P. Ramón de Huesca, quien dió cima a esta obra empezada por nuestro P. Lambertc, e imprimiéndose hasta once tomos, como se verá en la siguiente biografía al hacer memoria del P. Huesca.

3.ª “Oraciones panegíricas de diferentes asuntos”. Ma-

nuscrito que debía formar el tomo III, semejante a los dos impresos en vida del autor. Estaba completamente terminado, e incluso con las licencias necesarias para su publicación, en el convento de Zaragoza.

4.ª “Apología del elogio del Rvdmo. P. Fr. Pablo de Colindres”, General de Capuchinos, Manuscrito en 4.º También se hallaba en el convento de Zaragoza, con todas las licencias necesarias para publicarse y todo dispuesto para su impresión.

5.ª “Noticia del santo sacrificio de la Misa y ejercicio para presenciario debidamente”. Manuscrito en 4.º. Trabajó este tratado el mismo año de su muerte, a petición de un conocido suyo y aun cuando no sabemos ni tenemos noticia alguna de que se imprimiera después de su muerte, bien pudo hacerlo su amigo que tan interesado estaba en ello.

6.ª “Diferentes papeles, así históricos como sagrados que no tienen la última lima”. Se conservan todos en el archivo de nuestro convento Cesaraugustano.

P. RAMÓN DE HUESCA

Nació, según Latassa, en Huesca el día 31 de Agosto de 1739 y se llamó Pérez de apellido. Entró muy jovencito en nuestra Orden Capuchina, sabiéndose que profesó nuestro Instituto en 1755. Enseñó Artes y Teología a nuestros estudiantes con reconocido aprovechamiento.

Fué Guardián del convento de Teruel, Examinador Sino-dal de su Obispado, así como del de Huesca y del Abadiado de Montearagón, Calificador de la Santa Inquisición de Aragón, Socio de mérito de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País, Custodio electo de su provincia de Aragón y en 1786 Definidor de la misma, etc. etc.

En la oratoria sagrada tuvo no poca aceptación, como se vió en la cuaresma del sermón diario predicada en el Hospital General de Zaragoza; en las predicadas en las Catedrales de Tarazona y Teruel, y en otras iglesias principales en el tiempo de adviento, así como de sermones sueltos en fiestas principales, muchos de los cuales merecieron los honores de la impresión, como se verá en la relación de las obras que hacemos a continuación.

Fué continuador del Teatro histórico de las Iglesias del Reino de Aragón, desde el tomo quinto inclusive, hasta el undécimo, siendo esta la más importante de todas las obras escritas y publicadas por él, que son las siguientes:

1.º “Teatro histórico de las Iglesias del Reino de Aragón”. Tomo V. Este tomo lo tenía muy adelantado el P. Lamberto de Zaragoza, cuando le sobrecogió la muerte y lo terminó nuestro P. Huesca. Contiene las memorias antiguas de esta ciudad, el origen y progresos de su Iglesia, el catálogo de los Obispos y los Santos de su Diócesis hasta fines del siglo XI, en que se

restauró dicha ciudad de la esclavitud sarracena. Fué impreso en Pamplona, el año 1790, por José Longás, en 4.º y consta de 432 páginas. Desde la página 373 corren los apéndices de este tomo.

2.º “Teatro histórico de las Iglesias del Reino de Aragón”. Tomo VI. Estado moderno de la santa iglesia de Huesca. Contiene los Santos de la Diócesis omitidos en el tomo anterior, el catálogo de los Obispos y las memorias de esta iglesia desde fines del siglo XI hasta nuestros días (fines del siglo XVIII). Impreso en Pamplona, en la imprenta de la viuda de Longás e hijo, el año 1796 en 4.º; consta de 507 páginas, corriendo los apéndices desde la 425.

3.º “Teatro histórico de las Iglesias del Reino de Aragón”. Tomo VII. Iglesia de Huesca. Contiene este tomo las últimas memorias de la santa iglesia de Huesca, lo concerniente a las parroquias, conventos y Universidad literaria de esta ciudad, con una disertación crítico-histórica sobre las escuelas que Quinto Sertorio fundó en ella. (Dicha disertación se imprimió también separada en 1797). Contiene asimismo las noticias pertinentes a la Iglesia Colegiata de la villa de Alquézar y la historia de la Iglesia y Monasterio de Montearagón. Este tomo está impreso en Pamplona, en la imprenta de Miguel Coscolluela, el 1797, de 519 páginas en 4.º Desde la página 425, corren los apéndices. La referida disertación la imprimió por separado la viuda e hijo de Longás, en Pamplona, es de 70 páginas en 4.º.

4.º “Teatro histórico de las Iglesias del Reino de Aragón”. Tomo VIII. Trata de la santa iglesia de Jaca y contiene las memorias antiguas de esta ciudad y sus montañas, el origen y progreso de su Iglesia, el catálogo de sus Obispos, los Santos de la Diócesis, la fundación de sus conventos, etc. Impreso en Pamplona, el año 1802, en 4.º como los anteriores y en la imprenta de la Viuda e hijo de Longás.

5.º “Teatro histórico de las Iglesias del Reino de Aragón”. Tomo IX. Este tomo contiene el origen y progreso de las Iglesias Catedrales y Diócesis de Rodas y Barbastro, el catálogo de sus Obispos, los Santos de su Diócesis etc., etc. Se im-

primió este tomo en Zaragoza, en la oficina de Miedes, el año 1807. Probablemente ya era muerto para esta fecha. Opina Latassa que ya por este tiempo, tenía adelantados este tomo y los dos siguientes.

6.^a “Tomo X de la Santa Iglesia de Tarazona”.

7.^a “Tomo XI de las Santas Iglesias de Teruel y Albarra-cin”.

8.^a “Memorias interesantes de la Real Casa e Iglesia de Montearagón”, en un lucero que hizo en ella reconociendo su archivo, escrituras privilegios y papeles que le pertenecen. quedó en este Monasterio como otras semejantes memorias. Las formó también en San Juan de la Peña, en Jaca y en su Monasterio de Religión de Santa Cruz de Señoras Benedictinas claustrales de esta ciudad y de otras casas religiosas del Reino.

9.^a “Nueva instancia a favor de los Cementerios contra las preocupaciones del vulgo”. Tratado en que discurrendo por las épocas más notables, se demuestra que enterrar los muertos fuera de los templos y de las poblaciones es conforme a la piedad cristiana y necesario a la salud. Imprenta de la Vda. de Ezquerro, en Pamplona en 1792, en 4.^o de 103 páginas.

10.^a “Relación de las fiestas y regocijos públicos que en la Real proclama del Rey Nuestro Señor Carlos IV, celebró la Muy Noble, Muy Leal y siempre vencedora ciudad de Huesca, en los días 10, 11 y 12 de Agosto de 1789”. Publicóse de orden del Muy Ilustre Ayuntamiento de Huesca, en esta misma ciudad y en la imprenta de la Viuda de Miguel de Larumbe, en 4.^o; un volumen de 48 páginas, ilustradas con notas y advertencias.

11.^a “Oración panegírica de Santiago el Mayor, Apóstol y patrón de las Españas”, que dijo en la Santa Iglesia Metropolitana de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza el día 25 de Julio de 1780. Fué impreso en esta ciudad por Francisco Moreno, 1780, en 4.^o.

12.^a “Sermón contra el vicio de la ociosidad”, que dijo el sábado después de Ceniza, en la cuaresma predicada en el Hospital General de Zaragoza el año 1782. Está impreso en la

misma ciudad y en el mismo año, a expensas de su Real Sociedad, a quien lo presentó el Excmo. Sr. Marqués de Ayerbe, su primer director, e hizo socio de mérito de la mencionada sociedad al autor el 7 de Marzo de 1782, como se certificó en la edición.

13.^a “Oración panegírica del Beato Brindis”, que pronunció en la fiesta de su beatificación celebrada en el convento de Capuchinos de la villa de Albalate del Arzobispo, a 5 de Septiembre de 1784. Impreso en Zaragoza, en la imprenta de Blas Miedes, en 4.º, el año 1784.

P. BRUNO DE ZARAGOZA

Este religioso llamado en el siglo D. Pedro Pablo Arcas Jiménez y Sánchez, fué de linaje infanzón y de ciudadanos de Zaragoza. Ingresó en la Orden Capuchina tomando el nombre de Fr. Bruno de Zaragoza.

Tanto sus estudios, literatura y sus viajes emprendidos, como los cargos que tuvo en el gobierno de las Comunidades, ilustraron mucho su clara inteligencia y sus talentos le hicieron aptísimo para dedicarse a la instrucción, enseñanza y dirección de los religiosos, no sólo en su provincia de Aragón, sino también fuera de ella.

Fué Provincial de su provincia y Comisario general de las Misiones de Cumaná, Isla de la Trinidad, Bocas del Orinoco, etc., en América; Vicario General de los conventos de su Orden en Mallorca, Calificador del Santo Tribunal de la Inquisición y Examinador Sinodal del Obispado de Albarracín. Estuvo ocupado también en otros destinos y en otras tareas pias y científicas.

Según Latassa, escribió las siguientes obras:

1.ª “Representación del Juicio”, con ocasión de haberse incendiado el teatro de las Comedias de la ciudad de Zaragoza. Sermón predicado el primer lunes de Cuaresma inmediato a este suceso, en la Santa Iglesia Metropolitana de La Seo, de la misma ciudad, el año 1780, e imprimió en la imprenta de la Vda. de Francisco Moreno. Un tomo de 55 páginas en 4.ª

2.ª “Carta pastoral ordinaria”. Sistema de la caridad, directivo en el ejercicio apostólico de los RR. PP. Misioneros Capuchinos de la provincia de Aragón en la Misión de Cumaná. Un tomo de 51 páginas en 4.ª, impreso en la oficina de la Viuda de Francisco Moreno, en Zaragoza.

3.º “Sermón de la Bula de la Santa Cruzada”, predicado en la Santa Iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, en la dominica de Septuagésima en 1784. Impreso en esta ciudad por Juan Ibáñez, un tomo en 4.º, de 55 páginas.

4.º “Sermón panegírico del admirable simulacro de Nuestra Señora del Pilar”, que en el Santo Templo de Monserrat de Madrid dijo a la Real Congregación Aragonesa el día 12 de Octubre, en la solemne fiesta del Rey. Impreso en Madrid, en la imprenta de D. Pedro Marín, de 54 páginas en 4.º

5.º “Sermón de la devotísima y venerable imagen de Jesús Nazareno”, venerada en la Iglesia de los Padres Trinitarios Recoletos, de Zaragoza, dicho en su festividad. Fué impreso en Zaragoza, en la oficina de Medardo Heras, año 1792, en 4.º.

6.º “Católica instrucción y convencimiento racional de los heterodoxos y libertinos”, contenido en un sermón panegírico, dogmático y moral del Apóstol San Pedro. Manuscrito de 123 páginas en 4.º e impreso en Zaragoza, en la de Medardo Heras, año 1803.

7.º “Constituciones de la Congregación de los Siervos y Humildes Ministros de los pobres enfermos del Santo, Real y General Hospital de la ciudad de Zaragoza”, adaptables y acomodadas a los Hospitales de otras ciudades y pueblos. Establecida bajo la invocación de María Santísima Dolorosa y dedicada a los Señores Obispos y Ordinarios de las ciudades y pueblos subalternos, con una instrucción precisa para su establecimiento. Impresa en Zaragoza, en la misma imprenta que las anteriores, el año 1801.

8.º “Carta o coloquio interior de Cristo Nuestro Redentor al alma devota”. Escrita en latín por el R. P. D. Juan Lampergio. Monje cartujo, traducida al español, con una oportuna advertencia de nuestro escritor. Impreso en la oficina o imprenta de Miedes, de Zaragoza. Un tomo en 8.º.

9.º “Cuaresma predicada en la Santa Iglesia Metropolitana de La Seo, de Zaragoza”. Manuscrito en 4.º. No nos consta su impresión.

10.ª “Santoral o sermones de Santos”. Manuscrito en dos tomos en 4.º. Tampoco nos consta su impresión.

11.ª “Celibato monacal y apología de los Regulares”. Manuscrito en 4.º. No lo hemos visto impreso.

12.ª “La felicidad de esta vida fundada en la verdadera fe”. Manuscrito en 4.º. No consta que haya sido impreso.

13.ª “Varias disertaciones políticas, físicas y morales de asuntos útiles e instructivos”. No debió imprimirse.

P. PEDRO DE ALIAGA

El P. Pedro, nació en Aliaga, pueblecillo de la provincia de Teruel, a principios del siglo XVII. De él dice Latassa: "Fué religioso Capuchino de San Francisco, predicador de la provincia de Aragón y varón celoso".

Escribió el P. Aliaga las siguientes obras que cita Latassa:

1.º "Modo de bien obrar", practicado en el día del Capuchino, puede ser útil a personas de todos los estados, porque en él se trata del modo de dirigir todas las obras a Dios y hacerlas con perfección. Se hicieron varias ediciones, de las cuales menciona Latassa cuatro: La primera según él en Pamplona, el año 1650, en la imprenta de José Ezquerro y Chavarría, un volumen en 8.º, de 208 páginas. La segunda, en Zaragoza, el año 1680, en la imprenta de los Hermanos de Diego Dormer. La tercera, el año 1685 en la misma imprenta, también en 8.º y la cuarta, en Palma de Mallorca, por Miguel Capo, el año 1690 y también en el mismo tamaño.

En este punto tenemos que disentir por fuerza del señor Latassa, quien sufrió una gran equivocación, porque las dos primeras ediciones no se hicieron en esos años de 1650 y 1680. La razón que para ello tenemos, es que la aprobación dada por los censores de la Orden, así como la licencia de imprimir otorgada por el P. Provincial Fr. José de Rubielos, están fechadas el día 2 de Agosto del año 1684 y en el mismo año también está dada la aprobación de los censores seculares de la Archidiócesis de Zaragoza.

De aquí se desprende que la primera edición de este libro se hizo el año 1685 en Zaragoza, en la imprenta de Diego Dormer y la segunda en Palma de Mallorca, cinco años después el año 1690, en la imprenta de Miguel Capo. En nuestra Bi-

biblioteca del convento de Capuchinos (Extramuros) de Pamplona, encontramos un ejemplar de otra edición hecha en la capital navarra en la imprenta de Pedro José Ezquerro Chavarría, impresor de los Reales Tribunales, el año 1752. También hay en la misma Biblioteca un ejemplar sacado a luz también en Pamplona, el año 1785 por Antonio Castilla, impresor. De estas dos últimas ediciones no hace mención el señor Latassa y creemos que es muy probable que se hayan hecho más ediciones de esta, por la aceptación que tuvo.

La última y novísima edición de que tenemos noticia, es la llevada a cabo en Pamplona en la imprenta de nuestro convento el año 1932, corregida, arreglada y ampliada con notas, por el P. Juan de Guernica, Capuchino residente en Chile.

Este librito aunque como queda dicho, puede ser útil a personas de todos los estados, pero de un modo especial está destinado a los religiosos de la Orden Capuchina, como se desprende del título de la obra, así como aparece en el índice de los capítulos y materias de que se trata. Y aún más que para los religiosos está escrito para los novicios capuchinos, a los cuales dedica el autor el prólogo, en el que les da atinadísimos consejos para hacer con provecho el noviciado y todos los ejercicios de él, tal como se enseña en este volumen.

Entre otras cosas, dice el mencionado prólogo lo siguiente: "Sólo me resta lo que pueden estimar de mi afecto, y es exhortarles con humilde encarecimiento que procuren desde luego obrar con mucha perfección y actualidad interior, lo cual importa muchísimo porque con la costumbre que en el noviciado tomaren, perseverarán regularmente hablando toda la vida". *Adolescens juxta viam suam etiam cum senuerit, non recedet ab ea* (Proverbios). Si adquieren la mala costumbre de obrar con tibieza y sin consideración, se les harán muy pesados los ejercicios santos, largo el tiempo de la oración, riguroso el ayuno, la mortificación intolerable, vivirán sin aprovechar en la virtud y con desconsuelo teniendo a Dios disgustado... Pero, al contrario, los que se acostumbran a obrar con interior y fervor todo se les hace muy suave, los ejercicios espirituales y la oración muy breves; en las mayores mortificaciones tienen sus

mayores delicias; en los trabajos, descanso; alegría y consuelo en las tribulaciones... Así lo espero yo de vuestras caridades, etc.

Tanto las varias ediciones que se hicieron de esta obra en distintos tiempos, como los elogios que mereció de los censores en su primera aparición, demuestran que aunque pequeño de volumen, era muy sustancioso y completo en su género. Por lo que D. Antonio Teu y Bolea, lugarteniente de Justicia en Aragón, leyó el libro y dijo: "Mirando por una parte la sabiduría de su contenido y por otra su brevedad, puede decirse a este propósito lo que San Agustín dijo a otro: "*Si verba numeres, brevis est, si sententias appenderis magnus est.*"

2.º "Clara Luz", con la cual podrá ver el hebreo su falsa esperanza y el cristiano su obligación. Contiene dos partes. En la primera se prueba la verdad de la religión cristiana y en la segunda, se confirma y explica más, manifestando que un cristiano debe saber creer, esperar y obrar. Esta obrita fué impresa en Zaragoza, el año 1688, un volumen en 4.º, sin que nos conste la imprenta y por segunda vez, en Mallorca, el año siguiente en 1689, en 4.º también y en la imprenta de Pedro Irán. Esta obra se imprimió juntamente con la anterior, o sea "El modo de bien obrar", en Zaragoza, el año 1791, en un tomo en 4.º grueso, juntamente con varias devociones añadidas y una completa explicación del catecismo.

3.º "Lucerna católica", *ad mahumetanorum et hebreorum illustrationem fidelima*. Tomo 1.º Se hallaba, dice Lalassa, en la librería del convento de Capuchinos de Zaragoza, lo cual nos induce a creer que no llegó a imprimirse, pues no cita dicho autor ni el lugar, ni el año de la impresión, ni el nombre del impresor como acostumbra hacerlo con las demás obras de que da cuenta.

P. BASILIO DE TERUEL

Todos los datos que hallamos acerca de este Padre, nos los suministra Latassa en su obra "Escritores aragoneses".

Religioso Capuchino Franciscano, cuyos estudios de Filosofía y Teología hechos con aprovechamiento en su santa Religión, le proporcionaron los cargos que tuvo en la Orden.

Fué predicador de mérito no vulgar en la provincia de Valencia, Guardián, Definidor y Provincial en la misma y como su celo fué conocido en varia literatura después de la mitad del siglo XVII en que escribió. Los escritos de que hace mención, son los siguientes:

1.^a "Vida del segundo Alejos Capuchino". Impreso en Valencia por Jerónimo Villagrasa, el año 1648, en 8.^o

2.^a "Sumario de las indulgencias que los Sumos Pontífices han concedido a toda la Orden de San Francisco". Impresa en Madrid por Diego Díaz de la Carrera, el año 1658, en 8.^o

3.^a "Collectánea sagrada". Impresa en Madrid por Díaz de la Carrera, en 1658 y en 8.^o

4.^a "Anotaciones al Mártirologio Romano", que se publicaron en ese tiempo.

5.^a "Vida del R. P. Miguel Scotti, devoto y distinguido Capuchino". Madrid por Diego Díaz de la Carrera, año 1659, en 8.^o

6.^a "Narración histórica en que se prueba que N. P. San Francisco no profesó la regla de San Agustín". Nápoles por Domingo Macerrino, 1660, en 4.^o Es escrito latino.

7.^a "Compendio de la exposición de la regla de N. P. San Francisco, según la doctrina de Fr. Pedro Navarro, religioso Franciscano observante". Valencia, por Vicente Carrera, 1679, en 8.^o

8.ª “Ejercicios para bien morir, divididos en dos partes”. En la primera se enseñan documentos para los confesores en este ejercicio. En la segunda se exponen los medios que debèn usar los sentenciados a muerte, Valencia, por Jerónimo de Villagrasa, año 1669, en 8.º.

9.ª “Diversos sermones que predicó con aceptación”.

10.ª “Otros opúsculos que sin su nombre se han publicado”, como refiere Fr. Jerónimo de Génova, en su Biblioteca de Capuchinos, 1680, y el Cronista Franciscano Fr. Juan de San Antonio en su Biblioteca General, donde alaban su memoria; así como Fr. Bernardino de Bolonia en varias páginas de la 3.ª edición de la Biblioteca de Capuchinos. Edición de Venecia, 1747 y por fin Fr. Andrés de Lisboa, en su Epítome histórico de la Religión de Capuchinos en varias páginas, edición de 1754.

P. JOSÉ DE MIRAVETE

1.º Ceremonial Seráfico”, que contiene las ceremonias pertenecientes al Oficio Divino, celebración de la Misa, administración de los Santos Sacramentos y a las fiestas principales del año, según el orden de la Santa Romana Iglesia. Acomodado a la práctica y loables costumbres de los Frailes Menores Capuchinos de N. S. P. San Francisco de la provincia de Aragón.

Dispuesto con orden de los Superiores, por el P. Fr. Joseph de Miravete, Sacerdote profeso de la misma Religión y provincia.

Con las licencias necesarias.

En Pamplona, en la imprenta de Joseph de Rada, año 1793.

2.º “Tratado Unico”, en que se contienen las ceremonias pertenecientes a la observancia regular y al exacto cumplimiento de varios empleos domésticos, conforme a la práctica de los Frailes Menores Capuchinos de la provincia de Aragón. Por el mismo autor.

Con las licencias necesarias.

En Pamplona, en la imprenta de la Viuda de Ezquerro, año de 1793.

Existe un ejemplar en la Biblioteca de nuestro convento de Fuenterrabía.

La primera de estas obras sustituía en la provincia de Aragón a nuestro “*Ceremoniale Romano Seraphicum ad usum Fratrum Minorum Capuccinorum*”, aprobado por la Sagrada Congregación para toda la Orden Capuchina, por no existir en aquellos tiempos ningún Ceremonial común. La segunda era para la provincia de Aragón lo que es actualmente Nuestro Manual Seráfico para todas las provincias de España.

OTROS ESCRITORES

A los mencionados escritores vamos a añadir otros, aunque de menor cuantía, cuyos nombres y obras indicamos a continuación, a fin de que consten en esta obra y el curioso investigador en esta clase de trabajos, pueda tener el día de mañana una base o principio de ulteriores investigaciones.

He aquí algunos de ellos que menciona el Sr. Latassa en su obra citada:

1.º Fr. José de Alborge López, Provincial de Aragón, escribió: *Compendium gestorum memorabilium Episcoporum Turiassonensium ab anno 1311 usque ad annum 1754*. Manuscrito en 4.º.

2.º Fr. Miguel de Alcañiz: "Oración fúnebre que en la ciudad de Barbastro dijo en su Catedral por la muerte del Rey Felipe IV. Impreso en Zaragoza, por Juan de Ibarra, a expensas del Ayuntamiento de Barbastro.

3.º Fr. Cosme de Alcañiz, Provincial, escribió: "Defensa", en que se ve que los religiosos Capuchinos del convento de Tamarite pueden recibir lícitamente una limosna que les dejó su Fundador, que sus ejecutores están obligados a entregarla y que este piadoso legado no es nulo como ni otros que perciben los religiosos de las familias observantes y de Recoletos de San Francisco, según la inteligencia de su regla y uso bien establecido, no obstante lo que se opone en contrario. En folio.

B) Respuesta al examen parenético de D. José Campi, Rector de San Juan de Lérida, Catedrático de Sagrada Escritura de su Universidad, sobre la duda referida. En folio.

4.º Fr. Pedro de Barbastro, escribió: "1.º un gran número de consultas y resoluciones y 2.º dos libros de sermones, así panegíricos como morales".

5.º Fr. Jerónimo de Barbastro, escribió: “Luz clarísima contra los fraudes y engaños de los hombres”. Se dió a la Estampa en la ciudad de Palma de Mallorca, en 8.º. Mallorca dependía de la provincia de Aragón.

6.º Fr. Francisco de Barbastro, Definidor, escribió: 1.º “Alegación en derecho y hecho”, sobre la legítima convocación y válida celebración del Capítulo Provincial de la provincia de N. P. San Francisco de Capuchinos de Aragón, día 24 del mes de Mayo de 1675 en el convento de Nuestra Señora de Cogullada de la ciudad de Zaragoza. Edición de esta ciudad en folio, 16 páginas. 2.º “Defensa jurídica de la verdad impugnada y razón defendida”. Satisfacción pública de las voces que da contra aquélla en su alegación, el Licenciado D. Andrés Gómez. Impreso en 1675, en folio, 43 páginas.

Hay que advertir que este capítulo se anuló por la Santa Sede, siendo nombrado Provincial el P. Cosme de Alcañiz.

7.º Fr. Anastasio de Cariñena, escribió: “Compendio histórico”, dondê se contienen todas las cosas notables que se refieren en las historias, así eclesiásticas como profanas, desde el principio del mundo hasta el año 1684.

8.º Fr. Antonio de Caspe, escribió: 1.º “Representación que hacen los devotos de la Santísima Veracruz”, venerada en su capilla de la Iglesia de Santa María la Mayor del Pilar, parroquia de la Antiquísima Villa de Caspe. Impreso en Zaragoza, en 1752.

2.º “Gozos de la Santísima Veracruz. Impreso en la imprenta de Francisco Moreno, el mismo año que el anterior.

9.º Fr. Miguel de Fortanete, que escribió varios sermones y una oración panegírica predicada en la festividad de la Inmaculada Concepción en la Santa Iglesia Catedral de la ciudad de Tarazona, e impresa el año 1713.

10.º Fr. José de Graus, Provincial, escribió: “Exposición de la Regla de los Frailes Menores Franciscanos”. En Zaragoza, 1652. en 8.º.

11.º Fr. Agustín de Graus Monclús, publicó: “Oración panegírica de los desposorios de San José”, que dijo en el

Real Monasterio de Santa Engracia de Zaragoza, el día 26 de Noviembre de 1780.

12.º Fr. Francisco José de Jaca. La gran devoción que profesaba a María Santísima la dejó recomendada en la obra siguiente: "*Comentarium in cantica canticorum, continens gratias, et virtutes Sanctissimae Virginis Mariae per etates allegoricas seu dies proecipuos ejusdem atmae Virginis, mysticis, litteralibus intelligentiis moralibusque digestum.*" *Ipsae Reginae Angelorum dicatae. Pars prima.* Murió antes de escribir la segunda parte.

13.º Fr. Miguel de Lépera. "Sermón de San Pedro de Alcántara", que predicó en Zaragoza en la fiesta de su canonización y se imprimió en esta ciudad juntamente con las fiestas celebradas con motivo de esta solemnidad.

14.º Fr. Juan de Lidón. Tradujo del latín al español la obra titulada "Ritos o ceremonias de los hebreos confortados con una carta que escribió en italiano al Universal Judaísmo, en que por un rabino hebreo, después católico, se demuestra la venida del Mesías". Traducido al castellano del italiano. Tomo 1.º, impreso en Madrid. Uno de los tres de que consta la obra italiana cuyo autor es el Doctor Pablo Medici.

15.º Fr. José Lurbe. "Oración evangélica y político-moral a la Imperial ciudad de Zaragoza, en su Santo Templo Metropolitano del Salvador", predicado el día tercero de Pascua del Espíritu Santo. Impresa en Zaragoza, el año 1755, por Francisco Moreno.

16.º Fr. Lorenzo de Magallón, de quien queda escrita su biografía en la sección de célebres Misioneros y como el principal Superior y fundador de ellos. Venido a Europa con el fin de defender a los Misioneros, escribió: "Memorial al Rey Nuestro Señor". Enseñó en él con mucha doctrina la necesidad de promover las Misiones en América. No tenemos noticia de que hubiera impreso este Memorial, mas hay un ejemplar en la Biblioteca del Real Seminario de San Carlos, de Zaragoza, en el tomo 21 de las Misceláneas, rotulado por fuera: *Indias*.

17.º Fr. Francisco de Munébrega. Murió en los primeros

años de la fundación de la provincia de Aragón, escribió: "*Quaestiones Morales in Regulam Fratrum Minorum*". Véase el P. Fr. Andrés de Lisboa, en su "Epítome historial de Menores Capuchinos", página 431.

18.º Fr. Francisco de Munébrega, otro del mismo nombre y pueblo que el anterior, escribió: 1.º "*Stella regularis pro directione et illuminatione in ordine ad sacramentum paenitentiae complectens quincuaginta questionibus privilegia actu valida Regularium*", en 4.º. 2.º "Cuestiones morales sobre la regla de los Frailes Menores de San Francisco, en 8.º.

19.º Fr. Pedro de Muro, escribió: "*Ars construendi horologia solaria*", de cuya obra trata el P. Bernardo de Bolonia en la tercera edición de la Biblioteca Capuchina.

20.º Fr. Antonio de Sariñena. "Compendio histórico", donde se contienen las cosas más notables que largamente se tratan en las historias tanto sagradas como profanas y eclesiásticas, desde Adán hasta su tiempo.

21.º Fr. Francisco de Tarazona, que fué capellán del ejército sobre Fuenterrabía. Con este motivo escribió: "Relación en forma de carta de los sucesos de las armas de España sobre dicha plaza", dirigida al P. Guardián de Capuchinos de Zaragoza. Impreso en Madrid, en la oficina de la Viuda de Alfonso Martín, año 1638, en folio, en 28 paragrafos.

22.º Fr. Pedro Latorre, natural de Barbastro, escribió sin que llegaran sus escritos a ver la luz pública, algunos papeles sobre puntos de teología dogmática y mística. Sin duda alguna serían dignos de imprimirse, pues antes de ser Capuchino había sido eminente profesor de Teología en la Universidad de Huesca.

CONCLUSIÓN

ESTADO ACTUAL DE LA ORDEN EN ARAGÓN

He aquí benévolo e indulgente lector algún tanto bosquejada la historia de la antigua provincia de Capuchinos de Aragón y detallados en parte los frutos obtenidos por sus hijos en el campo de la santidad, del apostolado y de la ciencia en los doscientos treinta y cinco años que la provincia tuvo de existencia desde la fundación hasta su supresión y extinción acaecida el año 1835.

Es la única de las seis provincias capuchinas en que estaba dividida la Orden en España, que no ha sido restaurada, habiendo en la actualidad solamente cinco, formando Aragón y Navarra una sola. En esto nuestra nación ha sido más afortunada que otras. En la nación vecina sin ir más lejos, había en el siglo XVIII, doce provincias, según estadística de la Orden de 1712 y eran las siguientes: Provincia de Aquitania, de Toulouse, de San Luis, Bretona, Normanda, Parisiense, de Champaña, de Lorena, de Borgoña, de Tours, de Lyon y de Saboya.

Según la estadística de 1942, no hay actualmente en Francia más que 5 provincias, que son: La de París, Lyon, Toulouse, Saboya, y Alsacia o de Strasburgo.

En Alemania había quince provincias, aun cuando estaban incluidas las provincias actuales de Bélgica, Holanda y Austria. En la actualidad solamente se cuentan dos: La de Baviera y la Renano-Wesfálica, si bien las dos son muy numerosas.

En Italia existían veinticinco provincias.

Después de la restauración de la Orden en España, se han

fundado en Aragón 4 conventos: El de Híjar, el de Zaragoza, el de Jaca y el de Ejea de los Caballeros.

CONVENTO DE HÍJAR

El primer convento fundado en Aragón fué el de Híjar, que se inauguró el año 1903, siendo Provincial el M. R. P. Pedro de Usún. La iglesia era de la Mitra y antes había sido de los Franciscanos, estaba dedicada a Nuestra Señora de los Angeles y fué cedida a los Capuchinos en uso perpetuo. Adosado a ella se edificó un pequeño convento donde vivía una Comunidad de 12 religiosos.

Está a un kilómetro de distancia del núcleo de la población. Su ministerio consistía principalmente en la predicación por los pueblos de aquel distrito, siendo muy estimados de la gente.

El año 1936, cuando estalló el Movimiento Nacional, al principio dominó en la población el elemento de orden y de derechas que era casi todo el pueblo, mas al fin, fué desbordado por los rojos, quienes incendiaron las Iglesias y el convento, convirtiéndolo en un montón de escombros como se halla todavía al presente. El único religioso de la provincia apresado por los rojos y asesinado por ellos fué Fr. Egidio de Mondragón, C., logrando salvarse a tiempo todos los demás.

CONVENTO DE ZARAGOZA

El segundo de los conventos es el de Zaragoza, que se fundó el año 1928, por el que estas líneas escribe. El Sr. Obispo de Huesca que a la sazón era el Ilmo. P. Colón, eligió el Barrio de Venecia para la instalación de la Iglesia y convento de nuestra Orden. Verdaderamente era un barrio descuidado, pues con ser tan numeroso no había en él ninguna iglesia

ni capilla, ni hay actualmente ninguna fuera de la nuestra. Fué un acierto o mejor dicho, fué providencial y cosa de Dios el dedicar la capilla a San Antonio, a este Santo que además de ser Hermano nuestro en religión, es el Santo de todo el mundo, frase de la santidad de León XIII. Se construyó un pequeño convento capaz para unos 20 religiosos, convirtiéndose uno de sus lados en capilla, que bendijo el Sr. Obispo mencionado, dedicada a San Antonio. Junto al convento hay un solar de 40 metros de largo por 20 de ancho, en el que se proyectaba construir la iglesia definitiva. Los acontecimientos políticos de la nación en el último decenio y la Guerra de Cruzada contra el comunismo, ha sido causa de que se haya ido retrasando la construcción de la iglesia contra la voluntad de los religiosos y de las gentes de Zaragoza, que suspiraban por un edificio religioso digno del Santo Taumaturgo y de la devoción de los fieles.

Y como la mano de Dios anda desde el principio en este asunto, la nueva iglesia no se construirá en el solar que estaba destinado para ello, sino que se está construyendo ya en otro lugar mucho más amplio y capaz y mucho más cómodo para la concurrencia de gente que a él ha de acudir. En el mismo sitio se construye el monumento que el Gobierno Italiano levanta a los caídos italianos en nuestra cruzada, así como también el nuevo convento, mucho más suntuoso y grande que el actual. Están los trabajos muy adelantados y se cree que todas las cosas, monumento, iglesia y convento, podrán ser inaugurados el año 1944 (1).

CONVENTO DE JACA

Es el tercero de los fundados en Aragón. El Excmo. Señor Obispo de Jaca, deseoso de llevar religiosos Capuchinos a la

(1) NOTA.—La iglesia se inauguró el día 25 de Julio de 1944. No así el monumento ni el convento que al finalizar el año se hallan todavía muy retrasados.

Sede de su Diócesis, nos entregó la hermosa Iglesia del Carmen, de la cual se tomó posesión el año 1930. Los religiosos se instalaron en una casa particular en piso aparte y aún hoy día, viven en casa aparte y propia desde la que sirven a la iglesia, lo cual no deja de ser un gran inconveniente en todos los sentidos. La Iglesia del Carmen es muy frecuentada de las personas de la población, por la asiduidad de los Padres al confesonario, por el buen servicio religioso y por las solemnes funciones que en ella tienen lugar.

CONVENTO DE EJEJA DE LOS CABALLEROS

Es el cuarto y último convento fundado por los Capuchinos en Aragón. Se conservaba parte del antiguo convento de la Orden y en esa parte reformada y adaptada, se instalaron los religiosos abriendo en ella una pequeña capilla provisional, en la que ejercen su ministerio, pues la antigua iglesia de Capuchinos había desaparecido.

Se inauguró el día 21 de Diciembre de 1941, siendo precedida la inauguración de una solemne y fructífera Misión dada por nuestros Padres en la parroquia del pueblo.

Tal es el estado actual de la Orden Capuchina en Aragón.

INDICE

INDICE

	<u>Página</u>
Prólogo	7
I Fundación de la Orden Capuchina en Aragón	13
II Desarrollo y crecimiento de la provincia Capuchina de Aragón.	20
III Espíritu religioso de los primeros Capuchinos	32
IV Espíritu misional de la provincia de Aragón	39

PRIMERA PARTE

Frutos de santidad	45
P. Ignacio de Monzón	47
Fr. Francisco de Daroca	54
P. Lorenzo de Huesca	64
P. Bernardino de Alhama	82
P. Lorenzo de Huesca	94
P. Pedro de Barbastro	104
P. José de Moros	111
P. Jerónimo de Zaragoza	119
P. Antonio de Huesca	124
P. Miguel de Albalate	131
Fr. Alonso de Huesca	134
P. Jerónimo de Bandaliés	135
P. Francisco de Tarazona	139
Fr. Jerónimo de Lalueza	145
Fr. Sebastián de Pozuelo	148

	<u>Página</u>
Fr. Domingo de Andorra	153
Fr. Matías de Lituénigo	156
Fr. Juan de Mesones	159
Fr. Juan de Moros	185
Fr. Antonio de Sariñena	187
P. Ignacio de Báguena	189
Domingo de Pinilla, Donado	191
P. José de Bolea	193
Fr. Vicente de Salas	200
Fr. Joaquín de Zaragoza	207
P. Vicente de Munébrega	214
Fr. Pedro de Ariño	216
Fr. Roque de Bordón	218
P. Jerónimo de Barbastro	221
P. Antonio de Piedrafitá	225

SEGUNDA PARTE

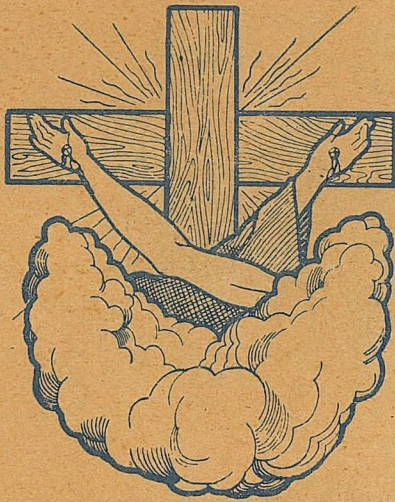
Frutos de Apostolado	237
Vnble. Fr. Francisco de Pamplona	239
P. Miguel de Sessa	244
Fr. Félix del Villar	250
Fr. Gaspar de Sos	255
P. Lorenzo de Magallón	258
P. Miguel de Albalate	289
P. Juan del Pobo	297
P. Felipe de Híjar	301
P. Antonio de Torrelacárcel	308
P. Francisco de Tauste	310
P. Atanasio de Zaragoza	326
P. Miguel de Epila	328
P. Buenaventura de Maluenda	331
Vnble. P. José de Carabantes	335
Otros Misioneros Capuchinos en Cumaná	350

TERCERA PARTE

Frutos literarios	363
P. Pedro de Calatayud	365
P. Luis de Zaragoza	375
P. Lamberto de Zaragoza	379
P. Ramón de Huesca	386
P. Bruno de Zaragoza	390
P. Pedro de Aliaga	393
P. Basilio de Teruel	396
P. José de Miravete	398
Otros escritores	399

CONCLUSIÓN

Estado actual de la Orden en Aragón	403
---	-----



PRECIO: 12'50 PTAS.

TALLERES GRÁFICOS LA EDITORIAL, COSO, 86. - ZARAGOZA